



Más fuerte QUE LA hoguera

La Biblia en castellano triunfa sobre la Inquisición.

Marcos Yoder

Más fuerte
QUE LA hoguera

MAS FUERTE QUE LA HOGUERA © 2021 TGS International, una subsidiaria de Christian Aid Ministries, Berlin, Ohio, EE. UU.

Traducido por Maná Digital

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada, reproducida o almacenada en ningún sistema de búsqueda automática, de ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico o mecánico, sin el permiso por escrito de la publicadora, aparte de citas breves en artículos y obras críticas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas representan una adaptación del texto de la versión Reina-Valera 1865, versión de dominio público.

ISBN: 978-1-63813-010-9

Ilustraciones: Marcos Yoder, a menos que se indique otro

Publicado por:



TGS International
P.O. Box 355
Berlin, Ohio EE.UU. 44610
Teléfono: 330-893-4828
Fax: 330-893-2305
www.tgsinternational.com

Más fuerte QUE LA hoguera

La Biblia en castellano triunfa sobre la Inquisición

Marcos Uoder

Contenido

Cronología	VII
Introducción	XI
1. El Dios de la misa	13
2. El Dios amable	23
3. Colón-¿Llevar la fe o traer riquezas?	31
4. El viaje a Sevilla	39
5. El mercado de Sevilla	53
6. El predicador en la catedral	63
7. Luchas	73
8. El segundo viaje a Sevilla	81
9. Una nueva vida en Sevilla	91
10. Una nueva vida en Montemolín	109
11. El Colegio de la doctrina de los niños	121
12. La Universidad de Sevilla	129
13. El nacimiento de una iglesia	137
14. La oposición se intensifica	147
15. El monasterio de San Isidoro	165
16. El avivamiento en el monasterio	179
17. Juan Gil es capturado	189
18. El auto de fe de Juan Gil	199

19. Carlos V y los “herejes”	207
20. La fuga a través de los Pirineos	219
21. Libertad en Ginebra	233
22. La imprenta en Ginebra	241
23. Conflicto en Ginebra	251
24. Ginebra, Fráncfort y Londres	265
25. Londres	277
26. Prisioneros de la Inquisición	291
27. Auto de fe, 1559	307
28. Sorprendido por el amor	321
29. La obra del acusador	339
30. Amberes	361
31. Autos de fe, 1560 y 1562	373
32. Los últimos años	383
33. ¡Impresas! ¡Por fin!	399
Epílogo	409
Reconocimientos	415
Acerca del autor	419
Respecto a Christian Aid Ministries	421
El camino a Dios y a la paz	423

Cronología

Cronología histórica

- Emisión de la Biblia Poliglota 1521
- Inicio de la iglesia anabaptista, en Zúrich, Suiza 1525
- Menno Simons se convierte al anabaptismo 1536
- Dieta de Augsburgo (una de varias) 1550
- Índice expurgatorio que prohibía la publicación de la Biblia en el idioma común 1551
- El príncipe Felipe se casa con la reina María (Tudor) de Inglaterra 1554
- Felipe II llega a ser emperador (hijo de Carlos V) 1556
- Juan Pérez traduce el NT al castellano 1556
- Muere el emperador Carlos V; setiembre 1558
- Muere la reina María (Tudor); noviembre 1558
- Se termina la traducción de la Biblia del rey Jacobo 1611

Cronología del libro: La vida de Casiodoro

- 1538 Rodrigo de Valer es encarcelado por primera vez
- 1541 Rodrigo de Valer es arrestado de nuevo
- 1548-1552 Constantino acompaña al príncipe Felipe
- 1550 Juan Gil es capturado*
- 1552 agosto; Auto de fe de Juan Gil
- 1553 junio; Constantino vuelve a sus deberes en Sevilla
- 1553 noviembre; Juan Gil puesto en libertad
- 1555 Muere Juan Gil
- 1557 Casiodoro escapa de Sevilla
- 1557-1558 Julián y creyentes de Sevilla son capturados
- 1558 Casiodoro en Ginebra y Fráncfort
- 1559 Casiodoro en Londres
- 1559 setiembre; Auto de fe
- 1560 diciembre; Auto de fe: Julián es quemado en la hoguera
- 1561 Casiodoro se casa con Ana
- 1562 abril; Auto de fe: Quema de una efigie de Casiodoro
- 1562 octubre; Auto de fe: El doctor Blanco es quemado en la hoguera
- 1563 Casiodoro en Amberes
- 1564 Casiodoro en Fráncfort, Orleans y Bergerac
- 1565 Acaba la traducción en Estrasburgo
- 1567 Su hijo Marcos nace en Basilea
- 1569 La Biblia castellana es completada en Basilea, Suiza



1. Camino al monasterio de San Isidoro
2. Castillo de San Jorge
3. Catedral
4. Alcázar real
5. Plaza de San Francisco (donde se realizaban los autos de fe)



Sevilla, España c.1500

6. Puerta de Jerez
7. Universidad de Sevilla (ubicación posible)
8. Torre del oro
9. Campo de San Sebastián (donde se quemaba a los herejes)



Introducción

La presente obra es un relato emocionante del poder del Evangelio de Jesús el Cristo para cambiar el corazón de las personas. También nos cuenta del poder de Dios para preservar la Palabra escrita.

España es una parte relativamente pequeña del mundo de Dios, aunque en la época en que sucedió la historia, era el poder mundial dominante. Satanás procuró, por medio de emperadores españoles y la Iglesia católica, impedir que la Biblia se tradujera al castellano. Sin embargo, el poder de Dios, obrando a través de un hombre débil e imperfecto llamado Casiodoro de Reina, superó cada ataque del enemigo. El sueño de Casiodoro era una Biblia en castellano, una Biblia que el pueblo común pudiera leer. Doce años trabajó en este proyecto. Finalmente, en 1569, la *Biblia del Oso* fue impresa en Basilea, Suiza. Esta Biblia (después de varias revisiones) sigue siendo la Biblia en castellano más utilizada. Aún hoy es leída por millones de lectores.

Este libro se clasifica como ficción histórica, puesto que no tenía a mi disposición más que los hechos históricos. Dedicué muchas horas a investigar los eventos de la historia. Como escritor, me tomé algunas libertades para desarrollar una historia fácil de leer a partir de estos datos áridos. El mayor esfuerzo se ha realizado para indicar

con precisión asuntos como fechas, el desarrollo del relato y el contexto histórico.

Que Jesús el Cristo, el autor y consumidor de nuestra fe, reciba toda la honra y la gloria. Deseo que este libro inspire a sus lectores a entrar en un compromiso total con nuestro Señor y Rey, para que nosotros, al igual que Casiodoro, podamos participar activamente en la difusión de la gran historia del Evangelio.

—Marcos Yoder



CAPÍTULO 1

El Dios de la misa

c. 1526

Casiodoro salió de la puerta de su casa encalada. Desde su casa, situada en una colina, podía observar el amplio paisaje que se extendía frente a sí. El muchacho estaba demasiado joven como para saber, o aun interesarse, por el hecho de que corría el año 1526 en la pequeña aldea de Montemolín. ¿Qué sabía Casiodoro de los tiempos convulsos que se vivían en España? Lo que sí podía hacer a sus seis años de edad, era apreciar el impresionante cielo azul de verano que se extendía sobre las praderas ondulantes y salpicadas de olivares, sobre los campos de grano y viñas. Tras volverse para mirar el pueblo al otro lado de la colina, escuchó la voz de su madre que le hablaba a través de la puerta abierta:

—Casiodoro, no te ensucies la ropa. Sabes que hoy vamos a misa.

—Sí, madre, solo estoy admirando el nuevo día.

La calle que pasaba cerca del portón de su casa estaba flanqueada por casas de paredes encaladas y techos de tejas coloradas.

La mirada de Casiodoro siguió la calle colina abajo hasta llegar a la iglesia. Después de la iglesia, una cuesta empinada ascendía hasta la cumbre, donde se erguía un castillo grande de piedra con torres que se levantaban por encima de las murallas. Desde fuera, la iglesia parecía pequeña en comparación con el castillo. Sin embargo, una vez dentro, la iglesia parecía grande e impresionante para Casiodoro.

El castillo y sus murallas resultaban enigmáticas para Casiodoro. “¿Qué sucede allí dentro?”, se preguntaba a menudo. Papá le había



Un cuadro de la calle de Montemolín.

dicho que el castillo no era un lugar para niños, aunque Casiodoro esperaba subir la cuesta algún día y explorar el interior de aquellos muros altos.

Papá y mamá salieron al corredor, vestidos de sus mejores ropas. Papá miró a Casiodoro.

—¿Estás listo, hijo? —le preguntó mientras cerraba la pesada puerta de madera.

Casiodoro agarró la mano grande de su padre y respondió:

—Sí, padre, estoy listo.

La familia salió a la calle y papá bajó las pesadas varas de madera que cerraban la abertura en el muro de piedras que rodeaba el patio. Otras familias ya bajaban por la calle empedrada hacia la iglesia.

—¿No es bello ver que tantas familias caminan hacia la iglesia? —preguntó mamá.

—Bueno, ¿por qué no todos asisten a la iglesia? —preguntó el muchachito curioso.

—Todos deberían ir a misa, hijo —contestó mamá con sinceridad—. Es bueno oír misa y ponerse con Dios.

—Pero... ¿Por qué, madre?

Ahora contestó papá:

—Todos necesitamos confesarnos, Doró —a menudo, papá lo llamaba Doró—, para recibir perdón de nuestros pecados.

—¿Qué son pecados, padre?

—Son las cosas malas que hacemos.

—Ah, ¿como lo que le hice a la cabra? ¿Recuerda que le halé la cola y la hice saltar cuando usted la estaba ordeñando? —preguntó Casiodoro.

Obviamente, papá apenas podía contener la risa, pero contestó con seriedad:

—Sí, travesuras como esas. Y cosas peores también.

—¿Como cuáles, padre? ¿Como cuando usted se enojó y me gritó porque la cabra derramó la leche?

Ahora le tocó a mamá contener su deseo de reírse.

—Sí, cosas malas como esas. Hay muchos pecados que podemos cometer, como mentir, robar y matar. Entenderás mejor esas cosas cuando tengas edad.

—Ah... —suspiró el niño, un tanto triste. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar para entender cosas de tanta importancia?

—Es decir, ¿todas las personas del pueblo pecan y deben ir a misa? —de nuevo Casiodoro con una pregunta.

—Sí, todos pecamos y todos necesitamos recibir perdón —respondió papá con seriedad.

—¿Y Dios nos perdona a todos? —preguntó Casiodoro.

Papá se detuvo un momento, pero mamá respondió con sobriedad.

—Espero que sí, Casiodoro. A veces me pregunto si de verdad nos perdona a todos, pero ojalá que sí.

Mientras caminaban por el pueblo, un grupo de pequeños halcones volaba en las alturas sobre la iglesia y alrededor del castillo.

—¿Qué tipo de aves son esas, padre?

—Son cernícalos primilla, hijo —dijo papá al tiempo que se detenían.

—No se retrasen —advirtió mamá.

Casiodoro los había visto antes, pero observó nuevamente a uno de los halcones que voló rápidamente y atrapó un insecto grande en sus garras.

—¡Atrapó uno! —gritó Casiodoro.

—¿Qué atrapó, Doró?

—¡Creo que una langosta, padre! ¡Lo vi!

—Ahora, observa lo que el ave hace con la langosta. ¿Puedes verla?

—Sí, ¡se la come en pleno vuelo! —Casiodoro arrugó la nariz en señal de disgusto—. Uy, ¡yo no quisiera comer insectos!

Mamá interrumpió la lección sobre la naturaleza.

—Vamos, ¡dense prisa! Quiero confesarme antes de la misa.

Todos se dieron prisa y mamá comenzó a ponerse un tanto nerviosa.

—Casiodoro, tú debes portarte con reverencia dentro de la iglesia —le recordó—. Y no hagas tantas preguntas.

—¿Se enoja Dios si no guardamos silencio? —preguntó el muchachito. En respuesta, mamá le pellizcó la oreja.

Casiodoro guardó silencio mientras subían las gradas hasta la puerta grande. Notó que todos a su alrededor parecían preocupados. “Me imagino que Dios está muy molesto”, pensó. Sin embargo, subir la larga escalera lo distrajo. Las piernitas de un muchachito de seis años tenían que dar pasos gigantescos con cada grada. Por suerte, caminaba de la mano de papá y este lo ayudaba a subir. Aun así, cuando llegaron a la cima ya jadeaba.

Dentro de la iglesia todo estaba oscuro y fresco. Casiodoro siempre se sentía pequeño cuando se encontraba bajo los arcos altos. Muchas personas con rostros sombríos buscaban dónde sentarse en las bancas de madera. Papá le indicó dónde sentarse en los tablones pesados y gastados, entre él y mamá. Casiodoro miró el techo alto y luego miró hacia el gran altar verde que estaba al frente. Se recostó contra mamá y pudo sentir su tensión. Ella retorció su pañuelo nerviosamente. Le temblaban los labios y de vez en cuando una lágrima le bajaba por la mejilla.

Al lado de la iglesia había lo que parecía un cajón grande de madera. Casiodoro observó a una anciana de rostro arrugado que se arrodilló allí y habló a través de una pequeña ventanilla cubierta.

—Padre, ¿por qué la gente le habla a la ventanilla? —susurró Casiodoro.

—Se están confesando con el sacerdote —dijo papá en voz baja.

—¿Hay alguien dentro de ese cajón grande?

—Sí, el sacerdote está sentado allí dentro.

Mamá se inclinó hacia Casiodoro y susurró con aspereza:

—¡Cállate! ¡Estamos en la iglesia!

Cuando la anciana terminó su confesión, caminó al frente y se arrodilló frente al altar. Inclino la cabeza y masculló unas palabras.

Mamá se levantó y se dirigió hacia el confesionario. Ella también se arrodilló y susurró nerviosamente a través de la abertura cubierta. ¿Qué tipo de hombre había dentro? ¿Por qué mamá estaba tan triste y temerosa? Casiodoro sintió lástima por ella... y enojo contra el hombre que la atemorizaba.

—Padre, ¿qué hace madre cuando se confiesa?

—Le cuenta sus pecados al sacerdote.

—¿Por qué el sacerdote quiere saber los pecados de madre?

—Supongo que es para poder perdonarlos.

Mamá se levantó y caminó al altar. Se arrodilló y recitó unas palabras mientras se mecía.

—¿Qué está haciendo madre ahora? —preguntó Casiodoro de nuevo.

—Seguramente está rezando avemarías¹ y padrenuestros.

—¿Por qué?

—Esa es la penitencia que el sacerdote le ha dejado.

—¿Cuántos avemarías, padre? ¿Y cuántos padrenuestros?

—Quizás unos veinte de cada uno.

—¿Cómo es que no pierde la cuenta? ¿Si pierde la cuenta, Dios no la perdona?

—Por favor, Casiodoro... Ella solo hace lo que el sacerdote le dice que haga.

Casiodoro esperaba que ella encontrara perdón, o lo que fuera que buscaba. Parecía afligida...

Mientras mamá recitaba oraciones, Casiodoro miró detenidamente el altar. Cerca de la parte superior había una imagen de un hombre a caballo.

1 Una oración católica dirigida a María, la madre de Jesús. Está basada en los saludos del ángel Gabriel y de Elisabet, la prima de María.

—Padre, ¿quién es ese hombre a caballo?

—Santiago Apóstol, el patrono de España.

—El caballo está pisando a un hombre...

—Sí, Doro, es un cuadro de Santiago matando a los moros, los enemigos de España.

—¿Santiago es un hombre bueno? —preguntó Casiodoro con un gesto que denotaba cierta repugnancia.

—Su... supongo que sí. Es un santo de la iglesia.

—Si es bueno, ¿por qué mata a otro con el caballo? —dijo Casiodoro con ojos desorbitados.

—Pues, no lo sé realmente, Doro. No había pensado en eso. Ahora, ¡cállate! Viene el sacerdote y tu madre ya terminó.

Pero era demasiado tarde. El sacerdote había observado que susurraban. Les lanzó una mirada molesta mientras caminaba hacia el frente. Casiodoro procuró protegerse bajo el brazo de papá. Mamá muchas veces le había dicho que no hablara en la iglesia y que no hiciera tantas preguntas, pero él no podía evitarlo... ¡Había tantas cosas que deseaba saber!

El sacerdote comenzó a salmodiar en una voz alta y áspera desde su lugar junto al altar. Casiodoro no podía entender nada de lo que decía el sacerdote, pero papá le había explicado que el sacerdote hablaba en latín. Sin embargo, papá no sabía por qué el sacerdote hablaba en una lengua que nadie, en su pequeña aldea de Montemolín, entendía. La mente de Casiodoro daba vueltas rápidamente. “¿Será que Dios habla en latín y nosotros no le entendemos porque no hablamos el latín? ¿Será esa la razón por la que padre y madre no pueden contestar muchas preguntas?”

El tiempo transcurrió sin que Casiodoro se diera cuenta. De repente, el sacerdote ya se preparaba para la eucaristía. Se paró detrás de una mesa y tomó un platillo cubierto, lleno de hostias. También colocó una copa de vino. A Casiodoro le gustaba observar el ritual de la consagración, aunque no comprendía lo que hacía el sacerdote.

Primero, el sacerdote se persignó y se arrodilló detrás de la mesa un par de veces. Cada vez recitó unas palabras en latín. Luego salió de detrás de la mesa con el platillo de hostias. La gente comenzó a caminar por el pasillo hacia el sacerdote. Él murmuraba algo y ponía una hostia en la lengua de cada persona. A Casiodoro le pareció divertido eso de pasar frente al sacerdote y sacar la lengua para recibir una hostia, pero papá le había dicho que tendría que esperar para comulgar, pues estaba muy niño. Además, aquel no era el día para acercarse al sacerdote después de haberlo molestado con su falta de reverencia.

Después de la misa, los padres de Casiodoro conversaron brevemente con sus amigos antes de volver a casa.

—Me gusta vivir en la cima de la colina, pero ahora tenemos que caminar tanto hasta la casa y tengo hambre —dijo Casiodoro.

Mamá seguía tensa y triste. ¿No había dado resultado su confesión? ¿Acaso no la había perdonado Dios? Casiodoro decidió no preguntar. No quería entristecerla más.

En la cumbre de la colina, papá levantó las varas pesadas para abrir la puerta. Todos sintieron gratitud cuando pasaron a la sombra de los naranjos que crecían en el patio. Dentro de la casa fresca, papá y Casiodoro se sentaron a la mesa sobre bancos mientras mamá preparaba el almuerzo.

—Casiodoro —dijo mamá—, ve fuera y tráeme un par de pepinos, por favor.

Casiodoro saltó de su banco y corrió por la puerta trasera. Las vides de pepino cubrían un muro de piedra, y Casiodoro buscó entre las hojas hasta encontrar dos pepinos largos y gruesos. Luego corrió a la cocina.

—¡Aquí tiene!

Mamá picó las hortalizas y las echó en un cuenco. Luego llenó tres tazones con gazpacho, esa sopa fría y sabrosa que tanto les gusta a los españoles. Casiodoro miró con ojos desorbitados que delataban

su hambre mientras mamá tomaba un bollo de pan del estante y lo cortaba en rebanadas gruesas. Luego mamá se dirigió al jamón que colgaba de una viga en la esquina. A Casiodoro se le hizo agua la boca mientras ella cortaba con destreza lonjas de jamón y las arreglaba como los pétalos de una flor a la orilla del plato. Con una sonrisa, puso la botella de aceite de oliva sobre la mesa.

—Aquí está, para los hombres hambrientos de esta casa.

Papá les untó aceite a dos rebanadas de pan y colocó una lonja de jamón en cada una. Le dio una a Doró y tomó él la otra. Luego tomó el cuenco de hortalizas picadas y echó una parte en cada tazón de sopa.

—¡Disfruta del sabroso almuerzo que preparó tu madre, Doró!

Casiodoro levantó la cuchara y comenzó a disfrutar de la deliciosa sopa fría. El rostro de mamá volvió a mostrar felicidad. Se veía feliz cuando servía a su familia.



CAPÍTULO 2

El Dios amable

c. 1526

Los rayos de luz matinales ya entraban en la casa cuando papá despertó a Casiodoro de un sueño profundo.

—Buenos días, Doro —dijo quietamente—. Es hora de que te levantes para que me ayudes con los animales.

Aunque se sentía muy a gusto en su cama calentita, Casiodoro prefería ayudarle a su padre. Se levantó de un salto y se dirigió a la cocina. Papá ya estaba sacando agua del barril y vertiéndola en un cubo de madera. Luego salieron con el cubo lleno al cobertizo detrás de la casa. Allí había recipientes de madera que contenían avena, cebada, trigo y bellotas. Junto a la otra pared, varios barriles de madera contenían guisantes secos, lentejas y judías. A medida que avanzaba el verano, los recipientes y barriles se vaciaban y se abría lugar para las cosechas del otoño.

Casiodoro sabía lo que había que hacer. Corrió al recipiente de avena y tomó la pequeña caja de madera que papá había hecho para alimentar a la cabra. No alcanzaba hasta el interior del recipiente, así que esperó a que papá se acercara para que le llenara de avena la

caja. Con mucho cuidado, Casiodoro llevó la caja al prado rodeado por un muro de piedras y la puso sobre el suelo. Entonces llamó a la cabra:

“¡Abra! ¡Abra!”

La cabra negra levantó la cabeza y se acercó corriendo. Mientras ella comía, papá le lavó la ubre con agua del cubo. Luego se acuclilló junto a ella y comenzó a ordeñar.

Los chorros de leche hicieron que se levantara espuma en el cubo. A Casiodoro le gustaba el olor cálido y dulce de la leche fresca. Abra frotaba su cuello contra Casiodoro como si le estuviera agradeciendo por la avena tan sabrosa. Él la acarició y dijo:

“Gracias, Abra, por la leche”.

Papá llevó el cubo de leche a la casa y lo puso sobre la mesa.

Casiodoro tomó un cubo de madera más grande y lo llenó de bellotas secas. Luego las llevó a otro prado rodeado de una valla de piedras con un portón angosto. El encierro de los cerdos incluía un área grande de árboles de roble. En el otoño, cuando las bellotas caían al suelo, los cerdos sencillamente se las comían del suelo.

Casiodoro se sentó en la valla mientras papá vaciaba las bellotas en un largo comedero de madera y se daba prisa a salir del encierro antes de que llegaran los cerdos. Aunque estaba seguro en la valla de piedras, Casiodoro sintió un poco de temor cuando los cerdos desesperados se acercaron gruñendo, chillando y empujándose unos a otros. El verraco grande lanzó a un lado a los más pequeños y comenzó a triturar bellotas a toda velocidad. Dos cerdas grandes llegaron con sus quince lechones que habían nacido esa primavera. Ya para el invierno, los ocho cerdos de tamaño medio estarían listos para el matadero o la venta. Casiodoro y papá observaron la lucha desesperada por unos minutos. Cuando se volvieron para irse, Casiodoro preguntó:

—Padre, ¿por qué los cerdos son tan egoístas?

—Esa es su naturaleza, hijo. Pero de ellos obtenemos el jamón

ibérico que es famoso por su maravilloso aroma a bellota. Es una lástima que tantos hombres se comporten como cerdos. —Papá hizo una pausa, luego murmuró, más para sí que para Casiodoro—: Especialmente cuando dicen que están sirviendo a Dios.

—¿Qué dijo, padre?

Papá parecía sorprendido de que Casiodoro lo hubiera escuchado.

—Algún día lo entenderás. En este momento estás demasiado joven.

Llenaron de avena otro cubo. Mientras papá vaciaba el contenido en un largo comedero de madera debajo de un árbol, Casiodoro llamaba a las ovejas.

Las ovejas llegaron corriendo. Casiodoro admiraba su gruesa lana blanca. El burro subió rápidamente por la colina para comer avena junto con las ovejas. Casiodoro acarició la lana de la oveja más cercana.

—Padre, las ovejas son más amables que los cerdos, ¿verdad?

Por unos momentos, observaron la escena pacífica bajo los rayos de luz matinal.

—¿Ahora qué sigue, Doro?

—¡El desayuno!

El muchacho corrió a la cocina.

—¡Madre! ¿Qué hay para el desayuno?

—Bueno, veamos qué tengo preparado —respondió mamá con una sonrisa.

Se rieron y se sentaron a la mesa. Mamá llenó los tazones de lentejas calientes y sabrosas. Luego roció rebanadas de pan con aceite de oliva y puso una junto a cada plato. Un vaso de leche de cabra caliente para cada uno completó el desayuno.

—¡Esto se ve delicioso, madre! —exclamó Casiodoro.

Después de comer, papá tomó el yugo que estaba detrás de la puerta y le colgó un par de cubetas, una en cada extremo. Casiodoro

agarró un cubo más pequeño y salió tras él por la puerta principal. Bajaron la colina hasta el pozo del pueblo.

—Padre, ¿por qué tantas personas vienen al pozo a la misma hora?

—Ellos también necesitan agua para pasar el día —explicó papá—.

Es mejor acarrear agua en la mañana cuando está fresco.

Los aldeanos se saludaban unos a otros.

—Buenos días le dé Dios...

Después de esperar en la fila, papá hizo girar el torno y bajó el cubo que colgaba de una cuerda. Casiodoro observaba mientras el cubo descendía a la oscuridad. Luego papá comenzó a girar la palanca del torno para hacerlo subir.

Después de bajar y subir el cubo cinco veces, papá había llenado sus dos cubos grandes y el cubo pequeño de Casiodoro. Lentamente, padre e hijo comenzaron a subir la colina con su carga. Cuando entraron en la cocina, papá jadeaba. Aunque el cubo del jovencito no pesaba mucho, Casiodoro dejó escapar un gran suspiro, como si él también estuviera cansado.

—Después de cargar esos cubos por largo rato, me vendría bien un vaso de agua fresca —dijo papá.

—¡Yo me siento igual! —declaró Casiodoro.

En cuanto terminaron con el agua, papá agarró el sombrero del gancho junto a la puerta.

—Hoy voy a estar en el trigal —le dijo a mamá—. Hay que arrancar la mala hierba. Envía a Doró con algo de comida cuando caliente el sol.

Mamá sacó agua del barril y la echó en el cuenco que utilizaban para fregar los platos. Casiodoro comenzó a lavarlos.

—Madre, ¿por qué los vecinos dicen “Gracias a Dios” cuando usted les dice que tiene buena salud?

Mamá pensó por un momento.

—Bueno, es Dios quien nos da la salud para trabajar. Él nos depara alimentos, ropa y todo lo que necesitamos. Dime qué más

nos da Dios.

—Bien, Dios me dio un padre, una madre, una casa bonita, la cabra, las ovejas, los cerdos, el burro y las gallinas —Casiodoro se detuvo y pensó por un momento—. Dios nos dio los alimentos del cobertizo, el agua, la ropa y... ¡tantas cosas!

—Tienes razón, hijo. Debemos agradecerle a Dios por todo lo que nos da. Él ha sido tan bueno con nosotros. —Mamá continuó hablando, aunque solo para sus adentros—: “Antes, el pueblo de España decía ‘Gracias a Dios’ porque de verdad había gratitud... Hoy no es más que un hábito”.

Cuando Casiodoro terminó con los platos, mamá sacó el agua sucia fuera de la casa y la derramó sobre las raíces de las plantas de pepino. Luego le dio a Casiodoro la escoba que papá había hecho con hierbas rígidas atadas al extremo de una vara. Casiodoro comenzó en el dormitorio y barrió debajo de las camas, como mamá le había enseñado. Después barrió detrás de las puertas, debajo de la mesa y por toda la casa.

Mientras sacaba el polvo por la puerta trasera, Casiodoro vio que mamá hacía queso con la leche de la mañana. En cuanto pudo, se subió a un banco para observar. Mamá había cortado un pedacito del cuajo seco que colgaba junto a los jamones. Después de lavar el pedacito de tejido seco, lo echó en la leche para cortarla. Una hora después, había cortado la cuajada en cuadros y los había dejado por un tiempo, para que el suero se separara de la cuajada. Ahora apartaba suavemente la cuajada y escurría el suero.

—Madre, ¿por qué lo hace con tanto cuidado?

—Es necesario manipular la cuajada con cuidado para lograr un buen queso —explicó ella.

Cuando había escurrido bien el suero y la cuajada parecía más firme, mamá le echó sal a la cuajada y la picó finamente. Luego tomó una tela especial, la mojó en el suero y la usó para cubrir el interior del molde de madera con hoyitos que papá había construido.

Mamá vertió la cuajada salada sobre la tela dentro del molde y el suero comenzó a escurrir por los hoyitos. El último paso fue colocar una piedra limpia encima del molde para poner presión y exprimir la cuajada. Ahora mamá la dejaría reposar muchas horas. A la mañana siguiente, mamá sacaría un queso con la forma del molde. A Casiodoro le encantaba el queso tierno.

Casiodoro corrió al patio del frente. Como lo hacía muchas veces, contempló el bello panorama: el castillo en la colina, la iglesia y las filas de casas blancas con tejados rojos que flanqueaban las calles al pie de la colina. Se volvió y miró el mosaico verde y amarillo de lomas cubiertas de cultivos, hileras de olivos verdes y vides atadas a sus estacas. Muchas de las arboledas de robles verde oscuro estaban rodeadas de vallas de piedra que servían de encierro para los cerdos. Casiodoro suspiró alegremente... “Sí, Dios nos ha dado mucho”.

—Casiodoro, ¿me harías el favor de llevar esta comida al campo para tu padre?

—Ah —la voz de mamá lo sacó de sus pensamientos—. ¡Sí, madre! Casiodoro se dio prisa.

—Toma esta calabaza de agua fresca y esta bolsa de comida. Eché algo para ti también.

Casiodoro se echó la calabaza al hombro, tomó la bolsa y se marchó. Los rayos del sol resultaban placenteros sobre la espalda de Casiodoro que ahora pasaba quietamente junto al encierro de los cerdos. El chico echó un vistazo por la puerta del encierro de las ovejas y la cabra, pero no vio ninguno de los animales que tanto apreciaba. Avanzó entre las vallas de los pastos hasta llegar a los olivos sobre la colina. Desde allí pudo observar a los animales en sus encierros más abajo. Enfrente, al otro lado de la loma, se extendían los campos de cultivos. Cuando vio a su padre abajo en el trugal, lo llamó:

—¡Padre, comamos aquí bajo los olivos!

Papá arrancó malas hierbas todavía por unos instantes antes

de comenzar a subir la colina. Después de sentarse en la grama, se empinó la calabaza y bebió largamente.

—Esto está bueno. ¡Gracias, Doro! —exclamó.

Papá abrió la bolsa y sacó un poco de jamón y algo de queso de leche de cabra y los puso sobre una rebanada de pan. Primero le dio a Doro antes de prepararse el propio. Mientras comían, Casiodoro nombraba en voz alta lo que podía ver mientras observaba la granja desde la cima de la loma.

—Padre, tenemos tantas cosas. ¡Somos ricos!

—Sí, hijo, tenemos todo lo necesario. Dios me ha dado salud para trabajar, y él envía la lluvia y el sol para que crezcan los cultivos. Todo es don de Dios, Doro.

Una cogujada común voló y se posó en la tierra cerca de ellos. Ambos permanecieron en silencio, observando a la avecilla que saltaba entre los terrones. Tras sacar una lombriz de la tierra, la sacudió varias veces y procedió a engullirla. Luego saltó sobre una roca y entonó sus bellas notas. Casiodoro admiró la cresta oscura del ave, las manchas blancas alrededor de los ojos y el pecho blanco salpicado de manchas oscuras. De pronto el ave los vio y se alejó volando.

—¡Qué ave tan bella! —dijo Casiodoro en voz baja—. Hay tanta belleza por todas partes. Dios es bueno, ¿verdad, padre?

—Sí, así es, Doro.

Casiodoro fijó la vista en el cielo azul y comentó:

—Padre, me gusta más estar aquí con Dios que estar en la misa. Cuando estoy en el campo, me parece que Dios es cariñoso... Siento que está cerca. En la misa me da un poco de miedo...

—Entiendo lo que dices, Doro. Muchas veces me pregunto si el Dios de la misa es el Dios verdadero. Por alguna razón, a veces dudo de la iglesia. —Entonces se dio cuenta de lo que había dicho y añadió con urgencia—: Doro, ¡nunca le digas a nadie lo que te he dicho!

—¿Por qué, padre?

—A los sacerdotes no les va a gustar, y hasta me pudieran castigar.

—Papá meditó en silencio por un momento y luego añadió—: Y eso hace que yo dude aún más de ellos. Pero Doro, por favor no le cuentes a nadie de estas cosas.

—No le diré a nadie, padre.

Había algo que Doro no comprendía. ¿Por qué alguien habría de castigar a papá por tener dudas? Tal vez algún día lo entendería.



CAPÍTULO 3

Colón— ¿Llevar la fe o traer riquezas?

c. 1536

Un farol iluminaba el aposento oscuro con una luz cálida. A orillas del círculo de luz, grandes sombras danzaban cuando las personas a la mesa de la cocina se movían. Casiodoro, que en unos cuantos años fugaces había dejado de ser un niño inquisitivo, se había convertido en un muchacho pensativo. Ahora de dieciséis años, escuchaba absorto a su abuelo de sesenta y siete años que había venido desde Sevilla para visitarlos.

Abuelo había llegado el día anterior, pero después de cabalgar más de diez horas en su caballo gris, se sentía sumamente cansado. Cuando llegó, se limitó a cenar y luego se fue a la cama. En la mañana, Casiodoro le había mostrado los animales, los cultivos y el pueblo.

Ahora ya habían cenado y permanecían alrededor de la mesa, atentos a las historias del abuelo acerca de la vida en Sevilla.

—Abuelo, cuéntanos de Cristóbal Colón —interpuso Casiodoro—. Tú lo has visto, ¿verdad?

—Sí, lo vi varias veces antes de que hiciera ese primer viaje, y otra vez después de que volviera.

—¿Cómo era él? —preguntó Casiodoro con entusiasmo.

—Bueno, era un hombre alto, con cabello claro, un rostro como enrojecido y una nariz curva. Normalmente caminaba con pasos seguros y firmes. Antes de su viaje, siempre llevaba un bolso de cuero. Una vez lo vi en el Patio de los naranjos.² Allí extendió unos papeles sobre una de las mesas bajo los naranjos. Le hablaba a un grupo de hombres adinerados y les explicaba con entusiasmo que él podría llegar a la India por medio de viajar hacia el oeste sobre el vasto mar. Nadie jamás había intentado algo tan peligroso. Los hombres no estaban muy convencidos y algunos hasta se burlaban de él:

“¡Todos terminarán muriendo en alta mar!”, le advertían. Pero otros lo admiraban y se interesaban en sus planteamientos.

—Entonces, abuelo, ¿por qué Colón deseaba hacer ese viaje?

—Él creía que podría llegar a las Indias orientales navegando hacia el oeste, y descubrir así una mejor ruta.

—Entonces, ¿todo era un asunto de comercio? —preguntó papá.

—Pues, también habló de evangelizar a los paganos. Lo mencionó varias veces. Sin embargo, el grupo estaba más interesado en la posibilidad de conquistar territorios y hallar riquezas. Colón esperaba hallar la Havila de la Biblia, la fuente de todo el oro, decía él.³

”Colón se reunió muchas veces con el rey y la reina hasta que finalmente logró el apoyo necesario —continuó Abuelo—. Además del rey, algunos banqueros adinerados de Sevilla aportaron para el viaje.

2 Un pequeño parque sembrado de naranjos junto a la catedral.

3 Génesis 2:11

Ellos esperaban que su inversión fuera reembolsada con riquezas que Colón traería de la India.

”Hizo su primer viaje con tres barcos. Salió del Puerto de Palos el 3 de agosto de 1492”.

—Abuelo, ¿cuántos años hace de eso?

—A ver, Doro, saca la cuenta. Estamos en 1536.

—Bueno, Colón partió ocho años antes del año 1500. Y ahora, sumemos treinta y seis años... Hace 44 años —concluyó Casiodoro.

—Sí, así es —coincidió el abuelo—. Yo tenía veinte y tres años; tu abuela y yo estábamos recién casados. En cuanto Colón zarpó, muchos creían que no lo volverían a ver. Pasaron meses sin que se escuchara nada de Colón y sus hombres.

”Más de siete meses después, hubo una gran conmoción en Sevilla cuando Colón volvió. Medio mundo se congregó a la orilla del río, junto a la Torre del oro. Las multitudes vitoreaban a Colón y sus hombres que remaban en pequeños botes hasta el muelle. Yo no pude acercarme mucho, así que esperé junto al camino para verlo pasar.

”¡De verdad era un espectáculo! Primero venía un hombre que traía la bandera de España; Colón caminaba lentamente detrás de él. Obviamente, Colón estaba orgulloso de su viaje exitoso. Uno de sus hombres cargaba un cofre lleno de oro. Unos cuantos traían aves extrañas. Nueve nativos del área explorada, asustados y tristes, también caminaban en el desfile.

”Colón dijo varias veces que deseaba llevar nuestra fe católica a los indios paganos; esa era la razón principal de su viaje, decía él. Otros exploradores hicieron declaraciones similares, pero no había duda: las riquezas eran el imán que los atraía. Cuando miré los rostros tristes de los esclavos, me pregunté si nuestra fe católica los había beneficiado en algo. Quizá ni siquiera *deseaban* nuestra fe.

—Ah, esa es una observación interesante —dijo papá—. Muchas cosas me hacen dudar de nuestra fe. Algunas cosas no concuerdan.

—Sí, lo sé —agregó el abuelo—. En viajes posteriores, los exploradores llevaron consigo a muchos sacerdotes para convertir a los indios. Cada vez, traían consigo a indios que obviamente no deseaban venir ni deseaban ninguna amistad con nosotros. Realmente no creo que la Iglesia católica les haya hecho algún bien.

—Sin embargo, trajeron riquezas, y eso es lo importante para muchos, ¿no es cierto? —preguntó papá.

—Sí, los comerciantes han traído una riqueza increíble a Sevilla. Desde el nuevo mundo llegan a Sevilla barcos cargados de oro, plata, madera de caoba, tabaco y otros productos. Los reyes españoles cobran más impuestos de los comerciantes de Sevilla que lo que otros reyes cobran en todo su reino. Y el tabaco procedente del nuevo mundo genera aun más riqueza que el oro.

”El rey Fernando y la reina Isabel nunca comprendieron el alcance increíble del apoyo que le dieron a Colón. España se ha convertido en el reino más rico y poderoso del mundo. Ha establecido su dominio sobre enormes territorios en el nuevo mundo, y Sevilla maneja el comercio proveniente de ellos. Sevilla se ha convertido en una de las ciudades más prósperas de Europa. Y no solo eso; continúa creciendo rápidamente. Mercaderes de todo el mundo están llegando a vivir allí. Por todas partes se ven construcciones de grandes palacios, y por las calles circula gran cantidad de carruajes, caballos y gente. Un arquitecto famoso está ampliando y modernizando la catedral. Será una catedral magnífica.

”Sin embargo, toda esta gloria tiene un lado oscuro. —El abuelo hizo una pausa y frunció el ceño—. Muchas personas pobres de Sevilla luchan por sobrevivir. Han llegado a Sevilla con la esperanza de enriquecerse, pero terminan en la miseria. La inmoralidad infecta de enfermedades venéreas a muchas personas. Miles de niños sin hogar están enfermos y no tienen quién los ayude.

Por un rato, los cuatro guardaron silencio mientras meditaban profundamente. Luego papá habló:

—Lo que dijiste de los rostros de los indios me hace pensar en nuestro propio pueblo después de la misa o las celebraciones de Semana Santa. En cuanto terminan las actividades, vemos rostros tristes y amargados, tanto entre el pueblo como entre los sacerdotes. Parece que nadie halla a Dios, y nuestros pecados tampoco son perdonados.

—Abuelo, ¿cuál es el problema de la iglesia?

Los adultos se asustaron con la pregunta de Casiodoro. Se volvieron hacia el joven con rostros preocupados. Papá le advirtió:

—Hijo, *nunca* le digas a nadie que dudamos de la iglesia.

—No se preocupen, nunca se lo diré a nadie. Pero ¿por qué no se puede hablar de los problemas de la iglesia?

—Hijo, el problema es que los sacerdotes y toda la estructura de la iglesia no toleran cuestionamientos. Si descubren que dudamos o nos quejamos, podrían arrestarnos y echarnos en la prisión.

—Eso también me hace dudar —añadió el abuelo—. No creo que la iglesia de Jesús deba castigar a las personas que hacen preguntas. Los dirigentes deberían estar dispuestos a reconocer sus errores, ¿no es cierto? Pero escucha, Casiodoro —le advirtió el abuelo—, si no quieres meternos en problemas, nunca le digas ni una palabra de esto a nadie.

—No te preocupes, no lo haré —reiteró Casiodoro—. Además, estoy de acuerdo, eso de los castigos no va con el Dios que creó un mundo maravilloso y nos da tantas cosas buenas.

Mamá habló con cierto temor:

—Entiendo lo que están diciendo, pero me hallo confundida. ¿Qué es la verdad? También debemos respetar a los sacerdotes y sujetarnos a ellos, ¿no es cierto?

Por un rato, todos permanecieron en silencio y meditaron en la pregunta. Luego el abuelo dijo con tristeza:

—Yo también me siento confundido. Sé que debemos respetar a los sacerdotes, pero como dice Doro, no veo que ellos sean como el

Dios amoroso. Además, los nuevos predicadores en Sevilla aumentan más mis dudas.

—¿Cuáles nuevos predicadores, abuelo? —preguntó Casiodoro.

—Algunos hombres andan predicando... Su predicación es diferente, ellos dicen que la Biblia dice esto y lo otro.

—Cuéntanos de ellos, abuelo.

—Bueno, primero apareció Rodrigo de Valer —comenzó a decir el abuelo—. Él era una persona pecadora; le gustaban las fiestas, pero una experiencia espiritual cambió su vida. Él comenzó a estudiar la Biblia en latín.

—¿Qué dice la Biblia, abuelo? —preguntó Casiodoro con entusiasmo, inclinándose hacia delante.

—He escuchado que cuenta de Dios. Nos cuenta cómo podemos ser salvos de nuestros pecados. Pero muy pocas personas han visto una Biblia. Las pocas que existen en España están escritas en latín y nosotros no hablamos ese idioma. No sabemos lo que dice la Biblia.

”Sin embargo, Rodrigo memorizó muchos pasajes de la Biblia; habla de la Biblia cuando predica. Comenzó a predicar en el mercado, en la calle o en cualquier lugar donde pudiera hallar una audiencia. Aunque hablaba con convicción y poder, la gente decía que estaba loco.

”Pero había algo en la predicación de Rodrigo que convencía. ¡Era poderoso y cautivador! No fue de sorprender que los sacerdotes resintieran su predicación, especialmente porque se atrevió a criticarlos a ellos y a la iglesia. Aunque lo intentaron, no pudieron convencerlo para que abandonara sus predicaciones, así que trataron de convencer al pueblo de que Rodrigo estaba loco.

”Ahora ha salido un nuevo predicador, Juan Gil. Es un sacerdote que predica en la catedral. Hace unos años, Juan Gil predicaba como cualquier otro: sus sermones no tenían ningún propósito ni poder. Pero la gente dice que él también experimentó un cambio después

de hablar con Rodrigo de Valer. En todo caso, sus predicaciones de verdad han cambiado.

”Ahora predica con tanta convicción y sabiduría que su mensaje llega al corazón. Él cautiva tu atención y le habla a tu mente... Te dice cómo puedes acercarte a Dios con fe. Él dice que, si nos arrepentimos de nuestros pecados, nuestra vida cambia. Sus predicaciones están causando una gran conmoción y la catedral se llena. No sé qué van a hacer los demás sacerdotes... No están contentos. Ellos se retiran o lo miran con enojo cuando predica, pero tienen que proceder con cautela porque el pueblo está encantado con la predicación de Gil. Otro hombre, un judío converso llamado Constantino, también predica como Juan Gil: con autoridad divina, diría yo.

—¡Me encantaría escuchar la predicación de uno de esos hombres! —exclamó papá—. Tal vez pudiera hacer un viaje a Sevilla este año y vender mis cosechas allá.

Aunque resultaba más fácil vender las cosechas en Montemolín, papá podía lograr mejores precios en Sevilla. De esa manera, el incremento en los precios de venta cubriría los costos del viaje.

—Hazlo —lo animó el abuelo—. Te puedes quedar con nosotros. Ya sabes que la abuela estaría encantada de poder darte la comida.

—Padre, ¿puedo acompañarlo? —preguntó Casiodoro—. Yo también quiero escuchar las predicaciones.

—Pero ¿quién se quedaría con tu madre?

—Por eso no se preocupen —interpuso mamá—. Durante el día yo me las arreglo, y puedo pedirle a una vecina que se quede conmigo en las noches. Alimentar a los animales y ordeñar la cabra es fácil para mí. Yo quiero que Casiodoro vaya y escuche la predicación.

Casiodoro no podía creerlo. Nunca había viajado a Sevilla, ni a un lugar tan lejos de casa. Una sonrisa radiante se dibujaba en su rostro mientras decía con una voz apenas audible:

—¡Gracias, madre!



CAPÍTULO 4

El viaje a Sevilla

c. 1536

Pocas semanas más tarde, la familia estaba absorta en los preparativos para el viaje a Sevilla. Había mucho que hacer, aunque la cosecha estaba por finalizar. Casiodoro había trabajado arduamente, haciendo más que su parte para cosechar el trigo, la cebada, la avena, las lentejas, los guisantes y las judías. Después de cortar las plantas, las secaron al sol y las trillaron a mano. Al final del día, Casiodoro se encontraba sudado y exhausto, pero sentía que había cumplido con la tarea de un hombre. Trillar el grano con un mayal ciertamente no era trabajo de niños. Después de secar el grano al sol, Casiodoro lo echaba en costales.

La cosecha de las uvas había comenzado en setiembre. Parte de las uvas frescas fueron destinadas al consumo de la familia mientras que un comprador de frutas que pasaba por las granjas de la región compró lo demás. Ahora cortaban las que quedaban y colocaban los racimos en el suelo para que el sol caliente de España los secara. Una de las últimas tareas de la vendimia era recoger estos racimos de pasas y almacenarlos en cajas dentro de la casa. De nuevo, apartaron unas

cuantas cajas para el gasto del hogar y prepararon las demás para la venta en Sevilla.

En especial, Casiodoro estaba encantado con la cosecha de las aceitunas. Primero cortaron y recogieron la fruta, luego exprimieron buena parte de la cosecha para extraer el aceite de oliva. Las mejores y más grandes aceitunas se echaban en salmuera en tinajas de barro. Algunas tinajas serían para la familia y las demás para la venta. A Casiodoro se le hacía agua la boca cuando pensaba en las aceitunas saladas.

Papá había contratado a Diego, un vecino, para llevar los productos a Sevilla. Diego contaba con un par de caballos y una carreta grande. Papá y Casiodoro también viajarían en la carreta. Una vecina pasaría las noches con mamá, y el esposo de esta se ofreció para alimentar los cerdos, ya que estaban muy grandes y gordos. En realidad, casi estaban listos para la matanza.

La tarde antes del viaje, Diego llegó con la carreta. Casiodoro lo observó cuando ingresaba por el portón. Los grandes caballos bayos lucían pelajes lustrosos y parecían gordos y saludables. De camino al cobertizo, pararon las orejas mientras rodeaban la casa con su paso enérgico.

Diego hizo que los caballos retrocedieran la carreta hasta el cobertizo. Saltó de su asiento y se fue a mimar a los caballos. Les acarició las caras largas y oscuras. Luego desenganchó la carreta y tomó las riendas. Tras una orden, los caballos saltaron hacia adelante.

—¡Regresaré antes de que amanezca! —gritó Diego cuando salía.

Casiodoro observó los caballos mientras salían por el portón y desaparecían de la vista.

—Bueno, hijo, nos espera una gran tarea —dijo papá.

—Sí, padre, pongamos manos a la obra antes de que oscurezca.

—Primero, carguemos las tinajas de aceite y aceitunas —dijo papá.

Casiodoro trajo las tinajas y las puso sobre la carreta. Papá las colocó al frente, en filas ordenadas detrás del largo asiento del

conductor. Después ordenaron las cajas de pasas y, por último, los sacos de grano. Mamá les había preparado las maletas con mudas de ropa. Les puso también tres paquetes envueltos en tela que contenían pan, jamón, queso y un puñado de aceitunas para cada uno. Un paquete era para la mañana, uno para el mediodía y uno para la tarde. Si Dios prosperaba su viaje, la abuela les serviría una buena cena.

Temprano a la mañana siguiente, la familia se apresuraba para terminar con su desayuno a la luz de la lámpara cuando escucharon los pasos de caballos que rodearon la casa. Papá y Casiodoro tomaron sus maletas, se despidieron de mamá y desaparecieron por la puerta trasera. Diego ya enganchaba la carreta a los caballos

—¿Están listos? —preguntó Diego.

Casiodoro subió por la parte trasera de la carreta, avanzó sobre los sacos, cajas y tinajas, y se sentó en el largo asiento del frente.

—Estoy listo —dijo Casiodoro cuando llegó al asiento.

Diego se sentó a su lado, tomó las riendas y les habló a los caballos. Cuando salieron del portón, Diego detuvo los caballos brevemente para que papá cerrara el portón y luego buscara su lugar en el asiento junto a ellos. Los nobles caballos piafaron impacientemente. Diego les dio rienda y partieron.

Las ruedas de madera pasaron ruidosamente por la calle empedrada, frente a la iglesia y alrededor del castillo en la cima de la colina. Después de un rato, los caballos habían establecido un paso constante; inclinados hacia adelante, tiraban juntos cuando subían una cuesta. Luego se inclinaban hacia atrás para detener la carreta cuando descendían por la colina.

En el este, el amanecer se vislumbraba. Primero un resplandor tenue y grisáceo se asomó por el horizonte oscuro. Poco a poco el horizonte adquirió un tono rosa para luego tornarse rojo con un centro amarillo. La intensidad de los colores iba en aumento hasta que el sol se dejó ver sobre la línea del horizonte. Los rayos de luz

bañaron los campos, viñas y olivares recién cosechados, y el cielo se vistió de un azul oscuro. Un coro de aves recibió el nuevo día junto a los ruidos de los arreos de cuero y las ruedas de madera.

—Qué mañana tan bella —murmuró Casiodoro casi con reverencia.

—Sin duda —agregó el cochero—. Me encantan estas horas tempranas de la mañana. A mis caballos también les gusta salir tempranito.

—Puedo ver que les encanta viajar y tirar de la carreta. ¡Son animales excelentes! —exclamó Casiodoro.

—Son los mejores que haya tenido —dijo Diego—. Eran potros cuando los compré; yo mismo los adiestré, así que nos entendemos bien.

Pasaron por valles donde las casas se ocultaban entre naranjales cargados de fruta. Cabras, ovejas, vacas, asnos, caballos y cerdos pastaban y buscaban su alimento tras vallas de piedra. Casiodoro señaló los cerdos que se reunían bajo los árboles de roble.

—Sí —dijo Diego—. Pronto estarán matando los cerdos. El jamón de bellota de España es muy sabroso porque los cerdos se alimentan solo de bellotas. Se ha vuelto tan famoso que hoy el jamón de España es un producto de exportación. En el mercado de Sevilla, los mercaderes compran estos jamones y los envían a todo el mundo.

—¿No es interesante que algo tan común como el jamón, algo que nosotros comemos todos los días, sea tan especial para personas en otros países? —añadió papá.

—Sí, lo es —respondió Diego—. A la vez, nosotros importamos productos que son especiales para nosotros, como el maíz y las calabazas. Mañana verán todos esos productos en el mercado. ¡Es impresionante!

—Ya que estamos hablando de jamón... —Papá sacó de su maleta un bulto envuelto en tela. Desató las puntas y sacó un pedazo de pan casero sobre el que mamá había rociado aceite de oliva. Papá puso lonjas de jamón y queso sobre el pan y le dio el medio emparedado a

Casiodoro junto con algunas aceitunas.

—Disfrútalo, Doro —agregó papá.

Casiodoro ya estaba disfrutando de todos los aspectos del viaje: viajar en la carreta detrás de los caballos esbeltos, observar el bello paisaje y saborear el desayuno que su madre había preparado. Y junto con eso, ¡la emoción de saber que pronto vería muchas cosas de interés en Sevilla!

Al aproximarse al pueblo de Monesterio, el paisaje cambió de granjas con terrenos ondulantes a montañas boscosas. El empedrado en el camino apareció de nuevo, al igual que las casas blancas con tejados a las orillas de la calle. Gran cantidad de personas y carruajes llenaban el pueblo. Los niños jugaban en las calles y los perros y gallinas merodeaban por todas partes.

Cuando salían del pueblo, Casiodoro notó una construcción grande en una loma.

—¿Qué es ese edificio? —preguntó.

—Es el viejo monasterio... De ahí viene el nombre del pueblo —dijo Diego escuetamente.

—¿Qué es un monasterio?

—Así se le llama al lugar donde viven los monjes —respondió Diego. La manera en que hablaba denotaba que sabía más del tema, aunque no deseaba ahondar en el asunto.

—¿Por qué viven en un monasterio y no en sus casas? Me imagino que sabes por qué —continuó Casiodoro.

—Lo sé muy bien. —Diego hizo una pausa incierta.

Casiodoro lo instó a continuar.

—¿Qué sabes de los monasterios? Dime.

—Bueno —comenzó a decir Diego—, cuando tenía más o menos tu edad, trabajaba para mi padre en la granja. Yo veía todas las maravillas que Dios había hecho y... Bueno, yo deseaba aprender más de él. La misa era toda en latín, así que ahí no aprendía nada. Cuando le pregunté a mi padre dónde podía aprender más de Dios, él sugirió

que me hiciera monje y entrara en ese mismo monasterio.

”Bien puedo recordar cuando mi padre me trajo a este lugar para comenzar mi vida como monje. Los monjes deben vivir con sencillez, así que traje muy pocas pertenencias. —Diego hizo una pausa, reflexionando mientras estudiaba el edificio—. Todavía puedo recordar mis emociones entrecortadas cuando me despedí de mi padre.

—Cuéntame más —rogó Casiodoro—. Quiero oír cómo te fue con los monjes. Yo también he anhelado conocer más de Dios.

—Bueno, la vida en el monasterio no se parecía en nada a mi vida en casa. Me asignaron un cuarto pequeño con una cama de madera sin colchón, una mesita con un candelero y un libro de oraciones. Nos despertaban a las cuatro de la madrugada para que pasáramos una hora en oración.

—¿Cómo podías orar toda una hora? —preguntó Casiodoro con incredulidad.

—Pues, uno se arrodillaba y leía o recitaba oraciones de un libro de oración. Tuve que aprender el latín para poder decir las oraciones. Después del tiempo de oración, todos los monjes se reunían para rezar el rosario y otras plegarias. Entonces todos preparábamos y servíamos el desayuno.

”Después del desayuno, nos asignaban trabajos en la granja. No importaba cuán caliente estuviera el sol o cuánto frío hiciera, había que trabajar muy duro. De nuevo, era responsabilidad de todos preparar el almuerzo. Luego, en la tarde, nos permitían una media hora de descanso. Después, teníamos que ponernos de pie y recitar oraciones, cantar durante media hora y volver al trabajo hasta las cinco de la tarde. Después de preparar y comer la cena, otra vez había que repetir oraciones hasta que llegara la hora de acostarnos.

—¿Podías dormir bien sobre esas tablas duras? —preguntó Casiodoro con duda.

—Al principio se me hacía muy difícil dormir. Yo daba vueltas

de un lado para otro, buscando alivio para mis huesos doloridos. Sin embargo, después de unos días de trabajo arduo, estaba tan cansado que dormía toda la noche. Al principio, la comida parecía escasa e insípida, pero pronto llegué a estar tan hambriento que me comía cualquier cosa.

Casiodoro exhaló un silbido apenas audible y agregó:

—¡Imagina! Esa vida sí exigía sacrificio.

—Yo creía que era apropiado sacrificar mis deseos para acercarme a Dios. Pero me sentí muy decepcionado cuando descubrí que los monjes encargados, los “hombres más santos”, tenían buenas camas y recibían más alimento.

—¿Cuál era tu trabajo? ¿Producir alimentos para los monjes?

—Sí, producíamos alimentos para el monasterio y también vendíamos muchas hortalizas y granos. A menudo nos recordaban que debíamos sacrificarnos de buena gana para que la iglesia tuviera un mejor ingreso.

—Pero, dime, Diego: ¿esa vida tan rígida te acercó a Dios?

—Eso es lo extraño —reconoció Diego—. Nos decían que nuestras penurias eran la cruz que debíamos cargar para acercarnos a Dios. Pero no resultaba así. Ninguno de los monjes, ni siquiera los encargados, se acercaba a Dios. Había rivalidad y amargura. Al principio, creía que solo debía aceptar mis dificultades... que eran la cruz que yo debía cargar. Pero, con el paso de los meses, vi que los monjes con mucho más tiempo en el monasterio no eran más felices que nosotros los más nuevos.

Papá escuchaba atentamente.

—¿Así que una vida difícil y de abnegación no te acercó a Dios? —preguntó papá finalmente.

—No —Diego negó con la cabeza de manera resignada—. Yo me sometí a penurias. Estaba resuelto a encontrar a Dios, así que hice todo sacrificio que se me pedía. Sin embargo, no me sirvió de nada, aunque lo hice con toda sinceridad. Me sentía triste, solo y

decepcionado. En la noche, me acostaba en mi cama y lloraba de frustración y desesperación. No estaba llegando a nada.

Casiodoro se compadeció de Diego. Él también deseaba fervientemente conocer a Dios.

—Lo siento, Diego. ¿Aprendiste algo acerca de Dios?

—La verdad es que no. Yo anhelaba leer la Biblia, pero pronto descubrí que mis superiores se oponían rotundamente a la idea. Decían que era peligroso leerla. En realidad, ni siquiera había una Biblia en el monasterio.

Casiodoro estaba confundido.

—¿Por qué ha de ser peligroso leer la Biblia?—preguntó Casiodoro.

—Nunca descubrí la razón. Ellos dicen que nosotros, las personas comunes, no podemos entenderla, y que nos confundimos si la leemos. Pero hace muchos años, mi abuelo conoció a un hombre que pertenecía a la iglesia de los Valdenses. Para mi abuelo, ese hombre tenía una fe viva y verdadera, aunque no era la fe católica. Era un hombre humilde, honrado y muy trabajador. Él decía que el gran problema de los católicos es que ignoran la verdad. No leen la Biblia... Este hombre decía que la Biblia es un libro maravilloso que Dios nos ha dado, un libro que nos permite conocer a Dios. Él aseguraba que todos deben leerla.

”Mi padre contaba esa historia a menudo y anhelaba leer una Biblia. Cuando vine al monasterio, pensé que allí podría hacerlo. Me sentí muy decepcionado cuando me dijeron que no la leyera.

—¿Saben?—intervino papá de nuevo—. Cuando yo era joven, escuché a unos hombres mayores que hablaban de la Biblia. Ellos decían cosas maravillosas acerca del libro: que es inspirado por Dios y que nos dice cómo vivir. A veces dudo de lo que nos han enseñado los sacerdotes. ¡Cuánto anhelo saber qué dice *Dios!*—Papá hizo una pausa antes de continuar—. ¿Será que la Biblia pudiera ayudarle a uno a entender mejor algunas cosas?

—Hay Biblias por aquí y por allá, pero todas están en latín

—interpuso Diego—. Aunque salí del monasterio, mi anhelo es leer la Biblia algún día.

—¿Por qué saliste del monasterio? —Casiodoro hizo que Diego volviera a su historia.

—Yo estaba triste y decepcionado porque no me acercaba a Dios. En las noches, permanecía despierto y mis pensamientos me turbaban. Finalmente decidí que en casa estaría más feliz, y que en la granja no iba a estar más lejos de Dios que en el monasterio.

—Además, me imagino que deseabas volver a tu propia cama y probar de nuevo la comida que preparaba tu madre —sugirió papá con una risa.

—Sí —reconoció Diego con una sonrisa—. Pero la gota que derramó el vaso fue descubrir los terribles pecados de algunos de los monjes. Al principio, escuché algunos chistes vulgares... Al parecer, los monjes practicaban perversiones durante la noche. Pero una noche terrible, uno de los monjes encargados llegó a mi dormitorio y comenzó a hablar de cosas indecentes. Yo estaba horrorizado, pero logré que saliera de mi cuarto antes de que sucediera algo peor. Por muchas horas permanecí despierto, temblando de miedo. Cuando llegó la hora de levantarme, yo no quería saber más nada de la vida en el monasterio. Durante el tiempo de oración matinal, reuní mis pocas pertenencias en una bolsa, subí por un árbol y salté a la oscuridad del otro lado del muro.

Los viajeros guardaron silencio. Naturalmente, Casiodoro sentía curiosidad respecto a la indecencia entre los monjes, pero sentía vergüenza de hacer preguntas. Papá también parecía incómodo. Finalmente, Diego dijo:

—Todavía me encantaría leer la Biblia. Tengo muchas preguntas, y me imagino que en la Biblia podría encontrar respuestas. —Hizo una pausa y luego exclamó con amargura—: Pero ¡jamás volveré a un monasterio!

—Entiendo muy bien por qué lo dices —ofreció papá con compasión.

Los caballos acometieron una nueva cuesta empinada, pero Casiodoro no notó la manera en que los caballos tensaron sus cuerpos para tirar con fuerza ni oyó los ruidos de la carreta y los arreos. Meditaba profundamente. Un deseo vivo de leer la Biblia se entremezcló con su anhelo de conocer más de Dios.

Sin embargo, primero tendría que aprender a leer. Su padre había intentado enseñarle algunas de las letras a la luz de la lámpara, pero su falta de interés había desilusionado a su padre. Sin embargo, algo estaba ocurriendo. Ahora Casiodoro sentía la obligación de estudiar.

—Padre, cuando volvamos a casa, quiero que me enseñe a leer. ¡Tengo que aprender a leer!

El comentario enfático de Casiodoro sacó a papá de sus pensamientos. La sorpresa se dibujaba en su rostro cuando miró a su hijo y preguntó:

—Cuéntame, hijo, ¿por qué de pronto deseas aprender a leer?

—Padre, quiero leer la Biblia —respondió Casiodoro con sinceridad.

Ahora papá estaba aún más sorprendido.

—¿Y dónde vas a hallar una Biblia? —Bajó la voz como si temiera que alguien lo oyera—. Poseer o leer una Biblia está estrictamente prohibido. Si los sacerdotes te descubren, te metes en problemas.

—Además, tendrás que aprender a leer el latín —dijo Diego—. No hay Biblias en castellano.

—¿No hay Biblias en castellano? ¿Por qué no? —insistió Casiodoro con incredulidad.

—La Biblia se escribió hace muchos siglos en griego y hebreo. Luego se tradujo al latín. Pero nadie la ha traducido al castellano para nuestro pueblo. He escuchado que un alemán llamado Martín Lutero tradujo parte de la Biblia al alemán... Lo que llaman el Nuevo Testamento. Además, algunos dicen que los judíos que viven aquí en España han traducido el Antiguo Testamento al castellano, pero el

gobierno persigue a los judíos, y por eso sus Biblias son muy escasas. ¡Cuánto deseara que existiera una Biblia en castellano! Me parece absurdo que no haya una Biblia que podamos leer.

—La Biblia es un libro importante. ¿Por qué nadie la traduce al castellano? —preguntó Casiodoro con el ceño fruncido.

—Llevaría mucho trabajo y el traductor tendría que saber mucho del griego y el hebreo. Sin embargo, la razón principal es sencilla. La iglesia prohíbe estrictamente que la gente tenga Biblias. Por la misma razón, nunca van a permitir que alguien traduzca la Biblia al castellano, porque no quieren que el pueblo tenga acceso a ella.

El graznido fuerte de unas aves interrumpió los comentarios de Diego. Al doblar una curva, vieron que una bandada de urracas gritaba y saltaba en las ramas de un árbol. Parecían molestas por algo que veían entre las rocas debajo de ellas.

—Probablemente han visto un animal y quieren dar aviso a las demás aves —especuló papá.

Y así fue. Un momento después, un lince salió de entre las rocas con un conejo grande en el hocico. El lince mantenía la cabeza en alto, pero las patas del conejo se arrastraban por el suelo.

—¡Mira eso! —exclamó Casiodoro—. Nunca había visto un animal así.

—Es un lince —replicó Diego—. Aquí en los cerros verás muchos animales que no se ven en Montemolín. Es una de las razones por las que me gusta hacer este viaje. Nunca se sabe qué verás. Sin embargo, lo que *no* deseas ver son ladrones que salten de detrás de esas rocas.

—¿Eso sucede? —preguntó Casiodoro con preocupación.

—Sí, aunque no muy a menudo. Solo una vez me ha sucedido... Dichosamente yo solo traía unas pocas cosas. Pero me quitaron todo, ¡hasta los zapatos!

—¡Ay no! Espero que no nos suceda algo así.

—No te preocupes —dijo Diego—. Es un tanto improbable que los ladrones quieran meterse con tres hombres fuertes.

Casiodoro se cansó de estar sentado, así que bajó de la carreta y caminó al lado por un tiempo. Cuesta arriba, era fácil mantener el paso de la carreta bien cargada. Por otra parte, resultaba agradable estirar las piernas.

Sea que caminara o viajara en la carreta, los pensamientos de Casiodoro volvían a lo mismo: “¡España necesita una Biblia en castellano! Es necesario que podamos leer la Palabra de Dios. ¿Quién podría traducirla al castellano?”

El sol se ponía cuando finalmente llegaron a la cima de la montaña y vieron la gran extensión de las bajuras en la lejanía más abajo.

—¡Qué vista! —dijo Casiodoro con un tono de asombro—. ¡Son inmensas! Yo no sabía que España fuera tan grande.

—España es mucho más grande que lo que has visto hoy —dijo Diego—. Pero tienes razón, esta es una vista bella de las tierras bajas. Las llanuras se extienden hacia el oeste hasta llegar al océano Atlántico, y al este hasta los cerros cerca del mar Mediterráneo. Son llanuras fértiles que producen todo tipo de cultivos. Sevilla es esa parte más oscura allá a la distancia. —Diego señaló con su mano libre—. Sevilla creció junto al río Guadalquivir, que tiene la anchura y profundidad necesarias para la navegación de importantes naves marítimas. Ha llegado a ser el puerto más importante de España, especialmente ahora que continuamente recibe todos los barcos españoles provenientes del nuevo mundo. Por supuesto, también llegan naves desde África, el norte de Europa y puertos alrededor del mar Mediterráneo. El mercado de Sevilla envía productos a todas partes del mundo. Lo verás mañana. Allí tu padre logrará los mejores precios.

—En este momento estoy cansado, pues he estado en este asiento incómodo todo el día. Sin embargo, mañana estaré muy deseoso de conocer el mercado —dijo Casiodoro.

—Yo también voy a estar encantado en el mercado —agregó papá—, pero lo que más deseo es escuchar la predicación de Juan Gil o Constantino en la catedral.

—Bien dicho —intercaló Diego con entusiasmo—. Eso es más inspirador. Me encanta sentarme en la catedral y escuchar la predicación de esos hombres. Si deseas un asiento, debes llegar temprano. La predicación comienza a las siete de la mañana, pero las personas llegan horas antes para asegurarse un lugar. El pueblo español está ansioso por escuchar la Palabra de Dios, y esos hombres predicán directamente de la Biblia, con poder y autoridad. Nunca he escuchado nada igual en ningún otro lugar. Después de vivir en el monasterio, había perdido la esperanza de hallar a Dios. Ahora, cuando escucho a esos hombres, mi esperanza cobra vida. Su predicación me hace sentir que he recibido algo directamente de Dios.

Los tres guardaron silencio... En sus mentes anticipaban lo que sería la predicación en la catedral. Cuando empezaron a descender, los cambios en el paisaje resultaron obvios. El aire fresco de la montaña rápidamente dio lugar a la humedad caliente de la costa. Los caballos parecían aliviados cuando llegaron a los campos de las partes bajas. Tirar de la carreta por los campos llanos era más fácil a pesar de la humedad en el aire.

Cuando llegaron a Santiponce, la oscuridad había caído. La luna salió lentamente y lo bañó todo de una luz plateada mientras los caballos cansados no cedían en su avance pesado. Los chotacabras cantaban y los grillos y otros insectos se unían al coro. Los ruidos de otras carretas y carruajes empezaban a saturar el aire a medida que más viajeros convergían en Sevilla para pasar la noche.

Bajo la luz de la luna, Diego detuvo los caballos junto a la casita del abuelo en Triana, junto al río Guadalquivir. Sevilla quedaba justo al otro lado del río. De inmediato desenganchó la carreta y partió con los caballos mientras el abuelo conducía a papá y Casiodoro hacia la casa. La abuela los recibió con una sopa de lentejas caliente y sabrosa. Casiodoro estaba tan cansado que apenas pudo terminarse el plato de comida. Cuando la abuela le mostró la cama, se desplomó sobre el colchón de paja e inmediatamente cayó en un sueño profundo.



CAPÍTULO 5

El mercado de Sevilla

c. 1536

Desde la puerta de la casa del abuelo en Triana, Casiodoro observó la luz tenue del amanecer que se extendía sobre el horizonte.

—Está listo el desayuno —lo llamó la abuela.

El abuelo, papá y Casiodoro se sentaron a la mesa sólida. Los tablones gruesos y rústicos estaban gastados, de manera que la madera lucía lisa y de color gris. Casiodoro se sentía un tanto tímido en presencia de la abuela. Ella iba poco a Montemolín porque el viaje resultaba largo y agotador, así que Casiodoro la veía muy poco. La abuela le sirvió a cada uno un plato con un pedazo de pan, lonjas de jamón ibérico y queso.

Después de un delicioso desayuno, y tras agradecerle a la abuela, papá y Casiodoro salieron de la casa. Desde la loma al lado del río Guadalquivir, la vista era bella bajo los rayos dorados del sol naciente.

—Diego debería llegar pronto —comentó papá—. Entre tanto, déjame mostrarte algunos puntos de interés en Sevilla.

”La zona entre nosotros y el río Guadalquivir se llama Triana. ¿Ves ese puente de barcas? Está construido sobre una fila de botes. Los extremos del puente están atados a postes en las orillas del río. La mayor parte del puente descansa sobre los botes. ¿Qué crees que sucede cuando el río crece o merma?

—Supongo que el puente sube y baja con los botes —contestó Casiodoro.

—Correcto. Ahora, ¿ves la fortaleza a este lado del río?

—Sí —Casiodoro comenzó a contar las torres en las murallas de la fortaleza—. Tiene unas diez torres —comentó.

—Es el castillo de San Jorge, la sede de la Inquisición.

—¿Qué es la Inquisición? —preguntó Casiodoro.

—Es una organización establecida por la Iglesia católica para perseguir a los “herejes”. La iglesia considera que cualquiera que se aparte de la tradición católica es un hereje. El rey de España cree que un reino unido necesita una religión unida. Los reyes de España y el Papa católico quieren asegurarse de que todos sus súbditos sean católicos y, para lograrlo, no dudan en utilizar la fuerza. El rey Fernando y la reina Isabel le entregaron este castillo de San Jorge a la Inquisición en 1481. Hace ya más de cincuenta años que los oficiales de la Inquisición han estado capturando a cualquiera que se les oponga. Llevan a los “herejes” para interrogarlos... Si consideran que su doctrina es errónea, los meten en la cárcel y los torturan.

Casiodoro se estremeció y apartó la vista del castillo.

—Mira todos los barcos en el río —dijo papá—. Los grandes con mástiles altos navegan en el mar. Tal como nos contó Diego, Sevilla se ha convertido en un puerto mundial. Aquí se lleva a cabo mucho comercio. ¿Ves la torre cerca del final de la fila de barcos, la que brilla? Es la Torre del oro.

—Sí, la veo —dijo Casiodoro al tiempo que se llevaba la mano a los ojos para protegerse del sol—. ¿De verdad es de oro?

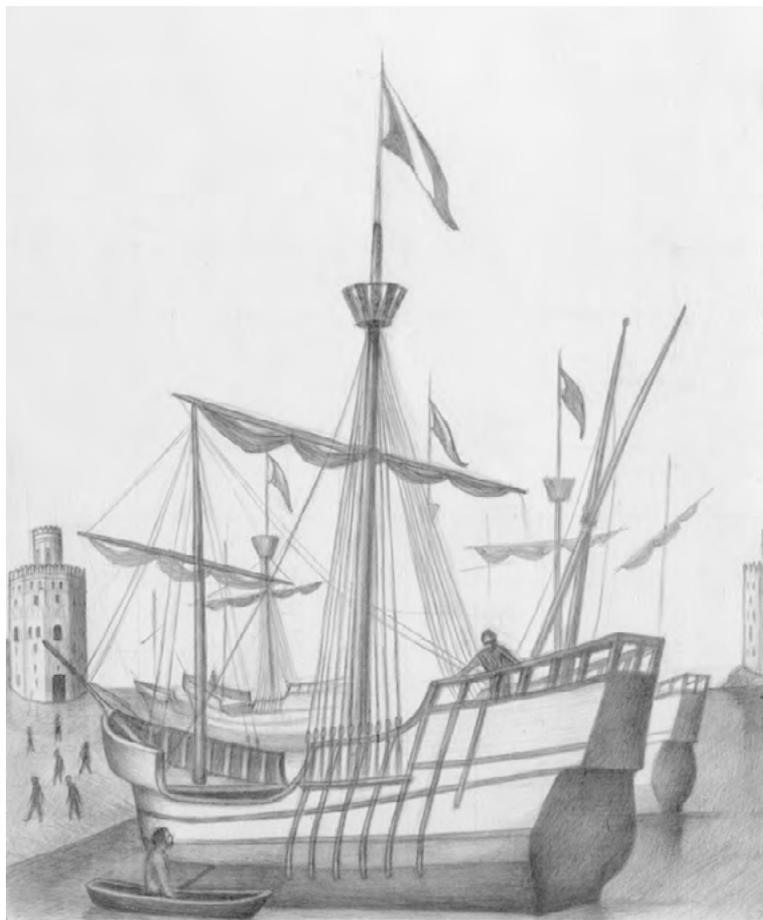
—No, pero la llaman la Torre del oro porque fue construida con

un tipo de roca que brilla como si fuera oro. Desde la torre, una gran cadena se extiende sobre el río hasta el muro de Triana. Una enorme polea dentro de la torre puede tensar la cadena y así evitar que las naves entren al puerto durante la noche. Durante el día, bajan la cadena de manera que esta descende hasta el fondo del río para que los barcos puedan entrar y salir del puerto. La Torre del oro está unida a la muralla principal de la ciudad. Junto a la Torre, ves la puerta de Jerez.



”Dentro de los muros de la ciudad, el edificio más alto es la catedral. La están remodelando y agrandando para convertirla en una de las más grandes del mundo. Su torre, la Giralda, fue construida por los moros.

”Junto a la catedral está el palacio del arzobispo y, junto a este, el Alcázar real. El Alcázar fue construido originalmente por los reyes moros; era su palacio en Sevilla. Puedes ver los bellos jardines que rodean los edificios.



Barcos en el puerto de Sevilla con la Torre del oro al fondo.

—Los edificios también parecen muy lujosos —comentó Casiodoro.

—Sí —agregó papá—. A través de los años, los reyes españoles han agregado construcciones al Alcázar hasta convertirlo en un laberinto de edificios y jardines lujosos. Tiene un sistema de riego; hay tuberías en los muros para regar los jardines. Un rey hasta construyó una gran piscina subterránea para refrescarse en los días calientes.

—Bien comprendo por qué quería una piscina —observó Casiodoro—. Hace mucho calor. El clima aquí es muy distinto al de Montemolín.

—Si crees que hace calor, espera al mediodía —dijo papá con una sonrisa—. Ah, ahí viene Diego con los caballos.

—Buenos días, Casiodoro, ¿estás listo para un gran día en Sevilla? —preguntó Diego mientras enganchaba los caballos.

—Por supuesto.

Los caballos habían descansado y ahora estaban listos para trabajar de nuevo. La carreta se dirigió ruidosamente a la calle y comenzó a bajar la loma. Cuando se aproximaban al río, Casiodoro miró detenidamente el castillo de San Jorge.

—Así que esta es la sede de la Inquisición.

—Sí —Diego se volvió y miró la fortaleza antes de decir entre dientes—, me pregunto qué sucede dentro de esos muros.

Al frente, los esperaba el gran puente de barcas. Parecía mucho más ancho y largo ahora que cuando lo habían visto desde la loma.

Diego volvió a hablar:

—Este puente fue construido hace muchos años por los moros. Al cruzarlo, los caballos se ponen nerviosos porque el puente se mece bajo cargas pesadas. —Diego detuvo los caballos y esperó que pasara un carruaje que venía en dirección opuesta. Cuando instó a los caballos a seguir, estos alzaron la cabeza y se apoyaron el uno contra el otro mientras abordaban nerviosos el puente. Una vez al otro lado, siguieron una calle junto a la orilla del río. Los ojos de Casiodoro mostraban su asombro mientras observaba los barcos y el puerto lleno de movimiento. ¡Todo era tan nuevo y emocionante!

—¿No son bellas esas naves? —susurró papá—. No reconozco todas las banderas, pero he escuchado que las naves vienen de Italia, Grecia, Egipto, África, Portugal, Inglaterra, el nuevo mundo y muchos otros lugares.

Diego tiró de las riendas para que los caballos doblaran a la

izquierda y pasaran por la puerta de Jerez. Casiodoro nunca había visto una ciudad de este tamaño. Ya a esta hora temprana, había mucha actividad en las calles estrechas. Diego dirigió la carreta entre los edificios de dos plantas hasta que llegaron a una plaza abierta cerca de la catedral. Casiodoro ni siquiera podía contar la gran cantidad de carretas cargadas que transitaban en filas por la ciudad o se encontraban ya estacionadas a las orillas de la plaza. Diego se estacionó al final de una fila y desenganchó los caballos.

Papá caminó por la plaza para averiguar precios. Más tarde volvió y anunció:

—Bien, Doro, ¡ahora comenzamos a trabajar!

Juntos organizaron las cajas de pasas en la carreta. Colocaron en el suelo las tinajas de barro llenas de aceitunas y aceite. También bajaron un saco de cada grano y lo abrieron. El mercado estaba abarrotado de compradores. Casiodoro estaba fascinado de ver tanta actividad.

Dos mercaderes inspeccionaron una muestra de la avena, agitando los granos en sus manos. Satisfechos, ofrecieron un precio. Papá negó con la cabeza y pidió un precio más alto. Después de negociar un poco más, llegaron a un acuerdo y los mercaderes compraron tres costales de avena.

Otro comprador estaba interesado en el aceite de oliva. Papá abrió una tinaja para que el comprador pudiera sacar una muestra. El comprador observó el color, olió la muestra críticamente y hasta la probó. Al fin hizo una oferta. De nuevo, papá pidió un precio más alto. Pronto convinieron en un precio entre las cifras originales. El comerciante buscaba aceite para enviar a Inglaterra, y dijo que compraría las cuatro tinajas. Estas eran buenas noticias para papá.

Cuando llegaron dos compradores de aceitunas, papá abrió una tinaja y sacó unas cuantas. Los compradores las miraron, las olieron, abrieron una y probaron varias. Hicieron una oferta y papá puso su precio. Después de unos momentos de negociar, los comerciantes se

fueron sin llegar a un acuerdo. Papá parecía un tanto decepcionado, pero sabía que había más compradores caminando animadamente por el mercado. Pronto los mismos dos hombres volvieron y compraron todas las aceitunas para enviarlas a Nueva España. Casiodoro estaba contento de que las aceitunas que él había cosechado con la familia terminarían en el Nuevo Mundo.

Por allí de media mañana, un grupo de monjes vestidos de túnicas largas salió de la catedral. Cada monje llevaba una bolsa colgando del hombro. Uno de ellos subió a una plataforma y alzó la voz de manera que todos pudieran oír. El ruido del mercado cesó.

—Señores, ¡les traigo nuevas especiales! —clamó el monje—. Hoy les traigo la maravillosa providencia de Dios. Esto es algo que nuestros padres nunca vieron, aunque hubieran anhelado conocerlo. En el pasado, nuestro santo padre, el Papa, vicario de Jesucristo, otorgaba completa remisión de culpa y perdón de pecados solo una vez cada cien años. Con todo, lo hacía con la condición de que el penitente hiciera una peregrinación a Roma o Jerusalén. Hoy, la bondad de Dios se nos ha abierto a través de la liberalidad de nuestro santo padre quien nos ofrece la tesorería divina de sus riquezas espirituales. ¡Hoy les ofrezco a ustedes esas riquezas!

Con un ademán ostentoso, el monje metió la mano en su bolsa y sacó un pedazo de papel.

—Pueden obtener el perdón de sus pecados por solamente un tercio de un florín. Estos monjes pasarán por el mercado de modo que cada uno de ustedes pueda comprar estas indulgencias de nuestro santo padre.

Los otros monjes se dirigieron entre las filas de carretas, ofreciendo las indulgencias. Casi cada persona compraba una. Casiodoro escuchó a un hombre decir entre dientes:

—Voy a comprar una indulgencia únicamente para que no me acusen de herejía.

—¡Ten cuidado! —susurró el compañero—. Si te escuchan, te

meterás en problemas. Lo más probable es que acabes en el castillo de San Jorge.

—Eso no es más que una maquinación para recoger dinero, pero no te preocupes. Compraré una para evitar problemas.

Los monjes hacían sus ventas y el orador en la plataforma continuó:

—Estas indulgencias vienen a reponer las que ustedes compraron el año pasado. Si no compran las nuevas, las viejas perderán su efectividad. Pero si compran estas, continuarán recibiendo perdón por todos sus pecados. Además, como sabemos los españoles, la iglesia prohíbe comer huevos y productos lácteos durante la Cuaresma o en días de ayuno. Pero compren estas indulgencias y ¡podrán disfrutar de los huevos y la leche durante la Cuaresma!

El monje continuó promulgando las virtudes de las indulgencias y la gran oportunidad que se presentaba para comprarlas. Papá compró tres indulgencias: una para sí, una para Casiodoro, y una para mamá. Casiodoro se preguntaba qué estaba haciendo papá. ¿Las había comprado solo para evitar problemas?

Cuando los monjes terminaron, el orador levantó su voz de nuevo:

—Tan pronto como dieron el dinero, fueron perdonados. El pago asegura de inmediato todos los beneficios que el santo padre promete, así que ya no necesitan los papeles. Entreguen los papeles; los monjes pasarán para recogerlos, y le pagarán tres denieres por cada uno.⁴ No lo duden. ¡Ya han recibido todas las provisiones de la indulgencia!⁵

El hombre junto a ellos habló otra vez en voz baja:

4 El denier era una moneda de cobre de muy poco valor.

5 Esta oratoria se ha basado en escritos de un autor del siglo XVI que conocía la doctrina y práctica católica en aquella época. Francisco de Enzinas, *Memorias* 2 vols. (Buenos Aires: Editorial La Aurora, 1960), 2:70-74., <www.archive.org/details/memoriashistoria02enzi>, accedido el 8 de junio, 2016.

—¿Cómo esperan que seamos tan ingenuos? Solo quieren sacarnos el dinero. —Sin embargo, el hombre entregó su papel obedientemente y recibió las monedas de cobre.

Todas las personas volvieron a sus negocios, pero el ambiente del mercado se había enfriado. Algo andaba muy mal. ¿Podía Dios pedir dinero a cambio del perdón? ¿De verdad era tan avaro?

La llegada de otro comprador interrumpió los pensamientos de Casiodoro. Este comerciante quería ver los últimos costales de cebada. En un corto tiempo, se había concretado un acuerdo entre comprador y vendedor y papá había quedado sin mercadería.

—Ven, hijo —dijo papá con un suspiro de satisfacción—. Busquemos algo de comer. Has trabajado arduamente y estoy seguro de que estás tan hambriento como lo estoy yo.

Al caminar por la calle, Casiodoro vio personas bien vestidas que caminaban con cuidado entre el estiércol de los caballos y la basura esparcida por todas partes. Los granjeros se apresuraban para llegar a sus trabajos, los siervos corrían a hacer sus deberes y muchos niños andrajosos jugaban en la tierra. De vez en cuando, todos se hacían a la orilla de la calle para darle paso a un carruaje de lujo. Los edificios altos y elegantes a los lados de la calle hacían que esta pareciera aun más estrecha y oscura.

Papá entró en el comedor de una posada atestada de gente. Sin embargo, halló lugar para ambos en una esquina cerca de la cocina caliente. Un servidor pronto trajo grandes tazones de un guiso de carne y verduras. Casiodoro estaba muy hambriento y la comida se veía deliciosa, aunque estaba tan caliente que no se podía comer de prisa.

Después de comer, papá fue a buscar al cochero mientras Casiodoro volvía a la plaza donde estaba la carreta. Pronto Diego y papá habían llegado para enganchar la carreta vacía a los caballos.

Se condujeron por las calles atestadas de personas, perros y caballos hasta llegar a una tienda donde papá compró cajas y costales

para las cosechas del año entrante. En otra venta compró sal, potasa para elaborar jabón, una pala, un rollo de cuerda de cáñamo y tela para hacer ropa.

—Doro, ¿le compramos algo especial a mamá?

—Sí, claro. Ella merece algo especial puesto que se está encargando de todo en nuestra ausencia. —Casiodoro se alegró cuando vio que papá compró un poco de chocolate y café.

De regreso a Triana, volvieron a pasar por el castillo de San Jorge. Casiodoro recordó lo que los hombres habían dicho que podría sucederle al que no comprara las indulgencias. Se estremeció al pensar en ser capturado y llevado a esa prisión.

—Nos falta una parada —anunció papá, interrumpiendo sus pensamientos—. Las tinajas de barro de Triana son reconocidas, y nosotros necesitamos unas cuantas para el aceite y las aceitunas del próximo año.

Se detuvieron en una tienda que vendía todo tipo de vasijas de barro. Papá escogió los tamaños que necesitaba. Casiodoro cargó las vasijas en la carreta.

Oscurecía cuando Diego los dejó en el patio de los abuelos.

—Los veré mañana en la catedral. ¡Lleguen temprano si desean un asiento! —gritó cuando ya partía.

Casiodoro observaba el río y la ciudad al otro lado mientras la noche caía sobre la ciudad. “¿Será que viva aquí algún día?”, se preguntó. Sin embargo, más apremiante que sus pensamientos era la necesidad de sentarse a la mesa para una cena sabrosa preparada por la abuela.



CAPÍTULO 6

El predicador en la catedral

c. 1536

Antes del amanecer, papá y Casiodoro salieron de la casa en la oscuridad.

—Le dije a la abuela que no fuera a levantarse tan temprano —explicó papá cuando llegaron a la calle—. Aunque sí creo que nos va a esperar con un desayuno cuando volvamos. Tendremos que darnos prisa si queremos hallar asientos en la catedral. No me incomoda estar de pie, pero sí quiero estar cerca para oír bien y ver al predicador.

—Yo también —dijo Casiodoro.

Al pie de la loma, el río brillaba como una cinta bajo la luz de la luna. La luz plateada también bañaba la ciudad de Sevilla, a excepción de las sombras que se proyectaban entre los edificios. Cuando empezaron a cruzar el puente, Casiodoro murmuró:

—Me alegro de que haya una baranda. No quiero caer al agua fría a estas horas de la mañana.

Papá se rio.

—¡Yo preferiría no entrar mojado en la catedral!

Naves oscuras, algunas con faroles resplandecientes, se veían claramente en el agua brillante. Padre e hijo escucharon el sonido de remos. Alguien cruzaba el río en un bote pequeño.

—Probablemente sea un marinero que también desea escuchar la predicación de Constantino —dijo papá.

Siguieron la orilla del río hasta llegar a la puerta de la ciudad. Había luces en muchas casas, lo que indicaba que otras personas también se habían levantado temprano.

Cuando llegaron a la plaza abierta, Casiodoro contempló la torre de la Giralda que resplandecía bajo la luz de la luna. Padre e hijo se unieron a la multitud que se dirigía a la puerta de la catedral. Una vez dentro, Casiodoro miró las velas y lámparas centellantes colocadas alrededor del altar mayor. Quedó asombrado por el tamaño de la catedral. ¡Era enorme en comparación con la iglesia de su pueblo!

Casiodoro y papá hallaron asientos en una banca hacia la mitad de la catedral. Bajo la luz tenue, Casiodoro agudizó la vista para mirar a su alrededor. Apenas podía distinguir las pequeñas capillas a los lados del santuario principal. Había velas encendidas en cada una. Mucha gente alrededor estaba de rodillas y rezaba padrenuestros o avemarías en voz baja. Papá se arrodilló y oró en silencio. Después de reflexionar, Casiodoro también se arrodilló.

“Padre nuestro que estás en los cielos...” Las palabras conocidas del Padre nuestro llegaron con espontaneidad a su mente. Después de una breve pausa, comenzó a expresar sus pensamientos en una oración silenciosa. “Dios, ¿cómo puedo conocer más de ti? Tú sabes que padre y yo tenemos muchas preguntas. Hay tanto que no entendemos. Te pido que hoy podamos ver una luz. Ayúdanos a comprender la verdad y cómo debemos vivir. ¡Ayúdanos, Dios! Amén”.

Casiodoro permaneció de rodillas, inseguro de lo que debía hacer. Muchos de los feligreses a su alrededor seguían arrodillados, repitiendo las mismas plegarias vez tras vez. Casiodoro había

memorizado aquellas oraciones antes de su primera comunión, pero no le gustaba repetir las mismas palabras. Recordó su confesión sincera con el sacerdote el día en que tomó la comunión por primera vez. La indiferencia del sacerdote lo había decepcionado. Solo le había dicho que fuera al altar y repitiera diez padrenuestros y quince avemarías.

Casiodoro recordó el vacío que sintió mientras repetía las oraciones una y otra vez. ¿Será que Dios había respondido a su confesión sincera con la misma indiferencia que el sacerdote? ¿Le importaban a Dios su corazón y sus necesidades? Por algún tiempo, Casiodoro había guardado la esperanza de que algo especial sucedería cuando tomara la hostia en su primera comunión. Algo tendría que suceder cuando recibiera a Jesús en su cuerpo. Pero la ocasión había llegado y nada había sucedido. En esa ocasión, Casiodoro se sintió defraudado. Miró a su alrededor, pero no vio evidencia de que otros estuvieran recibiendo alguna bendición especial. ¿De verdad estaba Dios presente en los sacramentos de la confesión y la eucaristía? Cuánto anhelaba sentir algo real en la catedral de Sevilla.

La señora frente a él se levantó, así que él también se incorporó y se sentó. Fue hasta entonces que supo cuánto tiempo había permanecido de rodillas y con los ojos cerrados. Ahora la catedral estaba bañada por la luz matinal que entraba por las ventanas. Papá se levantó lentamente y se sentó en la banca a su lado. A medida que la claridad iba en aumento, Casiodoro empezó a notar con asombro las enormes columnas de marfil y los altos arcos que sostenían los cielos decorados. Permaneció sentado por un largo rato, fascinado con la riqueza del arte y la arquitectura. Mientras el sol ascendía, Casiodoro observaba los detalles de las vidrieras, las esculturas y los cuadros. Estaba tan absorto que se olvidó del gentío que lo rodeaba.

Entonces el brillo dorado del altar principal llamó su atención. Ese altar, que medía más de cinco metros cuadrados, contenía una cantidad increíble de oro y plata. Abuelo decía que gran parte del oro

venía del Nuevo Mundo. Casiodoro fijó su atención en los detalles de las obras de arte grabadas en oro, obras que representaban distintas escenas de la vida de Jesús.

Sus observaciones fueron interrumpidas por el susurro de su padre:

—Guarda mi asiento. Quiero ir a la capilla de la Virgen María para orar un rato. Vuelvo pronto.

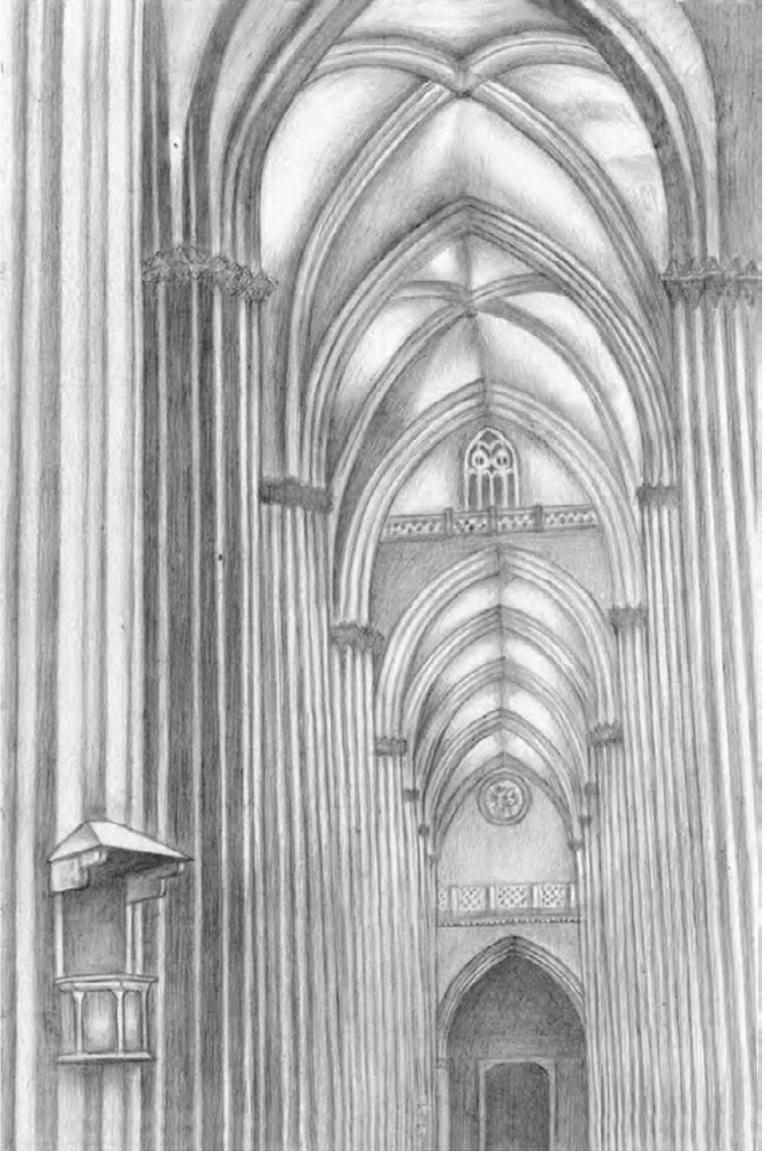
Casiodoro lo miró cuando se arrodilló frente a una estatua de la Virgen María. Mientras su padre oraba, Casiodoro continuó estudiando los detalles de la catedral. Después de unos minutos, papá regresó.

—Puedes ir, si lo deseas.

Casiodoro entró en la capilla al lado del santuario. Notó las candelas y las imágenes, pero lo que más le interesó fue la bella imagen de María. Su rostro lucía triste y había lágrimas en sus mejillas. ¿Podía María, quien había sufrido tanto, ayudarlo a encontrar a Jesús? Con reverencia, Casiodoro se arrodilló frente a la imagen y rezó un avemaría. Luego volvió a mirar la imagen. Esta vez le pareció que la estatua se veía fría y distante. El rostro esculpido y triste parecía indiferente. Desilusionado, se apresuró a volver a su asiento junto a papá.

Dos sacerdotes entraron por una puerta lateral, se dirigieron al frente de la nave central y se sentaron en sillas. Casiodoro se preguntaba cuál sería Constantino. Pronto, el sacerdote de más estatura subió la escalera que llevaba a un púlpito elevado en una de las columnas. Puso unos papeles en el púlpito y le sonrió a la multitud expectante. Por un instante, su mirada se cruzó con la de Casiodoro. “¡Me miró a mí; a los ojos!”, se dijo Casiodoro. La mirada y el rostro amigable del hombre hicieron que Casiodoro sintiera un interés personal de parte de Constantino.

“Que la bendición del Padre esté con ustedes”, comenzó a decir el predicador en una voz que parecía llenar la catedral. En esta mañana dará inicio a una serie de sermones sobre el Salmo 1. Este fue escrito



Un cuadro del interior de la catedral de Sevilla que muestra el púlpito donde predicaba Constantino.

por el rey y profeta David. Aunque es uno de los salmos más cortos, en doctrina y en espíritu es grande y abundante. Contiene todo lo que el hombre debe hacer para servir a Dios y gozar la bendición verdadera. También nos advierte que debemos separarnos de cualquier cosa que nos impida alcanzar este gran propósito. Nos habla de la recompensa y el favor que los justos reciben de Dios, y el juicio que está preparado para los pecadores”.⁶

Constantino habló con celo y confianza de manera que se hacía con la atención devota de sus oidores. Papá, al igual que todos a su alrededor, se inclinaba hacia adelante para escuchar con atención cada palabra.

“La Escritura divina, aunque escrita por hombres, fue inspirada por obra y dirección del Espíritu Santo. Aunque sus autores dijeron y escribieron pocas palabras, sus corazones rebosaban con muchos sentimientos profundos. Mientras tengamos la fuerza para hacerlo y, con la ayuda del Señor, seguiremos su ejemplo. Aunque tenemos la advertencia en pocas palabras, hay una lección grande y amplia para el alma, mucha luz para nuestro entendimiento y mucho deleite para nuestra memoria. De esta manera los libros divinos de las Escrituras son superiores a cualquier otro libro del mundo. La responsabilidad del maestro es instruir al oyente en el camino y advertirle que se guarde de los peligros. Esto no se puede hacer debidamente a menos que el favor de Dios esté sobre el maestro y los oyentes”.

Casiodoro recordó lo que Diego había dicho respecto a la Biblia. Ahora Constantino les decía que fue inspirada por el Espíritu Santo y que contiene el mensaje de Dios que ilumina el entendimiento. ¡Cuánto anhelaba leer la Biblia! ¡Cómo podía amar la Palabra de Dios si no estaba escrita en castellano? Sus pensamientos volvieron a las palabras del enérgico predicador.

6 Emilio Monjo Bellido, *Obras de los Reformadores Españoles del Siglo XVI* (Sevilla: CIMPE, 2016), pp. 137–169. Adaptado de uno de los sermones escritos de Constantino.

“Este primer salmo contiene un resumen de toda la doctrina de la religión cristiana: de la fe, las obras y la esperanza necesarias para hallar la redención en Cristo, nuestro redentor; para que el Padre eterno nos pueda proteger, amar, favorecer y bendecir”.

“Esto es justo lo que Padre y yo hemos anhelado”, pensó Casiodoro. “Deseamos conocer la verdadera doctrina de la fe cristiana para hallar la salvación y la bendición”. Casiodoro sintió que había poder en la voz y el estilo de Constantino. La voz de Dios llegaba a ellos a través de este hombre.

“El pecado es lo que causa la ceguera. Sume al hombre en tal ignorancia que este nunca alcanza un conocimiento correcto de los propósitos por los que fue creado”.

Casiodoro frunció el entrecejo en concentración. Así que su propia pecaminosidad lo cegaba y le impedía comprender la verdad acerca de Dios que tanto deseaba conocer. Pero ¿cómo podía él limpiarse del pecado y la ceguera?

“El camino de la bendición no es amplio ni espacioso”, continuó Constantino. “Al contrario, les advertimos que este camino es angosto y difícil, de manera que pocos son los que andan por él. Esta es la enseñanza de Cristo, nuestro redentor, el verdadero maestro de la bendición.

“El camino es angosto y áspero, así que el que quiera andar por él debe prepararse para trabajar arduamente. Será un camino solitario; pueden saberlo con certeza, porque pocos buscan el camino difícil y angosto.

“Es necesario que el hombre esté advertido, porque la inclinación hacia el mal y el camino de los pecadores está en su propio corazón. Cuando oye que hay bendición para el hombre que no anda en el consejo de los impíos ni en el camino de los pecadores, primero debe considerar su propio corazón. Allí hallará mucha inclinación hacia el consejo repugnante y muchos actos vergonzosos. Hallará tanta miseria y debilidad dentro de sí que llegará a considerarse su

propio enemigo. El que piensa que puede velar por otros sin guardar su corazón, se engaña. No será bendecido.

”Vemos la fealdad de lo que parece bueno a los ojos de los hombres y vemos la belleza y la grandeza prometida por la Palabra divina para los que escuchan su consejo. Vemos cuán engañosa y pasajera es la gloria del mundo y cuán verdadera e infinita es la gloria que el Señor ha preparado para los que le sirven.

”Ahora, considerando nuestra propia necesidad espiritual, y sabiendo que Dios nos ha prometido su amor, arrodíllense juntos mientras oran conmigo y pidan su perdón”.

La multitud se arrodilló a una. En una voz clara y resonante, Constantino oró por todos los presentes:

“Nos presentamos ante el juicio de tu misericordia, unigénito Hijo de Dios. Venimos, Señor, no para escuchar de nuestra justicia sino de nuestro pecado. Hablamos, no de nuestra inocencia sino de nuestra culpa y de las grandes ofensas que hemos cometido, no solo en contra de los hombres, sino en contra de tu majestad, benignidad y misericordia, oh Padre.

”Por una parte, venimos como si estuviéramos obligados por los castigos y tormentos del infierno que nuestra maldad declara en nuestro corazón. Por otra parte, venimos impulsados por tu misericordia, aunque deberíamos haber venido antes. Venimos acusados y condenados por nuestra conciencia, constreñidos por los tormentos de nuestro conocimiento. Confesamos ante los hombres y los ángeles, en la tierra y en el cielo, delante de tu majestad y divina justicia, que justamente merecemos ser condenados y echados para siempre de todas las bendiciones celestiales.

”Nuestro Redentor y Señor, no tendríamos ninguna esperanza si tú solo desearas sentenciar y condenar a los pecadores. ¡Pero bendito seas tú, Señor! Alaben tu nombre todos los que te conocen. Tu corazón es tal que viniste no para condenar a los pecadores sino para salvarnos. Siendo justo, eres tanto juez como abogado de los acusados. Eres santidad al pecador, justicia al culpable, recompensa y

vindicación para el pobre. Eres sabiduría para el engañado y respuestas para el ignorante. Lo que conocemos de ti, nuestro redentor, nos atrae a ti. Si no fuera por lo que tú eres, no podríamos presentarnos delante de ti”.

Casiodoro sintió que Dios obraba en la profundidad de su corazón. Sintió claramente su propia pecaminosidad y la verdad de la misericordia de Dios lo abrumó. Su cuerpo temblaba y las lágrimas corrían libremente mientras clamaba a Dios. Él podía sentir que la banca temblaba, lo cual indicaba que su padre lloraba a su lado.

Constantino concluyó su oración con un ruego:

“Acuérdate de nosotros, Señor, en tu reino. No podemos decir que somos justos; solamente confesamos nuestra injusticia. No tenemos nada que te pueda conmover aparte de nuestras grandes miserias. No tenemos ningún otro sacrificio que podamos ofrecer aparte de nuestro espíritu turbado y afligido.

”Crea en nosotros un corazón nuevo, un espíritu de verdadero conocimiento, y danos la fuerza para servirte. Ayúdanos para que podamos despreciar todas las pérdidas que debemos aceptar para servirte. Conviértenos, Señor, y seremos verdaderamente convertidos. Danos tu Espíritu para que muera toda nuestra rebelión.

”Bien sabemos, nuestro redentor y Señor, que nos has escuchado. Tú conoces nuestras necesidades mejor de lo que nosotros las comprendemos. Estamos seguros de que tú no nos dejarás solos ni permitirás que dejemos de alcanzar lo que tú has prometido. Danos el gozo de los que en verdad acuden a ti. Permítenos experimentar la obra de tu misericordia en nuestro corazón. Que sintamos la unción con la cual nos sanas y nos muestras cuán dulce es el camino de la cruz y cuán amarga es la vida que hemos dejado atrás. En el nombre de Jesús, Amén”.⁷

7 Emilio Monjo Bellido, *Obras de los Reformadores Españoles del Siglo XVI* (Sevilla: CIMPE, 2016), pp. 295–314. Adaptado de una oración mucho más larga escrita por Constantino y llamada “Confesión de un pecador”.

Casiodoro y papá se levantaron lenta y reverentemente. Nunca habían experimentado algo semejante. Esto no tenía ninguna similitud con los rezos que ofrecían frente a una imagen o la recitación de plegarias. Sentían que habían estado en la presencia del Señor. Dios se había encontrado con ellos y había tocado su corazón de una manera que nunca olvidarían.



CAPÍTULO 7

Luchas

c. 1536

Semanas después de volver de Sevilla, papá y Casiodoro solo hablaban de su viaje. Le contaron a mamá del camino, la ciudad, las naves, el mercado y los edificios grandes. Pero el tema más apasionante seguía siendo la predicación de Constantino.

—Madre, ¡cuánto quisiera que usted lo hubiera escuchado! —le dijo Casiodoro—. Predicaba de una manera muy distinta; no hablaba como el sacerdote aquí en Montemolín. Constantino se interesa por la gente; parecía que nos hablaba personalmente. Predicó de la Biblia y sentimos el poder de su mensaje en lo profundo de nuestro corazón. Nunca habíamos oído algo semejante, ¿verdad, padre?

—Tienes razón, hijo. Fue como si Dios mismo nos hubiera hablado. Constantino habló claramente de nuestra culpa, pero luego nos dio un mensaje de esperanza y perdón.

—Madre, y si usted hubiera oído su oración... —continuó Casiodoro—. Mientras oraba de rodillas, experimenté un arrepentimiento en mi corazón. No era como confesarse con un sacerdote. Era algo tan real que padre y yo lloramos. El Espíritu Santo se sentía cerca; su perdón y sanidad eran reales. ¿No es así, padre?

—Sí, fue algo muy nuevo y hermoso. El Espíritu Santo tocó mi espíritu pecaminoso. Fue verdaderamente refrescante.

—De verdad suena muy bien lo que ustedes cuentan —dijo mamá pensativamente—. Yo anhelo encontrar perdón y un cambio. Vez tras vez me he confesado con el sacerdote y he comulgado, todo con la esperanza de hallar paz y perdón. Pero no sucede; ni una sola vez. — Mamá inclinó la cabeza y derramó lágrimas de angustia—. Cuánto me gustaría escuchar una predicación como la que ustedes escucharon. Yo quiero conocer un arrepentimiento y hallar el perdón.

—¡Si al menos tuviera una Biblia en castellano! —exclamó Casiodoro—. Yo deseo leerla... Me encantaría buscar los pasajes que él usó en su predicación y leerlos yo mismo.

Papá suspiró.

—Quizás algún día, hijo. Quizás algún día.

Un silencio tan pesado como la oscuridad misma cayó sobre todos. Luego papá anunció:

—Es hora de irnos a dormir. Mañana estaremos muy ocupados; hay que destazar los cerdos.

Le habían pedido a un vecino que les ayudara. Capturar y matar los cerdos era una tarea sucia y desagradable. Eran tan grandes y fuertes, y se ponían tan violentos que tres hombres apenas podían detenerlos. Casiodoro utilizó toda su fuerza para sujetar a uno de los cerdos más grandes y enfurecidos. El animal sacudió la cabeza y lanzó a Casiodoro que cayó acostado. Sintiendo humillado y enojado, Casiodoro gritó:

—¿Por qué no me ayudó, padre? ¡Mire, me rompió el pantalón!

Casiodoro vio la sorpresa en el rostro de papá e inmediatamente se sintió avergonzado de sus palabras. No era culpa de su padre, pero ¡cuánto aborrecía los cerdos y aquel trabajo horrible! Sintió vergüenza de que su vecino hubiera visto su enojo. Pero nadie dijo nada... Continuaron trabajando como si nada extraordinario hubiera sucedido.

El sol ya estaba alto y el día había calentado cuando terminaron de matar los cerdos que ahora colgaban, destazados y limpios, de las vigas del cobertizo. Casiodoro, sudado y adolorido, descansaba bajo un olivo. Deseaba que papá suspendiera el trabajo para el día, pero todavía quedaba mucho por hacer en preparación para el día siguiente, cuando tendrían que curar los jamones y guardar la carne.

Mamá estaba en la cocina, mezclando las especias para curar los jamones. Papá limpiaba el ahumadero. Casiodoro sabía que debía apilar leña junto al ahumadero para utilizarla luego en el proceso de curación, pero estaba exhausto. Sin duda, prefería trabajar en el campo que destazar cerdos. Había decidido descansar un poco más cuando su madre lo llamó:

—Casiodoro, ¡debes ponerte a trabajar! Queremos comenzar temprano mañana y será mejor tener la leña lista.

—Lo sé, madre, pero estoy cansado. Permítame descansar un poco —rogó Casiodoro.

—Sé que estás cansado —dijo mamá con compasión—. Todos estamos cansados. Tu padre también está exhausto. Sin embargo, cuando hay trabajo que hacer, debemos hacerlo sin importar cómo nos sintamos. Tendrás que comenzar con tu tarea.

—¡Trabajo, trabajo, trabajo! Lo único que hacemos es trabajar —se quejó Casiodoro—. Nunca tenemos tiempo para descansar. A nadie le importa que esté agotado y dolorido de trabajar con los cerdos. ¡Lo único que hago es trabajar como un esclavo!

Cuando levantó la vista, el gesto en el rostro de mamá denotaba dolor. ¿Por qué había reaccionado con tanta frustración y amargura? Mamá trabajaba arduamente y él no quería más que descansar. Había explotado contra papá en la mañana y ahora contra mamá. ¿Cuál era su problema? Últimamente sus estallidos groseros estaban ocurriendo con frecuencia. “¡No quiero ser así!”, se dijo. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Cuando ya había oscurecido, Casiodoro salió de su casa y se

sentó en una roca mientras la luna menguante subía sobre los montes al este. Un feo sentimiento de culpa lo cegaba y le impedía ver la belleza que lo rodeaba. Amaba a sus padres... De verdad deseaba ser bueno. Entonces, ¿por qué continuaba diciendo y haciendo lo que aborrecía? Se sentía atrapado.

Casiodoro pensó en su lucha privada con la pureza. De verdad deseaba ser un joven limpio, pero terminaba entreteniéndose impurezas en su pensamiento y dando lugar a sus pasiones. Sentía mucha vergüenza como para hablar del asunto con papá. Nadie hablaba de temas tan vergonzosos.

Sentado bajo el cielo nocturno, Casiodoro recordó la oración de arrepentimiento que había pronunciado Constantino. Sintió que en ella había de encontrarse una respuesta a sus necesidades. Sin duda, sus problemas se resolverían si hallaba a Dios. Pero ¿cómo podía hallar a Dios?

Finalmente decidió buscar a Dios en la misa del domingo, como lo había hecho anteriormente. Tal vez era cuestión de tener más fe. Lo intentaría como nunca. Con esta esperanza, volvió a la casa y se fue a la cama, dando pasos cuidadosos para no despertar a sus padres. Antes de dormirse, susurró:

“Por favor, Dios, permite que el sacerdote me ayude”.

El próximo domingo por la mañana, cuando descendieron por la colina hacia la iglesia, Casiodoro esperaba hallar ayuda. Había decidido confesarle todo al sacerdote. Se sentía nervioso, pero estaba resuelto. El sacerdote era el siervo de Dios y podría ayudarlo.

Los padres de Casiodoro no sabían de sus luchas ni de lo que pensaba hacer, pero lo notaron pensativo. ¿Por qué en esta mañana tan bella no disfrutaba del claro cielo azul, de las lomas amarillas y los olivares de un azul grisáceo?

Entraron en la frescura de la iglesia. Tan pronto como se presentó la oportunidad, Casiodoro se arrodilló frente a la ventanilla cubierta del confesionario. No estaba seguro de cómo comenzar, así

que se aclaró la garganta. En ese momento, el sacerdote dijo en voz baja:

—Anda, haz tu confesión.

Casiodoro estaba tan nervioso que su voz se entrecortaba.

—Últimamente me... enojo a menudo con... con mis padres —dijo titubeante—. Les hablo mal y les causo dolor. No sé por qué continuó haciendo y diciendo lo que no es correcto. —Hizo una pausa, pues no estaba seguro de qué más decir.

El sacerdote se aclaró la garganta y dijo en una voz ronca:

—Ve y reza diez avemarías y...

—Pero ¿cómo puedo cambiar? ¡No quiero ser así! —La voz de Casiodoro se llenó de desesperación.

—Ya te dije, reza diez avemarías... Y diez padrenuestros en el altar —repitió el sacerdote suavemente—. Luego comulga para recibir a Jesús y tus pecados te serán perdonados.

Casiodoro estaba desesperado. Había decidido ser honrado con el sacerdote.

—A veces también entretengo deseos impuros en cuanto a las mujeres. Deseo ser un joven limpio, pero a veces mis deseos se apoderan de mí. ¿Qué puedo hacer?

La voz del sacerdote cambió y se rio.

—Así que sientes esos deseos fuertes, ¿eh? Bueno, todos los sentimos; no te preocupes mucho. Solo cumple con tu penitencia y comulga.

Casiodoro no estaba convencido de que la penitencia pudiera ayudarlo. No sentía deseos de repetir tantas avemarías, pero mucha gente lo observaba. No era conveniente que sospecharan que era un hereje, así que se fue al altar de mala gana y se arrodilló.

Tras inclinar la cabeza, susurró:

—Señor, deseo hacer esto sinceramente, de corazón, para que me puedas bendecir. —Luego continuó—: Ave María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...

Procuró concentrarse en las palabras. Aunque no estaba convencido de que María lo escuchara, deseaba ser sincero, en caso de que aquella penitencia sirviera de algo. Conforme recitaba las plegarias, Casiodoro llevaba la cuenta con sus dedos. “Quiero ser sincero, quiero ser sincero”, pensó. “María, ¡por favor, óyeme! Soy sincero”. Casiodoro apretaba las manos y cerraba los ojos fuertemente; todo su cuerpo estaba tenso. Cuando la cuenta llegó a diez, comenzó a recitar los padrenuestros.

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...” Un dedo, dos dedos, tres dedos... “Quiero ser sincero. Esta vez sí estoy en serio. ¡Señor, ayúdame!”

Después de terminar, permaneció de rodillas... Cierta desilusión lo embargaba. Nada había cambiado. El gran peso de la culpa permanecía. Cuando recordaba la oración de Constantino solo se sentía peor. “Tal vez cuando participe de la eucaristía... Dicen que la hostia se convierte en el cuerpo de Jesús. Tal vez si la tomo con mucha fe, Jesús se acerque a mí”. Casiodoro buscó su lugar junto a sus padres y se sentó con ellos. En la mirada de su padre había comprensión y compasión.

Mientras el sacerdote consagraba la hostia, Casiodoro miraba atentamente. ¿Sería diferente en aquella ocasión? Se dirigió al frente para recibir la hostia. “Quiero ser sincero. Soy sincero”. Lo decía de corazón. Por la sonrisa burlona en el rostro del sacerdote, Casiodoro sintió que el sacerdote lo había reconocido y sabía que era él quien había confesado sus deseos pecaminosos. Sacó la lengua para recibir la hostia y luego se volvió para regresar a su asiento. Mientras buscaba su lugar, la hostia se deshacía en su boca. Le habían enseñado que no debía masticarla, pues se trataba del cuerpo de Cristo y podía sangrar si se manipulaba con aspereza. Mientras tragaba, Casiodoro no podía creer que estuviera recibiendo el cuerpo de Jesús literalmente. ¿Recibiría vida? Desde ya, Casiodoro podía sentir que su vida no iba a cambiar. Se sentía desilusionado.

De camino a casa, los padres de Casiodoro lo observaban con

preocupación. Parecía tan triste y desanimado, muy distinto del joven alegre que había sido en el pasado.

Esa noche, la familia estaba fuera, al frente de la casa, sentada en sillas de madera. Las estrellas brillantes centellaban en el cielo despejado y un viento fresco corría en Montemolín. Para Casiodoro, había llegado el momento de hablar de lo que sucedía en su corazón.

—Padre, madre —comenzó a decir con incertidumbre—, yo quiero ir a Sevilla. ¿Puedo ir?

—Hijo, he visto que últimamente no estás bien. ¿Por qué quieres ir a Sevilla? —preguntó papá amablemente.

—Padre, necesito hablar con Constantino. No puedo vivir más con mi persona. Me arrepiento de que me enojo con ustedes y me arrepiento de mis palabras ásperas. Deseo cambiar, pero necesito ayuda. Del mensaje de Constantino entendí algunas verdades, y comprendo que mi problema es el pecado. Pienso que él podría ayudarme. ¿No le parece, padre?

—Tal vez. Es posible que te pueda ayudar. Comprendo cómo te sientes, porque yo siento lo mismo. Debe haber ayuda para todos nosotros. Ese día en Sevilla, cuando nos arrodillamos y nos arrepentimos, sentí que había ayuda, pero es necesario que aprendamos más. Sí, es probable que él te pueda ayudar... Y a nosotros también. ¿Qué dice, madre?

—Bueno, te extrañaría muchísimo, hijo. Pero yo también comprendo lo que sucede en tu corazón. Noté que estabas decepcionado hoy en la misa, al igual que yo lo he estado muchas veces. Si encontraras ayuda en Sevilla, podrías regresar con respuestas. Hijo, ¿nos ayudarás a buscar respuestas?

—Por supuesto, madre —le aseguró Casiodoro—. Sé que ustedes anhelan lo mismo. Tal vez hasta pueda traer una Biblia.

—Solo te pido que nos ayudes hasta que terminemos con el desface, después te puedes ir —dijo papá—. Tendrás cuidado, ¿sí? Y, por favor, vuelve y cuéntanos lo que descubras. ¡Que Dios te acompañe!



CAPÍTULO 8

El segundo viaje a Sevilla

c. 1537

—Padre, dicen que mañana sale una diligencia para Sevilla. ¿Puedo viajar? —preguntó Casiodoro.

—Bueno, supongo que es el momento adecuado —contestó papá—. Hemos acabado de procesar la carne y los recipientes de bellotas están llenos. ¿Qué dice usted, madre?

—He preparado los enseres que necesitará; sabíamos que llegaría este momento. Sí, Casiodoro, creo que puedo prepararte algo más de ropa y un almuerzo.

—Bien, iré a hablar con el conductor para acordar lo necesario —sonrió Casiodoro.

La próxima mañana, un joven entusiasta, con un pequeño bolso, salió caminando en la oscuridad.

—¡Adiós, madre! ¡Adiós, padre!

—¡Adiós, hijo! Ten cuidado y que Dios prospere tu viaje —contestó papá.

—Ya estamos anticipando tu regreso —dijo mamá con voz entrecortada. El amor y la comprensión de sus padres confortaron el corazón de Casiodoro.

El carruaje salió de Montemolín. Casiodoro iba sentado junto al conductor. Unas dos horas después, una claridad tenue se asomó por el este. A medida que salía el sol, los rayos del amanecer iluminaban las colinas y los valles con un resplandor dorado. Casiodoro observó la claridad que iba en aumento, y su corazón abrigaba la esperanza de que en Sevilla una luz amaneciera en su interior para ahuyentar la oscuridad de sus pecados.

Durante las primeras horas, viajaron a través de valles, pasando entre las granjas de las alturas. Luego subieron una sierra cubierta de árboles. De repente, Casiodoro vio dos ciervos entre una arboleda de robles. Contuvo la respiración... Con sus cabezas en alto, los ciervos examinaban el aire con sus grandes orejas y narices. ¿Había peligro? Cuando el conductor chasqueó los dedos, los ciervos se volvieron y huyeron con saltos largos y ágiles.

Luego la diligencia atravesó bosques de robles hasta descender al valle de Monesterio. Esa tarde, cruzaron el último monte y las amplias llanuras aparecieron adelante. Descendieron por las largas colinas hasta llegar a las bajuras donde el aire era muy húmedo y caluroso. Al anochecer, llegaron a Sevilla. Casiodoro se bajó de la diligencia en Triana y caminó la corta distancia hasta la casa de sus abuelos.

—¡Buenas noches, abuelo! ¡Buenas noches, abuela! —llamó desde el portón.

Oyó que alguien se movía dentro de la casa y entonces el abuelo apareció a la puerta.

—Casiodoro, ¡qué sorpresa! Pasa adelante.

La abuela apareció a la puerta detrás del abuelo y exclamó:

—¡Entra, Casiodoro! Llegaste justo a la hora de la cena. —Pronto estaban sentados alrededor de la mesa, donde la abuela continuó

explicando—: Tu abuelo salió hoy de pesca y trajo buenos pescados para la sopa. No sabía que la estaba preparando para ti, ¡pero estoy muy contenta de que estés aquí para disfrutarla!

Mientras disfrutaban de la cena deliciosa, el abuelo preguntó:

—Entonces, Casiodoro, ¿qué te trae a Sevilla?

Casiodoro sorbió una bebida aromática y caliente, y luego explicó:

—Quiero preguntarle a Constantino qué dice la Biblia respecto a hallar a Dios y la salvación. Sentimos una necesidad urgente de encontrar respuestas, así que vine desde Montemolín. Después de haber escuchado la predicación de Constantino, creemos que él nos puede ayudar.

—Probablemente estés en lo cierto —le aseguró el abuelo—. Sin embargo, espero que se tome el tiempo para hablar contigo. ¿Sabes que él pasa muy ocupado? Pero si tienes el valor de preguntarle, es posible que te dé algunas respuestas.

Después de ponerlos al corriente de las noticias en casa, Casiodoro les agradeció a los abuelos por su generosidad y buscó la cama. Sin embargo, ya acostado en la oscuridad, lejos de su hogar, empezaba a perder el valor rápidamente. “¿Habría sido mejor que darme en casa? ¿Qué me hizo pensar que un hombre reconocido y ocupado me va a escuchar?” Casiodoro permaneció acostado por mucho tiempo, luchando en la oscuridad. “Dios, ¿me puedes ver? ¿Te importo? ¿Sabes lo que anhelamos mis padres y yo? ¿Harás tú que Constantino tome el tiempo para hablar conmigo?”

Mientras clamaba a Dios, Casiodoro sintió que una paz echaba fuera sus temores. “Dios sí tiene cuidado de mí”, pensó Casiodoro. La confianza iba inundando su ser. “Le pediré ayuda a Constantino humildemente. Si no tiene tiempo para hablar conmigo, sencillamente tendré que aceptarlo”. La paz lo embargó... Agotado por el largo día de viaje, pronto sucumbió al sueño.

Triana y Sevilla ya resplandecían bajo la luz del sol matinal

cuando Casiodoro bajó la colina hacia el puente de barcas. Al pasar por el castillo de San Jorge, se preguntó qué tipo de actividades desarrollaba la Inquisición allí dentro. Miró las naves ancladas en el río Guadalquivir. En ellas había hombres que trabajaban y gritaban instrucciones. Algunos se dirigían a la orilla en pequeños botes de remos. Casiodoro trató de imaginarse los lugares de dónde procedían aquellos barcos. En botes más pequeños, muchos pescadores descargaban la cosecha de la noche. La Torre del oro brillaba bajo la luz del sol. Casiodoro dobló y pasó por la puerta para entrar en la ciudad.

Multitudes de personas caminaban rápidamente por las calles sucias. Obviamente, muchas personas eran campesinos que habían llegado a la ciudad para hacer negocios. Otros eran comerciantes que acudían al mercado. Las personas adineradas vestían ropas lujosas. Los pobres de la calle y gitanos vendían chucherías o realizaban acrobacias para ganarse algún dinero. Había señoras pobres y muy delgadas, y niños harapientos y sucios, desnutridos y cubiertos de llagas.

Casiodoro vio todo esto mientras se dirigía lentamente a la catedral. No había prisa. Al contrario, era su intención dilatar su llegada. La idea de acercarse a Constantino lo intimidaba.

Casiodoro cruzó la gran plaza llena de carretas, caballos, vendedores y compradores, y entró por la calle al otro lado. El Alcázar real quedaba a su derecha y la catedral estaba justamente enfrente. Se detuvo para admirar la Giralda, recordando que su arquitectura lujosa había sido diseñada por los moros cuando gobernaban sobre el sur de España. Sevilla había sido la capital del imperio Almohade.

Al acercarse a la catedral, Casiodoro se detuvo para mirar fijamente el edificio enorme, notando los detalles finos del trabajo complejo y detallado. Comenzó a caminar sin dejar de mirar hacia arriba y se encontró con un vendedor ambulante que lo regañó:

—¡Mira por dónde caminas, muchacho!

Con más cuidado, Casiodoro continuó doblando la esquina hacia la Puerta del perdón. Unas pocas personas entraban y salían por la puerta. Casiodoro miró fijamente la escultura de Jesús echando a los cambistas del templo. Jesús levantaba una vara y echaba fuera vacas, ovejas y hasta hombres con bolsas de dinero. “¿Por qué echó Jesús a los hombres y animales? ¿Será que yo pudiera leer esa historia en la Biblia, si algún día logro conseguir una?” Recordando su propósito, pasó por la puerta y entró en el Patio de los naranjos, un patio grande lleno de árboles cítricos. Después de unos minutos de observar la paz y la belleza de la fuente en el centro del patio, caminó decididamente hacia la Puerta de la concepción.

Un sacerdote alto pasó por la puerta; traía unos papeles y un libro. Casiodoro lo reconoció inmediatamente. ¡Era Constantino! Casiodoro se acercó y dijo abruptamente:

—Buenos días, señor. ¿Puedo hablar con usted por un momento?

El sacerdote alto se detuvo y se volvió para mirarlo con una expresión interrogativa.

—¿Sí? ¿Qué puedo hacer por ti?

Casiodoro olvidó las palabras que había preparado, así que nerviosamente tartamudeó:

—Mi pa... padre y yo oímos su predicación ha... hace unos meses. Somos de Montemolín, pero vine hasta acá pa... para hacerle unas preguntas respecto a Dios. Si tiene tiempo...

—Dime, ¿qué preguntas tienes? —preguntó Constantino sin mucha contemplación, pero con amabilidad. A pesar de la manera casi cortante en que Constantino respondió, Casiodoro podía sentir que el hombre alto no parecía impaciente. Sencillamente, era un hombre muy ocupado, pero estaba dispuesto a escuchar.

—Sentimos que no podemos hallar a Dios; vamos a la misa y volvemos vacíos. No tenemos seguridad de nuestra salvación. ¿Cómo podemos saber que hemos sido perdonados?

—Ah —Constantino se acomodó los libros para sostenerlos con



Actual catedral de Sevilla y el Patio de los naranjos.

una mano, y con la otra se frotó la frente. Luego dijo—: Buenas preguntas... Pero en este momento no creo que pueda ayudarte. — Entonces, acercándose más, susurró—: Además, este no es el mejor lugar para conversar. ¿Por qué no vienes al Colegio de la doctrina de los niños⁸ mañana a las diez de la mañana? Ahí podemos hablar.

—¡Eso sería increíble! —dijo Casiodoro—. Allí estaré.

Constantino sonrió amablemente.

—Te veré mañana. —Agregó cuando ya se alejaba para cruzar rápidamente el Patio de los naranjos.

Casiodoro temblaba, pero también sentía un gran alivio. “¡Mañana podré hacerle mis preguntas!”, pensó. Permaneció allí por algunos minutos, sintiendo que algo de gran trascendencia había ocurrido. Luego entró en la catedral.

El interior estaba fresco y, al igual que en la primera ocasión, su inmensidad resultaba abrumadora. Según su padre, los hombres que la habían diseñado habían dicho: “Hagamos algo tan grande que las personas que lo vean digan que estamos locos”.⁹

Permaneció mirando el cedazo detrás del altar, decorado con arte detallado. Un busto de Jesús aparecía flanqueado por bustos de ángeles a cada lado. En la parte superior, sobre una fila de profetas y entre ángeles, había una escena de la sepultura de Jesús. Casiodoro miró a través del cedazo al iconostasio con figuras de madera cubiertas de oro. Podía identificar algunas de las imágenes, como la de la virgen María y el niño Jesús. Otras mostraban el bautismo de Jesús o su muerte en la cruz. Pero también había muchas figuras que Casiodoro no reconocía. Una vez más, sintió el deseo de leer la Biblia y aprender sobre las historias representadas en las obras de arte.

8 Este colegio llegó a jugar un papel predominante en el movimiento de volver a la Biblia. Aunque no tenemos un registro definitivo de que Casiodoro haya estudiado en esta escuela, el autor usa este relato para dar a conocer la influencia del colegio sobre el movimiento. En este libro, también usamos el *Colegio de la doctrina* o sencillamente el *Colegio* para referirnos a él.

9 <Catedraldesevilla.es/Historia>, accedido el 7 de agosto, 2018.

Por fin se volvió y caminó hacia el coro, un aposento grande con dos niveles de sillas de coro a sus lados. Una silla estaba reservada para el rey. El arzobispo también tenía un trono especial. Las sillas de coro habían sido hechas con madera de ébano y luego esculpidas lujosamente. Era imposible notar todos los detalles de los intrincados diseños en el aposento. En el centro, un facistol alto sostenía grandes himnarios para que los coristas sentados junto a las paredes pudieran ver los himnos. Estos himnarios contenían tanto la letra como las notas musicales. “¿Cómo sería escuchar el coro?”, pensó Casiodoro. Y en ese momento, recordó que la abuela lo esperaba para el almuerzo.

Sentados a la mesa, disfrutando de la comida sabrosa, Casiodoro contó sus aventuras de la mañana. Cuando narró de su encuentro con Constantino y el acuerdo para verse al día siguiente en el Colegio de la doctrina de los niños, el rostro del abuelo mostró su alegría y desconcierto.

—Me sorprende que haya accedido a verse contigo allí, pero estoy emocionado. He escuchado de esa escuela; cuenta con maestros excelentes. La mayoría de ellos estudiaron en la Universidad de Alcalá de Henares y predicán como Constantino. Sacan sus enseñanzas directamente de la Biblia.

—Abuelo, cuéntame de la escuela.

—El Colegio fue establecido para los niños pobres que no podían costear su formación académica. El colegio ha intentado llegar a los jovencitos pobres con edades entre los quince y veinte años. Hoy día es reconocido por su enseñanza de la Biblia, y estoy muy contento de que tú tengas la oportunidad de visitar el lugar. Me gustaría verte estudiar allí.

El corazón de Casiodoro latía con fuerza de la emoción. “¡Abuelo quisiera que yo pueda estudiar en ese colegio!” Nadie conocía cuán profundo era su anhelo de estudiar la Biblia. Tal vez... Sí, tal vez Dios había escuchado su oración y ahora le abría una puerta.

—Abuelo, ¿cómo puedo llegar allá? ¿Dónde está el Colegio de la doctrina de los niños?

—Bien, hagamos lo siguiente —contestó el abuelo—: Yo iré contigo mañana y te mostraré el camino. En todo caso, me gusta salir para hacer ejercicio y no queremos que te pierdas en Sevilla.

Por supuesto, la emoción del abuelo y su oferta se debían, sobre todo, a la idea de encontrarse con Constantino. Casiodoro bien podía ver el entusiasmo del abuelo.



CAPÍTULO 9

Una nueva vida en Sevilla

c. 1537

A la mañana siguiente, el abuelo y Casiodoro caminaron por las calles angostas y adoquinadas. Pasaron por la catedral y llegaron a una sección de la ciudad que Casiodoro no había visitado antes. Casiodoro caminaba lentamente, al paso de su abuelo anciano, pero lo hacía con gusto. Era agradable acercarse al edificio del colegio en compañía de una persona mayor. Se detuvieron a la sombra de un naranjo para esperar a Constantino.

Pronto vieron que el sacerdote se acercaba. Casiodoro salió al encuentro.

—Buenos días, padre —dijo.

—Buenos días, joven. ¿Y quién es el caballero que te acompaña?

—Es mi abuelo. Él vive en Triana. —Constantino saludó al abuelo con amabilidad.

—Sí, quería acompañarlo para que no se perdiera. Casiodoro no

es de Sevilla. Y, además, deseo apoyarlo en su búsqueda —explicó el abuelo.

—Excelente. Tengo una propuesta para ti, Casiodoro —agregó Constantino—. Aquí en el colegio estoy enseñando de la carta del apóstol Pablo a los Romanos. Los pasajes que estamos estudiando estos días contestan tu pregunta en cuanto al perdón. Te invito a la clase por unos días.

Casiodoro se quedó sorprendido. ¡Qué oferta! Sentarse en un aula de estudio sería un sueño hecho realidad. Sin embargo, se volvió hacia su abuelo.

—¿Qué dices, abuelo? ¿Puedo quedarme en tu casa unos días más?

—Pues, claro que sí, Casiodoro —respondió el abuelo—. Es un placer hospedarte, y te apoyamos para que aprendas todo lo que puedas.

—¡Muy bien! —dijo Constantino—. Mi clase comienza pronto. Permítanme mostrarles un poco del colegio antes de iniciar. —Los llevó primeramente a un aula donde un grupo de muchachos estaban sentados alrededor de varias mesas y un maestro estaba de pie frente a ellos.

—En esta clase —dijo Constantino en voz baja—, están aprendiendo a leer el castellano.

En la próxima aula, los alumnos estudiaban matemáticas. Casiodoro hubiera querido escuchar más de los números y las matemáticas, pero Constantino ya avanzaba hacia la próxima aula.

—Este instructor enseña el latín, algo muy necesario para cualquiera que desee leer libros importantes, incluyendo la Biblia —dijo Constantino.

El entusiasmo de Casiodoro aumentaba.

En la última aula, Constantino señaló una silla junto a una de las mesas.

—Puedes sentarte aquí —le dijo a Casiodoro. Señaló otra silla junto a la pared y agregó—: Y usted puede tomar esa silla, señor.

Un grupo de jóvenes estaban sentados alrededor de cuatro mesas. Constantino los saludó con una sonrisa.

—Tenemos a un visitante que nos acompañará por unos días. Joven, puedes presentarte para que la clase te conozca.

—Me llamo Casiodoro. Casiodoro de Reina. Soy del pueblo de Montemolín cerca del municipio de Reina, Badajoz. Me encuentro de visita en Sevilla, y estoy muy contento por la oportunidad de visitar el colegio.

—Bienvenido, Casiodoro.

Constantino sacó unos papeles de su morral.

—Casiodoro, ¿tienes algo de conocimiento de la Biblia?

El rostro de Casiodoro se iluminó.

—Lamentablemente, no. Solo sé que deseo mucho poder leerla, pero nunca he visto una Biblia.

—La Biblia es el libro más importante que jamás se haya escrito. ¿Por qué decimos eso, jóvenes?

Uno de los muchachos contestó:

—Es el único libro inspirado por el Espíritu Santo, y por eso sabemos que es un mensaje proveniente de Dios mismo.

—Exactamente. Es la única fuente segura de información acerca de Dios, nosotros mismos y la salvación.

”Esta mañana les traigo otra sección traducida de la carta de Pablo a los Romanos. Este es el tercer capítulo. —Constantino le entregó los papeles al joven que tenía más cerca, y este llevó una copia a cada mesa. En cada mesa, los alumnos se acercaron para ver el texto escrito a mano.

—Como de costumbre, leamos por turnos, un versículo cada uno.¹⁰ Alejandro, comienza tú.

Casiodoro apenas si podía creer que estaba mirando parte de la Biblia en ese papel. ¡Y podía leer lo escrito porque estaba en

10 En esta época, la Biblia aún no se había dividido en versículos, pero el autor ha decidido utilizar el sistema de referencia conocido por los lectores modernos.

castellano! Sus manos temblaban de emoción.

Alejandro se puso de pie y leyó lentamente:

“¿Pues qué? ¿Somos mejores que ellos? En ninguna manera: porque ya hemos acusado a judíos y a griegos, que todos están debajo de pecado”.

El próximo joven leyó:

“Como está escrito, que no hay justo, ni aun solo uno”.

Cuando llegó el turno de Casiodoro, este se puso de pie y trató de leer con claridad.

“Que por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de él: porque por la ley es el conocimiento del pecado”.

—Muy bien, jóvenes —dijo Constantino—. Repasemos el texto y veamos lo que nos enseña Pablo, comenzando por el primer versículo. ¿Cuál es la primera pregunta de Pablo y qué quiere decir con esa pregunta corta?

Nadie levantó la mano.

—Es una pregunta difícil, ¿no? Pablo se refiere a algo que había escrito antes. ¿Cuál pregunta sigue al “¿pues qué?”?

—“¿Somos mejores que ellos?”

—Correcto —dijo el maestro—. ¿Y cuál es la respuesta que él mismo da a su pregunta?

—“En ninguna manera” —respondió Pedro.

—Muy bien. Ahora nos da la razón de la respuesta. ¿Cuál es, Carlos?

—“Hemos acusado a judíos y a griegos, que todos están debajo de pecado”.

—Sí —dijo Constantino—. En las primeras lecciones, leímos que todos estamos bajo pecado, tanto judíos como gentiles. Y esta Escritura nos dice que todos hemos pecado. ¿Qué se escribió en el Antiguo Testamento?

Casiodoro estaba tan concentrado en estos ejercicios que levantó la mano como lo hacían los otros jóvenes. Constantino lo

notó y preguntó:

—¿Qué dices tú, Casiodoro?

Casiodoro respondió con voz clara:

—“No hay justo, ni aun uno”.

—¿Qué dice esa Escritura de ti mismo?

—Que soy pecador —dijo Casiodoro abruptamente.

Constantino sonrió al ver su intensidad.

—Correcto, Casiodoro. Es necesario aceptar esa verdad acerca de nosotros mismos si deseamos que Jesús nos salve.

El maestro los guio cuidadosamente por el pasaje, hasta llegar al versículo trece: “Sepulcro abierto es su garganta”.

—Ahora quiero que piensen en esto con cuidado —los instó Constantino—. Él nos compara con un sepulcro abierto. ¿Qué quiere decirnos?

Todos los alumnos permanecieron en silencio y con una actitud pensativa. Casiodoro se preguntaba cómo podía ser su garganta como un sepulcro abierto. Luego recordó las palabras hirientes que había dirigido contra sus padres. Alzó la mano.

—Casiodoro, ¿qué piensas tú?

—Recuerdo ocasiones en que salieron de mi garganta palabras airadas que hirieron a mis padres. No quise decir esas cosas, pero el mal dentro de mí me llevó a decirlas.

—Una respuesta excelente, Casiodoro—respondió Constantino—. ¿Quién puede agregar a esta respuesta?

Uno de los muchachos más jóvenes habló:

—¿Qué de las ocasiones en que usamos palabras sucias y decimos cosas vergonzosas e indecentes?

—Correcto. Me alegro de que entiendan esto con tanta claridad.

Además de la emoción por la oportunidad, finalmente, de estudiar la Biblia, Casiodoro fue transportado a la mañana cuando escuchó la predicación de Constantino por primera vez. El pecado en su propia vida era un peso grande, pero también había en su

corazón arrepentimiento, y la esperanza empezaba a nacer. Su padre lo había llamado arrepentimiento verdadero. ¡Cuánto deseaba un entendimiento más profundo!

La clase escuchó atentamente. Las preguntas de Constantino guiaban a cada uno de los jóvenes a comprender que la ley de Dios no salva, pero sí revela el pecado en el corazón de la persona. Llegando al final del pasaje, Constantino preguntó:

—¿Qué dice Pablo acerca de la justificación por las obras de la ley?

Todos inclinaron la cabeza sobre el papel. Luego Juan contestó:

—Que ningún hombre es justificado por las obras de la ley.

—Entonces, ¿qué hace la ley para nosotros? Pedro, ¿cuál es el propósito de la ley?

—Nos hace ver nuestros pecados.

Animado por la perspicacia de su joven visitante hacía unos minutos, el maestro decidió probarlo otra vez.

—Casiodoro, ¿qué significa eso?

Constantino los había guiado tan bien con sus preguntas que la respuesta parecía obvia.

—No podemos ser justificados por medio de guardar la ley. Obedecer los reglamentos no puede salvarnos.

—En ese caso, ¿cuál es el propósito de la ley, Casiodoro? —insistió Constantino.

—La ley nos muestra que somos pecadores.

Constantino se recostó y sonrió.

—Excelente, jóvenes. Han entendido bien este pasaje. Cuando vuelvan a casa, piensen en lo que esto significa. Mañana estudiaremos lo que dice Pablo sobre cómo alcanzar la salvación.

Con una sonrisa alegre, se dirigió al abuelo y le dijo:

—Y a usted, que Dios le dé una buena tarde.

Mientras se dirigían a casa, el entusiasmo de Casiodoro rebosaba.

—Abuelo, ¡esa clase fue maravillosa! Muchas veces he deseado

estudiar de esa manera, ¡especialmente la Biblia! Y justo como pensábamos, el mensaje de la Biblia tiene un poder especial. ¿Lo notaste?

—¡Por supuesto! —exclamó el abuelo—. Aunque no participé en la clase, me encantó. Constantino los guía con preguntas de manera que puedan comprender el texto con facilidad. Las verdades poderosas de la Biblia llegan al corazón, ¿verdad?

Esa noche, tras disfrutar de la sabrosa sopa de verduras que hacía la abuela, Casiodoro permaneció despierto por mucho tiempo... Repasaba las escenas de su día grandioso. Anhelaba encontrarse con sus padres para contarles lo que estaba viviendo, pero se estremeció cuando pensó en su garganta... un sepulcro abierto. Cuanto más comprendía su pecaminosidad, más suave se volvía su corazón. Antes de ceder al sueño, susurró:

—Dios, gracias por la maravillosa clase. Veo y comprendo mi pecado. Muéstreme cómo puedo alcanzar justificación.

A la mañana siguiente, después de desayunarse con un huevo y una taza de té caliente, Casiodoro se preparó para caminar hasta el Colegio de la doctrina. Cuando salió, el abuelo dijo:

—Estoy muy anciano y no puedo caminar esa distancia todos los días, pero tú escucha con cuidado y cuéntenos lo que aprendas.

De nuevo, Constantino distribuyó copias de un pasaje bíblico que él mismo había traducido y copiado a mano varias veces.

—Hoy estudiaremos Romanos 3:21-31, el pasaje que sigue al que estudiamos ayer.

Casiodoro miró el papel con reverencia. ¡De verdad tenía otra porción de la Biblia en sus manos!

—Como antes, cada uno puede leer un versículo antes de que investiguemos el mensaje que esta Escritura tiene para nosotros.

Cada joven se puso de pie y leyó según su turno. Luego Constantino preguntó:

—¿Qué dice el primer versículo acerca de la justicia de Dios?

Vamos, Juan.

—Que ha sido manifestada.

—Correcto. ¿Cómo nos fue manifestada o cómo se nos dio acceso a ella?

—Aparte de la ley.

—¿Qué crees que significa eso?

Cada joven consideró el versículo, pero nadie pudo dar una respuesta. Uno de ellos dijo:

—Maestro, sería mejor que usted nos explique.

—Lo haré. Presten atención, porque esto es importante. La justicia ahora está a nuestro alcance, pero no a través de la ley. ¿Dónde se nos habla de la manera de alcanzar la justicia de Dios?

Casiodoro estaba tan enfocado que otra vez respondió sin pensar.

—En la ley y los profetas. Pero ¿qué quiere decir eso? ¿Cómo es que ellos testificaron de la justicia de Dios?

Constantino intentó explicarlo.

—La ley y los profetas del Antiguo Testamento hablan de la salvación que Jesús el Cristo traería en tiempos del Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, muchos aspectos de la ley simbolizan la obra de Cristo en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, los sacerdotes sacrificaban muchos corderos por los pecados del pueblo. Esos sacrificios representan la muerte de Jesús en la cruz por nuestros pecados.

—Ahora, según Pablo, ¿cómo es que llegamos a alcanzar esa nueva justicia? ¿Puedes hallar la respuesta en el texto, Alfonso?

—¿Es por fe en Cristo Jesús?

—Así es. Si es por fe, ¿para quiénes está disponible la nueva justicia? ¿Eh, Pedro?

—Para todos los que creen, porque no hay diferencia —respondió Pedro.

—Correcto. Además, todos tenemos que llegar a la justicia de

Dios de la misma manera. ¿Por qué razón, Casiodoro?

—Porque *todos* hemos pecado.

—Bien. Ahora, detengámonos y pensemos en esto. Es importante entenderlo con claridad. Según Pablo, ¿cómo es que somos justificados, Alberto?

—Por fe en Jesús el Cristo.

Casiodoro alzó la mano.

—¿Sí, Casiodoro?

—Si Pablo dice que somos salvos por la fe en Jesús, ¿qué se puede decir de los sacramentos? ¿Significa eso que no somos salvos por el bautismo?

El rostro de Constantino se tornó serio.

—Estás pensando bien. Esa es una conclusión lógica.

Constantino parecía preocupado cuando otro alumno levantó la mano.

—Esperen un momento, jovencitos. —Se acercó a la puerta y miró para todos lados antes de volver al frente del aula—. La pregunta de Casiodoro es muy buena porque es la conclusión lógica a la que llegamos al estudiar los escritos de Pablo. Sin embargo, debemos tener mucho cuidado de no criticar a la iglesia. Es una organización muy poderosa y no tolera desafíos a sus enseñanzas. La Inquisición está resuelta a mantener la unidad de la iglesia.

”Nosotros los que estudiamos en Alcalá de Henares deseamos reformar la iglesia por medio de enseñar la *verdad* directamente de la Biblia. Sin embargo, es muy importante no atacar a la iglesia, aunque veamos prácticas que no son bíblicas. Procuramos evitar confrontaciones peligrosas, porque ninguno de nosotros quiere caer en las manos de la Inquisición. Comencemos con un cambio en nuestra *propia* vida y oremos para que ese cambio lleve una reforma a toda la iglesia. ¿Comprenden?”

Todos los jóvenes asintieron con la cabeza. Ellos sabían del poder y el control de la Iglesia católica y sabían muy bien del terror

que infundía la Inquisición.

—Gracias, Casiodoro, por tu excelente pregunta. Lamentablemente, aquí no podremos dialogar más al respecto.

Aunque Casiodoro se sintió sumamente decepcionado, comprendió el peligro y aceptó la cautela del maestro. Sin embargo, la ilusión de estudiar la Biblia empezaba a esfumarse.

—Ahora, continuemos con nuestra clase. ¿Cómo somos justificados, Alejandro?

—Somos justificados gratuitamente.

—¡Correcto! Lo recibimos como un don; es gratuito. ¿Por medio de qué somos justificados?

—Por su gracia.

—Muy bien. Eso significa que no lo merecemos. No lo obtenemos por nuestros medios, sino que lo recibimos de Dios como un regalo. ¿Por medio de qué?

—Por medio de la redención en Cristo Jesús —los alumnos seguían el diálogo con interés y respondían atinadamente.

—Sí, eso significa que lo recibimos por medio de él y no por medio de nuestros esfuerzos. Ahora, ¿Dios puso a Jesucristo como...?

—Como nuestra propiciación por medio de la fe en su sangre —respondió un alumno.

—Exactamente. ¿Saben lo que es una *propiciación*? Es el sacrificio que hace la paz entre nosotros y Dios. Miremos el texto otra vez. Casiodoro, ¿quién es la propiciación que hace la paz entre nosotros y Dios? —Constantino había notado que su visitante era un alumno listo, así que repetidamente le pedía que contestara preguntas difíciles.

—Es Jesucristo, ¿verdad? —respondió Casiodoro—. Jesús es nuestro camino a la paz, y recibimos esa paz cuando tenemos fe.

—¿Están todos de acuerdo con esta explicación? —preguntó el maestro. Los demás jóvenes, contentos de que Casiodoro hubiera respondido por ellos, asintieron.

Constantino mantuvo ocupadas las mentes de sus alumnos con preguntas continuas respecto al resto del pasaje. Cuando terminó la clase, animó a los alumnos:

—Vayan a casa y mediten en esto. Pídanle a Dios que les ayude a entender estas verdades espirituales importantes.

Casiodoro volvió a la casa de sus abuelos con pensamientos muy profundos. Al hacer una pausa para mirar el castillo de San Jorge, le surgieron preguntas en cuanto a la Inquisición. ¿Por qué el Papa se opondría a enseñanzas tan maravillosas de la Palabra de Dios? Constantino había dicho que la meta de la Inquisición era mantener a la iglesia unida. ¿Era más importante la unidad de la iglesia que la verdad de la Biblia?

Después de disfrutar la exquisita cena de jamón y lentejas que la abuela había preparado, Casiodoro explicó todo lo que había entendido de la lección de ese día. También relató la advertencia de Constantino en cuanto a la Inquisición.

La luz resplandeciente de la lámpara acentuaba las arrugas en el rostro de sus abuelos. Ellos se inclinaron hacia adelante para prestar atención mientras Casiodoro leía el texto que había recibido ese día. Luego explicó:

—La Biblia dice que somos salvos por la fe en Jesús. Cuando creemos en él y aceptamos su sacrificio, recibimos perdón de pecados y llegamos a ser justos. No obtenemos el perdón por medio del bautismo... Más bien, Dios nos perdona cuando nos arrepentimos y ponemos nuestra fe en Jesús.

—Pero eso no es lo que enseña la iglesia —abuela parecía interesada y temerosa a la vez—. Ellos dicen que recibimos la salvación por medio del bautismo y... bueno, para eso están los sacramentos. ¿Cómo podemos saber quién tiene la razón?

Abuelo contestó:

—Por alguna razón, lo que enseña la iglesia no funciona. —Abuelo se rascó la cabeza canosa—. Abuela, tú sabes que muchas veces nos

hemos confesado y hemos vuelto sin ningún resultado espiritual. Pero ahora que hemos escuchado las predicaciones del doctor Gil y Constantino, hemos sentido una nueva emoción en el corazón. Desde la primera vez que escuché la predicación de Rodrigo de Valer en el mercado, he sentido que en la iglesia hace falta algo. Si la enseñanza de estos predicadores es de la Biblia, tienen que estar en lo correcto.

Casiodoro asintió.

—La pregunta es si creemos lo que dice la Biblia o lo que dicen los sacerdotes. La Biblia es la Palabra de Dios mismo, que nos ha sido revelada por el Espíritu Santo. Los sacerdotes son solamente hombres, y la verdad es que la mayoría no son hombres muy santos. ¿No es eso lo que Constantino nos dijo ayer, abuelo?

—Sí —dijo el anciano—. Constantino dijo que la Biblia inspirada es un fundamento seguro en el que podemos confiar por encima de las palabras de los hombres.

El rostro de la abuela acusó preocupación.

—Aun creo que debemos tener cuidado. Tengo miedo de lo que sucedería si la Inquisición descubriera lo que están diciendo.

—Tienes razón cuando dices que hay peligro —agregó Casiodoro—. Hoy Constantino nos dijo que no podemos hablar en contra de la iglesia mientras estemos en el colegio.

Más tarde, acostado en su cama, Casiodoro oró:

—Santo Dios, ¡deseo saber la verdad! He comprendido un poquito y creo que la Biblia es tu Palabra. Deseo tener fe en Jesús, una fe que me lleve a la salvación. —Casiodoro sintió la cercanía de Jesús y una paz que lo embargaba.

En las próximas dos clases, Constantino guió a los jóvenes en un estudio del capítulo cuatro de Romanos. Más y más, el maestro apreciaba la mente rápida y perspicaz de Casiodoro. Cada noche, mientras hablaba con sus abuelos, el anhelo de Casiodoro de compartir con sus padres lo que estaba aprendiendo se intensificaba.

El próximo lunes, las preguntas de Constantino respecto al

capítulo 5 de Romanos guiaron el estudio.

—Antes de mirar el texto que acaban de leer, les hago la pregunta: ¿qué significa *justificado*? Casiodoro, ¿cómo lo defines tú?

Casiodoro se rascó la cabeza... No sabía cómo responder. Parecía que Constantino le daba las preguntas difíciles.

—Significa que una persona que no era justa es hecha justa. Era pecador y llega a ser una persona justa.

—¡Muy buena respuesta, Casiodoro! —Al parecer, Constantino estaba complacido con las respuestas y Casiodoro se sintió honrado.

—Este pasaje nos dice cómo podemos ser justificados y nos presenta los resultados de la justificación. ¿Cómo somos justificados? Juan, ¿qué dices tú?

—Por la fe.

—Y Roberto, ¿cuál es el resultado de nuestra justificación?

—Que llegamos a tener paz con Dios.

—Adrián, ¿por medio de quién viene esa paz?

—Por medio del Señor Jesucristo.

—Han respondido bien. Muchachos, ¿entienden esto? Cuando somos justificados por fe en nuestro Señor Jesucristo, hallamos la paz con Dios. Por otra parte, cuando intentamos *ganar* nuestra salvación, no encontramos paz; nunca vamos a saber si hemos hecho lo necesario para alcanzar el favor de Dios. Es solo cuando hemos aceptado la justificación como un don de Dios por medio de Jesús que hallamos la paz verdadera.

Casiodoro se sintió bendecido por esta verdad, especialmente porque había comenzado a sentir esa paz en su propio ser. Su corazón se ensanchó de gozo. ¡Cuán agradecido estaba por esa paz que llegaba por medio de Jesús! Después de la clase, Casiodoro fue donde Constantino.

—Maestro, siento que es hora de que vuelva a mi casa y comparta estas verdades con mis padres.

Constantino se puso pensativo.

—Sí, creo que tienes razón. Pero yo y algunos de mis colegas queremos hablar contigo primero, si tienes tiempo.

—Sí, claro. —Casiodoro estaba muy dispuesto—. ¿Cuándo desean hacerlo?

—De inmediato, si te parece. Les pediré a los otros maestros que vengan.

Casiodoro no tenía ninguna idea de lo que deseaban hablar, pero esperó hasta que Constantino volviera con Juan Gil y Francisco de Vargas. Estos se sentaron al otro lado de la mesa y lo miraron con una mirada amable y reconfortante.

Constantino comenzó:

—Casiodoro, ha sido muy grato tenerte en la clase los últimos días. Dios te ha bendecido con una mente aguda... Te animamos a continuar estudiando. Creemos que tú puedes contribuir a que el pueblo español llegue a contar con una Biblia en su propio idioma. Espero que, una vez alcanzada esta meta, la iglesia española experimente una reforma. ¿Alguna vez has considerado estudiar el griego y el hebreo?

Francisco de Vargas fue el próximo en hablar:

—Los que hemos estudiado en Alcalá de Henares adoptamos la visión del cardenal Cisneros de restaurar la Biblia a su lugar debido dentro de la iglesia. Él nos animó a estudiar la Biblia en los idiomas originales para no depender solamente de la traducción al latín. Su meta era que los amantes de las Sagradas Escrituras no se conformaran con beber de un arroyo, sino que acudieran a las fuentes de aguas vivas que producen vida eterna.¹¹

”El cardenal Cisneros trajo los mejores manuscritos disponibles, tanto en griego del Nuevo Testamento como en hebreo del Antiguo Testamento.

—Sí —interrumpió Constantino—, consiguió los mejores eruditos

11 Ricardo Moraleja, *Alcalá y la Biblia* (Madrid: Consejo Evangélico de Madrid, 2001), p. 39.

del hebreo entre los judíos conversos¹². Estos, además de ser eruditos del hebreo, todavía lo hablaban como su idioma materno. También trajo eruditos helenistas, incluso uno proveniente de la isla de Creta.

—Invirtió grandes sumas de dinero —siguió diciendo Francisco de Vargas—, para conseguir manuscritos y eruditos. Estos maestros trabajaron en el proyecto de la Biblia Políglota, pero también nos enseñaban hebreo y griego en la universidad.

—Resultaba emocionante —interpuso Juan Gil—, estudiar a los pies de estos judíos que enseñaban con amor su idioma materno. ¡Eran tremendos maestros!

—Si bien yo pertenecía a una familia conversa —añadió Constantino—, y sabía el hebreo desde niño, esos maestros encendieron en mí un ardiente amor y fascinación por el hebreo.

—Bueno —siguió diciendo Francisco—, el propósito de Cisneros era que los helenistas compilaran un Nuevo Testamento en griego a partir de los manuscritos que se hallaban dispersos. Después de años de trabajo, el grupo publicó un texto de las Escrituras del Nuevo Testamento en griego y latín, en columnas paralelas. Por otra parte, él esperaba que los judíos también compilasen el Antiguo Testamento en hebreo, latín y el griego de la Septuaginta. Esta obra monumental se compone de seis volúmenes y se llamó la Políglota Complutense.¹³ Cisneros aun logró que el Papa aprobara la

12 En España se llamaba *conversos* a los judíos que habían aceptado la fe católica para evitar ser expulsados de España. Algunos aceptaban meramente por conveniencia. A los que seguían practicando las prácticas judías los españoles los llamaban *marranos*. Pero algunos de los conversos terminaban hallando a Jesús el Mesías, como Constantino, por ejemplo.

13 La Biblia políglota complutense contenía el Antiguo Testamento en hebreo, griego y latín, y el Nuevo Testamento en griego y latín. Fue compilada en la Universidad de Alcalá de Henares por un grupo de eruditos bajo la dirección de Francisco Jiménez de Cisneros e impresa en España en los años 1514–1517. El Nuevo Testamento en griego que produjo Erasmo unos dos años después, fue un trabajo más precipitado, hecho únicamente por él. Erasmo lo hizo en seis meses mientras los eruditos de Cisneros invirtieron casi doce años. Sin embargo, Cisneros tuvo que esperar por varios años la aprobación del Papa para publicar su Biblia, de manera que el Nuevo Testamento de Erasmo llegó a ser la base del *Textus Receptus*.

publicación de la Políglota. Su sueño era que la Biblia llegara a la Iglesia católica.

Gil añadió:

—Es triste que la Iglesia católica esté edificada sobre mandamientos de hombres y no sobre la Biblia. Esperamos y oramos para que España se vuelva a la Biblia.

Mientras escuchaba, aumentaba también la pasión que Casiodoro mismo sentía por ofrecerle la Biblia al pueblo de España. Parecía que aquellos hombres hasta se habían olvidado de Casiodoro mientras exponían su sueño. Pero entonces Constantino volvió a dirigirse a Casiodoro.

—Casiodoro, creemos que Dios te ha dado habilidades especiales para contribuir a esta visión. Tendrías que aprender latín, griego y hebreo. Obviamente tendrías que invertir mucho tiempo en el estudio, pero te presentamos el reto de que te dediques a esta obra. Estamos dispuestos a sufragar parte de tus estudios.

Constantino continuó:

—¿Por qué no vuelves a casa y compartes con tus padres lo que has aprendido? Luego averigua si te apoyan para que dediques tu vida a esta causa. No estamos hablando de una misión sencilla; sería el proyecto de tu vida.

Casiodoro sintió que su corazón latía con fuerza. Lo que ellos habían descrito era exactamente lo que él deseaba hacer. Pero ¿qué diría su padre? Seguir aquel sueño significaría dejar la granja familiar para emprender una vida completamente nueva.

El señor de Vargas atenuó el entusiasmo de Casiodoro cuando añadió seriamente:

—También es importante que entiendas los riesgos que conlleva este sueño. En este momento, la Iglesia católica no comparte nuestra visión. Al contrario, la iglesia se *opone* a que la Biblia llegue a las manos del pueblo común. Temen perder el control de las masas si permiten que las personas se informen y piensen por sí mismas.

”Después de que los moros gobernaran España por casi 800 años, el rey Fernando finalmente los expulsó de Granada. La meta del rey Fernando y la reina Isabel fue unir a España para prevenir otra invasión de los moros por medio de unificar a todos los españoles bajo la Iglesia católica. Por ello se conocen como los reyes católicos.

”Anterior a la invasión de los moros, España había sido muy benévola para con otras religiones, pero eso ha cambiado. No solamente los musulmanes, sino también los judíos y otros fueron perseguidos. Nuestro rey actual, Carlos V, es incluso más celoso. Una España unida es su pasión. Eso significa que nuestra visión de ofrecerle la Biblia a España contradice la visión del rey, la Iglesia católica y la Inquisición. La Inquisición, en especial, representa una amenaza sumamente grave. No te quiero asustar, pero debes comprender los riesgos.

—Les agradezco la oferta —dijo Casiodoro humildemente—. Sí, me interesa el asunto. Comprendo y comparto la visión, pero debo pensar en el tema y dialogar con mis padres antes de responder.

Constantino asintió y agregó:

—Sí, comprendemos que esto significaría grandes cambios para tu vida. Oramos para que el Señor te guíe. Vuelve a tu casa y habla con tus padres y con Dios en cuanto al asunto. Aquí las puertas estarán abiertas cuando quieras volver a estudiar. Y una cosa más, Casiodoro. Por favor, ten cuidado con las hojas de Escritura que te di durante las clases. Si la Inquisición supiera que tienes partes de la Biblia, pronto se incautarían de ellas. Si en alguna ocasión te preguntan dónde las conseguiste, solo diles que te las dio un amigo. Y, por favor, no les digas el nombre de tu amigo.

—No se preocupe. Haré lo que pueda para guardarlas a salvo y no le diré su nombre a nadie —prometió Casiodoro.

Casiodoro se dispuso a partir. Los tres hombres se pusieron de pie y cada uno le estrechó la mano.

—Oraremos por ti y esperamos tu regreso —le dijeron.

Casiodoro hizo planes para viajar a Monesterio en un carruaje. Esa noche, mientras comían sopa de rabo de buey, les contó a sus abuelos de sus planes y de la oferta inesperada de los maestros.

—Dialoga con tus padres —le dijo el abuelo—. Si decides volver para estudiar, estarás bienvenido aquí en esta casa. Hemos aprendido mucho de la Biblia en los últimos días, y nos encantaría que nos enseñes más.

Mientras compartía lo que había aprendido en el estudio de Romanos 5, su entusiasmo resultaba contagioso.

—Todas las personas pueden hallar la paz con Dios por medio de creer en Jesús —concluyó Casiodoro. Notó que las lágrimas inundaban los ojos de la abuela.

—Tú sabes que he tenido mis dudas en cuanto a estos estudios de la Biblia —reconoció la abuela con una voz apenas audible—. No he querido reconocer que los sacerdotes nos han enseñado incorrectamente, pero el poder de la verdad de la Biblia ha vencido mis temores. —Sus labios temblaron antes de continuar—: Mi fe ha crecido con las enseñanzas que has compartido cada noche. Hoy, finalmente puedo decir que tengo paz con Dios gracias a mi nueva fe en Jesucristo.

El abuelo apoyó los codos en la mesa vieja y rústica y contempló a las dos personas que tanto amaba. Estaba abrumado por las emociones. La luz de la lámpara revelaba lágrimas en los rostros de los tres presentes.



CAPÍTULO 10

Una nueva vida en Montemolín

c. 1537

Casiodoro salió de Sevilla en la oscuridad de la madrugada. Cuando la luz del amanecer finalmente bañó los campos, las montañas ya se erguían justo frente a los viajeros. Casiodoro sintió compasión por los caballos, pues se acercaban al tramo empinado precisamente cuando el sol empezaba a calentar. A la vez, estaba ansioso de llegar a Montemolín. Ansiaba dialogar con sus padres para relatarles todo lo que había aprendido de Constantino y el libro de Romanos. Pero también meditaba en la invitación a estudiar en Sevilla. ¿Qué dirían sus padres?

En su oración desesperada la noche antes de su encuentro con Constantino, él había orado: “¿Dios, me puedes ver? ¿Te importo? ¿Sabes lo que anhelamos mis padres y yo? ¿Harás tú que Constantino tome el tiempo para hablar conmigo?” Era de consuelo saber que Dios había escuchado y contestado.

Ahora, sentado bajo los rayos cálidos del sol, mientras los arreos

de cuero sonaban y los cascos de los caballos tamborileaban un ritmo constante, él oraba en silencio: “Dios, yo te pedí ayuda para encontrarme con Constantino y tú contestaste mi oración. Era mi deseo entender la verdad acerca de la salvación, y tú me has guiado a una fe que salva. Ahora pido que tú me ayudes a decidir si debo trasladarme a Sevilla para estudiar. ¿Es tu deseo que yo estudie griego y hebreo para que pueda estudiar la Biblia? Tú puedes hacer que mis padres apoyen la idea”.

Mientras cruzaban valles, arroyos y sierras montañosas, las águilas y los buitres volaban en el cielo azul. Las alondras entonaban su canto claro y musical. El aire se refrescó, el panorama se volvió aun más bello, pero Casiodoro estaba tan absorto en sus pensamientos que apenas si lo notaba.

Había sido un día largo y cansado. Ya era tarde. La diligencia continuaría hasta Fuente de Cantos esa noche, así que Casiodoro bajó en el cruce del camino que llevaba a Montemolín. Se echó el bolso sobre el hombro y se dispuso a caminar hacia su pueblo natal. Se sintió a gusto caminando de nuevo en territorio conocido. Sin proponérselo, la anticipación de ver a sus padres lo llevó a acelerar el paso. El sol ya se ponía cuando logró el primer vistazo del conocido castillo que despedía sus destellos dorados desde la colina a un lado de Montemolín.

Cuando Casiodoro finalmente subió por el camino hasta su casa y entró por el portón, la oscuridad había caído sobre la aldea. Casiodoro se acercó a la casa encalada que conocía tan bien y llamó a la puerta:

—¡Buenas noches! ¿Hay alguien en casa? —Escuchó el golpe de una banca que dio vuelta y cayó... Siguieron pasos apresurados. Papá abrió la puerta y preguntó:

—Doro, ¿eres tú?

—Sí, aquí estoy.

—¡Oh, que alegría, Doro! —Papá lo hizo entrar después de un abrazo.

Mamá lo abrazó fuertemente.

—Hijo, ¡has vuelto! Hace solo unos instantes hablábamos de ti. Nos preguntábamos cuándo volveríamos a verte y... ¡aquí estás!

—Estar en casa de nuevo es increíble —dijo Casiodoro. Se sentía muy contento.

—Hay comida para ti —dijo mamá—. Preparé una buena sopa de lentejas que tanto te gusta... Bueno, en caso de que llegaras hoy.

—Tu madre ha preparado la misma cena ya por algún tiempo —dijo papá con un brillo en los ojos—. He disfrutado sopa de lentejas cada noche ya por... no sé, al menos una semana. Ah, hijo, tu madre y yo te hemos extrañado más de lo que te puedas imaginar.

La familia se sentó a la mesa de la cocina. Bajo la luz de la lámpara, mamá se apresuró a llenar un tazón de la sopa preferida de Casiodoro. Le sirvió la sopa junto con algunas rebanadas de pan, jamón y su delicioso queso de leche de cabra.

—¡Esto huele tan rico! —dijo Casiodoro con un suspiro. Tomó la cuchara con ánimo y acometió la tarea—. La comida de la abuela era muy buena, pero no había nada como la comida de mamá y en su propia casa.

—Doro, cuéntanos acerca de tu viaje —lo instó papá—. ¿Pudiste hablar con Constantino? Sé que estás cansado, pero cuéntanos algo.

—El viaje resultó sumamente exitoso. Sí, logré hablar con Constantino y mucho más... Asistí a las clases de Constantino en el Colegio de la doctrina de los niños.

—¿Qué estás diciendo, Doro? ¿Cómo lograste entrar allí? —preguntó papá, sorprendido.

—Constantino mismo me invitó. Me dijo que en las clases encontraría respuestas a mis preguntas acerca de la salvación.

Los ojos de mamá acusaron sorpresa.

—Y ¿hallaste respuestas a tus preguntas?

—¡Sí, madre! Fue un tiempo maravilloso. Estudiamos pasajes directamente de la Biblia. ¿Se pueden imaginar? Teníamos copias

escritas a mano que Constantino había traducido al castellano. Las traje a casa conmigo. —Casiodoro se apresuró a buscar en su bolso—. Miren esto —dijo con un brillo en los ojos—. Esto es parte de la Biblia y está en castellano... Cualquiera lo puede leer.

Papá y mamá se inclinaron hacia adelante para observar detenidamente los papeles que contenían el tesoro.

Lentamente, papá comenzó a leer el pasaje en voz alta mientras los demás escuchaban con atención.

—¿De verdad estoy leyendo la Biblia en castellano? —susurró.

Con un rostro radiante, Casiodoro contestó:

—Sí, padre. ¡Está leyendo un pasaje de la Biblia en castellano! Quiero contarles lo que Constantino nos explicó. Así podremos entender juntos estas verdades maravillosas.

—¿Por qué no comenzamos mañana? Estás muy cansado esta noche y tendremos que esperar a mañana —sugirió mamá. Casiodoro bostezó y volvió a echar el papel en su bolso.

—¿Cómo están los abuelos? —preguntó papá.

—Están bien. Repasé los estudios con ellos también. Estaban deseosos de aprender y ambos han hallado paz con Dios.

—¿De verdad? ¿Abuela también? Ella siempre ha sido un tanto temerosa de cualquier tendencia nueva.

—Al principio estaba dudosa, pero cuando escuchó el bello mensaje de la Biblia, abrió su corazón para recibir la bendición de la fe.

—Bueno, estás cansado por tu largo viaje. Será mejor que te acuestes —dijo mamá, quien siempre se preocupaba por su bienestar—. Mañana hablaremos largo y tendido.

Casiodoro se durmió con el corazón muy contento. La próxima mañana se levantó temprano para ayudar con los trabajos. Alimentó los cerdos mientras papá ordeñaba la cabra. Juntos alimentaron las ovejas e inspeccionaron la viña que papá había estado podando. Luego entraron en la casa y se sentaron a la mesa. Casiodoro no dejaba de saborear los aires conocidos de su hogar. Le parecía lo más

correcto estar ahí; se sentía seguro. Decidió estudiar los pasajes de la Biblia con sus padres primero, y esperar a más tarde para hablarles de la oferta de Constantino.

Padre e hijo pasaron un lindo día podando la viña juntos. Después de la cena, papá leyó el primer pasaje del libro de Romanos en voz alta. Casiodoro, siguiendo el método de Constantino, hizo preguntas y guio a sus padres a través del pasaje para que entendieran el mensaje. Cuando llegaron al versículo que dice que la garganta es como un sepulcro abierto, Casiodoro explicó lo que sintió en Sevilla. Explicó que había reconocido la maldad en su propio corazón, y que esa maldad era la fuente de sus palabras ásperas hacia ellos.

—Padre, madre, de verdad estoy arrepentido por esas palabras airadas —dijo—. Por favor, perdónenme por haberlos herido.

—Por supuesto, te perdonamos, hijo. Comprendemos lo que dices —le aseguró papá.

—Yo también te perdono —le aseguró mamá—. Te entiendo perfectamente. A veces yo también hablo palabras ásperas y luego me siento mal. A veces me lamento por las cosas que hago. No sabía por qué soy así, pero la Biblia me está ayudando a comprender. Es por la maldad en mi corazón. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

A medida que estudiaban, comenzaron a ver que la ley de Dios revelaba su condición pecaminosa. Cada uno permaneció en silencio, meditando por un tiempo. Finalmente, mamá suspiró.

—Comprendo que todos tenemos corazones malos. Pero ¿de qué me sirve saberlo? ¿Cómo puedo vencer el pecado?

—Madre, continuemos con los estudios; verá que el primer paso hacia la salvación es comprender que somos pecadores —dijo Casiodoro con gentileza—. Entonces viene el arrepentimiento y la fe en la obra de Jesús en la cruz. Cuando comprendemos que no podemos encontrar salvación por nuestros medios, ha llegado el momento de recibir el don de salvación que Jesús ofrece.

—Sí, puedo entender eso —respondió papá—. Debemos entender

nuestra necesidad antes de que podamos recibir la salvación.

—Así es, padre. Después de esta enseñanza sobre nuestra pecaminosidad, comenzaremos a leer del bello don de la gracia de Dios. Solo espere y verá.

La próxima noche, Casiodoro los guio en un estudio de Romanos 3:21-31. De nuevo, papá leyó el texto. Bajo la luz tenue de la lámpara, los tres se inclinaron sobre las páginas mientras Casiodoro hacía preguntas y explicaba.

—Así como todos hemos pecado, todos podemos ser hechos justos por medio de la fe en Jesús.

Casiodoro notó la expresión perpleja en el rostro de su madre.

—¿Me comprende, madre?

—Creo que entiendo lo que estás diciendo, pero todavía me parece confuso —respondió ella—. Toda nuestra vida se nos ha enseñado a confiar en el magisterio de la iglesia. Desde mi niñez he creído que dudar de lo que nos enseñan los sacerdotes es un pecado terrible. Nuestra creencia católica es que los sacramentos nos salvan. Primero tenemos el bautismo, luego la confirmación, y después el santo sacramento de la eucaristía para recibir la vida eterna. Se nos ha enseñado que recibimos el perdón por medio de confesarnos con el sacerdote. Pero ¿cómo podemos saber qué dicen las Sagradas Escrituras? ¿Cómo sabemos quién tiene la razón?

—Sí, madre, comprendo tu confusión —intervino papá—. Casiodoro, ¿cómo podemos saberlo?

Casiodoro meditó por un momento. Sus padres eran sinceros y ambos necesitaban una respuesta sólida a esta pregunta. Oró en silencio: “¡Dios, necesitamos una respuesta! Por favor, muéstrame la verdad, como lo has hecho en otras ocasiones”.

Una pequeña luz se encendió en su mente, una luz que creció hasta convertirse en una verdad resplandeciente más fuerte que el fuego.

—Madre, padre, ¿qué dice Dios respecto al asunto? Eso es lo que

necesitamos saber, ¿no es cierto?

—¡Por supuesto! —exclamó papá.

—Sí, pero ¿cómo podemos saber qué dice Dios? Él no nos habla, ¿verdad? —irrumpió mamá. El tono de su voz revelaba su frustración.

—Pero, madre, Dios *ya* nos ha hablado. Él desea que nosotros entendamos. Él nos ha dado su palabra veraz y segura.

—¿Cuál es?

—¡La Biblia! —exclamó Casiodoro, muy feliz por la revelación—. Constantino leyó un versículo que dice que toda la Escritura es inspirada por Dios. Él nos dio la Biblia para que recibamos dirección clara en nuestra vida. Los hombres dicen tantas cosas extrañas y muchas veces cambian de parecer. Pero la Biblia siempre dice lo mismo. Es nuestro fundamento sólido.

—¿Cómo podemos tener certeza de eso? —preguntó mamá.

Papá habló en tono serio:

—Madre, tú sabes que la Iglesia católica ha cambiado algunas de sus enseñanzas aun en nuestros tiempos. Y en el pasado han ocurrido otros cambios, pero Casiodoro tiene razón cuando dice que el mensaje de la Biblia sigue siendo el mismo. Si en realidad es inspirada por el Espíritu Santo, lo que dice debe ser cierto.

”Otro problema es que la iglesia no nos ayuda a vivir vidas buenas y puras. La gente se bautiza y comulga, pero siguen tan llenas de pecado que resulta vergonzoso. Incluso muchos de los sacerdotes son borrachos y algunos tienen amantes. Todos sabemos eso, madre, pero hacemos caso omiso de sus actos pecaminosos e intentamos negar la realidad. ¿Cómo podemos confiar en su enseñanza si no da resultado ni para ellos mismos?

”Tal vez no debería decir esto, pero es el magisterio de la iglesia el que se opone a que leamos las Sagradas Escrituras. Si la Biblia es el mensaje de Dios para nosotros, ¿por qué no quieren que la leamos? ¿Porque saben que la Biblia expone sus errores?

Papá parecía afligido. Meneó la cabeza y se rascó pensativamente.

—Madre, Doro es más valiente que nosotros. Desde niño, su mente alerta ha buscado respuestas para todo. Su búsqueda me ha hecho detenerme y dudar de lo que nos enseñan los sacerdotes.

Casiodoro respondió en voz baja.

—Para mí, la Biblia es una luz brillante en un mundo oscuro y confuso. Y continúa brillando más y más, y tiene respuestas claras. Es como agua para nuestra sed. Trae paz en toda esta confusión. He decidido seguir la Biblia porque creo que es inspirada por Dios. Solo consideren la pregunta sobre cómo hallar el perdón de nuestros pecados. Madre, ¿cuántas veces nos hemos confesado con el sacerdote y repetido avemarias sin hallar paz? Pero ahora que comprendo y creo en la Biblia, he hallado paz.

—¿De verdad la has hallado, Casiodoro? —preguntó mamá con ansia. Sin esperar respuesta, continuó—: No necesitas contestar. He visto cómo has cambiado. Sí, has encontrado la paz. Y ¿eso sucedió por medio de lo que aprendiste de la Biblia?

—Sí, madre. Aun si parece peligroso, crea lo que el apóstol Pablo escribió en Romanos y hallará la paz. Yo lo hice... También el abuelo y la abuela.

—Madre, lo que Doro nos dice tiene sentido, y ofrece esperanza y luz. Sí, Señor, yo creo —concluyó papá con serenidad y confianza.

—Yo también deseo creer, pero tengo temor —dijo mamá.

Casiodoro inclinó la cabeza y comenzó a orar.

—Santo Dios, tú conoces el corazón de mis padres. Ellos desean creer en tu Palabra. Guíalos por medio de tu Espíritu a la verdad de la Biblia. Que ellos puedan hallar la paz por medio de creer. En el nombre de Jesús, Amén.

—Tengo paz... Sencillamente creo lo que la Biblia dice y tengo paz. Gracias, Dios —susurró papá.

—Sí, yo también —dijo mamá. Le temblaban los labios. Una lágrima corrió por su mejilla y dejó un rastro brillante.

Una noche varios días más tarde, después de estudiar los

primeros versículos de Romanos 5, la familia continuaba sentada a la mesa, maravillados. “Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesús Cristo”. Mamá repitió las palabras que papá había leído. Con el rostro lleno de lágrimas, expresó lo que cada uno sentía en ese momento.

—¡Palabras tan bellas! —susurró—. Jesús murió en la cruz para darnos el don de la salvación por medio de su gracia. Me he confesado muchas veces y siempre he salido desilusionada. Ahora he hallado la paz en Jesús. Gracias, Señor, ¡muchísimas gracias por la Biblia! Deseo servir fielmente a Dios toda mi vida.

Después de algunos momentos, papá preguntó:

—¿Cómo podemos compartir esta verdad con otras personas?

Casiodoro se aclaró la garganta.

—Padre, madre, necesito contarles algo que Constantino y los otros maestros del Colegio de la doctrina me propusieron. Ellos apreciaron mi interés por el aprendizaje y dijeron que tengo una mente aguda.

—¿Dijeron eso, Doró? Nosotros lo hemos sabido desde que eras niño —dijo papá con una risa.

—Sí, y me invitaron a volver para que estudie más; quieren que aprenda latín, griego y hebreo para que pueda estudiar la Biblia, y ponerla a disposición de la iglesia en España. Dijeron que me ayudarán con los costos de mis estudios en caso de que yo acepte.

—¿De... de verdad te pidieron que... que vuelvas a estudiar, hijo? —dijo mamá con la voz entrecortada.

Papá permaneció inmóvil, sin saber qué decir. Finalmente dijo:

—Comprendo por qué hicieron la oferta, pero ¿cuál sería tu aporte? ¿Qué les respondiste?

—Quieren que yo contribuya a la tarea de hacer que la Biblia esté disponible en castellano para la iglesia aquí en España.

—En ese caso, ¿están pidiendo un compromiso de por vida? —preguntó papá con un tono de gravedad en la voz.

—Sí.

—Es decir, ¿tendrías que dejar la granja? ¿Tendrías que dejarnos a nosotros? —preguntó mamá con voz trémula.

—Sí, para estudiar en Sevilla tendría que dejar la granja, por lo menos por algún tiempo. Esa es la parte más difícil. Extrañaría mi hogar, y los extrañaría a ustedes más de lo que puedo expresar.

Papá permaneció sentado... Apoyó la cabeza entre sus manos y miró la mesa fijamente.

—Hijo, esa es una causa muy digna —dijo finalmente—. Valdría la pena sacrificarnos para seguir un llamamiento tan alto. Pero sería difícil verte partir, probablemente para siempre. Mi sueño siempre ha sido que algún día tú te encargues de la granja. Será necesario pensarlo por un tiempo.

—Sí, padre, lo sé. Siempre pensé encargarme de la granja un día. Por otra parte, me encantaría estudiar y... Bueno, la visión que Dios les ha dado a mis maestros es algo muy noble. Usted sabe cuánto tiempo he anhelado el privilegio de leer la Biblia. Poner la Palabra de Dios al alcance de mi gente sería una causa sumamente digna. Pero también sería peligroso; la Inquisición se opone ferozmente a la divulgación de la Biblia. Debemos pensar y orar; necesitamos la dirección de Dios.

Mamá puso una mano sobre el hombro de su hijo.

—Casiodoro, te amamos. Deseamos lo mejor para ti. Por supuesto, no quisiera que te vayas, pero... —Mamá no pudo contener un sollozo y se retiró rápidamente a su dormitorio. Papá tomó la lámpara y la siguió en silencio. Casiodoro se fue a su propio cuarto con un corazón apesadumbrado por la importancia de la decisión que tenían por delante.

La familia leyó repetidas veces los pasajes bíblicos que Casiodoro había traído de Sevilla. Se regocijaron en la paz que habían hallado en Jesús. Sin embargo, ¿podían seguir asistiendo a la misa ahora que tenían un nuevo entendimiento de las Escrituras? Decidieron

hacerlo, pues dejar de asistir los pondría en la mira de la Inquisición. Casiodoro les recordó:

—Hay tanto en la Biblia que aún no sabemos. Hemos estudiado una parte muy pequeña. Podemos ir a la misa hasta que yo pueda aprender más y sepamos qué hacer. Por ahora, es mejor no hacer un cambio drástico.

Durante aquellos días, Casiodoro disfrutó al máximo su trabajo en la granja al lado de su padre, pero una nube de tristeza se cernía sobre la familia debido a lo que parecía una salida inminente. ¿Será que su alegre tiempo juntos llegaría a su fin? Muchas noches, después de la cena, la familia hablaba de la decisión. Cuanta más bendición e inspiración recibían de su nuevo conocimiento de la Biblia, más correcto les parecía que Casiodoro se fuera a estudiar en Sevilla.

Los días se convirtieron en semanas, y la familia fue hallando paz con respecto a la decisión. Una noche, papá expresó con mucha seriedad los sentimientos de todos:

—Hemos descubierto cuán importante es la Biblia, pero la gente no tiene acceso a ella. Es urgente, España necesita la Biblia. Casiodoro, si Dios desea usarte para poner las Sagradas Escrituras al alcance del pueblo español, adelante. La misión bien vale la pena, aunque te alejes y dejes la granja... A pesar de los peligros y la amenaza de la Inquisición, valdrá la pena.

El plan de Dios para Casiodoro era que volviera a Sevilla a estudiar y dedicar su vida para que España pudiera leer la Biblia. Como lo dijo papá, en conclusión:

—Nuestras vidas están en las manos de Dios. La necesidad de la Palabra de Dios es mucho más importante que los deseos de nuestra familia. Ve, Doro, ¡ve! Siempre te apoyaremos.



CAPÍTULO 11

El Colegio de la doctrina de los niños

c. 1538

Papá preparó una tinaja de aceite y sacos de lentejas, arvejas, trigo y avena para los abuelos; ellos tendrían que hospedar a Casiodoro, y papá deseaba contribuir con los costos. Por otra parte, con la venta de una oveja y un cerdo la familia obtuvo el dinero para que Casiodoro comprara los útiles para la escuela.

Llegó la mañana en que Casiodoro tendría que partir. Papá le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Doro, te apoyamos. Que Dios te bendiga... —Su voz se ahogó por las emociones y no pudo continuar.

Mamá lo abrazó fuertemente.

—¡Casiodoro, te extrañaremos mucho! Es muy difícil verte partir, pero sé que Dios lo desea y yo estaré apoyándote.

Casiodoro sentía que algo le apretaba el pecho... No podía hablar. Se limitaba a asentir con la cabeza mientras procuraba tragarse el nudo en la garganta y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Normalmente Casiodoro hubiera querido sentarse junto al conductor de la diligencia, pero esta vez deseaba la privacidad del interior oscuro del carruaje. Se alegraba por la oscuridad del interior, pues así los demás pasajeros no podían ver que lloraba. Por otra parte, sus ansias de estudiar la Biblia finalmente vencieron sus lágrimas. Cuando el día amaneció, pudo disfrutar de la comida que mamá le había preparado con amor.

Después de una noche de descanso en la casa de los abuelos, Casiodoro tomó su bolso y salió temprano. Bajó por la calle frente al Castillo de San Jorge. Cruzó el puente y solo se detuvo unos instantes para observar la actividad en el puerto. Luego cruzó la puerta y continuó por las calles atestadas que pasaban por la catedral y conducían al Colegio de la doctrina.

Cuando se aproximaba al colegio, se alegró de ver que Constantino venía caminando hacia la puerta. El sacerdote lo recibió con una sonrisa y un apretón de manos.

—¡Casiodoro! ¡Estoy muy contento de verte! Hemos orado por ti, siempre con la esperanza de que volvieras. Has venido para estudiar, ¿no?

—Sí, padre —respondió Casiodoro—. Estoy ansioso de comenzar.

—Bueno, entra —lo invitó Constantino—. Acabo de terminar mi clase de esta mañana, pero te ayudaré a que te prepares para mañana.

Después de dialogar entre sí, los maestros acordaron que Casiodoro estudiaría gramática española, matemáticas y latín además del estudio de la Biblia que impartía Constantino. De camino a la casa del abuelo, Casiodoro se detuvo para comprar papel, plumas, tinta y algunas otras cosas que necesitaba.

Casiodoro había iniciado una nueva vida de estudio y más estudio. Compró una lámpara de aceite para poder leer hasta tarde

cada noche. ¡Había tanto que aprender! Además de aprender el latín, Casiodoro necesitaba aprender los detalles de la gramática española. Prácticamente no tenía tiempo para memorizar los datos de las matemáticas, pero la mente aguda que Dios le había dado lo ayudó a absorber la información rápidamente. Muchas veces oraba pidiendo la ayuda de Dios en su aprendizaje. La visión de una Biblia en castellano permanecía indeleble en su mente.

Los otros jóvenes también se aplicaban a sus estudios, pero Casiodoro sobresalía en sus logros académicos. En ocasiones, alguno de los compañeros proponía salir una tarde a nadar, pescar o alguna otra actividad para romper la monotonía del estudio. Cuando invitaban a Casiodoro, este siempre levantaba la vista de sus libros brevemente y respondía con una sonrisa:

—Lo siento, pero creo que no puedo salir con ustedes. Tengo mucho trabajo esta tarde.

—Todos tenemos mucho trabajo. Anda, Doro, ¡acompañanos! Podrás seguir con tus estudios más tarde. Tú también necesitas algo de recreación.

—No... cre... No creo que pueda. Vayan ustedes si lo desean.

En cierta ocasión, Casiodoro escuchó que uno de sus compañeros dijo entre dientes cuando ya se alejaba:

—Se cree más inteligente que nosotros.

Casiodoro se entristeció por aquellas palabras. Ellos no entendían que su pasión por la Biblia superaba cualquier otro interés. Cuando se tomaba un tiempo para descansar de sus estudios, admiraba las maravillas de la catedral u observaba los barcos y los marineros en el muelle.

La clase de enseñanza bíblica era la preferida de Casiodoro. El estudio avanzaba por el libro de Gálatas, y el pasaje del capítulo 1, versículos 6 al 10 resultó sumamente enriquecedor. Un día, antes de que comenzara la clase, Constantino se acercó a la puerta y miró por el pasillo para asegurarse de que no hubiera nadie cerca. Luego

volvió a su mesa y dijo:

—Jóvenes, hoy estudiaremos un pasaje importante. Habla del problema que tiene la Iglesia católica hoy, pero la iglesia no está dispuesta a enfrentar esta verdad. Debemos proceder con cautela, para no terminar en manos de la Inquisición. Estudiaremos el pasaje, pero no hablaremos de lo que significa para la iglesia de España.

La clase guardó silencio; pensar en la Inquisición siempre era un asunto serio.

—¿Cuál es la preocupación del apóstol en el versículo 8? —preguntó Constantino—. ¿Alfonso?

—Que nadie predique otro Evangelio.

—Muy bien. Según Pablo, ¿cuál era el *verdadero* Evangelio?

Esta pregunta era más difícil. Los jóvenes estudiantes escudriñaron el versículo con cuidado antes de que Juan contestara:

—El verdadero Evangelio era el que Pablo había predicado.

—Y ¿qué dice de los que predicán otro evangelio? A ver, Pedro.

—Que sean anatema.

—Correcto. Ahora dice que el predicador debe ser anatema o desechado, sin importar quién sea el predicador. Incluso si el predicador es un...

—Aun si es un ángel del cielo.

—Correcto. Según la Biblia, no debemos creerle ni a un ángel si este contradice el Evangelio original que enseñaron los apóstoles.

”Ahora, piensen bien antes de contestar la próxima pregunta.

Los alumnos se inclinaron hacia delante en anticipación.

—¿Por qué dice Pablo que ni siquiera ellos podían anunciar otro evangelio, si acaba de decirles que él les había predicado el Evangelio verdadero? Miremos el versículo 9 para encontrar ayuda —sugirió Constantino—. Aquí Pablo repite lo que dijo anteriormente. Roberto, ¿qué dice de cualquier persona que predique otro evangelio?

—Que sea anatema.

—Correcto. Ahora, ¿cuál es el verdadero Evangelio según este

versículo? —Los jóvenes leyeron el versículo cuidadosamente—. Sí, Alejandro.

—El que habían recibido.

—Muy bien. Ahora volvamos a la pregunta importante. ¿Por qué les advierte que él, o cualquiera de los apóstoles, debe ser anatema si predicara otro evangelio? —Constantino les dio tiempo antes de preguntar—: Casiodoro, ¿tú qué dices?

Casiodoro frunció el ceño. Luego respondió:

—Si el apóstol Pablo mismo decidía anunciar un evangelio distinto al que había predicado, debía ser anatema al igual que cualquier otro falso maestro.

—Es una buena respuesta. Pablo y los demás apóstoles habían predicado el Evangelio original. De manera que cualquiera que comenzara a enseñar algo diferente, aun si fuera uno de los apóstoles, debía ser anatema. Es decir, debían rechazar las nuevas enseñanzas y guardar el Evangelio verdadero.

—Tengo otra pregunta importante para que la consideren —continuó Constantino—. ¿Cómo podemos nosotros, que vivimos más de 1.500 años después de los apóstoles, saber cuál es el Evangelio puro y original?

Casiodoro se estaba preguntando lo mismo. “¿Cómo podemos saberlo con certeza?” Constantino continuó.

—¿Cómo podemos conocer el Evangelio verdadero? No podemos confiar en los hombres, porque Pablo nos dice que los hombres pueden desviarse y enseñar algo errado. ¿Cómo podemos saber qué enseñaron los apóstoles en el principio?

De pronto, Casiodoro supo la respuesta.

—¡Está escrito en el Nuevo Testamento! —exclamó casi gritando.

—¡Exactamente! —exclamó Constantino—. Podemos conocer el Evangelio original que predicaron los apóstoles porque Dios lo preservó en el Nuevo Testamento. Los apóstoles escribieron según fueron inspirados por el Espíritu Santo. Hoy, por medio de leer el

Nuevo Testamento, nosotros también podemos conocer el Evangelio original. ¿No les parece maravilloso? El Evangelio no se ha preservado a través de una sucesión de papas, sino en la Palabra de Dios escrita en el Nuevo Testamento.

En el rostro de los jóvenes se notaba que comprendían, aunque varios de ellos tenían más preguntas. Casiodoro intuyó que Constantino no decía más porque no podía o no deseaba hacerlo. El maestro levantó su mano para evitar las preguntas.

—Creo que todos entendieron. Sin embargo, por ahora no podemos hablar de lo que significa esta verdad para nuestra iglesia hoy día. Espero y pido en oración que algún día podamos hacerlo. —Recogió sus papeles y los metió en su bolsa—. Tengan una buena tarde —dijo, mientras salía del aula.

Los jóvenes continuaron sentados, un tanto desilusionados y muy pensativos. Luego recogieron sus papeles lentamente y salieron del cuarto. Casiodoro fue el último en salir. Su mente daba giros con esta revelación directamente de la Biblia.

Esa noche, Casiodoro y los abuelos repasaron el estudio de la tarde.

—Bueno, no veo cómo pudiera ser más claro —reflexionó el abuelo—. Si el gran apóstol Pablo no se atrevía a cambiar el mensaje original, ¿cómo puede hacerlo la cúpula de la iglesia? Dicen que la iglesia tiene la autoridad para añadirle al mensaje original.

”Por otra parte, no se nos permite leer la Biblia... En ese caso ¿cómo podemos saber cuántas enseñanzas hayan sido añadidas al mensaje original? En un tiempo, se permitía que los sacerdotes se casaran, pero ahora la iglesia lo ha prohibido. Y todos conocemos la terrible inmoralidad que se viene dando. Yo también he escuchado que confesarse con un sacerdote no es una enseñanza de la Biblia. Por nuestra ignorancia de la Palabra de Dios, es muy fácil que nos engañen.

Abuela inclinó la cabeza; los rizos de cabello blanco colgaban

sobre su rostro arrugado.

—Sí, comprendo —comenzó a decir—. Pero esto es tan serio, y tantas personas están engañadas. Ay, Dios, ¡por favor, ayúdanos! Todos necesitamos la Palabra. Este país necesita conocer la Biblia.

—Eso es cierto —afirmó el abuelo—. Casiodoro, que el Dios del cielo te ayude. Necesitamos la luz de las Escrituras con urgencia. Tu abuela y yo pronto partiremos de este mundo, pero no te rindas hasta que España cuente con la Biblia en castellano.

Al oír las palabras sinceras del abuelo, Casiodoro sintió una emoción extraña, como si estuviera escuchando un mensaje de Dios mismo. Sí, anhelaba volver a su casa y compartir con sus padres la verdad que estaba aprendiendo.



CAPÍTULO 12

La Universidad de Sevilla

c. 1541

Después de tres años de estudio, Casiodoro estaba listo para graduarse del Colegio de la doctrina de los niños. Sus calificaciones eran excelentes. Sus maestros lo habían animado a iniciarse en la carrera sacerdotal con la esperanza de que obtuviera una beca y pudiera estudiar en la universidad de Sevilla. La mayoría de sus maestros habían hecho lo mismo en el pasado y hoy eran sacerdotes. Casiodoro sabía que tal decisión exigiría un compromiso serio. Aunque no sería necesario un voto de celibato para empezar, entrar a formar parte del clero podría llevarlo al celibato.

Una noche, en el puente de Triana, mientras los reflejos plateados de la luna brillaban sobre las aguas quietas del río Guadalquivir, Casiodoro meditó en el posible alcance de la decisión que tenía por delante. ¿Debía ingresar a la vida religiosa? ¿Lo estaba llamando Dios a tal compromiso y sacrificio? Si Jesús y el apóstol Pablo fueron célibes, ¿por qué no podía él también abrazar dicho sacrificio? La paz

llenó su corazón como la quietud de la noche lo llenaba todo a su alrededor. De repente, supo exactamente qué debía hacer.

El próximo día, Casiodoro visitó la Universidad de Sevilla, cerca de la Catedral y el Alcázar real. Solamente los mejores alumnos podían completar el programa de la universidad, de manera que el desafío emocionaba a Casiodoro. Al entrar por la puerta alta en forma de arco, vio a un hombre con tonsura, al estilo de los monjes, sentado en un escritorio y con una pluma en la mano. Casiodoro comenzó a hablar con incertidumbre:

—Disculpe, buenas tardes. Me gustaría saber cuáles son los requisitos para estudiar aquí.

El monje levantó la vista de sus escritos y sonrió lentamente al notar los nervios de Casiodoro.

—Buenas tardes te dé Dios. ¿Con que te gustaría estudiar aquí? —Miró a Casiodoro detenidamente—. ¿Cuáles son tus credenciales? ¿Qué te hace pensar que puedes someterte a nuestro intenso programa?

Casiodoro echó su peso sobre un pie y luego sobre el otro.

—Bueno, estoy próximo a graduarme del Colegio de la doctrina de los niños y me gustaría continuar con mis estudios. Todavía me queda mucho por aprender.

—¿Qué te gustaría estudiar? —preguntó el monje.

—Griego, hebreo y literatura —respondió Casiodoro.

—Entiendo. ¿Sabes que aquí el estudio es mucho más exigente que en el colegio? Que te hayas graduado del Colegio de la doctrina no significa que estés preparado para nuestros cursos avanzados. ¿Estás seguro de que estás preparado para ellos?

—Sí, lo estoy —respondió Casiodoro—. Necesito aprender estas lenguas y estoy preparado para hacer lo necesario. Me gustaría saber acerca de los costos, pues soy hijo de un granjero pobre de Montemolín. ¿Es verdad que ofrecen becas para estudiantes necesitados?

—Sí, les ofrecemos becas a los alumnos que reúnen los requisitos y cuyo hogar está a más de cinco leguas¹⁴ del centro de Sevilla. Tendrías que cumplir con los ritos de admisión al clero para pedir una beca. Nuestro fundador quería que esta universidad estuviera dedicada a la preparación de hombres en las sagradas órdenes del sacerdocio.¹⁵

—Sí, estoy enterado de eso, y estoy preparado para dar ese paso.

—¿Comprendes que en un futuro te podrían exigir un voto de celibato? —preguntó el monje.

—Sí, lo entiendo.

El hombre de la túnica detrás del escritorio parecía admirar la determinación de Casiodoro.

—Bueno, necesitaremos una carta de referencia escrita por el rector del Colegio de la doctrina y firmada por tus profesores —le dijo el monje a Casiodoro—. También necesitaremos una carta del sacerdote de tu pueblo natal. El sacerdote debe confirmar que provienes de una familia pobre de su parroquia. Reúne esos documentos y preséntate aquí antes del 15 de julio. En unas dos semanas a partir de esa fecha te notificaremos si calificas para una beca. Las clases comienzan el 15 de setiembre.

—Dios mediante, estaré aquí con las cartas antes del 15 de julio —prometió Casiodoro—. ¿Puedo ver las instalaciones?

El monje puso su pluma a un lado.

—Sígueme. A nuestra derecha está la capilla. Aquí es donde celebramos la misa cada mañana antes de comenzar con los estudios. A la izquierda están las aulas.

Salieron a un patio grande rodeado de columnas de mármol que llegaban hasta el segundo piso. Entre las columnas había arcos

14 La legua es una medida antigua de aproximadamente cinco kilómetros. Originalmente, la legua era la distancia que una persona podía caminar en una hora.

15 Francisco Aguilar Piñal, *Historia de la Universidad de Sevilla* (Salamanca: Europa Artes Gráficas de Salamanca, 1991), pp. 28, 32.

decorados y barandas en ambos pisos. Arbustos ornamentales, flores y unos pocos árboles de naranja trazaban diseños atractivos alrededor de una fuente de agua en el centro del patio. Los cuartos alrededor del patio en ambos pisos servían como dormitorios para los alumnos. El guía llevó a Casiodoro por una puerta a un área de servicio donde había un patio más pequeño con un huerto, una cocina y los baños. Parecía el lugar perfecto para vivir y estudiar, pero Casiodoro prefirió contener su entusiasmo puesto que no lo habían aceptado todavía.

—Es impresionante —se limitó a decir.

Después de agradecerle al monje, Casiodoro pasó por la puerta pequeña de atrás y salió a la calle. Apenas si podía contener su emoción mientras susurraba: “Padre celestial, por favor, permíte que este sea el lugar donde pueda continuar mi aprendizaje”.

El rector y los profesores del Colegio de la doctrina escribieron una excelente recomendación a favor de Casiodoro. Con esa carta en mano, Casiodoro salió de Sevilla para pasar varias semanas con sus padres en la granja. También necesitaba la carta del sacerdote de Montemolín. La decisión de papá y mamá de continuar asistiendo a la misa ahora rindió fruto. El sacerdote estaba dispuesto a escribir un reportaje positivo respecto a Casiodoro y su familia.

Esas pocas semanas con sus padres fueron un regalo de valor incalculable. Casiodoro ayudó a su padre con las siembras del verano y disfrutó de la comida de su madre. En las noches, repasaba todo lo que había aprendido de la Biblia.

La familia dialogó sobre el costo de los estudios de Casiodoro. Aunque Casiodoro recibiera una beca, siempre habría otros gastos. Papá había decidido vender una pequeña porción de terreno para cubrir esos costos. Cuando Casiodoro protestó, su padre tenía una respuesta a mano:

—Tu madre y yo lo habíamos hablado... Estamos sumamente agradecidos por lo que hemos aprendido de tu estudio de la Biblia

y queremos contribuir a la tarea de ofrecerle al pueblo de España la Palabra de Dios. Sacrificar un poco de terreno por una causa tan noble bien vale la pena.

La venta de una porción del terreno no fue el único medio que Dios usó para ayudar a Casiodoro con sus gastos. La abuela había fallecido el año anterior, llena de paz y confiada en su Salvador, Jesús el Cristo. Abuelo había vendido la casa y se había trasladado a Montemolín para vivir con los padres de Casiodoro. Él también había aportado dinero para los estudios de Casiodoro. Aunque la muerte de su abuela lo había entristecido mucho, Casiodoro vio el regalo del abuelo como otra provisión amorosa de parte del Señor.

Durante su tercer año en el colegio de la doctrina de los niños, Casiodoro había utilizado el dinero que el abuelo le había dado para alquilar un cuarto en una casa grande donde se hospedaba con otros alumnos. La viuda dueña de la casa y que preparaba las comidas para los inquilinos había sido amigable y hospitalaria. Casiodoro vivió ese año tan económicamente como le fuera posible, pero necesitaba comprar papel, tinta, plumas y aceite para lámparas además de pagar su posada y comida.

Algunos meses después de la muerte de la abuela, Casiodoro recibió la noticia de que el abuelo había fallecido repentinamente tras sufrir un infarto. En la casa, Casiodoro y sus padres hablaron de los abuelos fallecidos. Papá hasta lloró cuando dijo: “El consuelo más grande para mí es la seguridad de que habían encontrado salvación a través de su fe en Jesús”.

Después de pasar unas pocas semanas maravillosas con sus padres, Casiodoro volvió a Sevilla con sus cartas de recomendación. Alquiló el mismo cuarto, un dormitorio pequeño en la casa de la viuda. Al final del mes de julio, Casiodoro se presentó en la Universidad para ver si le habían aprobado una beca.

Cuando Casiodoro entró por la puerta, el monje sentado en el área de recepción se puso de pie y le dio la bienvenida con

una sonrisa.

—¡Tengo buenas nuevas para ti, joven! —exclamó—. Te han extendido una beca. Recibiste recomendaciones sobresalientes. Algunos de los profesores del colegio hasta vinieron en persona para recomendarte. Dijeron que eres un alumno motivado y talentoso.

Casiodoro se ruborizó.

—El Señor me ha ayudado. Él merece la honra.

—De cualquier modo, has sido aceptado. Puedes trasladarte al dormitorio el 1 de setiembre. Solo trae tus pertenencias y esta carta de aceptación.

El rostro de Casiodoro resplandeció cuando tomó la carta.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

De inmediato, Casiodoro viajó a su hogar para compartir las buenas nuevas con sus padres.

—Sabíamos que te aceptarían, hijo —dijo mamá con una sonrisa—. Este proyecto es de Dios. Él desea que te prepares para traducir la Biblia al castellano.

El 1 de setiembre, Casiodoro volvió a Sevilla. Se sintió afortunado de vivir en la universidad. Los edificios magnánimos y el ambiente pedagógico enmarcaban las condiciones ideales para estudiar. Apenas si podía esperar a comenzar.

Antes de comenzar sus estudios, Casiodoro hizo sus votos y fue admitido al clero. La ceremonia solemne, presidida por el rector de la Universidad, se llevó a cabo en la catedral. Como parte de la ceremonia, a Casiodoro le raparon un área circular de la cabeza como se hacía con los monjes.

El día antes de que comenzaran las clases, Casiodoro recibió una túnica larga y negra, una banda morada para que la llevara sobre sus hombros, y un gorro especial que lo identificaba como alumno de la Universidad de Sevilla.¹⁶ Con aires casi reverentes,

16 Francisco Aguilar Piñal, *Historia de la Universidad de Sevilla* (Salamanca: Europa Artes Gráficas de Salamanca, 1991), p. 32.

Casiodoro llevó su traje nuevo a su aposento. Esa noche salió del dormitorio en busca de un lugar privado. Arrodillado junto a la baranda, Casiodoro observó las estrellas.

—Querido Padre Dios, mi Señor y Salvador, te agradezco tanto por la oportunidad de ser un alumno aquí —oró Casiodoro—. Aunque soy indigno, te pido que me des claridad de mente y me ayudes para que pueda aprender todo lo necesario para el trabajo que me has encomendado. Sé que deseas que la Biblia esté disponible en castellano. Dedico estos años de estudio a tu reino y a tu gloria. —Lágrimas de gozo y gratitud corrían por sus mejillas.

La próxima mañana, después de un desayuno temprano, los alumnos se vistieron de sus nuevos uniformes y se presentaron en la capilla para una misa matutina. Ahora que comprendía el latín, Casiodoro hallaba más fácil de tolerar la misa. Además, dominar el latín era un paso que lo acercaba a su meta de estudiar hebreo, griego y literatura.

Después de la misa, los alumnos recibieron una lista de reglas. La universidad exigía que llevaran su uniforme en todo momento, y que solo hablaran latín durante horas de clase. Se les amonestó que vivieran vidas virtuosas y que evitaran las tabernas y casas de apuestas de la ciudad. Cualquiera que se viera involucrado en conducta sexual inapropiada sería expulsado de la universidad.¹⁷

Casiodoro decidió guardar cuidadosamente las reglas. Algunos alumnos se quejaron por tener que llevar el uniforme y evitaban el latín cuando podían hacerlo sin ser descubiertos. Aunque al principio Casiodoro hallaba difícil conversar en latín, su fluidez mejoró rápidamente. Se sentía honrado de ser identificado como un alumno de la Universidad de Sevilla.

Los estudios que más emocionaban a Casiodoro eran sus clases de hebreo y griego. Especialmente le fascinaba el estudio del hebreo bajo un maestro judío converso. El maestro hablaba el hebreo como

17 *Ibid.*

idioma materno.¹⁸ Estos estudios lo ayudaban a prepararse para su sueño de traducir el Antiguo Testamento.

18 Casiodoro tuvo esta ventaja sobre otros traductores de la Biblia. Estudió el hebreo bajo la dirección de maestros que lo hablaban como idioma materno. Otros traductores estudiaron el hebreo como un idioma muerto, es decir, un idioma que no se hablaba.



CAPÍTULO 13

El nacimiento de una iglesia

c. 1541

Para Casiodoro, la vida universitaria era emocionante. Se entregó de lleno a los estudios, lo que hizo que la carga pareciera liviana. Igualmente inspiradoras eran las reuniones con los maestros iluminados: Constantino, Juan Gil, Francisco de Vargas y otros. A través de sus sermones en la catedral, los monasterios y en el Colegio de la doctrina, estos predicadores atrajeron, de muchos trasfondos distintos, a un grupo de personas serias que se reunían con regularidad para estudiar la Biblia. Había alumnos de la edad de Casiodoro, administradores del colegio, monjes y monjas, y hasta miembros de la nobleza.

Al principio se reunían en la casa de Constantino. Sin embargo, a medida que aumentaba el interés, la gran cantidad de personas dificultaba las reuniones por falta de espacio en su casa. Fue por esa razón que doña Isabel de Baena, una de las señoras de ascendencia noble, ofreció su hogar.

—Constantino, mi casa tiene amplio espacio. ¿Por qué no celebrar allí las reuniones?

—Es cierto que su casa tendría más espacio —respondió Constantino. Juan Gil y Vargas también opinaron que el nuevo lugar sería de beneficio para el grupo—. ¿Comprende usted el riesgo, doña Isabel?

—Sí —contestó ella inmediatamente—. Pero es un riesgo que vale la pena. Sería un honor para mí que se reúnan en mi casa.

—Doña Isabel, ¿cómo podremos llegar hasta su casa? Está rodeada por un muro y un portón —preguntó alguien.

—¿Por qué no acordamos una señal? —sugirió la señora—. El portero le permitirá el paso a cualquiera que pueda decirle el santo y seña. ¿Les parece?

A todos les pareció bien el plan y acordaron cuál sería la señal.

Constantino les advirtió:

—Para evitar sospechas, creo que deberíamos llegar a la casa de uno en uno o en grupos pequeños. Podría haber espías en cualquier lugar.

—Estoy de acuerdo, pero no sería tan fácil llegar de esa manera —señaló Juan Gil—. Es posible que muchas personas asistan a estas reuniones. Creo que debemos orar y pedirle al Señor que ciegue los ojos de nuestros enemigos. Es difícil esconder a un grupo de este tamaño.

—Tienes razón —reconoció Constantino—. Sin embargo, seamos prudentes; es necesario evitar las concentraciones de gente que puedan llamar la atención. Muchas personas se opondrían fuertemente a nuestro estudio de la Biblia.

—¿No es lamentable que tantas personas se opongan a los esfuerzos que realizamos por enseñar las Sagradas Escrituras? —preguntó Vargas pensativamente.

Juan Gil asintió con la cabeza lenta y enfáticamente.

—Sí, las motivaciones son oscuras. Parece que la inquietud comenzó con el cardenal Cisneros en Alcalá de Henares. Él estaba preocupado por la vida de pecado y la tremenda ignorancia del clero. Deseaba educar a los dirigentes de la iglesia con las Escrituras para que estos pudieran enseñar y dirigir mejor. Por ello se esforzó tanto para compilar e imprimir la Biblia en hebreo y griego. En su introducción a la Biblia Políglota escribió que deseaba que los amantes de las Sagradas Escrituras saciaran su sed en la fuente del agua pura de la vida.¹⁹ Al cardenal Cisneros le preocupaba el hecho de que muchos de los escritos religiosos eran agua sucia y no la Palabra pura y original de Dios.

”El que anteriormente fuera nuestro arzobispo de Sevilla, Alonso Manrique, sin duda tenía una preocupación similar. Él nos colocó a nosotros, los que estudiamos en Alcalá de Henares, en posiciones de importancia aquí en Sevilla, y lo hizo adrede.²⁰ Nosotros captamos la visión y ahora intentamos renovar la Iglesia católica por medio de enseñar la Biblia. Hemos ido más allá de lo que hizo Jiménez. Por ejemplo, él siguió apoyando muchos errores del catolicismo. Sin embargo, cuanto más estudiamos la Biblia, más comprendemos cuánto se ha alejado la Iglesia católica de la Palabra de Dios. Muchos eclesiásticos procuran destruir lo que hacemos porque enseñamos la verdad de la Biblia”.

—Tienes razón —añadió sobriamente Constantino—. El cardenal Cisneros y sus hombres estaban preocupados por la condición de la iglesia, pero se quedaron cortos en las medidas que tomaron. Por ejemplo, yo tuve que salir de Alcalá de Henares porque soy de ascendencia judía. La Universidad realizaba en esos días una “limpieza

19 Pablo Serrano, ed., *Alcalá y la Biblia* (Madrid: Consejo Evangélico de Madrid, 2001), p. 39.

20 Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 1:51-53.

de sangre”.²¹ —La sonrisa de Constantino parecía más una mueca triste—. ¡No me parece que su entendimiento de la Biblia haya sido el correcto!

—Me da tristeza, pero concuerdo contigo, Constantino —dijo Vargas—. Me parece inaceptable la manera en que los dirigentes católicos, impulsados por el temor, maltratan a las personas. En realidad, ellos temen que el poder económico de los judíos cause malestar en el reino. Aunque la Inquisición fue iniciada antes por el Papa, los reyes católicos²² fortalecieron la Inquisición en España por la misma razón. Después de que los moros dominaran España por casi ochocientos años, nuestros reyes españoles temían otra invasión. Por esa razón, obligaron a todos los españoles a formar parte de un mismo sistema religioso, todo como parte de su plan para blindar a España contra una nueva invasión de los moros. El rey actual ha abordado el asunto de la misma manera.

Constantino agregó pensativamente:

—Temen, me parece, que los judíos conversos no apoyen al catolicismo. Y no sin razón... Hay conversos que tras aceptar la fe cristiana y estudiar la Biblia hallaron que de verdad Jesús es el Mesías. Más allá, sus estudios los llevaron a ver que la fe católica no tiene cabida en la Biblia. Sí, los dirigentes temen la influencia de los eruditos judíos.

—¿Sabes? —continuó—, el control inspirado en el temor es el peor tipo de control. Los dirigentes católicos temen perder su posición y control, así que reaccionan contra cualquier iniciativa que amenace su sistema actual. Su control rígido más bien expone su inseguridad.

21 Los católicos periódicamente “limpiaban” una región en particular por medio de echar a cualquiera que tuviera sangre judía, aun si esa persona se había convertido al catolicismo. Con razón temían que estos conversos abrazaran una fe diferente a la católica.

22 La reina Isabel y el rey Fernando, quienes habían derrotado a los moros, llegaron a ser conocidos como los reyes católicos debido a su defensa férrea del sistema católico.

Casiodoro escuchaba atentamente. Constantino se volvió hacia él.

—Casiodoro, mientras vivas en la verdad, no tendrás nada que temer. Nada puede destruir la verdad y nadie te la puede quitar. Aun si te matan, la verdad sigue siendo la verdad y siempre lo será. La inseguridad y el temor del que se sabe que está equivocado lo lleva a tomar medidas drásticas para suprimir a otros. ¿Comprendes eso, Casiodoro?

—Sí, creo que sí. Y yo quiero conocer y vivir en la inmutable verdad de Dios.

Ahora Juan Gil intervino resueltamente:

—Continuaremos predicando en la catedral, en los monasterios y dondequiera que podamos; todo con la esperanza de que la iglesia vuelva al fundamento verdadero. No es hora de rendirnos. Hemos sido ordenados en la Iglesia católica y creo que hemos sido llamados a restaurar la iglesia desde su interior. A la vez, continuaremos reuniéndonos en grupos pequeños para enseñar, animar y confirmar nuestro compromiso de vivir en la verdad. No sabemos adónde nos llevará nuestra visión, pero no cederemos. Continuaremos adelante en el nombre de Cristo Jesús. ¡Ayúdanos, Señor!

Los hombres mayores sentados en el círculo asintieron con la cabeza y susurraron:

—Amén. Así es. Continuaremos enseñando la Biblia.

El corazón de Casiodoro se llenó de admiración por aquellos hombres valientes.

—Sí —dijo Constantino con firmeza—. Continuaremos adelante, aunque no sabemos qué nos espera en el futuro. Confiamos en que el Señor nos guiará y protegerá.



En la oscuridad, Casiodoro se acercó cuidadosamente al muro que rodeaba la propiedad de Isabel de Baena. Golpeó suavemente la pequeña ventana del gran portón de madera. La contraventana se

abrió y una voz grave preguntó calladamente:

—¿Sí?

Casiodoro se acercó más y susurró el santo y seña en el hoyo oscuro. Inmediatamente, una de las enormes puertas se abrió con un leve chirrido de las bisagras. La voz grave murmuró:

—Sigue las lámparas encendidas hasta que llegues al lugar de reunión.

Casiodoro caminó hacia la luz tenue de una pequeña lámpara que quedaba cerca. Cuando se acercó a su llama chispeante, vio otra lámpara más adelante. La próxima lámpara reveló una puerta en el palacio grande. Una vez dentro, otra luz lo guió por un pasillo más oscuro que la misma noche afuera. Sus zapatos resonaban en el mosaico del piso mientras pisaba cuidadosamente en la oscuridad. Apenas si podía distinguir algunos de los muebles lujosos a los lados del pasillo. La próxima lámpara lo llevó a una puerta que se abrió para revelar una gran sala iluminada por lámparas que colgaban de ganchos de madera esculpidos en las paredes a ambos lados. Las paredes estaban decoradas con grandes pinturas y tapicerías, y los muebles eran de caoba oscura y lustrosa.

A la luz de la lámpara, Casiodoro asintió en reconocimiento al grupo de personas conocidas que esperaban sentados mirando hacia el frente de la sala. Juan Gil se había parado detrás de una mesa y doña Isabel estaba sentada en una silla junto a la mesa. Juan Gil le sonrió a la anfitriona.

—Le agradecemos, doña Isabel, por permitirnos utilizar esta sala espaciosa. Aquí hay amplio espacio para alojar a más personas. —Alzó la mirada y vio a Casiodoro en la puerta—. Pasa, Casiodoro.

Casiodoro tomó un asiento cerca del frente. Notó a un extraño sentado junto a Vargas, quien también se había sentado al frente. ¿Quién era aquel hombre? Mientras Juan Gil dirigía el estudio de la Biblia, Casiodoro seguía la lectura en el Nuevo Testamento en latín que tenía en su regazo. Como en otras ocasiones, fueron animados,

y su alma fue bien alimentada. Al terminar el estudio, don Juan dijo:

—Esta noche tengo el honor de presentarles a mi gran amigo y querido hermano, Rodrigo de Valer. Amigo, ¿puedes acompañarme aquí adelante?

¡Rodrigo de Valer! Casiodoro y muchos otros de los presentes se asustaron al escuchar su nombre. Rodrigo había predicado la Biblia en las calles de Sevilla, había sido apresado por la Inquisición, y luego había huido de Sevilla.

Juan Gil continuó:

—Cuando yo comenzaba mi ministerio y mi predicación, Rodrigo fue quien me enseñó la importancia de contar con el Espíritu Santo en el corazón. Aunque no ingresó al clérigo, él me ha enseñado una verdad importante.²³ Le debo mucho. Después de encarcelarlo, la Inquisición finalmente lo dejó en libertad porque consideró que Rodrigo estaba loco. Él volvió a su pueblo natal por un tiempo, pero ahora se encuentra de nuevo aquí en Sevilla. ¡Bienvenido, Rodrigo! ¿Tienes palabras para nosotros en esta noche?

—Gracias, Gil. Gracias. —Rodrigo habló con mucho entusiasmo y una voz poderosa—. Es un privilegio estar con ustedes esta noche. Me regocijo en lo que Dios ha hecho en mi vida. Yo era un joven vanidoso y orgulloso que amaba las ropas a la moda, las fiestas y las excursiones de cacería. Sin embargo, el Señor entró a mi vida y todo eso cambió. Hoy me regocijo en vivir para el Señor, vestir ropas sencillas,²⁴ estudiar la Biblia y dialogar de las Escrituras con otros. Las fiestas que disfruto hoy son los grupos de estudio bíblico como este. Mi deseo es adorar al Señor que me salvó de mi pecado y orgullo.

”He estado orando por Sevilla. Había escuchado de este grupo, así que vine para ver personalmente lo que Dios está haciendo entre ustedes. Dios desea levantar una iglesia aquí, y puede utilizar a este

23 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), pp. 166-167.

24 *Ibíd.* pp. 167-168.

grupo para hacerlo. Cuando comencé a leer la Biblia y me convertí hace algunos años, Dios me llamó a predicar aquí en Sevilla. Pero el enemigo de nuestras almas utilizó a la Inquisición para encerrarme en la cárcel. Los meses que pasé en la prisión fueron horribles, pero la obra de Dios en Sevilla aún no había terminado. Es verdad que mis captores concluyeron que yo estaba loco, e intentaron de todo para intimidarme. Después de salir de la cárcel, volví a mi casa en Lebrija.

”Pero continué orando por Sevilla. Aun mi esposa pensó que yo estaba loco cuando decidí volver a Sevilla, pero no pude permanecer alejado. Me siento bendecido por verlos a todos ustedes reunidos para estudiar la Biblia. No será fácil, pero el Señor edificará su iglesia. Dios los bendiga, y mi deseo es que la obra de Dios continúe entre ustedes.

El celo de Rodrigo por la iglesia verdadera era contagioso. La reunión llegó a su final, pero los diálogos animados continuaron. Rodrigo estaba con ellos y había que aprovechar el tiempo. ¿Terminaría aquel grupo de estudio bíblico convirtiéndose en una iglesia organizada en Sevilla?



Otra tarde, cuando Casiodoro llegó temprano para el estudio bíblico, halló a Juan Gil en una conversación animada con un joven nuevo para el grupo. Al parecer, el joven tenía una buena formación académica y estaba muy interesado en las doctrinas bíblicas que se estaban dialogando. Gil lo presentó.

—Casiodoro, este es Cristóbal Losada. Es un doctor que está interesado en casarse con la hija de Juan de Cantillana. Pero antes de que don Juan pueda dar su consentimiento, él quiere que Cristóbal aprenda de la Biblia, y me pidió que lo instruya. Este es nuestro tercer estudio, y he hallado que Cristóbal está muy abierto a las verdades

de la Biblia. Ha sido una bendición enseñarle y creo que se estará uniendo a nosotros. ¿No es así, Cristóbal?

—Sí, me gustaría formar parte de este grupo —respondió el joven doctor—. Es verdad que estoy interesado en la hija de don Juan, pero la enseñanza de la Biblia me ha cautivado más que la muchacha. Sea que don Juan apruebe nuestro matrimonio o no, estoy comprometido con la verdad que he aprendido. Ha cambiado mi vida.

El joven Cristóbal llegó a ser una columna en el grupo y un sólido apoyo a la causa. Su gozo en el Señor inspiraba a todos. Sus pacientes médicos apreciaban el amor y la compasión que nacía de su nueva fe. Cuando don Juan vio el celo y compromiso del joven doctor, consintió a la propuesta de matrimonio. Unos meses después, se realizó una boda y la nueva pareja le dio un carisma especial al grupo secreto que se reunía en la sala de doña Isabel.

El grupo continuó creciendo y sus reuniones semanales significaban comunión que bendecía e inspiraba a los participantes. Los líderes invitaron a Casiodoro, Cristóbal Losada, Antonio del Corro, Cipriano de Valera y otros a que predicaran de la Biblia en sus reuniones. Cuando se llegaba su turno, Casiodoro se invertía con gran ánimo en la preparación y estudio para luego compartir su enseñanza. Por otra parte, se sentía agradecido de ver que otros eran bendecidos por sus enseñanzas. Era emocionante ver la manera en que Dios levantaba una iglesia en Sevilla.



CAPÍTULO 14

La oposición se intensifica

1541

Una noche, Casiodoro llegó temprano para el estudio de la Biblia y halló que Rodrigo de Valer ya estaba allí.

—Buenas noches, Rodrigo —dijo—. Me alegro de verte aquí esta noche. Por algún tiempo, he deseado hacerte unas preguntas.

—Dime, ¿qué estás pensando, joven? Es probable que no pueda contestar todas tus preguntas, pero estoy dispuesto a intentarlo. Ven, siéntate. —Rodrigo acercó dos sillas; se sentó en una y le ofreció la otra a Casiodoro.

—Me gustaría escuchar tu consejo —empezó diciendo Casiodoro—. Tú fuiste encarcelado por la Inquisición y entiendo que fue una experiencia horrible. ¿Cómo podemos prepararnos para el encarcelamiento? A menos que cambien las cosas, algunos de nosotros algún día seremos capturados.

Casiodoro se sorprendió al ver que aquel hombre valiente y extrovertido se quedó sin palabras. Rodrigo clavó su vista en el piso

y sus manos temblaron. Casiodoro hasta lamentó haber hecho la pregunta.

—Si prefieres no hablar del asunto, está bien —agregó Casiodoro.

Rodrigo levantó la vista y miró a Casiodoro con ojos angustiados.

—Te diré cómo fue —empezó a decir Rodrigo—. Sí, te puede ayudar en caso de que alguna vez te capturen. Espero que nunca te suceda, pero sé que es posible. Recibí órdenes estrictas de parte del Santo Oficio de no contarle a nadie de mis experiencias en la prisión de San Jorge; así que, por favor, guarda esto en confianza. Si la Inquisición descubre que hablé del asunto, yo sufriría terriblemente.

Rodrigo permaneció sentado en silencio, como si abrumado por los recuerdos.

—¡No sé qué decir que pudiera realmente prepararte! Lo único que te permite superar una experiencia tan difícil es la constante gracia de Jesús.

Otra vez permaneció en silencio. Cuando finalmente comenzó a hablar, las palabras fluyeron como un río de recuerdos intensos.

—La Inquisición utiliza la tortura física y la angustia emocional para intentar doblegarte y quebrantarte. El único poder que te sostiene es la gracia de Dios.

”Mi suplicio comenzó cuando un representante ‘amigable’ de la Inquisición vino a mi casa y me pidió que me reuniera con ellos a la mañana siguiente para dialogar un asunto. Yo tenía mis temores, pero no esperaba que me arrestaran. Cuando llegué, me trataron como a un huésped de honor. Me llevaron a un cuarto donde había tres hombres sentados a una mesa. Me dieron la oportunidad de confesar mis ‘errores’ y aliviar mi conciencia. Es decir, deseaban que yo mismo me acusara.

”Yo les dije que no tenía nada que confesar, porque ya le había confesado mis pecados al Señor Jesús y él me había perdonado. No les gustó mi respuesta. Me mantuvieron esa noche para darme la oportunidad de pensarlo y cambiar de parecer. Sin informarme de

qué me estaban acusando, me encerraron solo en una celda sucia y apestosa. La única cosa provista para mi comodidad era una cama de paja mohosa. Permanecí parado, conmocionado, por mucho tiempo. El único lugar para sentarme era la paja sucia y pastosa, pero no podía hacerlo porque ensuciaba mi ropa. La única luz entraba por una pequeña ventana enrejada en la parte superior de la pared exterior. Recuerdo escuchar el canto de los gorriones afuera de la prisión.

”Después de permanecer parado por largo rato, empecé a sentirme un tanto ridículo, así que comencé a caminar de un extremo de la celda al otro, tres pasos en cada dirección. Cuando me cansé de caminar, de mala gana me senté en la paja para tratar de organizar mis pensamientos. Muchas veces había considerado la posibilidad de ser arrestado, pero al fin había llegado mi arresto y me había tomado desprevenido. ¿Qué debía confesar si no había hecho nada malo?

”Parecía que habían pasado horas cuando finalmente escuché pasos afuera de mi celda. La llave giró en la puerta y ésta se abrió con un chirrido. Un guardia puso un tazón de sopa y una taza de agua en el piso. De inmediato salió y volvió a correr el cerrojo como si no hubiera nadie en la celda. Levanté el tazón y olí el contenido. Los pocos vegetales en un caldo diluido no estimulaban el apetito de ninguna manera. Sencillamente no podía bajarme aquello por la garganta, así que lo volví a colocar en el piso. Tomé un sorbo de agua de la taza, pero el olor vil me impidió beber más.

”Permanecí allí, sentado, observando cómo se oscurecía y pensando en mi familia en casa. Me preguntaba si para entonces ellos sabrían que yo estaba preso. Me lamentaba por haber salido de la casa sin advertirles que podría no volver ese día. ¿Cómo podrían saber dónde estaba? ¿Cuánto tiempo tendría que seguir allí? Cuando ya había oscurecido completamente, la tristeza y la soledad se habían vuelto insoportables. Y aquella era solamente la primera noche; muchas más vendrían.

”En la oscuridad, escuché el ruido de una rata que corría por

el piso. Aunque nunca me atacó, sentía que ella era el depredador y yo la presa angustiada. Después de horas de silencio y oscuridad, me quité los zapatos y me acosté en la paja. No tenía almohada ni cobija; solo había paja sucia y maloliente. Permanecí acostado por mucho tiempo antes de caer en un sueño incómodo. Cuando desperté,



Una celda de una prisión española.

al amanecer, todavía estaba cansado y no tenía cómo refrescarme. Me estiré y caminé para luego sentarme de nuevo en el piso con las piernas cruzadas. Después de un tiempo, el siervo silencioso trajo un pedazo de pan seco y una taza de té para mi desayuno. A esas alturas yo estaba tan hambriento que pude comerme aquello.

”Después de veinticuatro horas de soledad y silencio, fui arrastrado ante la Inquisición para que confesara mi pecado.

”Supongo que ya saben por qué estoy preso” les dije. “Y si no saben cuál es mi ‘pecado’, ¿por qué estoy aquí?”

”Obviamente, yo sabía que era por mi predicación en contra de la Iglesia católica, pero deseaba escuchar qué razón darían ellos. Sin embargo, ellos rehusaron decirme de qué era culpable, pues alegaban que querían verme confesar voluntariamente.

”“Procuro honrar a Dios de la mejor manera”, dije. “Y todos mis pecados pasados han sido perdonados por el Señor”.

”Me devolvieron a la celda apestosa, diciéndome que debía pensar en mis pecados hasta que estuviera arrepentido y listo para confesar.

”Pasé dos semanas en esa celda horrible, esperando a que me llamaran otra vez. Ellos son expertos en desgastarte emocionalmente. Solo el que lo ha experimentado puede comprender la angustia de permanecer en soledad en condiciones tan miserables. El paso de las horas se borra, y el tiempo se convierte en una eternidad. Perdí toda noción del tiempo y de las fechas. En ese punto, ya no tenía manera de orientarme. Finalmente persuadí a un guardia para que me dijera la fecha, y de allí en adelante llevé un registro cuidadoso de los días.

”El único contacto humano que tenía consistía en ver al guardia que traía el tazón de caldo horrible, un pedazo de pan viejo y la taza de agua o té. Me entregaba la comida en silencio, vertía el contenido de mi bacín en un cubo y partía sin decir ni una palabra. Es increíble cómo una semana de hambre me hizo desear esa sopa que al principio me pareció tan horrible.

”La tortura de la soledad me sorprendió. Después de unos días, tuve que ponerme a caminar para soportar la soledad. Caminaba tres pasos en una dirección y luego volvía tres pasos. Estoy seguro de que caminé muchas leguas en esa pequeña celda. A veces cantaba a todo pulmón, recitaba pasajes de las Escrituras o predicaba en voz alta. En otras ocasiones sencillamente me ponía a hablar solo en voz baja. Al principio, cuando los guardias me gritaban que me callara, obedecía. Sin embargo, la presión emocional de la soledad llegó a ser tanta que comencé a hablar otra vez. El guardia me golpeó varias veces, pero pronto el silencio se volvía tan insoportable que *tenía* que hablar en voz alta para no volverme loco.

”Después de dos semanas, la Inquisición finalmente me sacó encadenado para interrogarme. En la sala de interrogación, varios sacerdotes estaban sentados a una mesa y un secretario registraba todo lo que se decía o hacía. Cuando me vi rodeado de personas, yo no quería más que hablar y hablar sin parar. Pero ellos no estaban interesados en una conversación amigable. No deseaban dialogar sino del ‘pecado’ que yo debía confesar. En mi aturdimiento y confusión, dije abruptamente:

”“ Yo sé que me han traído acá porque prediqué en contra de la Iglesia católica, pero yo no creo que estuviera equivocado. Cuando leí la Biblia, descubrí la verdad y sentí la necesidad de advertirles a otros que estaban engañados, como yo lo estaba.

”Uno de los sacerdotes me interrumpió con sus gritos:

”“¿Cómo te atreves a pensar que un hombre ignorante como tú puede saber más que los sacerdotes que han estudiado teología por años? ¿Cómo puedes argumentar con los sacerdotes que Dios ha establecido en su iglesia?”

”En desesperación, exclamé palabras que me perjudicaron. Habría sido más prudente ahorrármelas. Les dije:

”“¡Ahora que entiendo la verdad, nadie puede obligarme a creer de nuevo una mentira, no importa quién sea ni cuánto estudio tenga!”

”Después del tormento del silencio, me sentía muy desequilibrado. Ahora puedo entender fácilmente por qué concluyeron que yo estaba loco; ¡prácticamente lo estaba!

”“¿Cómo pueden suponer que me convencerán de que ustedes tienen la razón después de todo el maltrato que me han dado?” les pregunté. “¡Ustedes no son sacerdotes de Dios sino del diablo!”

”En ese momento, el sacerdote a cargo le ordenó a un guardia grande y fornido que me golpeará en la boca. El guardia me golpeó con tanta fuerza que la boca se me adormeció y el rostro me pulsaba del dolor. Supe que sería mejor no hablar más. Empezaron a gritarme, pero yo casi ni oía lo que decían. Al final, me volvieron a mi celda hasta que estuviera dispuesto a cooperar.

”Volví a esas horas interminables sentado sobre la paja. Ahora, además de la miseria del silencio, estaba el dolor por el golpe del guardia. En mi miseria, clamé en oración silenciosa: “Oh Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo podré soportar esto? Santo Señor Jesús, tú que también sufriste maltrato y odio, ayúdame a soportar esta prueba. Dame el poder y la paciencia para continuar sufriendo”.

”Las muchas interrogaciones se funden en mi mente en un solo cuadro muy confuso. Después de mucha soledad, estaba tan destrozado emocionalmente que cuando me interrogaban, solo decía lo primero que me llegara a la mente. Comprendí que eso no era sabio, así que le pedí al Señor que me diera las palabras que debía hablar. Dios me dio palabras de sabiduría para esos encuentros oscuros.

”Claramente recuerdo la primera vez que me llevaron a un cuarto subterráneo donde nadie podía escuchar los gritos de los torturados. Los sacerdotes nos acompañaron, también el secretario que registraba todo y el atormentador. La primera vez, me ataron las manos detrás de la espalda y ataron pesas a mis pies. Luego pasaron una cuerda por una polea en el techo y la ataron a mis manos. Cuando el sacerdote dio la orden, el atormentador asió de la cuerda y empezó a tirar de esta... Hizo subir mis brazos detrás de la espalda hasta que

me levantó del piso. No puedes imaginarte el dolor de semejante tortura. Las pesas atadas a mis pies hacían aun más severo el dolor. Los sacerdotes le dijeron que me suspendiera por varios largos minutos. Yo me quejaba del dolor y le pedía a Dios que me diera la fuerza para soportar. Luego un sacerdote dijo: “Veamos cuánto más puede soportar. Déjalo caer un poco y deténlo antes de que toque el piso”. El tirón en mis brazos resultó desgarrador. Grité del dolor.

”Pero Casiodoro, aunque sentí el dolor terrible, el Señor me dio la fuerza para soportarlo. Cuando el atormentador por fin me bajó al piso, me volví a los sacerdotes y les dije: “Que Dios los bendiga”. Mi voz era apenas un susurro, pero Dios me dio la gracia para decirlo y hacerlo de corazón. Ellos agacharon la cabeza por la vergüenza. Yo volví a mi celda en medio de dolores espantosos, pero con el gozo de haber vencido el mal con el bien”.

Rodrigo hizo una pausa y guardó silencio... Estaba absorto en sus pensamientos. Otros estaban llegando al fondo de la sala, así que bajó la voz y susurró:

—Estuve en la prisión por un año. Confiscaron todos mis bienes, lo que dejó a mi familia en la pobreza total. Sufrí torturas insostenibles y, sin embargo, la preciosa gracia de Dios me sostuvo. Aprendí a vencer por medio de amar a mis enemigos. Cuando ellos concluyeron que yo estaba loco y me soltaron, decidí salir de Sevilla y volver a mi pueblo natal. Mi fe todavía era fuerte, pero mis emociones y mi cuerpo estaban quebrantados.

Había llegado la hora de comenzar el estudio de la Biblia, así que Rodrigo acabó su historia. Pero el corazón sensible de Casiodoro había sido impactado profundamente. Al caminar de regreso a la universidad esa noche, no podía dejar de pensar en las experiencias de Rodrigo. No podía olvidar las feas cicatrices en sus manos. Se imaginó a sí mismo encarcelado y torturado. “Oh, Dios, ¡dame tu poderosa gracia que vence el mal con el bien!”



Unas pocas semanas después, el grupo de estudio de la Biblia se vio conmocionado cuando oyó que Rodrigo de Valer había sido arrestado nuevamente por la Inquisición, aunque todos sabían por qué. A pesar de los tormentos y las amenazas, Rodrigo no podía callar la verdad que había encontrado en la Biblia.

Más tarde esa noche, Casiodoro caminó hasta el puente junto al Castillo de San Jorge. Apenas distinguía la silueta de los muros imponentes y sus diez torres contra el nublado cielo nocturno. Intentó imaginar lo que Rodrigo podría estar experimentando en ese momento. Las nubes oscuras cedieron brevemente para revelar algunos rayos de la luz de la luna. Luego volvieron a cubrir la luz tenue. Casiodoro se estremeció... ¿Podría la oscuridad del enemigo apagar la luz de su amigo y hermano? De su corazón salió un clamor, casi un gemido: "Oh Dios del cielo y de la tierra, ¡guarda a mi querido hermano en tus brazos de amor y consuelo! Dale el poder para soportar y vencer. Que él pueda exponer delante de esos hombres crueles la belleza del amor y el perdón".

Las puertas del castillo crujieron y un pequeño grupo de figuras encapuchadas salieron a la calle. Casiodoro se volvió y caminó de prisa hacia la universidad.



Por cinco meses, nadie recibió noticias de Rodrigo de Valer. Ni su familia ni sus amigos recibieron información. La Inquisición no relataba nada de lo que hacía dentro de los imponentes muros del castillo. Pero el grupo de creyentes no olvidó a su hermano. Su ausencia significaba un peso constante en su corazón. Todos elevaban oraciones fervientes a su favor. Para Casiodoro, el peso era mayor, pues él había escuchado de Rodrigo mismo los horrores de la vida en la prisión.

Después de mucho tiempo, un mensajero trajo noticias.

—Hace unas semanas, Rodrigo fue sentenciado. Todas sus posesiones serán confiscadas y tendrá que pasar el resto de su vida en prisión. Le impusieron el *sambenito*²⁵ por el resto de su vida y será obligado a oír misa en la iglesia de San Salvador.²⁶ No se le permite ningún contacto con familiares o amigos.

Aquellas noticias de verdad eran tristes. Doña Isabel se lamentó:

—Pobre hermano, cárcel de por vida y ningún contacto con su familia.

—¿Por qué tiene que vestir el *sambenito* en todo momento, si está en la cárcel donde nadie lo puede ver? —preguntó otra señora.

—Cuando lleven a Rodrigo a la misa en la iglesia de San Salvador, el *sambenito* será una exhibición pública de su ofensa —explicó Juan Gil—. Lógicamente, solo representa la evaluación de las autoridades. Lo obligan a llevarlo; eso no significa que él se considere culpable de la ofensa que le imputan.

—¿Y nuevamente confiscaron todas sus posesiones! —dijo otro—. ¿De qué manera podemos ayudar a la familia?

—Podemos investigar cómo ayudarles —sugirió Juan Gil—. Pero tendremos que ser muy cuidadosos para que la Inquisición no descubra quién está detrás de la ayuda.

Mientras los otros hablaban, Casiodoro pensaba: “Algún domingo iré a la misa en la iglesia de San Salvador... Al menos podré ver a Rodrigo. Tal vez mi presencia pueda serle de ánimo, aunque no pueda hablar con él”.

Unos domingos más tarde, Casiodoro se encontró en la iglesia de San Salvador antes de la misa matutina. Su asiento estaba en las sombras, en la parte trasera, donde Rodrigo no lo vería de inmediato. No quería que una reacción impulsiva de Rodrigo revelara que él estaba allí para apoyarlo.

25 El *sambenito* era una túnica amarilla que vestían los prisioneros. Tenía escritos el nombre del prisionero y la ofensa imputada a este.

26 Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 1:63-64.

Casiodoro observó mientras las personas ingresaban reverentemente. Finalmente, una puerta lateral se abrió cerca del frente. Entró un guardia seguido por un hombre pálido y delgado que vestía una túnica amarilla. Sus manos estaban encadenadas. En lugar de caminar con confianza, como Casiodoro recordaba que Rodrigo lo hacía, el prisionero arrastraba los pies débilmente detrás del guardia. Casiodoro no podía creer lo que veía. “Han arruinado su salud... Apenas si puedo reconocer a ese hombre”.

Cuando Rodrigo se volvió para sentarse en la banca de adelante, se movía tan lentamente que Casiodoro fácilmente pudo leer la acusación escrita en el dorso de la túnica amarilla: “RODRIGO DE VALER, de Lebrija, apóstata y pseudo apóstol de Sevilla, que dijo que había sido enviado por Dios”. ¿Será que Rodrigo había caminado tan lentamente para que las personas pudieran leer las palabras “enviado por Dios” en su espalda? Algo acerca de esa declaración bendijo a Casiodoro. Verdaderamente, Rodrigo había sido enviado por Dios.

Casiodoro observaba a Rodrigo tan detenidamente que no puso atención a la misa. Cuando llegó la hora de pasar para tomar la hostia, Casiodoro impulsivamente se unió a la fila de personas que caminaban hacia el frente. Al pasar por la banca en que estaba sentado Rodrigo, intencionalmente miró hacia adelante, evitando mirarlo a los ojos. Sin embargo, deseaba que Rodrigo lo mirara. Al volverse, después de tomar la hostia, Casiodoro se permitió mirar rápidamente a Rodrigo. Por un segundo, sus miradas se encontraron mientras Casiodoro volvía a su lugar.

Casiodoro temblaba. Ese breve momento en que se miraron estuvo cargado de amor fraternal. Él confiaba en que el breve contacto visual le daría algo de apoyo a su hermano, pero esperaba que nadie hubiera notado la mirada rápida que había significado tanto para ambos.

Unas pocas semanas después, Casiodoro otra vez asistió a la misa matutina en San Salvador. Siempre debía tener cuidado, pero

esta vez se sentó al frente. Cuando el prisionero ingresó arrastrando los pies detrás del guardia, sus ojos buscaban a alguien entre los rostros de la congregación. Cuando su mirada se encontró con la de Casiodoro, una fuerte emoción sacudió a ambos, aunque ambos procuraron no expresar nada con sus rostros. Si bien Rodrigo estaba encorvado y parecía que cada paso le causaba dolor, Casiodoro vio en él la chispa de vida que nadie podría arrebatar del corazón de aquel hombre enérgico.

Al igual que la vez anterior, Casiodoro puso poca atención a los ritos de la misa o la homilía. Sin embargo, esperaba que su presencia detrás de Rodrigo estuviera fortaleciendo la determinación de su amigo. Rodrigo, por su parte, escuchaba atentamente el sermón del sacerdote, y Casiodoro recordó lo que su amigo le había contado respecto a los efectos desastrosos del confinamiento solitario. Supuso que Rodrigo escuchaba cuidadosamente cada palabra debido al desequilibrio emocional que sufría.

Cuando el sacerdote se aprestaba a terminar su sermón, Rodrigo se puso de pie de un salto y se volvió hacia la congregación.

—Estimados feligreses —dijo en voz tronante. Casiodoro apenas podía creer que una voz tan poderosa pudiera salir de un hombre tan desgastado—. Lo que acaban de escuchar es lo que dice la Iglesia católica, pero no lo que dice la Biblia. Este sacerdote nos dijo que recibimos la vida eterna a través de los sacramentos del bautismo, la eucaristía y la confesión. Pero la Biblia dice que recibimos la vida eterna por medio de la fe en Jesucristo. El sacramento que el sacerdote ofrece en este altar no da vida eterna. Solo Jesús puede darnos vida.

El sacerdote que por unos instantes había quedado atónito y sacudido por el denuedo de este prisionero, ahora señaló a Rodrigo con el dedo y gritó:

—¡Cállalo!

El guardia se puso de pie inmediatamente, le cubrió la boca a

Rodrigo con una mano, y con la otra lo golpeó fuertemente detrás de la cabeza. Rodrigo casi cayó al piso, pero el guardia lo levantó bruscamente de la cadena y lo sacó arrastrado por la puerta lateral. La multitud guardó un silencio sepulcral. Las palabras del prisionero y su valor los había asombrado. Finalmente, el sacerdote anunció un tanto incómodo:

—Ese hombre está loco. No le presten atención.

Casiodoro caminó por las calles con un aire triunfante. Las personas recordarían mejor lo que Rodrigo había dicho en esas pocas oraciones que todo lo dicho por el sacerdote en media hora. ¡De verdad aquel hombre había sido enviado por Dios!

Después de que Rodrigo interrumpiera la misa en varias ocasiones para predicar verdades de la Biblia, la Inquisición lo trasladó al convento de Sanlúcar. Los hermanos y hermanas no volvieron a saber de él hasta que descubrieron, años después, que había muerto en la cárcel. Aunque no supieron cuándo falleció Rodrigo, para Casiodoro fue un consuelo saber que este santo valiente estaba con el Señor.

Una tarde fresca de diciembre, Casiodoro pasó a la casa de Constantino. Allí halló a Juan Gil, pálido y agitado, hablando con Constantino en tonos muy serios.

—Buenas tardes —los saludó Casiodoro con cierta inseguridad—. ¿Interrumpo algo?

—No —dijo Gil—. Al contrario, debes enterarte de lo que está sucediendo para que puedas orar por mí. —Sus labios temblaban—. Dos oficiales de la Inquisición me visitaron el día de hoy y me citaron para que me presente en sus oficinas mañana. Dijeron que desean hacerme algunas preguntas. Como ya sabes, Casiodoro, es un asunto serio. Cuando vas a un interrogatorio, nunca sabes si terminarás encarcelado unos cuantos meses, o incluso años.

—Sí, lo sé —respondió Casiodoro con compasión—. Rodrigo me contó de sus experiencias en la prisión.

—Ora por mí —continuó Juan Gil—. Sé que no debo temer, sino

confiar en el Señor para que me ayude y me proteja. Sin embargo, debido a lo que sé de la Inquisición... —se inclinó hacia delante y continuó hablando en voz baja—, y sabiendo de su feroz oposición a lo que yo creo y enseño... Siento temor.

Constantino habló con una voz serena y firme:

—Sí, esto es serio. Pero recuerda, Juan, nos hemos comprometido a buscar y seguir la verdad. Y sabemos que Dios defiende su verdad.

—Yo lo sé y lo creo —afirmó Juan Gil—. Siempre me he sentido confiado acerca de este tipo de confrontación. Pero ahora que he sido convocado, me siento atemorizado e inseguro. No siento el desnudo que esperaba tener. Es por esa razón que estoy aquí, para pedir su apoyo y sus oraciones.

—Te comprendo, Juan. Te apoyamos y estaremos orando por ti.

—Siempre creí que tenía respuestas y razonamientos que podría utilizar si me hacían comparecer, pero en este momento siento que no tengo buenas respuestas. ¿Qué debo decir, Constantino?

—No estoy seguro —dijo Constantino después de unos instantes de reflexión—. No creo que debas decirles todo lo que hemos dialogado. Si te detienen, nos quedaremos sin tu ayuda e influencia para reformar la iglesia en España. Mientras exista la esperanza de cambiar la iglesia, no quisiera comenzar nuestra propia iglesia de manera oficial. Lutero, Zuinglio y Calvino pudieron hacer eso en Alemania y Suiza porque tenían el apoyo de gobiernos locales; nosotros no lo tenemos.

”Apartarnos abiertamente para formar una iglesia nueva significaría la muerte segura de nuestro sueño. Sabemos que los anabaptistas tomaron ese paso en Suiza hace algunos años, y sabemos cuántos han sido encarcelados y martirizados. Yo diría que los reformadores protestantes han matado a tanta gente anabaptista como los mismos católicos. No, todavía no estoy preparado para dar un paso tan drástico. Aún no. Todavía espero que podamos reformar la iglesia española desde dentro, sin correr los riesgos de apartarnos

por cuenta propia.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —dijo Juan Gil— No creo que esté preparado para dar el paso denodado que dieron los anabaptistas. Al menos todavía no.

—Oremos respecto a este asunto —sugirió Constantino.

Los hermanos se pusieron de pie para formar un círculo pequeño y Constantino derramó su corazón en una oración. Le pidió a Dios que llenara a Juan Gil con su Espíritu de sabiduría de cara al interrogatorio próximo.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! —dijo Gil después de la oración—. Desde ya siento mayor paz. Sé que el Señor me ayudará.

—¿Recuerdas el pasaje que dice que él nos dará las palabras que debemos hablar cuando seamos enjuiciados por los hombres? —preguntó Casiodoro.

—Sí, lo recuerdo, y es un gran consuelo para mí en este momento.

Esa noche, mientras Casiodoro caminaba de regreso a la universidad, reflexionó sobre la conversación con Constantino y Juan Gil. Recordó la manera en que Rodrigo le había declarado la verdad a la Inquisición con denuedo. Por otra parte, Casiodoro comprendía la preocupación de Constantino acerca de perder su posición de influencia dentro de la Iglesia católica en caso de que se descubriera lo que ellos creían. Casiodoro se sentía inseguro, no sabía cuál sería la mejor manera de abordar el asunto. ¿Debían enfrentar a la Inquisición y decirle lo que creían? ¿Debían hacerle ver a la Inquisición que estaban dispuestos a trabajar en conjunto con la Iglesia católica?

La próxima mañana, Casiodoro apenas si podía centrarse en sus estudios. Sentía gran preocupación por Juan Gil. Su amigo debía comparecer ante la Inquisición a las 9:00, así que, a esa hora, Casiodoro pasó un tiempo en oración. “Padre Santo, dale tu Espíritu de valor y sabiduría a Gil en este momento. Por favor, ayúdale a saber cómo responder en el interrogatorio”.

Todo ese día, Casiodoro no podía dejar de pensar en lo que su amigo estaba enfrentando. En cuanto despidieron las clases, se apresuró a la casa de Constantino. Cuando llegó, sintió un gran alivio... ¡Gil mismo estaba allí, hablando animadamente con Constantino! Mientras Constantino le pasaba a Casiodoro una silla, Juan continuó hablando sin hacer ninguna pausa.

—El Señor de verdad me libró. Aunque los oficiales de la Inquisición no me lo dijeron directamente, resultaba obvio que alguien les había informado que yo apoyaba a Rodrigo de Valer. Sus preguntas, de una forma u otra, siempre llevaban al mismo punto: qué pensaba yo de Rodrigo. Evité darles una respuesta directa... Les hice ver que yo estoy trabajando dentro del sistema católico. Les recordé que el concilio de la catedral me ha puesto como canónigo magistral, y yo he cumplido con ese papel con el apoyo y aprobación del concilio. Los invité a hablar con los miembros del concilio y cerciorarse de que ellos me apoyan. Los oficiales me interrogaron por varias horas. Tuve que pensar rápidamente y dar respuestas cuidadosas. Sentí tanto alivio cuando me permitieron salir. ¡No he dejado de darle gracias a Dios por libramme!

Constantino asintió enfáticamente.

—¡Gracias a Dios! Anduvimos cerca. Debemos tener cuidado de lo que hablamos y dónde lo hablamos. No tenemos idea de quién pudiera acusarnos. Los sacerdotes le dicen a la gente que es su deber reportar a cualquiera que hable en contra de la Iglesia católica. Estoy preocupado por el grupo grande que llega a nuestros estudios bíblicos. ¿Cómo sabemos que podemos confiar en todos ellos? ¿Qué tal si hay un espía entre ellos? Debemos tener cuidado.

Unas semanas después, Francisco de Vargas le dijo a Casiodoro que él también había sido interrogado.

—Fui convocado por la Inquisición al castillo de San Jorge. Me interrogaron durante varias horas. Y al igual que le sucedió a Gil, pronto comprendí que alguien les había informado que yo apoyaba

la enseñanza y fe de Rodrigo de Valer.

—¿Cómo evitaste reconocer que de verdad apoyabas a Rodrigo?
—preguntó Casiodoro.

—Pues, de nuevo hice lo que Gil hizo; evité responder directamente y los distraje con respuestas imprecisas. Ellos se frustraron mucho y finalmente me enviaron a casa. Sospechan de nuestras predicaciones en la catedral. Saben que tenemos mucho apoyo, pero están más interesados en el contenido de nuestras predicaciones.

—Bueno, tienen razón de hacerlo, ¿no? —señaló Casiodoro—. La realidad es que predicas verdades que no concuerdan con las enseñanzas católicas.

—Sí, es verdad —interrumpió Juan Gil—. Por ejemplo, enseñamos que es necesario un verdadero arrepentimiento si queremos recibir el perdón de Dios. Por su parte, ellos enseñan que el perdón viene por medio de los sacramentos de la confesión y la eucaristía. Ahora, ellos agregan que los sacramentos deben ir acompañados de arrepentimiento, aunque realmente no esperan ver ese arrepentimiento. Así que, cuando enseñamos la necesidad del arrepentimiento, hallan difícil refutar nuestra enseñanza. Sin embargo, después de oír sus preguntas, estoy preocupado. No sé cuánto tiempo podremos continuar antes de que intenten silenciarnos. Me temo que esto es solo el comienzo.



CAPÍTULO 15

El monasterio de San Isidoro

c. 1547

Después de seis años de estudio intenso en la universidad, Casiodoro finalmente se acercaba a la graduación. ¡Cuánto anhelaba alcanzar su meta! Sin embargo, su ilusión mayor era dedicarse a traducir la Biblia al castellano después de todos estos años de estudio. Había adquirido muchas porciones de la Biblia en latín, griego y hebreo. Su padre hasta había vendido otra parte de la granja de la familia para ayudarle a Casiodoro a comprar una Biblia Políglota. Esa enorme obra era de seis tomos grandes y pesados; contenía las Escrituras en griego y latín en columnas paralelas. También incluía el texto hebreo del Antiguo Testamento. ¡De verdad era un tesoro!

Unos pocos meses antes de su graduación, Casiodoro habló de su futuro con Constantino y Juan Gil.

—¿Qué me aconsejan? ¿Cuál es el próximo paso para producir una Biblia en castellano?

Constantino se frotó la barba pensativamente. Por fin dijo:

—Esa pregunta merece mucha consideración. Debido al afán de la Inquisición por restringir la literatura, especialmente las Biblias, debemos tener cuidado.

Juan Gil asintió:

—Tienes razón. Cada día se hace más peligroso. No queremos que nos detengan todo el proyecto antes de que comencemos siquiera.

—He pensado en retirarme a la casa de mis padres para trabajar en la traducción —dijo Casiodoro casi en tono de pregunta—. Pero mi acceso a manuscritos y otros recursos sería limitado. También me temo que en un pueblo pequeño los vecinos pronto hallarían sospechosas mis actividades. La Inquisición amenaza a las personas con acusarlas de complicidad y castigarlas si no reportan actividades sospechosas.

Gil frunció el ceño. Luego sugirió:

—Tal vez lo más seguro sería que Casiodoro salga de España y vaya a uno de los territorios protestantes donde podría trabajar con más libertad.

—Eso sería más fácil —agregó Constantino—, pero entonces enfrentaríamos dificultades para traer las Biblias a España. El llamado Santo Oficio, que de santo no tiene nada, restringe estrictamente la literatura que ingresa a España. Vigilan muy bien las fronteras y revisan meticulosamente todos los barcos que arriban. Es casi imposible ingresar literatura.

Gil suspiró.

—Tienes razón. Casiodoro, ¿qué te parece si nos tomamos unos pocos días para considerar el asunto y orar?

—Por supuesto —dijo Casiodoro—. Debemos tener cuidado para no terminar en la cárcel aun antes de comenzar la traducción. En realidad, debemos orar por este asunto. Se trata de la obra del Señor y necesitamos su dirección.

—Sí —agregó Constantino—. La Inquisición constantemente agrega obras a su lista de libros prohibidos. Y como ya es sabido, la

Biblia en cualquier idioma, fuera del latín, fue uno de los primeros libros en ser prohibidos. Han confiscado Biblias en italiano, francés y, supuestamente, hasta una Biblia en castellano escrita a mano.²⁷ Me pregunto quién la tradujo y quién hizo todo el trabajo de copiarla. ¿Puedes imaginarte el valor de tal Biblia? ¡Es una gran pena que la destruyan! Yo daría casi cualquier cosa por añadir una Biblia así a mi colección.



La próxima semana, después del estudio de la Biblia, Constantino llamó aparte a Casiodoro y a Juan Gil.

—¡El Señor está contestando nuestras oraciones! —exclamó—. Tengo la más maravillosa inspiración para tu futuro, Casiodoro. ¿Por qué no te unes a los monjes de la orden de San Jerónimo en el monasterio de San Isidoro en Santiponce? —Al ver la mirada sorprendida de Casiodoro, levantó la mano para pedir paciencia y retomar la palabra—. Por favor, déjame terminar antes de que creas que estoy loco. Como bien sabes, San Jerónimo tradujo la Biblia al latín hace muchos años. La Biblia de Jerónimo es la que sigue en uso todavía hoy. Los monjes de la orden de Jerónimo siempre se han dedicado a estudiar, copiar y preservar las Escrituras. El monasterio de San Isidoro ha de tener muchas copias de la Biblia, quizá no solo en latín.

”¿Crees que estoy loco porque sugiero que te metas en un nido católico como ese? Yo conozco al doctor Blanco,²⁸ el abad del monasterio. Él está muy abierto a la enseñanza de la Biblia, y hasta me ha buscado para hablar en privado sobre la salvación y la Biblia. Tú lo conoces, Gil, ¿no es cierto?”

Juan Gil asintió con la cabeza y Constantino continuó:

27 Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 2:77.

28 Su nombre verdadero era García Arias. Lo llamaban Dr. Blanco porque padecía de albinismo.

—Nadie sospecharía que estás desarrollando una actividad prohibida en un monasterio, ¡justo en las narices de la Inquisición! Otra ventaja es que, siendo monje de la orden, tus gastos de vida y alimentación estarían cubiertos.

—Eso sería una bendición —reflexionó Casiodoro—. Me molesta que mi padre haya tenido que vender partes de la granja para apoyarme en mi llamado.

Juan Gil se rascó la barba pensativamente y agregó:

—Bueno, la verdad es que tal vez tengas razón, Constantino. Pero es un proyecto riesgoso. Solo el hecho de ir a hablar con el doctor Blanco sería peligroso. Por otra parte, si él acepta a Casiodoro, tu plan podría funcionar.

—Comprendo el riesgo. Sin embargo, conozco muy bien al hombre —respondió Constantino—. Estoy dispuesto a asumir el riesgo y hablarle en privado del asunto. Además, puedo abordar el tema sin revelar nombres, al menos en un principio. ¿Qué dices, Casiodoro?

El entusiasmo de Constantino era contagioso. Casiodoro veía que estar en un monasterio podría ser la opción más segura en Sevilla.

—Si a ustedes les parece, estoy dispuesto a seguir adelante con el plan —interpuso Casiodoro—. ¡Tanto el riesgo como el desafío me emocionan!

Constantino sonrió al ver el espíritu aventurero del joven.

—Faltan varios meses para tu graduación, así que tenemos algo de tiempo. Hablaré con el doctor Blanco en cuanto tenga la oportunidad.

Casiodoro suspiró profunda y lentamente.

—¡Será emocionante ver cómo se desarrolla esto! —exclamó—. Sin embargo, continúen orando por favor. Sé que pongo en riesgo mi vida, pero estoy dispuesto. Nuestra meta es hacer que la Biblia esté disponible en castellano, y es por esa razón que me he invertido en el estudio diligente estos años.

Unas pocas semanas después, Constantino nuevamente llamó aparte a sus dos amigos. Su entusiasmo era obvio.

—Hablé con el doctor Blanco y él se animó mucho. Él comprende el riesgo y está dispuesto a asumirlo. Él cree que los monjes apoyarán el proyecto y hasta querrán estudiar la Biblia bajo tu dirección, Casiodoro. Le dije que tú eres un gran maestro de la Biblia. Él se sentiría honrado de que te unas a ellos. Lógicamente, tendrías que unirte a la orden de San Jerónimo. Él propone que nosotros dos nos reunamos con él pronto.



En el día de su graduación, Casiodoro vistió su gorro y túnica nuevos con satisfacción. Sus logros y su excelencia académica fueron reconocidos. El punto culminante se dio cuando el rector de la universidad finalmente le hizo entrega del diploma. Cuando Casiodoro extendió la mano para tomarlo, sus ojos se llenaron de lágrimas y sus manos temblaron. Aquel pergamino representaba su recompensa por los años de arduo estudio. Casiodoro se sentía pequeño e indigno, lleno de gratitud al Señor Jesús que lo había llamado y equipado. Al mismo tiempo, sentía escalofríos cuando pensaba en los nuevos desafíos que lo esperaban. Mientras otros aplaudían sus logros académicos, Casiodoro pensaba en la grandeza de Dios y la obra a la cual lo había llamado.



Pasada la graduación, Casiodoro viajó a su casa y pasó una semana con sus padres. Ellos lo apoyaron en cuanto a su traslado al monasterio, aunque a su madre le preocupaba el riesgo. Tras volver a Sevilla, Casiodoro colocó sus pocas ropas y sus libros y manuscritos en dos bolsos que pudiera colgarse.

Temprano a la mañana siguiente, tomó una diligencia que

pasaría por Santiponce, a muy poca distancia del monasterio. Allí bajó de la diligencia, se colgó el bolso más pesado del hombro, tomó el más liviano en su mano y caminó hacia el gran monasterio de piedra. Los altos muros de piedra, coronados con almenas, lo hicieron sentirse como si estuviera frente a una fortaleza. Ventanas altas, estrechas y con arcos lucían enmarcadas por arcos más grandes en las paredes. En el centro del monasterio había un campanario. La estructura despedía un brillo dorado bajo el sol de la mañana.

Casiodoro hizo una pausa para contemplar el lugar que sería su nuevo hogar. Se sentía nervioso a pesar de que él y Constantino ya se habían reunido con el doctor Blanco para dialogar sobre su traslado al monasterio. Irguió los hombros y caminó por el patio bajo los árboles de naranja. Una vez frente a la puerta grande de madera, suspiró profundamente, tomó la pesada aldaba de bronce y golpeó la puerta. Su corazón latió con fuerza cuando las bisagras chillaron y la puerta grande se abrió. Un monje vestido de café y blanco lo saludó.

—Buenos días. ¿En qué te puedo ayudar?

—Buenos días. ¿Puedo hablar con el doctor Blanco? —preguntó Casiodoro.

—¿Cuál es tu nombre?

—Dile que Casiodoro de Reina desea hablar con él.

—¡Ah! Pasa, pasa. Por favor, sígueme. —Obviamente, el monje esperaba la llegada de Casiodoro.

Casiodoro entró y siguió al monje. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz tenue, vio que se encontraban en la parte trasera de una capilla grande que tenía un altar al frente. El monje lo guio por otra puerta, por donde salieron a un patio.

—Por favor, espera aquí. Llamaré al doctor Blanco —dijo el guía.

El sol de la mañana bañaba un patio grande. Casiodoro se sorprendió al ver cuán adornado lucía el monasterio. Se había imaginado que sería un lugar de colores apagados y poca comodidad, pero se encontraba en un edificio muy bello. La fuente en el centro del

patio estaba decorada con plantas que la rodeaban. Los niveles superiores del edificio tenían corredores que rodeaban el patio. Una serie de columnas ornamentales y grandes arcos rojos adornaban el piso más alto. Los corredores de los niveles inferiores tenían columnas y arcos de un color marrón pálido. Estrellas grandes decoraban las barandas. Una capa de moldura de color rojo más oscuro separaba los dos niveles. “¡Qué placentero sería vivir en este lugar!”



El monasterio de San Isidoro.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando el doctor Blanco entró por la puerta trasera y cruzó el patio soleado.

—¡Bienvenido, Casiodoro! Hemos anticipado tu llegada. —El doctor Blanco sonrió amigablemente y le estrechó la mano. Casiodoro estaba sorprendido por la manera libre y extrovertida del doctor Blanco a pesar de su albinismo. Aquel hombre no era definido por su piel y cabello blancos ni por sus ojos celestes.

—Permíteme ayudarte con uno de tus bolsos —ofreció el superior—. Los llevaremos a tu aposento antes de que te muestre el lugar.

El doctor Blanco lo guió por el patio soleado, bajo el balcón trasero y subiendo unas gradas. Condujo a Casiodoro a un pequeño cuarto al final del balcón superior.

—Hemos preparado este aposento para ti —dijo amablemente—. Me parece que debes tener tu propio cuarto —dijo con un guiño del ojo.

—Deja aquí tus bolsos y yo te mostraré el monasterio —ofreció el superior mientras colocaba el bolso sobre la cama estrecha. El cuarto también contenía una mesa y una silla; junto a la mesa había unos estantes en la pared para libros. A Casiodoro le gustó el cuarto inmediatamente. Colocó su pesado bolso de libros sobre la mesa y se volvió para seguir al doctor Blanco.

Casiodoro se alegró mucho al descubrir que la puerta junto a su aposento conducía a la biblioteca.

—Nos pareció apropiado darte un cuarto junto a nuestra biblioteca —explicó el doctor Blanco rápidamente—. Aquí tenemos una buena colección de libros, una cantidad de Biblias, la mayoría en latín. También tenemos los seis tomos de la Biblia Políglota. —Se inclinó para acercarse a Casiodoro y susurró—: También tenemos unas cuantas Biblias que esperamos que la Inquisición no descubra. Hasta ahora han confiado en nosotros y no han visto la necesidad de inspeccionar nuestra biblioteca.

Casiodoro se asombró de ver tantos libros en los estantes. El

doctor Blanco explicó:

—Tú sabes que San Jerónimo tradujo la Biblia griega al latín. La orden de monjes que lleva su nombre se ha dedicado a preservar, copiar y estudiar la Biblia, especialmente la Vulgata latina de Jerónimo. Pero tenemos otras Biblias que también querrás estudiar.

—Estoy impresionado por la colección de libros que tienen aquí. Parece más una universidad que un monasterio. Estoy ansioso por ver todo lo que tienen —dijo Casiodoro con entusiasmo.

—Sí, sírvete y úsalos. Para eso están —dijo el doctor mientras hacía un gesto de invitación con su mano. Se acercó a Casiodoro y le explicó en una voz muy baja—: Sabemos que estás aquí para estudiar los manuscritos. Pero también será necesario que ayudes con las tareas y el trabajo del día. No queremos que los monjes sientan celos de ti ni que se quejen de tu estancia. Mi preferencia sería que estuvieras libre de otros trabajos, pero no correremos el riesgo de enojar a nadie que pueda delatarte con la Inquisición.

—Lo comprendo muy bien —le aseguró Casiodoro—. Yo tampoco deseo exponerme a un encuentro con la Inquisición. Además, me gusta trabajar con las manos. Yo me crié en una granja.

El doctor Blanco asintió con la cabeza y continuó.

—Tendrás que encajar en todo como cualquier otro monje. Lógicamente, todos ellos saben que estarás enseñando de la Biblia, y lo están anticipando, pero aun así será necesario tener cuidado.

Casiodoro se sintió agradecido de contar con su propio cuarto cuando miró los dormitorios; cuartos largos con muchas camas. Su paseo continuó por la farmacia, donde guardaban medicinas para los monjes y también vendían al pueblo. Luego, el director llevó a Casiodoro a la cocina en la planta baja. El desayuno había pasado y varios monjes limpiaban el lugar. Detrás de la cocina se encontraban los sanitarios y una lavandería.

El doctor lo llevó a las huertas. Hierbas, hortalizas, uvas y olivos crecían vigorosamente en pequeños campos bien dispuestos.

Alrededor de los cultivos había una fila de edificios donde guardaban las cosechas, la paja y los implementos de la granja. También había establos para algunos animales. Detrás de los establos, el doctor Blanco le mostró a Casiodoro los campos donde crecían variedades de granos.

—Es importante que nosotros trabajemos físicamente y procuremos abastecernos de lo necesario —explicó el doctor Blanco. Casiodoro estaba impresionado con el orden y el excelente cuidado de las áreas de cultivo.

Permanecieron allí por unos minutos, observando a los monjes ocupados en sus tareas. Tras continuar su recorrido, ingresaron al edificio para observar el comedor, la sacristía y la capilla. Al final, el doctor Blanco le mostró los aposentos para huéspedes. Estos contaban con su propio patio de dos pisos, sus pórticos y una fuente más pequeña. Aquí podía pasar la noche cualquier huésped, familiar u otro viajero.

Después del recorrido, el doctor Blanco despidió a Casiodoro para que se retirara a su aposento. Cuando escuchara el repicar de la campana, Casiodoro sabría que había llegado la hora del almuerzo. Al salir de los cuartos de los huéspedes, Casiodoro se detuvo para observar una pintura en que San Jerónimo les dictaba a dos monjes mientras recibía de otro hombre una carta. Por otra parte, dos hombres fabricaban cucharas. “Así ha de haber sido el tipo de monasterio que San Jerónimo deseaba”, pensó Casiodoro. Después se detuvo frente a una pintura del árbol de la vida en un barco, con dos monstruos marinos junto al tronco. Había muchas personas en el árbol de la vida y un ángel guardaba el barco. Al otro lado, la muerte intentaba utilizar su arco para lanzar flechas contra las personas del árbol. “Me pregunto qué significa todo eso. Tendré que preguntarle al doctor Blanco”, pensó.

Cuando llegó a su cuarto, Casiodoro se sentó sobre su cama y suspiró antes de abrir sus bolsos y sacar sus pertenencias. “Esto será

muy distinto de lo que he acostumbrado, pero creo que me sentiré a gusto con este estilo de vida. Especialmente si puedo pasar tiempo con los manuscritos de la Biblia y continuar mis estudios de la literatura bíblica y la traducción”.

Casiodoro apenas había ingresado a la biblioteca para mirar las Biblias cuando sonó la campana para el almuerzo. Afuera de la puerta del comedor, cada monje se lavaba las manos en un lavabo. Casiodoro estaba al final de la fila. Se lavó las manos y entró con los demás dentro del salón. Los monjes se sentaron en mesas largas colocadas en un semicírculo. Se sentaron sobre bancas de piedra construidas en las paredes.

El doctor Blanco se paró en el centro de la sala.

—Hoy le damos la bienvenida a un nuevo hermano; Casiodoro de Reina ahora pertenece a nuestra orden. También será nuestro maestro de la Biblia. Casiodoro, puedes sentarte aquí al final de esta mesa —lo invitó.

Casiodoro se sentó y esperó al igual que los demás. Había un plato, una cuchara y una taza de agua frente a cada uno. Cada plato contenía un pequeño bollo de pan, un montón de avena cocida y una porción de lentejas. Todos escucharon mientras un monje recitaba una oración en latín. Cuando el prior quitó la cubierta de un plato de pan, todos atacaron la comida sencilla con entusiasmo. Mientras comían, un monje leía un salmo en latín, lentamente y con voz clara. Por sus miradas amigables, Casiodoro sintió que los monjes se alegraban de verlo en el monasterio. Mientras comía, admiraba las pinturas en la pared. Su mirada se vio cautivada por una pintura grande de La última cena.

A los hombres les permitían una hora para descansar y meditar antes de volver a sus trabajos. Después del descanso, Casiodoro ayudó a desherbar el trigo tierno. Le gustó el trabajo: lo transportaba al pasado, a la granja, donde había invertido muchas horas en tareas similares junto a su padre.

Después de la cena, se reunieron en la capilla y el doctor Blanco dirigió una meditación en latín. Luego describió lo que significaba ser un monje en la orden de San Jerónimo. El enfoque de esta orden era la preservación y el estudio de la Biblia. El doctor explicó que la principal responsabilidad de Casiodoro entre ellos sería estudiar y enseñar de las Sagradas Escrituras. Pidió que Casiodoro pasara al frente, donde el doctor Blanco condujo el rito de la iniciación. El cabello de Casiodoro fue rapado en una tonsura como los demás monjes y recibió el hábito blanco con escapulario marrón que debía vestir.

Más tarde esa noche, en el silencio, Casiodoro permanecía acostado en su cama. Sonrió cuando se llevó la mano a la cabeza y palpó la coronilla rapada. La tarde de trabajo en el campo lo había dejado con un sentir de dulce agotamiento físico. Qué cambio tan drástico y, sin embargo, estimulante, ¡y todo en un solo día! El doctor Blanco le había dicho que estaría trabajando con los monjes en las mañanas y luego, cada tarde, tendría el tiempo para estudiar. Y sería durante el tiempo de oración diario que tendría que enseñar de la Biblia.

Era con entusiasmo que Casiodoro esperaba enseñarles de la Biblia a los monjes. Su plan era traducir porciones del texto al castellano antes de presentar las enseñanzas. Él amaba las palabras y esperaba con ansia el desafío de utilizar sus diccionarios para traducir correctamente. ¡Qué manera tan maravillosa de emplear sus estudios universitarios! No tenía obligaciones económicas; como miembro de la orden, sus gastos estaban cubiertos. Por otra parte, el trabajo en los huertos significaba un ejercicio valioso. ¡Parecía increíble!

“Padre Santo, Dios que estás en los cielos, te agradezco”, susurró en la quietud de su aposento. “Veo una vez más cómo organizas los detalles de mi vida en maneras maravillosas. Está claro que me has llamado a dedicar mi vida a la traducción de la Biblia al castellano. Padre, por favor, ayúdame a hacer lo mejor para ti y tu pueblo. Amén”.

Casiodoro halló paz y seguridad en la rutina del monasterio. Los monjes se levantaban temprano para dedicar un tiempo a la oración y la meditación personal. En el comedor se unían en un canto de adoración y escuchaban la lectura de La bendición latina y de las Escrituras mientras comían su desayuno sencillo. En las horas de la mañana, todos trabajaban en la granja. Al mediodía, comían en silencio mientras escuchaban un Salmo o una lectura inspiradora. Luego venía el punto alto del día para Casiodoro: dedicar la tarde al estudio. Colocaba varias Biblias sobre su mesa y se dedicaba a traducir el pasaje que estudiarían más tarde. Pasaba tiempo en oración, preparando su propio corazón y pidiéndole a Dios que lo ungiera con su Espíritu Santo para la enseñanza.

Casiodoro decidió comenzar con la epístola a los Romanos, que era el primer libro que había estudiado con Constantino. Sin embargo, a mano no podía hacer copias del pasaje en castellano para todos. Cada tarde, se reunían en la capilla, sentados en bancas construidas en las paredes de piedra. Las pinturas en las paredes mostraban escenas de la Biblia o de la vida de San Jerónimo. A un extremo de la sala, una pintura mostraba al Jesús resucitado, quien había matado al dragón, Satanás. Otra pintura mostraba a Jesús encontrándose con María Magdalena después de su resurrección. A Casiodoro le agradaba el enfoque en la resurrección que se respiraba en la sala.

Casiodoro presentó el libro de Romanos, su autor y su propósito mientras estudiaban la salutación. Habló apasionadamente de Pablo y comparó el llamamiento de Pablo al de ellos. Repasó el pasaje frase por frase y palabra por palabra, mostrando lo que este revelaba acerca de Jesús y el Evangelio. Debían poner por obra las enseñanzas del Evangelio por amor de Jesús.

Los monjes siguieron la enseñanza de Casiodoro con interés. Mientras él recogía sus papeles después del estudio, uno de ellos comentó:

—Buena enseñanza. Aun una porción pequeña de las Escrituras contiene tanta verdad.

—Así es —agregó un compañero—. El monje nuevo es un maestro dotado... Hace que la Biblia sea fácil de comprender. Especialmente me gusta la manera en que aplica la Biblia a nuestra vida. Hace que parezca real y personal.



CAPÍTULO 16

El avivamiento en el monasterio

c. 1548

Casiodoro disfrutaba de comer, cantar, recitar, conversar y trabajar con sus nuevos amigos. Después de seis años de estudio universitario intensivo, el sencillo trabajo manual era un placer. Pero nada superaba al tiempo que pasaba en el estudio y traducción de las Escrituras del griego, hebreo y latín al castellano. Las horas pasaban rápidamente mientras se esforzaba por discernir la mejor manera de transmitir el mensaje de Dios.

Las horas que Casiodoro invertía en el estudio daban fruto en sus clases cada noche con los monjes entusiastas. Para cuando llegó a Romanos 3 y expuso la pecaminosidad de la humanidad, los monjes comenzaron a revelar su comprensión: eran culpables delante de Dios. Se mostraba en sus rostros afligidos y sus ojos llenos de lágrimas. Ese día, los monjes salieron del estudio en silencio, sumidos en la meditación.

“Nunca había escuchado *nada* como esta enseñanza”, Casiodoro

escuchó decir a uno de los monjes que salía de la capilla. “Este hombre parece tener la autoridad de Dios. ¡Siento que estoy escuchando la voz de Dios!”

Casiodoro se acercó al que hablaba.

—Escucha, no soy yo el que habla con autoridad. *Dios* nos habla a través de su Palabra. Por esa razón, necesitamos la Biblia en castellano. Todos deben oír y comprender el mensaje de Dios.

—Yo ya no soy joven —respondió el monje—. He estado en este monasterio desde que tenía diecisiete años, y he escuchado enseñanzas todos los días durante años. Pero nunca he escuchado enseñanza tan clara como esta, directamente de la Biblia.

El próximo día, Casiodoro enseñó acerca de la propiciación de Cristo: la sangre de Cristo ha expiado el pecado del hombre, pero los hombres deben aceptar su sacrificio por fe. El impacto del Espíritu Santo fue poderoso. Casiodoro animó a los hombres a abrir su corazón angustiado para creer y recibir la verdad del Evangelio. Mientras los guiaba en una oración de arrepentimiento, muchos rostros inclinados derramaron lágrimas. Un espíritu de renovación, esperanza y gozo llenó a todo el grupo. El Espíritu de Dios estaba obrando.

Una noche, Casiodoro estudiaba en su escritorio cuando escuchó que alguien se aclaraba la garganta afuera de su aposento, como si deseara llamar su atención. Casiodoro tosió para indicar que aún estaba despierto. Una voz quieta preguntó:

—Casiodoro, ¿puedo hablar contigo?

Casiodoro abrió la puerta.

—Pues, claro que sí, entra. Siéntate. —Era Santiago, uno de los monjes—. ¿En qué te puedo servir?

—Dios ha estado tocando mi corazón a través de tus enseñanzas —reconoció Santiago—. Tengo vergüenza de contarte de algo vil en mi vida. Pero después de tus enseñanzas, ya no puedo esconderlo más. Tengo que hacer algo.

Casiodoro asintió con la cabeza para mostrar su comprensión.

—No tengas temor. Comparte lo que te perturba.

—He participado en terribles perversiones con otros monjes —contestó Santiago, sin despegar su mirada del piso—. Estoy muy convencido de mi pecado. Sé que estoy condenado ante un Dios santo; deseo arrepentirme y cambiar mis caminos.

Casiodoro le hizo unas preguntas a su visitante. Luego abrió la Biblia a 1 Juan 1:8-9. Primero leyó los versículos en latín, luego tradujo las palabras al castellano para asegurarse de que Santiago las entendiera con claridad: “Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad”.

—¿Crees esto, Santiago? —preguntó Casiodoro con sinceridad—. Dios promete que, si confiesas tu pecado, él es fiel y justo para perdonar tu pecado y limpiarte y cambiarte. Él hará esa obra interior en tu corazón si te arrepientes y crees en Jesús. ¿Comprendes? ¿Puedes confiar en que Jesús hará eso en tu vida?

La luz de la lámpara se reflejó en las lágrimas de Santiago. Casiodoro podía sentir la angustia y el arrepentimiento en el corazón del monje.

—¡Sí, quiero creer! —dijo él—, pero ¿será que un Dios santo en realidad me vaya a perdonar? He vivido con este terrible pecado por años, y nunca lo pude confesar porque no creía que Dios pudiera perdonar algo tan terrible. Pero tu enseñanza de la Biblia me ha dado la esperanza de que tal vez Dios me perdone y me ayude. ¿De verdad él me puede cambiar, Casiodoro? ¿Para siempre? —El susurro áspero de Santiago transmitía desesperación.

La sonrisa amable de Casiodoro tranquilizó al monje angustiado.

—Escucha este versículo —fue el ánimo de Casiodoro—. El apóstol Pablo le escribe a la iglesia de Corinto, una ciudad de mucha maldad. Él les recuerda a los corintios su pasada vida pecaminosa. Nota lo que dice de este pecado —otra vez, Casiodoro leyó primero

en latín y luego tradujo al castellano—: “¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios? No os engaños; que ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los robadores, no heredarán el reino de Dios”. ¿Notaste que la homosexualidad está en esa lista de pecados que nos impiden entrar en el reino de Dios?

Santiago asintió enfáticamente con la cabeza.

—Ahora, escucha lo que dice después —Casiodoro leyó lentamente—: “Y esto erais algunos de vosotros; mas sois lavados, mas sois santificados, mas sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”. —Casiodoro observó cómo un brillo de esperanza se asomó a los ojos de Santiago—. ¿Lo ves? En la iglesia de los corintios había personas malas que habían sido homosexuales. Pero fueron lavadas, santificadas y justificadas en el nombre del Señor Jesús por el Espíritu Santo. ¿No es eso maravilloso? ¿No te da esperanza?

—Sí, ¡yo creo que hay esperanza para mí!

—¿Puedes creer en Jesús y confiar en que él también hará de ti una persona nueva? —preguntó Casiodoro.

Con mucha emoción, Santiago respondió:

—Sí, creo y confío en que Jesús me perdonará y me cambiará.

Casiodoro instó a Santiago a arrodillarse y confesar su pecado delante de Dios. Las lágrimas corrieron por el rostro de Casiodoro y cayeron al piso mientras su amigo derramaba su corazón en arrepentimiento. Cuando Santiago terminó, Casiodoro oró pidiendo la obra del Espíritu Santo en el corazón de su amigo para convertirlo y darle una nueva vida.

Cuando Santiago se levantó, su rostro brillaba con gozo y esperanza.

—¡Gracias, Casiodoro! —dijo en una voz ronca—. Y ¡gracias a ti, Señor Jesús! Estoy perdonado.

Entonces dio vuelta y desapareció en la oscuridad del monasterio.

Nadie podía negar que Santiago era un hombre cambiado después de su visita a Casiodoro esa noche. Santiago confesó su depravación delante de los hombres con quienes había pecado. La conversión de Santiago comenzó un movimiento entre los monjes. Otros que habían practicado la misma maldad también buscaron a Casiodoro, quebrantados y necesitados de ayuda. A cada uno, él lo guio al arrepentimiento por medio de la Palabra de Dios. Quienes lo visitaban hallaban limpieza, perdón y vida nueva. La obra de Dios continuó hasta que el monasterio de San Isidoro quedó limpio de la perversión que infestaba a tantos monasterios.

Otros monjes le confesaron a Casiodoro que se les hacía muy difícil perdonar a quienes les habían hecho mal. Otros confesaron su orgullo o egoísmo y reconocieron que su pecado los hacía personas desagradables. Para cada problema, Casiodoro hallaba un pasaje de la Escritura que abordaba la situación y guiaba al monje al arrepentimiento y la victoria.

Una tarde, el doctor Blanco llegó a su aposento.

—Casiodoro —comenzó a decir—, nunca me imaginé que tu enseñanza de la Biblia traería tales resultados. Ha cambiado el monasterio. En el pasado, hemos visto serios conflictos entre los monjes, y algunos hasta se odiaban. Pero ahora es diferente; somos como una familia grande, y nuestro amor por Dios y su Palabra nos une.

”Yo sospechaba que había perversión sexual entre los monjes. Casiodoro, no te puedes imaginar cuán extendido está ese problema en los monasterios. Creía que nuestro monasterio era mejor que la mayoría, pero no estaba tranquilo. Yo había hecho advertencias y amenazado con consecuencias si alguien caía en este pecado, pero ahora me regocijo. Dios está resolviendo el problema a nivel de los corazones pecaminosos. Las amenazas y los castigos *nunca* podrían hacer lo que el Señor está haciendo. ¡Gracias por enseñarnos!

—Doctor, dele las gracias a Dios —respondió Casiodoro—. Yo no

hago estos milagros; *Dios* los hace.

—Bueno, Casiodoro. Déjame decirte que yo también quiero compartir algunas luchas personales, y quiero decirte que tus enseñanzas me han ayudado. ¿Puedes orar por mí también? —preguntó el superior.

—Por supuesto, con todo gusto —le aseguró Casiodoro. El doctor Blanco confesó los fracasos y las necesidades que pesaban en su corazón y Casiodoro oró por él. Así, el abad del monasterio también halló libertad de sus pecados y nueva libertad en Cristo.



Una vez por mes, el doctor Blanco permitía que Casiodoro viajara a Sevilla por dos días. Normalmente, Casiodoro caminaba las dos leguas hasta Sevilla, y siempre asistía a los estudios bíblicos de Juan Gil y Constantino. Él disfrutaba del compañerismo y se regocijaba de ver que el grupo seguía creciendo. A menudo, durante esas visitas, le pedían a Casiodoro que dirigiera el estudio de la Biblia.

En uno de esos viajes, Juan Gil le informó que el grupo había escogido a un pastor.

—Cristóbal Losada ha crecido espiritualmente, y su matrimonio con la hija de don Juan ha sido una gran bendición para nuestro grupo de estudio. Por su testimonio sobresaliente y su conocimiento extraordinario de las Escrituras, lo hemos escogido para que sea nuestro pastor. Aunque el grupo ha llegado a ser muy grande, él lo está haciendo bien dadas las circunstancias difíciles de su nueva responsabilidad.²⁹

—¿Cómo hicieron para escoger a un pastor? —preguntó Casiodoro, con curiosidad.

—Constantino y yo buscamos en las Escrituras, y el Espíritu

29 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. 151.

Santo nos convenció de que debíamos seguir el ejemplo del Nuevo Testamento. La iglesia primitiva escogía de entre la congregación a un varón que reuniera las cualidades necesarias. Es mucho más seguro que la iglesia escoja al hombre y no que el hombre se nombre a sí mismo. Decidimos que esta sería la mejor manera.

—Eso me parece correcto —reflexionó Casiodoro—. Sí, es lo que encontramos en la Biblia. Alabado sea Dios que les dio la sabiduría para seguir ese rumbo.

Un día, después de un estudio de la Biblia, Casiodoro les informó a Juan Gil y a Constantino del avivamiento en el monasterio de San Isidoro.

—¡Esas son nuevas emocionantes, Casiodoro! —exclamó Gil—. Hay cosas similares sucediendo aquí entre nosotros en Sevilla. Hemos visitado el convento de Santa Paula³⁰ en varias ocasiones, y les hemos predicado la Palabra a las monjas. Su respuesta no ha sido tan espectacular, pero muchas monjas se están convirtiendo. La hermana Francisca Chaves está enseñando y facilitando un avivamiento entre las monjas del convento de Santa Isabel.³¹

”El Señor también está obrando cambios en el monasterio dominicano de San Pablo.³² El fraile Domingo de Guzmán es un predicador denodado entre los monjes allí. ¡Dios está obrando en Sevilla! Estamos pidiendo en oración que la Iglesia católica nos extienda cierta aprobación, o al menos tolerancia, antes de que la Inquisición nos elimine.



30 Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 1:188-189.

31 *Ibíd.*, 1:201

32 *Ibíd.*, 1:177

Casiodoro entró en la sala grande en Sevilla. Al comenzar el estudio, notó que Constantino no estaba presente.

—¿Dónde está Constantino? —le preguntó a Juan Gil.

—El príncipe Felipe, el hijo del emperador Carlos V, estuvo aquí en Sevilla —explicó Juan—. Cuando la familia real se encuentra en Sevilla, siempre hay mucha ostentación y fanfarria en el Alcázar real donde se hospedan. Cuando se dirigían a la misa ese domingo por la mañana, el séquito del príncipe Felipe se extendía desde el Alcázar real hasta la catedral, prácticamente.

”Para muchos, esa ostentación de riqueza inspira orgullo en la gloria de España. Sin embargo, esa mañana mientras observábamos, Constantino se indignó. Me susurró: “Observa al príncipe Felipe. ¡Su orgullo es tan obvio! ¿Qué debo predicar hoy, ya que el príncipe está presente? ¡Señor, ayúdame!”

”Ese día, Constantino predicó un sermón poderoso. El príncipe Felipe quedó tan impresionado que alabó a Constantino después de la misa. Noté que Constantino parecía inseguro; no sabía cómo responder. Más tarde esa semana, el príncipe envió un mensajero para informarle al concilio de la catedral que había decidido llevar a Constantino consigo en un viaje por Europa como su sacerdote, confesor y predicador personal.

—¿Qué dijo Constantino? ¿Se emocionó con la idea de acompañarlo? —preguntó Casiodoro.

—No, la verdad es que no. Él no deseaba ir, pero no puedes contradecir al príncipe, así que Constantino fue sin protestar.

—Eso debe ponerlo en un gran aprieto, ya que está en desacuerdo con la Iglesia católica en tantos aspectos —dijo Casiodoro pensativamente.

—Sí, hablamos de eso —respondió Juan Gil—. Hemos promovido una reforma desde dentro de la iglesia mientras tratamos de mantener nuestra posición de influencia. A veces esa manera de actuar nos compromete. Nos vemos obligados a participar en actividades que

desaprobamos.

”Naturalmente, Constantino se preocupó. ¿Cómo podría cumplir con las expectativas del príncipe y a la vez promover un cambio? Dado el conflicto entre sus creencias y sus deberes, deseaba rehusar la invitación. Pero no había alternativa. Debemos recordarlo en oración, Casiodoro.

—Sin duda, necesita nuestras oraciones —agregó Casiodoro—. Solo me puedo imaginar las dificultades que estará enfrentando.

—¿Qué sucederá si descubren lo que Constantino de verdad cree? Probablemente sería interrogado por la Inquisición. Ese es un temor con el cual vive constantemente. Ha escrito varios libros en los últimos diez años. Gracias a su amistad con personas influyentes, ha recibido permisos para publicarlos.

—¿La Inquisición los aprobó? —preguntó Casiodoro con incredulidad—. ¿Permiten ellos los libros de Constantino?

—Sí. Probablemente porque tiene el favor de la familia real —especuló Gil—. Él ha tenido mucho cuidado de no criticar al catolicismo en sus escritos. Él trata de permanecer dentro de un marco que ellos puedan aprobar mientras trata, a la vez, de presentar la verdad de la Biblia para que esta exponga los errores de la Iglesia católica. Se alegró mucho cuando obtuvo el permiso para publicar sus escritos.

—Bueno, es una dicha extraordinaria recibir la aprobación de la Inquisición. ¿Cuántos libros ha escrito? —preguntó Casiodoro.

—Déjame ver —dijo Juan Gil mientras contaba con los dedos—. Él escribió *Suma de Doctrina Christiana*, *Exposición del Primer Salmo de David*, *Catecismo Christiano*, *Confesión de un pecador* y *Doctrina Christiana*. Cinco libros. Él estaba ansioso de ver estos libros publicados, pero ahora no tenemos idea de cuántos años tendrá que servir al príncipe.

Casiodoro tenía mucho en qué pensar mientras caminaba las dos leguas de regreso al monasterio.

“Constantino y Juan Gil se cuidan mucho para mantener el

favor de los líderes católicos y el doctor Blanco está de acuerdo con ellos. Yo puedo entender que desean mantener su influencia y seguir con sus reformas dentro de la Iglesia católica. Sin embargo, ocultar de las autoridades lo que de verdad creen pudiera parecer una falta de honradez. Rodrigo de Valer no era así. Él dijo la plena verdad. Quizás hasta fue más franco de lo necesario, pero fue honrado, de eso no hay duda.

”¿Por qué tanta cautela? ¿Hasta qué punto se están guardando por temor de la persecución? Después de escuchar las historias de Rodrigo, puedo entender ese temor. Pero ¿qué dice Jesús de los que sienten vergüenza de confesarlo delante de los hombres? ¿Qué haría Jesús en esta situación? ¿Qué harían los apóstoles? Creo que sé lo que harían.

”¡Oh, cuánta influencia tienen mis amigos en la iglesia católica! ¡Qué asombrosa oportunidad la de ser el sacerdote personal del príncipe! La predicación de Constantino es famosa. Hasta le pidieron predicar en el funeral de la emperatriz Isabel, de Portugal, la esposa de Carlos V. Por otra parte, Rodrigo de Valer nunca fue popular. Él no tenía una gran reputación que pudiera perder. Me pregunto si allí está la diferencia”.

Estos pensamientos agobiaban a Casiodoro mientras caminaba en la noche cálida. El coro de grillos resonaba a su alrededor. De vez en cuando, un chotacabras llamaba y otro le contestaba a la distancia. “¿Qué haría yo si fuera interrogado por la Inquisición?”, se preguntaba Casiodoro.



CAPÍTULO 17

Juan Gil es capturado

c. 1550

Por varios años, la vida en el monasterio fue pacífica y segura. Casiodoro se acostumbró a una rutina agradable de trabajo y compañerismo. Sus responsabilidades como maestro de la Biblia le permitieron adquirir experiencia muy valiosa en la traducción de porciones de las Escrituras. La visión de traducir la Biblia entera al castellano continuaba en su horizonte como una estrella brillante, pero sintió que debía aprender más antes de comenzar un proyecto tan serio.



—¡Han capturado a Juan Gil! —Un mensajero afligido trajo las nuevas devastadoras desde Sevilla. Era el año 1550 y la vida de quietud y seguridad a la que Casiodoro estaba acostumbrado se hizo añicos... Había cambiado para siempre.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —Casiodoro estaba desconcertado.

—Ayer la Inquisición lo convocó al castillo de San Jorge sin decirle por qué. Estaba preocupado y nos pidió que oráramos por él. Como temíamos, lo arrestaron, así que probablemente no oiremos nada de él por varias semanas o hasta meses. Con la ausencia de Constantino, la muerte reciente de Vargas, y ahora el encarcelamiento de Juan Gil, nuestro pastor, Cristóbal Losada, se siente inseguro. Me pidió que te trajera el mensaje y te pidiera que vayas a Sevilla si te es posible.

El doctor Blanco respondió inmediatamente.

—¡Por supuesto, Casiodoro puede ir! Yo me encargo de que Casiodoro pueda salir y estar con Cristóbal mañana por la noche.

Casiodoro se llenó de temor cuando llegó a Triana el próximo día. Los muros enormes del castillo de San Jorge se erguían imponentes frente a él. Casiodoro intentó imaginar lo que Juan Gil estaba enfrentando dentro de esos muros. Probablemente se encontraba en confinamiento solitario, luchando con las primeras fases de soledad y maltrato. Casiodoro involuntariamente se apresuró al pasar por la fría sombra de los muros del castillo. Se estremeció al pensar en la desesperación que Juan Gil debía estar sintiendo. Deseaba poder enviarle una bendición a su amigo.

Al cruzar el puente, Casiodoro sintió como si lo estuvieran observando desde las torres. Cruzar el puente, lo que antes había sido placentero, hoy parecía un viaje largo y peligroso. Anhelaba poder desaparecer entre las calles de Sevilla.

Esa noche, varios cientos de creyentes se reunieron en la casa de doña Isabel. Cristóbal Losada informó brevemente de la desaparición de Juan Gil y luego dijo:

—Estamos agradecidos de que Casiodoro de Reina puede estar con nosotros en esta noche. Le he pedido que comparta algún ánimo de la Biblia antes de que dediquemos un tiempo a orar por nuestro hermano Juan.

Casiodoro se paró detrás de la mesa y habló con el corazón en la mano:

Estoy feliz de estar aquí esta noche, aunque también estoy triste por lo que está sufriendo nuestro querido hermano Juan. La Biblia sí nos ofrece consejos en tiempos como este. Jesús mismo nos dice en Mateo 5: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”.³³

En Mateo 10 él nos advierte: “He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros”.³⁴

Hermanos, creo que solo hemos comenzado a experimentar el sufrimiento que nuestro Señor describe aquí. No sabemos qué nos sucederá en el futuro. Pero debemos prepararnos para sufrir por la causa del Señor.

El libro de Hebreos nos dice: “Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados,

33 El texto bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

34 *Ibid.*

como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo”.³⁵

El apóstol Pablo les pidió a los efesios que oraran por él mientras estaba preso: “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar”.

Nuestro hermano Juan enfrentará presión intensa en los interrogatorios. Él necesita nuestras constantes oraciones para que el Señor le dé las palabras que debe hablar y la fuerza para soportar la soledad y la tortura. Esta noche, estamos aquí para orar por nuestro hermano Juan.

El grupo se arrodilló y derramó el corazón en oración ferviente. Muchos sollozaban mientras rogaban que el Señor le diera a Juan la gracia especial que necesitaba. Sabían muy bien que era posible que nunca volviera.



De regreso en el monasterio, el doctor Blanco le dijo a Casiodoro: —Desde que Juan Gil fue capturado, los monjes han estado haciendo preguntas. Sé que tú estudiaste la historia del Santo Oficio de la Inquisición. ¿Nos puedes contar de la Inquisición, su propósito y su historia?

—Claro que sí —respondió Casiodoro—. Haré lo que pueda para contestar sus preguntas.

Esa noche el doctor Blanco les dijo a los monjes:

35 *Ibíd.*

—En lugar de nuestro estudio de la Biblia acostumbrado, le he pedido a Casiodoro que nos explique qué es la Inquisición. ¿Quién tiene la primera pregunta?

—¿Por qué se inició la Inquisición y cuándo se fundó? ¿Quién la fundó? —preguntó un monje con entusiasmo.

Casiodoro sonrió.

—Bueno, esas son tres preguntas en una, pero intentaré contestarlas todas. Por siglos, la Iglesia católica ha perseguido a los que rechazan su doctrina. La enseñanza católica es que la única manera de alcanzar salvación es por medio de los sacramentos o ritos de la iglesia, y por esa razón, llega a ser el deber del magisterio de la iglesia forzar a las personas a aceptar el catolicismo. Aunque los católicos a veces condenaban a muerte a los “herejes”, la Inquisición no fue establecida formalmente hasta el año 1233. Ese año, el papa Gregorio IX puso a la orden dominicana a cargo del recién establecido Santo Oficio. La Inquisición fue comisionada directamente por el Papa, así que sus oficiales no rendían cuentas a reyes ni a oficiales del gobierno.

—¿Nuestro rey actual apoya la Inquisición? —preguntó un monje.

—Sí —contestó Casiodoro—. El emperador Carlos V, un nieto de los reyes católicos, ha mantenido rigurosamente que se debe eliminar a cualquiera que amenace a la Iglesia católica. Él apoya totalmente la Inquisición.

—Casiodoro, ¿cómo es que Carlos llegó a ser rey de España? —preguntó un oyente atento—. ¿No es cierto que él es de la familia de Habsburgo, de ascendencia austriaca?

—Sí —confirmó Casiodoro—. Él heredó varios reinos a través de conexiones familiares. En las familias reales, muchos matrimonios son concertados por razones políticas. El rey Carlos es el hijo de Juana de Castilla,³⁶ cuyos padres eran los reyes católicos, Fernando e Isabel. Así que Carlos tiene madre española.

36 Castilla es un estado en el norte de España. Sus gobernantes gradualmente tomaron el control de toda España antes del siglo XVI.

”Sin embargo, el padre de Carlos fue Felipe, el hijo de Maximiliano I, de la casa de Habsburgo. Carlos heredó el dominio sobre los Países Bajos y Borgoña cuando Felipe murió en 1506. Cuando su abuelo español, Fernando, murió en 1516, Carlos heredó el dominio sobre España y llegó a ser nuestro rey. Él también recibió una parte de Italia y todos los territorios españoles en el nuevo mundo. De hecho, cuando llegó a ser rey de España, muchos de nuestro pueblo no lo querían. En aquel entonces, casi ni hablaba el castellano”.

—¿Cómo llegó a ser el emperador del Santo Imperio Romano?
—preguntó un monje en la primera fila.

Casiodoro siguió explicando:

—Cuando murió su abuelo paterno, el emperador Maximiliano I, Carlos heredó los territorios de Austria, Hungría y Alemania. Carlos fue coronado emperador del Santo Imperio Romano en 1519. Nuestro emperador ha llegado a ser muy poderoso. Gracias a las enormes riquezas que ha recibido del nuevo mundo, España ha llegado a ser un reino grande y prominente. Carlos V no puede gobernarlo todo y se ha visto obligado a entregarle parte de su reino a su hermano. Pero está resuelto a que España se mantenga dentro de la Iglesia católica, y por eso elimina a cualquier hereje.

—¿Es por esa razón que apoya de manera tan resuelta al Santo Oficio de la Inquisición?

—Sí. Y no solamente la Inquisición española. Aquí tengo una copia de un edicto que escribió en Bruselas en 1535 contra los anabaptistas. El movimiento anabaptista comenzó hace unos veinticinco años en Suiza, y se está extendiendo a través de toda Europa. Para ellos, la Biblia es la máxima autoridad, y no la Iglesia católica. Ellos creen en una iglesia libre y bautizan a creyentes adultos. Sin embargo, nuestro emperador demanda en el edicto que todos los anabaptistas sean ejecutados. Cientos de ellos ya han sufrido el martirio en los Países Bajos y en otras partes del imperio.

—¿Nos harías el favor de leer el edicto? —pidió alguien—. Me

gustaría escuchar lo que dice de los herejes.

Casiodoro hojeó sus papeles hasta que halló el documento.

—Solo leeré algunas partes; es extenso —dijo—. Déjenme ver...

Comenzaré donde dice:

Tú causa que sea promulgado en cada lugar y dentro de cada frontera de tus dominios que todos aquellos que se hallan contaminados con la secta maldita de los anabaptistas, sin importar cuál sea su rango o posición, sus cabecillas principales, adherentes e instigadores, deben perder su vida y propiedad, y serán castigados de la forma más extrema, sin demora.

En otro lugar dice:

los que hayan seducido [para unir] a su secta y rebautizado a alguno; además, los que se hagan llamar profetas, apóstoles u obispos, estos serán castigados con fuego.

”Aun en el caso de los que abjuran, declara: “Los que han sido rebautizados, o los que en secreto y con premeditación han ocultado a cualquiera de los ya mencionados anabaptistas, y quienes renuncian a su propósito y creencia malvada, y de verdad están arrepentidos y penitentes, serán ejecutados con la espada, y las mujeres serán enteradas en un hoyo”.

”Ahora, escuchen lo que promete a los informantes que reporten a los anabaptistas a la Inquisición: “Pero aquel que los reporte o los dé a conocer, tendrá, si el acusado es condenado, una tercera parte de las pertenencias confiscadas”. Aquí al final dice: “No dejaremos ni permitiremos que ningún anabaptista reciba ninguna misericordia, sino que todos serán castigados como ejemplo para otros, sin simulación, favor ni demora”.

—Lo que está claro es que no hay ninguna misericordia para los

anabaptistas! —exclamó un monje—. ¿Qué de otros grupos que no están de acuerdo con la Iglesia católica?

—El emperador no tiene misericordia de ninguno en su imperio que no sea católico —respondió Casiodoro—. Es dogmático al respecto.

—Casiodoro —preguntó otro oyente—, ¿qué de los protestantes en Alemania?

—Todos ustedes han escuchado de Martín Lutero, quien comenzó el movimiento protestante en Alemania. Él refuta el sistema católico de la salvación por medio de indulgencias y enseña que la salvación se alcanza solo por medio de la fe. Los príncipes alemanes lo han usado a él y a su movimiento para lograr propósitos políticos. Lutero consintió en trabajar con ellos para librarse del yugo católico del Santo Imperio Romano. Por cierto, tuvo una confrontación directa con Carlos V en la dieta de Worms.³⁷ Carlos le había prometido un salvoconducto a Lutero si consentía en comparecer ante la dieta, así que no pudo matarlo. Lutero y los príncipes alemanes han sido un problema para el emperador Carlos V porque rehúsan someterse al Santo Imperio Católico Romano. Varias secciones de Alemania y Suiza hoy están bajo gobierno protestante.

—Entonces, ¿no hay persecución en esas áreas protestantes? —preguntó un monje.

—Se sorprenderán cuando escuchen la verdad —respondió Casiodoro—. Los protestantes, al igual que los católicos, insisten en que todas las personas en sus territorios se unan a la iglesia del estado. Los protestantes también han matado a cientos de anabaptistas.

—¿Qué? ¡Eso está muy mal! —exclamó un monje al tiempo que fruncía el ceño—. ¿Por qué matan a esas personas?

—Los reformadores creen que, para dominar a su pueblo, deben forzarlos a aceptar la misma religión. En ese sentido, se siguen aferrando a un concepto católico.

37 Una dieta era una asamblea deliberativa formal de príncipes o estados.

Un monje que seguía la conversación atentamente hizo la pregunta que estaba en la mente de todos.

—Casiodoro, ¿qué dirían el emperador Carlos V y la Inquisición de nuestros estudios de la Biblia? ¿Estarían en contra de nuestra posición de que somos salvos por la fe en Jesús?

El rostro de Casiodoro se volvió serio cuando contestó:

—Esa es la pregunta importante para nosotros. ¿Estamos en peligro? Bueno, miremos lo que le ha sucedido a Juan Gil y ahí encontramos la respuesta. La Inquisición lo llamó a un interrogatorio, y el hecho de que lo detuvieron nos dice que no están contentos con sus respuestas y su fe. Como en el caso de Rodrigo de Valer, lo someterán a interrogatorios y torturas. Incluso es probable que lo condenen por su fe.

”A favor de Juan Gil está su gran popularidad, lo cual no era el caso de Rodrigo de Valer. Juan Gil es bien conocido entre los miembros del concilio de la iglesia y es admirado por su predicación poderosa. Hasta el emperador lo estima. Incluso, el emperador quiso nombrarlo obispo de Tortosa recientemente.³⁸ Ahora, la causa que le ha abierto la Inquisición le impedirá recibir ese nombramiento, pero es posible que su fama le salve la vida.

”En lo que a nosotros se refiere, debemos comprender que estamos en peligro real. En este momento, ni el Papa ni Carlos V ni la Inquisición toleran la más mínima contradicción contra la Iglesia católica. Nos ajustamos a los dogmas y prácticas del catolicismo o corremos grandes riesgos”.

Un monje, con lágrimas en los ojos, preguntó:

—Pero ¿por qué han de perseguirnos por haber hallado al Señor? Yo he sido perdonado y justificado, y tengo paz con Dios. ¿Por qué han de castigarme por eso?

Todos guardaron silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

38 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. 172.

Algunos derramaban lágrimas. Habían hallado algo maravilloso y ahora resultaba doloroso aceptar que se enfrentaban al peligro debido a su hallazgo. Casiodoro tomó su Biblia en latín. Una vez más leyó el pasaje que había compartido la noche anterior en Sevilla. Leyó en latín y luego tradujo las palabras de Jesús al castellano. “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo. Regocijaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”.

Los monjes se inclinaron hacia delante y escucharon atentamente mientras la Palabra de Dios y el Espíritu Santo confirmaban estas palabras en su corazón.

—Esto es lo que nos dice la Palabra de Dios en circunstancias como estas. Nos dice que debemos confiar en el Señor y no debemos temer. Para Dios, es de gran valor nuestra disposición de sufrir por la causa de la verdad, y Jesús dijo que los que sufren son bendecidos. Aunque parece imposible regocijarnos, podemos gozarnos, porque nuestro galardón está en el cielo. Juan Gil estará con Jesús, si le dan muerte. Arrodillémonos y oremos por Juan Gil y por nosotros mismos —concluyó Casiodoro.

Los monjes se arrodillaron y derramaron su corazón delante de Dios. Rogaron por Juan Gil y oraron por sí mismos y por su futuro. Luego, se retiraron a sus aposentos en silencio, pero sintiendo que la gracia del Espíritu Santo les impartía consuelo. No se imaginaban, sin embargo, cuánto necesitarían de esa gracia en el futuro.



CAPÍTULO 18

El auto de fe de Juan Gil

1552

Durante largos meses, los amigos de Juan Gil no supieron nada acerca de él, aunque oraban fervientemente por él todos los días. Ellos sí sabían, sin embargo, que sin duda estaría sufriendo mucho. Finalmente, un mensajero llegó al monasterio de San Isidoro con las nuevas de que se realizaría un auto de fe³⁹ para el caso de Juan Gil en la misa del próximo domingo, el 21 de agosto de 1552.

—Doctor Blanco, ¿puedo asistir? —preguntó Casiodoro con entusiasmo—. Deseo ver a Juan y oír lo que le imputan.

—Sí, creo que sería bueno saber lo que está sucediendo. Tráenos un reportaje cuando vuelvas.

Temprano el próximo domingo, Casiodoro entró en la catedral de Sevilla y se ubicó donde pudiera ver y escuchar bien. En el momento señalado, un grupo de sacerdotes, con Juan Gil entre ellos, se abrió paso entre la multitud y se dirigió hacia el frente.

39 Evento público para dictar pronunciamientos sobre herejes o apóstatas.

Un sacerdote subió al púlpito y anunció:

—Estimados feligreses, estamos aquí para escuchar el veredicto pronunciado sobre Juan Gil. Nuestro doctor Gil, quien es muy respetado, miembro del concilio de la iglesia y predicador amado aquí en Sevilla, ha estado bajo investigación por parte del Santo Oficio de la Inquisición por defender posibles creencias heréticas. Su majestad el emperador ha enviado al estimado Domingo Soto, de la Orden de Santo Domingo, para llevar este caso a una conclusión. Esta mañana, el fraile Domingo Soto predicará un sermón, y luego le dará lectura al decreto final sobre el caso de Juan Gil. —El orador se volvió y descendió del púlpito.

Casiodoro observaba mientras Domingo Soto subía al púlpito con gran solemnidad. El púlpito estaba alto en una columna al lado izquierdo bajo la nave principal. Pero Casiodoro se olvidó de Domingo y de los lujos que lo rodeaban cuando notó que su amigo Juan Gil subía al púlpito en el lado derecho. Casiodoro no podía creer cuán débil lucía su amigo. Juan Gil, quien había sido un hombre energético, apenas podía subir las escaleras. Las manos de Juan temblaban mientras se aferraba al púlpito para equilibrarse. “¡Ese no es el mismo hombre!”, pensó Casiodoro con tristeza. “Han destruido su salud y su vigor”.

Domingo Soto habló con confianza.

—Hermanos, como han oído, su majestad el emperador me pidió que viniera a Sevilla para revisar el caso del doctor Juan Gil. El emperador tiene un concepto favorable del doctor Gil, y ha pedido que su siervo indigno y humilde venga acá para llevar a buen puerto este asunto importante.

¿Siervo indigno y humilde? ¡Claro estaba que Domingo Soto no parecía humilde! La corpulencia del fraile contrastaba gráficamente con la figura demacrada de Juan Gil. Con aires prepotentes, el sacerdote dio un discurso sobre la importancia de apegarse a la doctrina católica respecto a la salvación.

Los labios y las manos de Juan temblaban. “¿Serán cicatrices las marcas en sus muñecas?” Casiodoro solo podía imaginar los tormentos que había sufrido Gil. En lugar de la mirada segura que antes mostraba, ahora Juan parpadeaba de manera nerviosa mientras miraba de un lado a otro por encima de la multitud. “¡Lo han arruinado!”, pensó Casiodoro otra vez.

Entonces las miradas de Casiodoro y Juan Gil se encontraron. Por un breve segundo, Juan dejó de parpadear. Su mirada se clavó en el rostro de Casiodoro, aunque intentó ocultar cualquier indicación de que lo hubiese reconocido. Intercambiaron miradas por unos segundos, y la conexión fue como un baño de gozo en el corazón de Casiodoro. El contacto visual repetido parecía darle confianza a Juan mientras Domingo hablaba.

Cuando el tono de la voz de Domingo Soto cambió de repente, Casiodoro puso de nuevo su atención en el que hablaba. El fraile se metió una mano en la túnica y sacó unos papeles. Casiodoro se sobresaltó cuando lo oyó decir:

—Ahora daré lectura a la retracción de Juan Gil y su profesión de adherencia a la fe católica.

Domingo Soto hizo una pausa y se aclaró la garganta antes de leer:

—Yo, el doctor Juan Gil, canónigo de la santa iglesia de Sevilla, he sido reportado ante el Santo Oficio de la Inquisición y acusado por esta de promover posibles enseñanzas heréticas y erróneas que han escandalizado a muchos. Debido a que nunca fui obstinado ni me opuse a la fe católica, no he sido condenado a la sentencia que merecen los herejes. Al contrario, como hijo obediente de la santa iglesia, me sujeto a la corrección y, necesitado de su misericordia, abjuro, desdigo y declaro lo siguiente. —Al acabar el párrafo, Domingo se volvió y extendió la mano hacia Juan Gil, y Juan asintió con la cabeza.

Casiodoro no podía creer lo que escuchaba. ¿Podía ser que su

maestro y amigo de verdad hubiera abjurado y vuelto a las doctrinas católicas? Entonces notó que un grupo de hombres entre Domingo Soto y Juan Gil había comenzado a hablar ruidosamente.

Juan Gil temblaba mientras continuaba la lectura de Domingo Soto.

—Primero, desdigo con vehemencia diez proposiciones heréticas principales.

”Primera retracción: Yo dije que somos justificados solamente por la fe, de manera que me constituí en sospechoso de haberlo dicho en una manera herética. Así que, como herejía condenada por el Santo Concilio, desdigo y contradigo esta proposición...”

Casiodoro se sentía aturdido. “¿De verdad Juan Gil está de acuerdo con lo que Domingo está leyendo?” Casiodoro observó el rostro de Juan Gil mientras Domingo acababa de leer el primer punto. Cuando terminó su lectura, Domingo señaló hacia Juan con su mano. Otra vez, Juan asintió.

“¿Qué está sucediendo aquí?”, se preguntó Casiodoro. “¿De verdad Juan Gil está negando lo que nos enseñó a muchos? De nuevo notó el grupo de hombres parados entre Domingo y Juan. Estos seguían dialogando en voz fuerte acerca de lo que Domingo había leído. “¿Será que Juan de verdad puede oír lo que Domingo está leyendo? ¿Por qué ese grupo de hombres tiene que hacer tanto ruido cuando Domingo está leyendo? Eso es extraño”.

Casiodoro dejó su asiento y se acercó a Juan Gil para salir de dudas. Como lo sospechaba, desde la posición de Juan no se podía escuchar lo que Domingo leía. Aunque Juan no dejaba de observar a Domingo atentamente, Casiodoro podía ver que Juan no podía oír ni entender la lectura. Obviamente a Juan lo habían instruido de antemano para que asintiera a lo que Domingo leyera. Y era igualmente obvio que lo estaba haciendo sin comprender lo que se leía. Ahora Casiodoro sospechaba fuertemente que había algún juego sucio.

Volvió a un lugar donde pudiera escuchar la lectura de Domingo.

—Tercera retracción: Yo dije que por medio de la ley común y ordinaria cualquier hombre justo puede saber con certeza de fe que está en la gracia y, por lo tanto, caí bajo fuertes sospechas de haberlo dicho con un sentido herético. Así que desdigo esto y me retracto.
— Casiodoro escuchó con cuidado y luego observó que Juan asentía con su cabeza una vez más para apoyar lo que se había leído.

Domingo continuó leyendo:

—Cuarta retracción: Yo dije que la fe se puede perder cuando se comete cualquiera de los pecados mortales.

Casiodoro recordaba muy bien que Juan Gil había enseñado de esa manera. ¿Cómo era posible que ahora se retractara? ¿De verdad lo habían convencido de que la Iglesia católica, al fin de cuentas, tenía la razón? ¿Qué clase de maniobras habían sido empleadas contra Juan tras los muros del castillo de San Jorge?

Casiodoro escuchó hasta que Domingo Soto terminó de leer veinticinco puntos. Juan Gil se retractó en cada caso por medio de asentir con la cabeza, pero sin haber escuchado con claridad lo que se había leído. Al final, Domingo leyó:

—Todas estas posiciones he abjurado y desdicho y confesado. Sobre dichos puntos, prometo siempre sostenerlos, confesarlos y defenderlos en el sentido católico.

”Además, confieso que di un mal ejemplo al favorecer a Rodrigo de Valer, quien fue condenado por el Santo Oficio de la Inquisición, y también al hablar bien de Felipe Melanchthon, quien se ha opuesto a la doctrina de la Iglesia católica. Pido perdón y me sujeto a la corrección de la santa iglesia madre”.

Domingo hizo una pausa y luego prosiguió:

—Ahora procederé a leer la sentencia contra el doctor Juan Gil.
—Se metió la mano en la túnica, sacó otro papel y leyó:

—El doctor Juan Gil, canónigo de la santa iglesia de Sevilla, es sentenciado a un año de prisión en el castillo de San Jorge. En ese

año, se le permitirá asistir a la iglesia principal quince veces; puede ser de manera consecutiva o esporádica, según él lo desee, con tal de que salga y regrese con prontitud.

“Él deberá ayunar cada viernes de este año, confesarse una vez cada mes y comulgar a discreción del confesor. No podrá salir del reino de España por el resto de su vida. Por diez años, se le prohibirá recibir confesiones, predicar, leer ex cátedra o leer las Sagradas Escrituras. Además, él no podrá escribir, sostener ni argumentar un caso ni participar en un acto público ni un juicio. No dará misa por todo este primer año”.⁴⁰

Casiodoro se dio vuelta en confusión y se abrió paso entre el gentío, aun olvidándose de intercambiar alguna mirada con Juan Gil de nuevo. Cuando salió a la luz del sol, notó a Cristóbal Losada en la multitud. Siguió a Cristóbal hasta que la multitud se dispersó. Cuando se encontraron solos, se le acercó y le dijo en voz baja:

—Buenos días, Cristóbal. ¿Podemos hablar en algún lugar?

—Sí, podemos hablar. No quise que nadie notara que tú me estabas siguiendo, así que continué caminando hasta que fuese seguro. Bajemos al río, detrás de la Torre del oro donde podremos hablar a solas.

Caminaron cabizbajos, saliendo por la puerta de Jerez y detrás de la Torre. Cuando llegaron a su destino, Cristóbal comenzó a decir:

—Sencillamente no puedo creer que Juan haya abjurado. ¡Las mismas verdades que desdijo hoy son las que me enseñó por petición de mi suegro! ¿Crees que se rindió bajo la presión?

—Es posible —reflexionó Casiodoro—. ¿Notaste cuán frágil y débil está? Tal vez se dio por vencido bajo tanto sufrimiento. Dos años en la prisión no son fáciles. Pero considera otra posibilidad... ¿Notaste el bullicio que armaron los hombres que estaban entre Juan

40 Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 2:88–96.

y Domingo? Juan realmente no podía comprender lo que Domingo Soto leía...

—No, no lo noté —reconoció Cristóbal.

—Sí, yo me paré lo más cerca de Juan que pude, y noté que no había forma de que Juan pudiera escuchar lo que Domingo leía. Yo creo que él solo asentía a algo que había aprobado de antemano, no a lo que realmente se leía. Me pareció que ese grupo bullicioso fue enviado deliberadamente con la tarea de distraerlo.

—Es verdad que eso del grupo bullicioso resulta sumamente extraño —reconoció Cristóbal—. Pero ¿por qué harían eso?

—Piénsalo. Muchas personas aquí respetan a Juan. Ahora, todo el pueblo piensa que la Inquisición logró que él abjurara y volviera a la Iglesia católica. Ellos deseaban engañar al público.⁴¹

—¿De verdad crees eso? —preguntó Cristóbal, sorprendido—. Es cierto que la sentencia no fue tan severa como cabía esperar.

—Sí, eso es cierto —dijo Casiodoro pensativamente—. Y me pregunto por qué el emperador envió a Domingo Soto a resolver el asunto. ¿Será que la Inquisición no pudo lograr su cometido en dos años? Y ahora ¡Domingo lo logró en unas pocas semanas! ¿Significa esto que Juan cedió cuando vino Domingo? ¿O significa que el propósito de Domingo no era el mismo de la Inquisición?

—Sabes, es posible que el emperador Carlos V haya instruido a Domingo para que tratara a Juan Gil con poca severidad. Todos sabemos cuánto apreciaba y favorecía a Juan —dijo Cristóbal.

—Creo que nos encontramos ante un misterio que quizá nunca resolveremos —reflexionó Casiodoro—. Pero sí sospecho seriamente que lo de Juan no fue una retractación auténtica. Si fuese puesto

41 En su libro publicado en el año 1567, *Artes de la Inquisición*, Montano dice que Domingo leyó un documento distinto al que Juan Gil aceptó bajo engaño. Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), pp. 173-174.

en libertad, tal vez podríamos descubrir la verdad de parte de Juan mismo.⁴²

Al caminar de regreso al monasterio de San Isidoro esa noche, Casiodoro tenía mucho en qué pensar. Sentía una tristeza profunda por su amigo. Algún tiempo después, supo que Juan Gil había enviado una petición a Madrid, pidiendo ser trasladado a otra prisión, porque las condiciones en San Jorge estaban arruinando su salud. Sorprendentemente, recibió permiso para trasladarse al monasterio de Cartuja de Jerez, en Sevilla mismo. Parecía más obvio que nunca que Juan gozaba de algún favor especial de parte del rey.

42 Tomás López Muñoz cuestiona cuál sería el motivo de engañar a Juan en su sentencia pública. ¿Fue por la influencia del emperador Carlos V que recibió una sentencia tan leve? Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 1:76–77. Las respuestas a estas preguntas todavía son debatidas por los historiadores.



CAPÍTULO 19

Carlos V y los “herejes”

1553

Algunos meses después, Constantino, quien había regresado de su gira con el príncipe Felipe, pasó al monasterio para una visita. Casiodoro estaba muy feliz de ver nuevamente a su amigo... tenían mucho de qué hablar. Casiodoro le contó a Constantino del auto de fe de Juan Gil, de su salud y de las posibles maquinaciones detrás de sus retractaciones.

—Parece que Juan cuenta con el favor especial del emperador. ¿De qué otra manera se explica su traslado de la prisión de San Jorge a un monasterio?

Constantino respondió pensativamente:

—Me alegro de que lo hayan trasladado, pero es difícil imaginar el sufrimiento que pasó nuestro hermano. Espero que ya no sufra torturas. Y ahora, en el monasterio, las condiciones deberían ser mejores.

”Me siento culpable cuando repaso lo sucedido. Mientras él

sufría, yo viajaba con el príncipe Felipe y el rey Carlos V, comía manjares y me hospedaba en palacios. Sabes, ya que viajar es difícil y lleva mucho tiempo, cada ciudad grande tiene un palacio real donde se hospedan los reyes cuando están de viaje o llegan para hacer negocios. No creerías cómo son los lujos de la vida de un rey; hay tantos tipos de carne, frutas, pasteles y bebidas todos los días. La familia, siervos, guardaespaldas y otros oficiales del gobierno que viajan con el rey conforman un séquito enorme. Es increíble ver cada día cuánto tiene que aportar la ciudad donde se encuentran.

—No puedo imaginarme una vida tan extravagante —dijo Casiodoro—. ¿Cuál era el propósito del viaje del príncipe Felipe?

—Bueno, se oye que el emperador Carlos V podría dimitir en un futuro próximo y entregarle el trono a su hijo. Envió a Felipe en este viaje para que los oficiales a lo largo del imperio entrasen en contacto con su futuro rey. Al parecer, el emperador está desgastado por los muchos conflictos y guerras. La administración de un imperio tan enorme exige cantidades increíbles de dinero, así que siempre le faltan fondos y ha adquirido grandes deudas. Se queja de que Sevilla no está aportando lo que debería. Por supuesto, la mayoría de sus ingresos vienen del Nuevo Mundo.

—Y ¿qué del príncipe Felipe? ¿Ansía tomar el gobierno? —preguntó Casiodoro.

—Por supuesto —respondió Constantino—. Cuando te has criado en semejante extravagancia, desarrollas un inmenso orgullo y autoconfianza. Carlos V, sabiendo que el Papa lo coronó como emperador, cree que ha sido escogido por la voluntad divina. Él le ha transmitido esta arrogancia a su hijo Felipe. A pesar del orgullo, las guerras y la maldad, ellos creen con vehemencia que están sirviendo a Dios. Por otra parte, Felipe nació, se crio y educó en España, de manera que cuenta con más apoyo de parte de España que el que jamás recibió su padre. Los españoles siempre han resentido el trasfondo austriaco de Carlos V, pero el príncipe Felipe es español; el castellano es su lengua

materna. Además, España es de vital importancia para la familia real: es su principal fuente de riquezas.

—¿Tuviste mucho contacto con el emperador? Quizá él estaba demasiado ocupado con sus guerras y viajes.

—Lo vi bastante —dijo Constantino—. Fui su confesor y capellán personal. Lo acompañé a la dieta de Augsburgo en 1550.

—Escuché de la dieta de Augsburgo —interpuso Casiodoro—, pero cuéntame cómo fue.

—El emperador tiene serios problemas con los señores feudales en territorios protestantes. Bajo el pretexto de diferencias religiosas, constantemente procuran deshacerse del gobierno del emperador sobre sí. Comenzó en la dieta de Worms, en Alemania. En esa dieta, Martín Lutero confrontó al emperador y dijo que no dejaría su nueva fe para volver a la Iglesia católica. Sin embargo, lo de Lutero fue una movida política. El pueblo de Worms estaba lleno de acaudalados feudales que apoyan a Lutero. El emperador le había extendido un salvoconducto a Lutero, así que no le hizo daño.

”Ahora, después de años de conflictos y guerras, parece que el emperador se verá obligado a tolerar el feudalismo protestante siempre y cuando permanezcan sujetos al Santo Imperio Romano en el campo político. En ese marco, los protestantes adquieren ciertas libertades mientras Carlos mantiene su posición como emperador. Augsburgo ha sido sede de varias reuniones en los últimos años. El emperador Carlos V se esfuerza por llegar a un acuerdo con los protestantes alemanes. En su presencia, es cortés, pero ¡yo vi su ira cuando está solo! Se lamenta de no haber matado a Martín Lutero en su primer encuentro, en Worms. Lutero le impide unificar el imperio bajo el dominio católico.

—¿No sería maravilloso si el emperador permitiera libertad de culto? ¿No es eso lo que representa el anabaptismo? —preguntó Casiodoro.

—Sí, sería maravilloso, pero no espero que suceda —respondió

Constantino—. Recuerda que los protestantes también obligan a sus súbditos a unirse a su iglesia bajo pena de muerte. Aun si el emperador llegara a un acuerdo pacífico con los protestantes, los anabaptistas seguirían bajo persecución, tanto por parte de los católicos como de los protestantes.

—Yo no conozco mucho de los anabaptistas —dijo Casiodoro—. Pero en ese punto, estoy de acuerdo con ellos. No es racional ni bíblico que la iglesia de Jesús persiga y mate a quienes creen diferente.

—Sí, pero es peligroso defender la verdad. Parece que debemos transigir o ser eliminados. El emperador odia a los anabaptistas en particular. ¿Has visto el edicto que escribió en contra de ellos?

—Sí, lo he visto —respondió Casiodoro—. ¿Por qué se opone a los anabaptistas con tanta vehemencia?

—Bueno, hubo un grupo marginal de los anabaptistas, una facción fanática con ciertas ideas apocalípticas —explicó Constantino—. Ellos tomaron armas y pelearon en contra de las autoridades en Münster, Alemania, en los años 1534 y 1535. Las tropas católicas los destruyeron, pero a raíz del fiasco, el rey ve con muy malos ojos a los anabaptistas.

El rostro de Casiodoro mostró incredulidad.

—Yo creía que los anabaptistas no peleaban, porque Jesús enseñó que debemos amar a nuestros enemigos.

—Así es, los anabaptistas rechazan la violencia. Como dije, la revuelta de Münster estuvo a cargo de una facción fanática; una facción que no contaba con el apoyo de muchos otros anabaptistas.

”Ahora, déjame decirte algo, Casiodoro. Al escuchar al emperador Carlos hablar con sus oficiales respecto a los anabaptistas, descubrí la verdadera razón de su odio. Sencillamente los odia porque tienen el valor de defender la verdad, tanto frente a las autoridades católicas como las protestantes. Están dispuestos a morir por su fe. Yo admiro su gran valor, pero el emperador los ve como rebeldes que amenazan su autoridad.

—Puedo comprender por qué el emperador piensa de esa manera —dijo Casiodoro—, pero admiro a esos anabaptistas.

—Yo también —agregó Constantino—. Respeto el hecho de que están dispuestos a morir por su fe, especialmente cuando considero que yo me he esforzado tanto por esconder mis creencias. Estar en la corte del rey y sentarme a su mesa me hacía temblar cuando pensaba en cuál sería mi suerte si él hubiese descubierto que no estoy de acuerdo con muchas enseñanzas del catolicismo.

”Él me tiene confianza como sacerdote, así que me ha expresado algunas de sus frustraciones con las personas que no aceptan su fe católica. Está amargado contra todos los que considera herejes. Ahora, él me consideraría un hereje si supiera realmente lo que yo creo. Me siento como Nicodemo, viviendo dos vidas.⁴³ Me siento aliviado de estar nuevamente en Sevilla y alejado del constante temor de ser descubierto. Vivir en la corte del rey y observar su odio por los herejes le quita todo el brillo a la vida lujosa que puedes darte ahí.

Cuando Constantino se retiró a los dormitorios de los visitantes, Casiodoro meditó sobre la doble vida de su amigo. Otra vez la comparó con el valor de Rodrigo de Valer, quien había declarado la verdad de la Biblia. El testimonio valiente de los anabaptistas también se erguía en un marcado contraste con la vida de secretos cautelosos. ¿Cómo respondería él si la Inquisición lo capturase? ¿Sería mejor declarar con franqueza sus creencias y soportar lo que viniera de parte de la Inquisición? Casiodoro permaneció despierto por horas, sabiendo que una captura era una posibilidad real. Podría suceder cualquier día. Si él fuera capturado, ¿qué sucedería con su visión de traducir la Biblia al castellano?

Comenzó a orar en voz alta:

—Padre nuestro, creo que tú me has llamado a traducir la Biblia

43 Los historiadores españoles se refieren a los reformadores españoles que escondían su fe como Nicodemitas. Emilio Monjo Bellido, *Obras de los Reformadores Españoles del Siglo XVI* (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), pp. 24–28.

para el pueblo español. ¿Qué deseas que yo haga? ¿Debo evitar que me capturen a toda costa? ¿Debo salir de España, como lo han hecho otros? ¿Encontraré mejores condiciones para traducir la Biblia fuera de España? Oh, Señor, tú sabes qué es lo mejor. Hasta ahora, he estado seguro aquí en el monasterio, pero podrían capturarme en cualquier momento. Señor Dios, muéstrame lo que debo hacer y confiaré en ti.



—Constantino, ¿es cierto que fuiste convocado e interrogado?
—preguntó uno de los participantes del estudio de la Biblia.

—Sí, me indicaron que me presentara en la casa de Cervantes —afirmó Constantino—. No podía imaginarme para qué me querían, pero me alegro de que no me llamaron a la sede de la Inquisición. Esta visita con Cervantes no ha desatado ningún rumor acerca de mí. Supongo que fui favorecido de esa manera porque soy conocido de la familia real. Descubrí que se ha presentado una queja oficial en contra de mis escritos.

”Cervantes me invitó cortésmente a su oficina. Allí tomó un documento largo de su escritorio. Se refería a dos de mis libros. En este caso, las obras bajo sospecha son *Exposición del Primer Salmo de David* y *Catecismo Cristiano*. Me informó que están investigando varios puntos en estos escritos. Noté que analizaba mis respuestas detenidamente. También me dio una lista de los puntos en cuestión y me dijo que debía responder dentro de una semana.⁴⁴ Fue tan respetuoso que no parecía tratarse de un asunto serio, pero sé que lo es. Siempre es necesario tomarse en serio a la Inquisición.

”Llevé la lista a mi casa y escribí mis respuestas con cuidado. Las devolví a Cervantes un día antes de que se cumpliera el plazo de una semana. Mi esperanza y oración es que acepten mis aclaraciones.

44 Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 2:99–100

—Hizo una pausa antes de añadir con un poco de tristeza—: Me estoy volviendo muy diestro en responder a sus dudas de manera que no me identifiquen como hereje.

Uno de los oyentes habló.

—Alguien me comentó que dices más con lo que *no* escribes que con lo que *sí* escribes. ¿Qué significa eso, Constantino?

Constantino sonrió.

—Tal vez no debería defender mis propios escritos. ¿Cómo explicarías ese asunto, Casiodoro?

Casiodoro pensó por un momento.

—Bueno, Constantino escribe la verdad de lo que la Biblia dice sin señalar todas las doctrinas erradas de la Iglesia católica. Por ejemplo, él escribe que Cristo es la cabeza de la iglesia, pero nunca menciona al Papa. Sin embargo, si examinas sus enseñanzas y su fundamento bíblico, comprenderás que el Papa no es parte del plan de Dios para la iglesia. En sus escritos, Constantino nunca menciona el purgatorio ni las indulgencias,⁴⁵ ni la salvación a través de los sacramentos. Pero si lees con cuidado, concluirás que esas doctrinas no caben dentro de las enseñanzas del Nuevo Testamento. ¿Tengo razón, Constantino?

—Sí, lo explicaste bien. Espero que mis escritos puedan restablecer las enseñanzas del Nuevo Testamento. Deseo que las personas reconozcan las falsas enseñanzas que la Iglesia católica ha añadido a la Biblia. Sin embargo, si yo decido atacar sus errores directamente, prohibirán mis libros y me quemarán en la hoguera. Y, como saben, las cenizas no pueden hablar ni escribir.

—¿No te preocupa? ¿Crees que de verdad sospechan de ti? —preguntó Casiodoro con el ceño fruncido.

—Sí, es obvio que algunos dudan de mí. Esta es la segunda vez que me interrogan, y supongo que dichos interrogatorios continuarán.

45 Emilio Monjo Bellido, *Obras de los Reformadores Españoles del Siglo XVI* (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), pp. 27–28.

—Constantino sonrió al concluir—: Creo que desearían quemarme, pero parece que estoy muy verde para arder.

Más tarde esa noche, en el puente sobre el Guadalquivir, Casiodoro meditaba:

“¿Será que Constantino está haciendo lo mejor? ¿Qué quiere decir la Biblia cuando dice que Abel, aunque muerto, aún habla?⁴⁶ ¿No fue Tertuliano el que escribió: ‘La sangre de los mártires es la semilla de la iglesia’? El Apocalipsis dice que ‘le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte’.⁴⁷ Sin embargo, ¿qué significan sus comentarios cuando dice que la Inquisición desea quemarlo? Parece que está dispuesto a enfrentar la muerte, si llegara a eso.

”¿Qué de mi llamamiento a traducir la Biblia al castellano? ¿Debo esconder la verdad acerca de mi llamamiento a cambio de lograr la traducción? ¿Debo huir a otro país? Tal vez debo pedir el consejo de Constantino o Cristóbal Losada. Padre Santo, ¿qué quieres que haga?”



Pasaron los meses y por fin Juan Gil fue puesto en libertad. Tal como dictaba su sentencia, no podía predicar en la catedral. Sin embargo, Juan siempre se reunía con la iglesia secreta. A veces predicaba en esas reuniones, pero los años en la cárcel habían arruinado su salud. Juan confirmó que la declaración pública que Domingo Soto había leído en la catedral no era la misma que habían acordado leer de antemano. Él no sabía por qué habían presentado una declaración falsa y luego le habían impuesto una sentencia tan liviana. Él también se preguntaba si el emperador había enviado a

46 Hebreos 11:4

47 Apocalipsis 12:11

Domingo Soto a Sevilla para favorecerlo de alguna manera, pero la verdad seguiría en el misterio.

El favor que gozaba Gil entre los miembros del concilio de la catedral resultó obvio cuando algunos de ellos le pidieron ayuda con ciertos proyectos, aunque no le pidieron que predicara. En uno de esos proyectos, Juan viajó al norte de España. Cuando volvió de ese duro viaje, se encontraba enfermo. Sin embargo, gracias al viaje, había podido reunirse en privado con algunos miembros de la iglesia secreta en Valladolid. Lamentablemente, su salud continuó deteriorándose. Finalmente, este gran predicador de la Biblia, miembro del concilio de la catedral y fundador de la iglesia secreta en Sevilla, se fue a recibir su galardón eterno. La ciudad de Sevilla, y en especial los hermanos, lloraron su muerte.



La iglesia secreta continuó. El grupo de estudio de la Biblia ya no se podía contar; su número había crecido hasta alcanzar cientos de miembros. Cristóbal, junto con otros hombres capaces, le daba dirección y enseñanza al grupo. La vida en el monasterio de San Isidoro continuó con normalidad. Casiodoro seguía impartiendo la enseñanza, aunque ahora había otros que podían tomar su lugar y hacerlo según la necesidad. La prioridad en el corazón de Casiodoro seguía siendo el estudio de las Escrituras griegas y hebreas. Él sentía que pronto estaría preparado para comenzar con la traducción de la Biblia al castellano.

En las misas, la Inquisición continuamente le recordaba a la población que debían reportar a cualquiera sospechoso de herejía. Constantemente buscaban libros ilegales según su creciente lista de títulos prohibidos. Aun comenzaron a censurar algunos de los libros de Constantino.

En el monasterio de San Isidoro, los monjes muchas veces hablaban del peligro que se cernía sobre ellos. El monasterio ya no

albergaba una comunidad ordinaria de monjes católicos, sino que se había convertido en un refugio para la enseñanza de la Biblia y el renuevo espiritual.

Una noche, después de un estudio de la Biblia en Sevilla, Casiodoro preguntó:

—Constantino, ¿qué piensas tú de la decisión del emperador Carlos de entregarle el reino a su hijo, el príncipe Felipe, y retirarse al monasterio de San Yuste? ¿Crees que lo hizo porque de verdad está buscando de Dios?

—No puedo asegurar una cosa u otra —respondió Constantino—. Sin embargo, lo conozco bien y supongo que nada más se sentía desgastado. Probablemente se siente aliviado de poder depositar sus responsabilidades en manos de su hermano Fernando y su hijo Felipe II.

—¿Entonces no crees que haya algún propósito espiritual en retirarse a un monasterio? —indagó Casiodoro.

—De verdad me he preguntado sobre eso, Casiodoro. Tú sabes que él me ha escuchado predicar muchas veces. A menudo oro que Dios use mis mensajes para hablarle a su corazón orgulloso. Aunque le gustaban mis predicaciones, nunca observé mucho fruto espiritual en su vida. Me he preguntado si tal vez, después de todos estos años, algo estará llegando a su corazón, pero no lo sé. Francisco de Enzinas⁴⁸ y Sanroman⁴⁹ también le testificaron al emperador. Él conoce el testimonio de los anabaptistas, aunque los odia.

—Tú conoces al príncipe Felipe II —observó Casiodoro—. ¿Crees que él alivie la persecución que se libra contra los herejes, como la iglesia los llama?

Constantino negó con la cabeza.

—Lo dudo. Él es igual a su padre; está convencido de que la

48 Samuel Vila, *Historia de la Inquisición y la Reforma en España* (Barcelona: CLIE, 1977), p. 158.

49 *Ibíd.*, p. 176.

Iglesia católica es la iglesia verdadera. Él piensa que hace la voluntad de Dios por medio de perseguir a todo disidente.

Casiodoro dialogó con Constantino, Cristóbal Losada y varios otros la posibilidad de salir de España para comenzar su obra de traducción sin enfrentar un riesgo tan grande de ser descubierto. Todos sentían que probablemente esa sería la mejor opción, pero el riesgo de ser capturados durante un intento de huida los hizo esperar. A medida que pasaba el tiempo, la inquietud de Casiodoro aumentaba. Él oraba diariamente pidiendo la dirección del Señor.



CAPÍTULO 20

La fuga a través de los Pirineos

1557

Casiodoro miró a los monjes con quienes se había encariñado durante sus años en el monasterio. Esta noche sus rostros parecían sombríos mientras hablaban del peligro. El doctor Blanco los había reunido para un diálogo.

Consideraron la posibilidad de salir todos en una sola huida. Sin embargo, sabían que su ausencia sería descubierta rápidamente por las muchas personas que venían para comprar medicamentos o quedarse en los dormitorios para huéspedes. La Inquisición pronto enviaría oficiales por todo el país para capturarlos, especialmente en las fronteras. Algunos sentían que debían quedarse y confiar en que el Señor los protegería, como lo había hecho hasta el momento. Otros opinaban que debían salir uno por uno. Sin embargo, todos estaban de acuerdo en que Casiodoro, con sus Biblias, enfrentaba el mayor riesgo; sería mejor que al menos él se fuera. Finalmente decidieron dejar que cada monje tomara su decisión, si deseaba salir

y cuándo deseaba hacerlo.

En el próximo mes, una docena partió. Cada monje lo hacía por cuenta propia y escogía su propia ruta y horario. Acordaron que se reunirían en Ginebra, Suiza, donde esperaban contar con la protección de los gobernantes protestantes. También sabían que había un grupo de creyentes españoles en Ginebra, incluso algunos amigos de Sevilla.

Casiodoro no pudo llevar consigo muchas pertenencias porque sus Biblias y manuscritos pesados ocupaban mucho espacio. Llevó una muda de ropa, un poco de carne seca, un poco de avena y unas pocas lentejas. Podría comerse los granos crudos durante el viaje. No tenía mucho dinero, pero el doctor Blanco le había dado un poco del fondo para emergencias del monasterio.

La noche en que pensaba partir, Casiodoro se reunió con los monjes para orar y pedir la protección de Dios sobre él y la literatura preciosa que llevaba. Los monjes lo acompañaron por el patio y entre los edificios de la granja; luego Casiodoro continuó solo y desapareció en la oscuridad.

Casiodoro caminó entre los campos y bosques hasta dejar atrás el pueblo de Santiponce. Su ruta a campo traviesa, para evitar casas y personas, lo llevó a cruzar las ruinas romanas de la antigua ciudad de Itálica. A la luz de la luna, caminó por las columnas antiguas y las ruinas desmoronadas; pasó sobre pisos de mosaico y atravesó el gran anfiteatro. Casiodoro intentó imaginar cómo habría sido aquel lugar siglos atrás, cuando Itálica era una próspera ciudad romana. Algunos eruditos creían que el Cornelio de Hechos 10 probablemente era oriundo de este lugar, pues era centurión de una compañía llamada la italiana.

Casiodoro volvió de pronto al presente cuando un perro ladró fuertemente. Se detuvo detrás de unos árboles y esperó. Consideró que sería seguro avanzar por el camino, así que dejó las ruinas y siguió por la carretera. Después de un rato, escuchó voces que se aproximaban...

De inmediato, se escondió entre las sombras mientras pasaban tres hombres. Un pequeño perro que seguía a los viajeros detectó su presencia y comenzó a ladrar. Casiodoro se alejó más del camino. Bajo la luz de la luna, vio que los hombres se volvieron y miraron en su dirección. No lo podían ver en la oscuridad, así que continuaron su camino mientras hablaban entre dientes de los animales silvestres. Casiodoro permaneció entre las sombras por unos minutos más antes de atreverse a caminar por la carretera nuevamente.

Pronto comenzó a subir las colinas que llevaban a las montañas. El deseo de ver a sus padres pudo más que el temor a ser descubierto, así que Casiodoro se dirigió a Montemolín. Cuando apareció la luz gris del amanecer en el horizonte oriental, Casiodoro se encontraba en un valle entre las montañas cerca de Santa Olalla del Cala. Halló un bosquecillo cerca del camino y se echó a dormir hasta que lo despertó el calor del mediodía. Se refrescó en un arroyo cercano donde bebió agua y luego durmió otra vez hasta que se alargaron las sombras de la tarde. Poco después del oscurecer, se puso a caminar de nuevo. Cuando enfrentó el camino difícil por entre las montañas se sintió agradecido por el trabajo arduo en los huertos del monasterio. Gracias a todo ese esfuerzo, se había mantenido en buena condición física. Cansado y adolorido, Casiodoro se acercó a Montemolín poco antes del amanecer. Llamó cautelosamente a la puerta de su casa... Sus padres se levantaron de inmediato y le dieron la bienvenida.

—Casiodoro, ¿qué te trae acá? —preguntó papá—. ¿Caminaste desde el monasterio? ¿Te persigue la Inquisición?

Casiodoro explicó sus planes y la razón de su huida. Sus padres comprendieron muy bien; ellos también sentían preocupación por su seguridad. Mamá calentó un poco de comida para su hijo. Casiodoro, después de devorar los alimentos, se durmió profundamente en su antiguo dormitorio hasta la tarde. Cuando un vecino pasó a visitar a la familia, Casiodoro permaneció en su cuarto.

Los próximos tres días volaron. Una vez más, Casiodoro disfrutó

de la buena comida de su madre. Era muy especial poder conversar con sus padres, aunque permanecía escondido en la casa durante el día. Cuando oscurecía, salía a caminar cortas distancias con su padre, pero la mayor parte del tiempo permanecía en la casa donde hablaban del futuro.

—Sabes, Doro, nosotros tampoco estamos seguros —le dijo papá—. Vivimos en una incertidumbre que va en aumento. En las misas, el sacerdote constantemente advierte del castigo que recibirá cualquiera que rehúse reportar actividades sospechosas a la Inquisición. Nosotros vamos a misa, pero intentamos evitar muchas prácticas que no son bíblicas, según lo que hemos llegado a entender. Tu madre y yo hemos evitado confesarnos con el sacerdote en los últimos años. Gracias a ti hemos aprendido verdades importantes de las Escrituras, y eso es bueno. A la vez, sentimos que ahora no podemos comulgar y hacerlo con buena conciencia. Sin embargo, lo hacemos para evitarnos serios problemas. Tratamos de evitar otras actividades como las procesiones de semana santa y la adoración de las hostias consagradas, pero vivimos en temor constante de que alguien nos reporte por no participar.

Casiodoro se sorprendió cuando escuchó a su madre decir:

—Hijo, quisiéramos poder irnos contigo. Estamos cansados de vivir en temor constante.

—Sí, Doro —confirmó papá—. Anoche, cuando tú te habías dormido, hablamos el asunto. Nosotros apoyamos tu llamamiento a traducir la Biblia al castellano y deseamos que salgas de España por tu seguridad. Pero yo me estoy envejeciendo y, si tú te vas, no vemos un futuro aquí en nuestra granja. ¿Qué te parece si vendemos la granja y salimos del país para buscar un lugar más seguro?

Casiodoro se sorprendió.

—Nunca pensé que *ustedes* saldrían de España, pero es probable que sea lo mejor. Madre, ¿se siente preparada para hacer un cambio tan grande?

—Sí, Casiodoro, estoy preparada —respondió con determinación—. Es difícil vivir con temor. Además, ¡cuánto quisiera estar cerca de ti! Tal vez habría manera de ayudarte con tu obra.

—¿Creen que pueden vender la granja? —preguntó Casiodoro, con el ceño fruncido.

—Sí —le aseguró papá—. El hombre rico, dueño de la hacienda que colinda con nosotros al sur de la granja, me ha dicho en varias ocasiones que nos compra si algún día decidimos vender. Él nos compró las parcelas de terreno que vendí hace un tiempo para enfrentar tus gastos universitarios.

—Bueno —reflexionó Casiodoro—. Yo voy a irme de España y probablemente no vuelva en muchos años, si es que logro volver algún día. Si deciden vender y seguirme, tengan mucho cuidado. No quiero que caigan en manos de la Inquisición.

—¿Cómo te podríamos hallar, Doro? —preguntó mamá.

—Mi plan es radicarme en Suiza. Vayan a Ginebra y pregunten por la comunidad de españoles que viven allí. Ellos sabrán de mi paradero.



Después de permanecer oculto en la casa de sus padres por tres días, Casiodoro sabía que era hora de continuar. Tendría que alejarse del monasterio todo lo posible antes de que su ausencia fuera descubierta. Cuando oscureció, Casiodoro se dispuso a partir. Su bolso pesaba: llevaba toda la comida que podía cargar. Todos inclinaron la cabeza en oración antes de que Casiodoro desapareciera en la oscuridad.

Casiodoro decidió evitar el camino principal y enrumbarse a Reina por una ruta poco transitada. Bajo la luz tenue de la luna, Casiodoro alcanzaba a distinguir las siluetas de los cerros y los valles sembrados de grano, olivares y viñas. No fue hasta que se aproximaba

el amanecer que empezó a escuchar pasos de vez en cuando. Cada vez que se acercaba algún viajero, Casiodoro se apartaba del camino para ocultarse en las sombras.

Cuando ya clareaba el día, Casiodoro logró divisar un pueblo en la cima de una colina. Era hora de hallar un escondite y descansar. Pronto halló un lugar oculto entre unas malezas a la orilla de un río. Cuando amaneció, sacó algo de pan, queso y jamón de las provisiones que le había empacado mamá. Luego se acostó en el matorral, puso el brazo sobre su preciosa bolsa de libros y se durmió.

Despertó una vez y notó que el sol ya descendía en el cielo, pero estaba tan cansado que procuró una posición más cómoda y continuó durmiendo. La próxima vez que despertó, el cielo occidental lucía iluminado con destellos brillantes de naranja y amarillo. Casiodoro se estiró, se frotó los ojos y se preguntó cómo había pasado tan rápido el día. Después de lavarse la cara con el agua fría del río, tomó su bolso, sacó un poco de comida e inclinó la cabeza en oración. Le agradeció al Señor por un día de buen sueño y pidió que su protección continuara.

Al oscurecer, avanzó por los cerros para pasar de lejos el pueblo. Después de superar el terreno quebrado, halló el camino al otro lado del pueblo. Siempre alerta y listo para esconderse, continuó su avance.

Al amanecer, Casiodoro halló una arboleda cerca de un pequeño riachuelo que pasaba por grandes campos sembrados de grano. Su cuerpo gemía del cansancio... Sentarse y descansar mientras comía le resultó sumamente placentero. Había llegado la hora de acostarse para dormir la mayor parte del día.

Su rutina estaba tomando forma: caminar toda la noche, hallar un arroyo al amanecer, y dormir durante el día. Afortunadamente, el clima era placentero y seco.

Después de diez noches de caminar, Casiodoro llegó al pueblo de Alborea. Se estaba quedando sin alimentos y estaba cansado de

dormir en el suelo, así que decidió correr el riesgo de ir a una posada. Se escondió en un bosque de pinos sobre la cima de un cerro hasta que cayera la tarde. Luego cruzó el antiguo puente romano, entró en el pueblo y se dirigió al mercado, donde se aprovisionó nuevamente de alimentos para el viaje. Luego buscó una posada para pasar la noche.

Esa noche, sentado a la mesa para disfrutar su primera comida caliente en diez días, Casiodoro sintió que las personas lo observaban. Un hombre que comía en otra mesa quiso conversar:

—Dime, monje, ¿de dónde vienes y para dónde vas?

Puesto que no deseaba exponerse, Casiodoro se limitó a decir:

—Solo estoy pasando por aquí de camino al norte.

Cuando percibió que Casiodoro no deseaba conversar, el hombre se encogió de hombros y continuó hablando con los de su mesa. Casiodoro, por su parte, se levantó en cuanto acabó con los alimentos y se retiró a su aposento para evitar cualquier otra pregunta. A la mañana siguiente partió temprano. Había decidido viajar de día. Consideró que, a estas alturas, nadie tendría por qué sospechar de él.

Pasarían varios días hasta que decidiera dormir de nuevo en una posada. Sin embargo, cuando lo hizo, por poco arruina el viaje. Esa noche, Casiodoro escuchó voces afuera del edificio. Se acercó a la ventana para escuchar mejor.

—¿Notaste a ese monje viajero y solitario? —preguntó una voz baja y ronca—. Lleva un bulto grande y misterioso. Es posible que lleve libros prohibidos. Y sospecho que se dirige a la frontera. ¿No deberíamos revisar su equipaje?

—Por supuesto —murmuró el compañero—. Digámosle al mesonero que necesitamos interrogar a uno de sus huéspedes. —Sus pasos se dirigieron sigilosamente hacia la puerta de la posada.

Casiodoro estaba estupefacto. ¡Se acercaban para interrogarlo! ¿Qué podía hacer? En un instante percibió que fácilmente podía saltar por una ventana. ¡No había tiempo que perder!

Abrió la ventana y dejó caer su bolso en la oscuridad. Subió a la ventana y saltó rápidamente. Buscó el bolso entre los arbustos donde había caído, se lo echó al hombro, cruzó el patio tratando de no hacer ruido y salió por la puerta. Una vez en la calle, caminó de prisa y pronto comenzó a correr amparado por las sombras de la noche.

Al llegar a un puente, sintió un impulso de seguir el arroyo en vez de continuar por el camino. Cuando llegó al muro de la ciudad, Casiodoro vio que podía introducirse en el agua y pasar por debajo del muro. Entró en el agua hasta la cintura, y pasó por debajo del muro... Solamente su cabeza y su bolso quedaban fuera del agua. Gracias a unas maniobras cuidadosas, logró mantener seco el bolso, aunque él mismo se mojó hasta los hombros.

Una vez fuera del muro, Casiodoro continuó caminando por las aguas del río. Después de avanzar una distancia segura, salió del agua y subió la colina hasta llegar a unos árboles. En la cima, se volvió para mirar atrás. ¡Y allí estaban! Tres antorchas lanzaban sus destellos en la oscuridad a medida que tres jinetes se alejaban del mesón. Uno se dirigió hacia la izquierda y siguió el camino en esa dirección, mientras que los otros dos siguieron el camino a su derecha. Cruzaron el río a galope... Casiodoro dio un suspiro de alivio al ver que su avance por el agua los había despistado.

De pronto comprendió quién había intercedido para que él escuchara los susurros de los perseguidores. Por supuesto, Dios también había puesto en su mente la idea de avanzar por el agua. “Querido Padre celestial, ¡te agradezco y alabo tu nombre! De no haber sido por tu ayuda, esos hombres ya me habrían capturado. Confío en que tú me guiarás y guardarás en mi camino”.

Casiodoro miró los alrededores, débilmente iluminados por la luz de la luna, para determinar la mejor ruta de escape. Se dirigió hacia un valle boscoso que se apartaba del camino, tropezando en piedras y raíces en la oscuridad, hasta que llegó a los campos llanos sembrados de grano en el valle. Después de cruzar grandes tramos de

campos sembrados, Casiodoro vio que adelante se erguía una colina cubierta de árboles. Bajo la luz del amanecer, subió a un área rocosa y miró los campos abajo. El sol amenazaba con salir, así que se ocultó debajo de una formación rocosa donde podría descansar y, a la vez, supervisar cualquier movimiento más abajo. Exhausto, se durmió, aunque sin dejar de sujetar el bolso precioso en sus rodillas.

Esa tarde, Casiodoro avanzó cuidadosamente entre las rocas, siempre amparado por las sombras. Finalmente llegó a un lugar donde podía ver el otro lado de la colina. A la distancia, se erguían los altos Pirineos con sus picos cubiertos de nieve, y Casiodoro sabía que Francia lo esperaba al otro lado de las montañas. Sin embargo, entre su lugar y los Pirineos se extendían grandes valles y se levantaban muchas colinas que tendría que superar.

Para estas alturas, Casiodoro no tenía duda: la Inquisición había salido tras el monje del bolso grande y abultado. Su escape de la posada confirmaba toda sospecha de que el monje llevaba material prohibido. Desde su mirador en la cima de la colina, observó el tránsito por el camino abajo. Con regularidad, descendían personas a pie, a caballo o en carruajes. Y, por supuesto, los hombres de la Inquisición también pasaron a caballo, vestidos con sus túnicas negras. Cuán extraño se sentía, sentado en la cima rocosa de la colina, ¡observando a los mismos hombres que lo perseguían! Miró detenidamente el paisaje y planeó su estrategia para la noche. Luego se acostaría a la sombra para dormir unas horas más.

Esa noche, esperó a que la carretera estuviera despejada, bajó la colina rocosa y comenzó a cruzar el valle. Siguiendo la carretera, caminaba a toda prisa, sus nervios alerta ante el menor ruido. Cuando se acercó un jinete solitario, Casiodoro saltó del camino y se tendió en el campo sembrado de granos. Permaneció inmóvil, aun conteniendo la respiración, hasta que pasó el peligro.

En su camino atravesó valles, campos sembrados de grano, casas silenciosas y colinas rocosas. El cielo al este empezaba a clarear

cuando Casiodoro se sentó a descansar sobre otro mirador en la cima de un cerro rocoso. Los resplandores de color gris cambiaron a tonos rosa para luego lucir un carmesí exquisito. Finalmente, el sol cálido apareció sobre las montañas. Casiodoro miró detenidamente el paisaje y observó que el camino atravesaba un pueblo asentado en un estrecho paso de montaña que conducía al próximo valle cultivado. Decidió esperar hasta el anochecer para sortear el área poblada.

Casiodoro observó el tránsito matinal en el camino bien abajo. De vez en cuando, los oficiales de la Inquisición pasaban en sus caballos briosos. Durmió durante el calor del día. En la frescura del atardecer, mientras lentamente comía algunos alimentos, notó que los jinetes de la Inquisición volvían al pueblo ubicado en el puerto de montaña estrecho. Se detuvieron frente a un edificio grande y guiaron sus bestias a un corral antes de entrar en el edificio. “Esa ha de ser una posada. Bien, ¡eso aumenta el peligro de esta noche! Tendré que pasar sigilosamente detrás del mismo mesón donde estarán durmiendo mis perseguidores”. Casiodoro estudió el terreno y el trazado del pueblo mientras la claridad se lo permitía. Antes de abandonar el escondite, se arrodilló y pidió la protección de Dios; él la necesitaba y sus preciosas Biblias también.

Cuando el manto de la noche descendió y sumió todo en silencio y oscuridad, Casiodoro avanzó por las orillas del pueblo, agachándose detrás del muro de piedra que bordeaba el camino. Cuando pasó junto al corral, Casiodoro oyó los resoplidos y pisotones de los caballos de sus perseguidores. Caminaba unos pocos pasos a la vez y se detenía repetidamente para observar y escuchar. Le pedía a Dios que ningún perro ladrara. Las horas se volvieron interminables mientras avanzaba sigilosamente para rodear el pueblo. Cuando se encontró con el camino después de cruzado el pueblo, dio un suspiro de alivio y ofreció una oración de gratitud.

Antes del amanecer, había logrado atravesar un valle grande de sembradíos y escalar a la parte alta de la próxima sierra donde halló

un escondite. Cuando el amanecer bañó de luz el siguiente valle, Casiodoro comprendió que en realidad se trataba de un gran lago. Después de estudiar las orillas detenidamente, planificó la mejor ruta para rodearlo.

Su comida sencilla se agotaba, y Casiodoro empezaba a debilitarse por la falta de alimento. Antes de cruzar las montañas altas que lo esperaban, tendría que hallar alimentos.

—Padre celestial —oró—, guíame y muéstrame dónde y cuándo puedo conseguir algo de alimento sin exponerme al peligro. Oh, Dios, ayúdame.

Cerca del lago se divisaba una finca con una pequeña casa de piedra y un establo. Sí, tendría que correr el riesgo de acercarse a la casa. Cuando el sol se ocultaba detrás de los cerros, Casiodoro susurró una oración, descendió al camino, y se acercó a la casa.

—Buenas tardes —llamó en voz baja.

Un anciano abrió la puerta.

—Buenas tardes te dé Dios —dijo en una voz amable—. ¿Qué se te ofrece?

—Voy de viaje y necesito alimentos. ¿Me puede vender algo de pan y queso o jamón? —preguntó Casiodoro.

El anciano lo miró con curiosidad.

—Quizá podamos venderte un poco. Permíteme ver. —El anciano se retiró a la cocina con pasos pesados. Casiodoro podía oír que hablaban y que luego se movían de un lado a otro. Sintiendo expuesto, pues desde la carretera lo podrían ver, Casiodoro se refugió detrás de un olivo. Después de lo que pareció un tiempo interminable, el viejo granjero apareció a la puerta con una bolsa llena. Su esposa lo seguía para satisfacer su curiosidad.

—Aquí tienes, viajero. Hallamos algo de comida para ti.

—Ah, ¡muchísimas gracias! —exclamó Casiodoro—. ¿Cuánto les debo por estos alimentos?

—Nada —dijo el anciano con sencillez—. ¿Por qué no ayudar a un

monje hambriento y errante en el nombre del Señor?

—Que Dios les pague por su benignidad y los bendiga —dijo Casiodoro con sinceridad.

Levantó la bolsa pesada y continuó por el camino hasta doblar una curva. Luego subió el cerro y halló un lugar seguro. Mirando al cielo, oró: “¡Gracias, Señor Dios! Te alabo por tu bondad para conmigo. Te alabo por estos alimentos y te pido que bendigas a esa pareja anciana por su benignidad”.

Esa noche se encaminó alrededor del lago y comenzó el ascenso hacia los Pirineos. Transitó entre muchos valles estrechos, sierras rocosas y bosques que lo cubrían. Casiodoro se sintió un tanto más seguro bajo el amparo de los bosques, pero continuó viajando de noche. Además, el ejercicio corporal lo calentaba. Aunque corría el verano, las noches en las montañas altas seguían siendo frías.

Dos noches más tarde se acercó al puerto de montaña en la sierra nevada que separaba a España de Francia. Subió una sierra y alcanzó un punto donde podía observar el puerto de montaña, el pequeño pueblo y el tránsito a través del puerto. Sin duda, la Inquisición tendría espías al acecho; aunque viajara de noche, tendría que evitar los caminos. Después de estudiar las montañas al frente, concluyó que había una posible ruta para alcanzar los campos de nieve de la cima. Si pudiese llegar a ellos, quizás hallaría manera de cruzar por la nieve y descender al otro lado. Sin embargo, ¿encontraría una ruta segura para descender por los peñascos? Casiodoro decidió intentarlo... No había alternativa.

Cuando oscureció, subió por los bosques de pinos hasta llegar al risco por el que esperaba subir el acantilado. Su avance era lento en la oscuridad, pero finalmente llegó a los campos de nieve. Una vez al otro lado, se encaminó por las crestas escarpadas hacia un risco angosto por el que podía descender sobre piedras sueltas. Temblando del cansancio y el frío, avanzó lentamente, pues temía desatar una avalancha de rocas. Cuando llegó a una cornisa que descendía a su

derecha, la siguió. Pero ¿tendría que devolverse y buscar otra ruta?

“Dios, estoy haciendo este viaje porque te amo y amo tu Biblia”, oró Casiodoro con fervor. “¿Puedes ayudarme a descender de este monte inclemente y frío?”

De repente, algo se movió adelante... Casiodoro se paralizó. Esforzando la vista para ver en la oscuridad, logró distinguir dos objetos que se movían entre las rocas. Cuando levantó el brazo y gritó, dos lobos saltaron y se alejaron montaña abajo por una hendidura. Cuando las sombras se alejaban, una idea llegó a su mente: “Si los lobos pueden descender por esa ruta, es probable que yo también pueda hacerlo”. Agradecido por la dirección, continuó su descenso. Pronto sus manos heridas sangraban tras apoyarse vez tras vez sobre rocas filosas, pero debía continuar antes del amanecer o terminaría expuesto a la vista de cualquiera más abajo. Después de horas extenuantes, llegó al pie del acantilado y al abrigo de los árboles perennes. Agradecido, oró de nuevo:

“Padre celestial, te alabo por haber enviado a los lobos a mostrarme el camino. Nunca lo habría hallado de otra manera. Sé que estás conmigo, ayudándome y protegiéndome”.

Casiodoro estaba exhausto; no podía comer ni atender sus manos heridas. Cuando la luz del amanecer ya se filtraba entre los árboles, Casiodoro recogió y amontonó una buena cantidad de pinochas para hacer una cama. En un instante se había dormido.

No despertó hasta ya avanzada la tarde. Halló un arroyo y se lavó la sangre de las manos. Otra vez, le agradeció al Señor por haberlo guiado a través de las montañas. ¡Se encontraba en Francia! Después de masticar un poco de pan y jamón, cautelosamente descendió por los pinos hasta llegar a una carretera. Sintiendo alivio y gratitud porque ahora sería más fácil avanzar, siguió la carretera. Sin embargo, no bajó la guardia hasta dejar atrás los Pirineos.

Ahora Casiodoro se atrevió a mezclarse con otros viajeros. Cuán refrescante era poder relacionarse con la gente de nuevo, comer

formalmente en una posada y dormir en una cama. Con todo, evitaba las conversaciones innecesarias con otros viajeros, sabiendo que Francia también era un país católico. Incluso contaba con su propia Inquisición.

Viajando en carruaje, llegó a Ginebra, Suiza, una semana más tarde. Cuando el carruaje se aproximaba a su destino, Casiodoro derramó lágrimas de gozo. Apenas si podía creer que finalmente estaba a salvo en Ginebra.

Una vez en un mesón, Casiodoro depositó su pesado y preciado bolso sobre la cama pequeña y cayó de rodillas. Levantó las manos y le agradeció al Señor mientras las lágrimas corrían por su rostro.

“Padre Dios, ¿cómo te puedo agradecer por traerme a salvo hasta aquí? Te alabo por tu fidelidad y me comprometo de nuevo a la tarea de traducir tu Palabra.



CAPÍTULO 21

Libertad en Ginebra

1557

La próxima mañana, la luz del sol matinal se asomó por la ventana y despertó al nuevo ciudadano. Casiodoro se estiró y bostezó, renuente a dejar el lujo de dormir en una cama de verdad. De pronto, cuando recordó donde estaba, se levantó de un salto y miró por la ventana. El sol ya bañaba los lejanos picos nevados con una luz dorada. Casiodoro notó con deleite que las casas y las calles adoquinadas lucían limpias y ordenadas. Al final de la calle, las aguas de color azul oscuro del lago Lemán resplandecían bajo la luz del sol. “¡Ginebra es una ciudad bella!”, susurró. “Gracias, Dios, por traerme a este lugar”.

Casiodoro se lavó el rostro con agua de una palangana. Sintióse refrescado y con ánimos renovados, se dirigió al comedor grande. Una joven le sirvió una taza de té y un plato con pan y queso. Mientras comía, Casiodoro observaba a las personas sentadas a las otras mesas. Casi todos lucían elegantes y hablaban en

francés. Cuando pagó su cuenta, preguntó dónde podría hallar a Juan Calvino. Tras recibir indicaciones, cargó su bolso pesado y salió a la calle. Hizo una pausa para disfrutar del aire fresco de la mañana, luego decidió descender a la orilla del lago antes de buscar a Calvino. En todo caso, todavía era muy temprano como para importunar a un hombre ocupado.

Bellas casas suizas flanqueaban las calles adoquinadas. Las jardineras bajo las ventanas lucían flores de colores vivos. Caminó por un muelle que se adentraba en el lago. Las montañas nevadas se reflejaban en el agua centelleante. Cerca de la ribera, nadaban bellos cisnes blancos con sus cuellos arqueados elegantemente. Casiodoro se sentó en el muelle y colgó los pies en el agua. La brisa le acariciaba el rostro y los brazos. De su bolso, sacó la Biblia en latín y leyó mientras el sol le calentaba la espalda. Cada tanto levantaba la vista para mirar con asombro a su alrededor. Le parecía increíble. ¡Cómo es que podía permanecer allí sentado y leer la Biblia abiertamente!

Casiodoro halló la casa de Juan Calvino detrás de la iglesia principal en el centro de la ciudad. Cuando llamó a la puerta, un siervo salió y le preguntó qué deseaba. Pronto llegó a la puerta un hombre alto y delgado de barba larga.

—Buenos días. ¿En qué te puedo servir? —Dijo sin mucho miramiento, como si estuviera un tanto preciso.

—Buenos días, mi nombre es Casiodoro de Reina. Acabo de llegar desde España y me pregunto si usted sabe de algunos otros españoles aquí en Ginebra.

—¡Casiodoro de Reina! ¿Cuándo llegaste?

Casiodoro se sorprendió de que Juan Calvino reconociera su nombre.

—Anoche; acabo de llegar —explicó—. Quedé de encontrarme con algunos amigos españoles aquí en Ginebra.

—Por supuesto, un monje amigo tuyo me ha contado de ti. Te hablo de Cipriano de Valera —dijo Calvino—. Él me ha hablado

mucho de tu plan de traducir la Biblia al castellano. ¡Bienvenido a Ginebra! Me da mucho gusto conocerte. —Le estrechó la mano calurosamente.

—Muchas gracias. ¿Cuándo llegó Cipriano? —preguntó Casiodoro.

—Hace más de una semana. Otros monjes también han llegado en los últimos días. Estaban preocupados por tu seguridad porque sabían de los libros y Biblias que traías. ¿Me imagino que ese gran bulto contiene tus Biblias? —Calvino miró inquisitivamente el bolso abultado.

—Sí, esta maleta contiene varios libros valiosos —confirmó Casiodoro—. Estoy agradecido por la protección del Señor.

—¡Alabado sea Dios! En algún momento, me gustaría hablar contigo respecto a la traducción. *Necesitamos* la Biblia en el idioma del pueblo común para que ellos la puedan leer por sí mismos. Te apoyo en tu deseo de traducir la Palabra de Dios al castellano. ¿Has escuchado del Antiguo Testamento en español que publicaron?

—¡No! ¿Cómo y quién lo publicó? —Casiodoro se sorprendió.

—Sí, unos judíos eruditos de España que huyeron a Ferrara, Italia, tradujeron el Antiguo Testamento al español. Su deseo era que los miles de judíos de habla española no olviden la fe judía. Según me han dicho, el trabajo fue hecho por los mejores eruditos judíos, así que ha de ser una buena traducción.

—¡Cómo me gustaría conseguir una copia! Sería un apoyo valioso para mi traducción.

—Tienes razón, deberías conseguir una. Es una traducción de mucho valor si tomas en cuenta que fue hecha por judíos conocedores que hablan el hebreo como lengua materna. Los otros traductores no tienen esa ventaja. Trataré de ayudarte a conseguir una copia. Aquí no es prohibido poseer Biblias, de manera que alguien pudiera tener más de una copia.

—Me parece increíble que aquí en Ginebra no se corra peligro

por tener una Biblia —Casiodoro se maravilló.

—Puedes estar tranquilo. Tú, tus Biblias y tu obra de traducción estarán bien en esta ciudad —le aseguró Calvino—. Pero vamos, sin duda querrás ver a tus amigos españoles. Ellos han alquilado un apartamento cerca de aquí. —Calvino le dio las indicaciones necesarias.

Cuando Casiodoro llamó a la puerta, Antonio del Corro la abrió.

—Casiodoro, llegaste. ¡Alabado sea el Señor! —exclamó—. Empezábamos a creer que te habían capturado. Varones, ¡Casiodoro está aquí!

Pronto sus amigos del monasterio de San Isidoro se reunieron en el corredor para estrechar la mano de Casiodoro y darle palmadas amigables en la espalda.

—Estábamos sumamente preocupados —le dijeron—. Gracias a Dios que estás aquí. Entremos para que nos cuentes de tu viaje.

Por las próximas dos horas, la pequeña casa resonó con preguntas, relatos y regocijo. Cada uno de los monjes tenía su propia historia sobre cómo había escapado de España. Sin embargo, algunas noticias eran tristes.

—Es posible que Miguel Carpintero haya sido capturado y devuelto a Sevilla⁵⁰ —le explicaron a Casiodoro—. Sabemos que había llegado hasta cierto pueblo, pero luego escuchamos que lo habían capturado.

—Ahora, todos estamos aquí con la excepción de Miguel Carpintero. Nosotros llegamos en menos tiempo que tú, Casiodoro. Por supuesto, no tuvimos que tomar tantas precauciones; no traíamos ningún libro prohibido. Arrodillémonos y démosle gracias a Dios por habernos traído a todos con bien. —El grupo se arrodilló y derramó su corazón delante de Dios con gratitud por su seguridad y

50 Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 1:149.

por la llegada de Casiodoro y sus Biblias. También oraron fervientemente por Miguel Carpintero.

Cuando se levantaron, Casiodoro preguntó:

—¿Cómo es la vida aquí en Ginebra?

Cipriano de Valera respondió:

—Casiodoro, ¡este lugar es un sueño hecho realidad! Aquí no tenemos ninguna persecución. Podemos dialogar de la Biblia y leerla en cualquier lugar. Ginebra es una ciudad cristiana. Cuando Juan Calvino vio que las personas de otras iglesias protestantes vivían de una manera incluso más pecaminosa que los católicos, él estableció leyes estrictas aquí. Los bailes y los teatros están prohibidos en la ciudad, y se les exige a todos asistir a los cultos cada domingo por la mañana y por la tarde. Mañana verás cuánto se llenan las iglesias. Y predicán de la Biblia en un idioma que todos pueden entender. ¡Es maravilloso!

Antonio del Corro continuó:

—Otra cosa increíble es que un impresor aquí en Ginebra está imprimiendo Biblias y buena literatura cristiana. En este momento están imprimiendo un Nuevo Testamento castellano traducido por Juan Pérez, además de otros escritos cristianos en castellano. Tú que-rrás ver la imprenta y conocer al impresor. Este es el lugar apropiado para que traduzcas la Biblia y la imprimas.

—¿Están imprimiendo literatura en castellano? —se maravilló Casiodoro—. ¿Cómo piensan introducirla a España?

—Esa es la gran duda en este momento —respondió Antonio—. Te agradecerá conocer a un hombre al que llaman Julianillo; trabaja en la imprenta. Su pasión es introducir material impreso a España. Él nos ha hecho muchas preguntas respecto a cómo cruzar las fronteras.

—¡Esas son noticias maravillosas! —se regocijó Casiodoro—. He oído de la traducción del Nuevo Testamento que hizo Juan Pérez. Espero obtener una copia y, sí, sería genial conocer a Julianillo.

El pequeño grupo se regocijó porque estaban juntos otra vez.

Once de los doce que habían salido de Sevilla y del monasterio de San Isidoro estaban reunidos en Ginebra. Su nuevo hogar parecía un paraíso en comparación con el ambiente de temor constante que experimentaban en el monasterio. Sobre todo, Casiodoro estaba ansioso de comenzar su traducción de la Biblia.

La próxima mañana, los once monjes caminaron unas pocas cuerdas hasta la catedral de San Pedro. Casiodoro se sorprendió al ver el tamaño y la belleza de la antigua catedral. Al subir por las escaleras del frente, entre las columnas gigantes, se sintió como si estuviera entrando en un antiguo templo romano. Una vez dentro, no pudo sino recordar la catedral de Sevilla, aunque esta era más pequeña y menos lujosa. Notó inmediatamente que, a diferencia de las iglesias católicas, este lugar no tenía ningún altar.

Cipriano de Valera se inclinó hacia Casiodoro y susurró:

—¿Notaste que no hay altar y casi no hay pinturas? Cuando los protestantes tomaron el control de la catedral, destruyeron todos los altares y la mayoría de las pinturas. Deseaban erradicar la idolatría, y es por esa razón que este lugar luce mucho más sencillo que las catedrales católicas.

Habían llegado temprano, así que el grupo de adoradores españoles permaneció de pie en la parte de atrás y observó el ingreso de ciudadanos. Ver cómo se llenaba el edificio hizo que Casiodoro recordara las multitudes que abarrotaban la catedral de Sevilla para escuchar a Constantino o Juan Gil. Pero se sintió turbado por una diferencia en el ambiente. Aquí, las multitudes no llegaban temprano para asegurarse de encontrar asiento. Al parecer, la gente entraba poco a poco, con renuencia, mientras que en Sevilla la gente deseaba estar allí. ¿Por qué la diferencia? ¿Sería porque en Ginebra era obligatorio asistir? En Sevilla, las personas llegaban porque deseaban hacerlo.

Después de dos himnos, Juan Calvino saludó a la multitud. Leyó de su Biblia grande que yacía sobre el púlpito y comenzó a exponer el texto. Casiodoro y sus amigos no podían entender el francés, pero

Casiodoro buscó los versículos en latín y siguió la lectura.

Puesto que no entendía el sermón, Casiodoro se dedicó a observar la multitud. Solo unos pocos escuchaban atentamente el mensaje. La mayoría parecían desinteresados, como los católicos durante la misa en latín. ¡Cuánto le dolió a Casiodoro que no apreciaran el privilegio de escuchar la Palabra de Dios en su propio idioma!

Con el tiempo, los españoles decidieron asistir a una iglesia italiana que había en la ciudad. Era una de las iglesias reformadas de Juan Calvino, pero los cultos se desarrollaban en italiano, idioma que ellos podían entender mejor que el francés. Otros inmigrantes españoles en Ginebra, como Julianillo, también asistían a la iglesia italiana. Casiodoro quedó impresionado por la libertad de culto que había en la ciudad. ¡Ginebra de verdad era un lugar privilegiado!



CAPÍTULO 22

La imprenta en Ginebra

1557

Unos días después, Casiodoro se alegró mucho cuando Calvino le envió una Biblia de Ferrara, que así llamaban a la traducción del Antiguo Testamento de los judíos al español. Le temblaban las manos de emoción al ver cómo estos eruditos judíos tradujeron Génesis capítulo uno. *Esto va a tener un valor incalculable para mi trabajo. Gracias, Dios, por traer esto tan precioso a mis manos.*⁵¹

Casiodoro no esperó mucho para comprar papel, tinta, un tintero, una lámpara, aceite y plumas. Esa misma tarde, colocó una pequeña mesa cerca de la ventana de su aposento en el segundo piso. Puso el primer tomo del Antiguo Testamento de la Biblia Políglota al lado izquierdo de la mesa; en el centro colocó unas hojas de papel, tintero y plumas. A la derecha abrió la Biblia Ferrara. Se sentó y miró detenidamente por la ventana hacia el bello lago Lemán, rodeado de

51 En la introducción a su Biblia, Casiodoro escribió de la ventaja que supuso para él contar con la Ferrara, traducida por judíos que hablaban el hebreo.

montañas altísimas con nieve en las cumbres. Luego miró la mesa que tenía delante e inclinó la cabeza.

“Padre Dios, te alabo por traerme aquí a este lugar pacífico y bello. Sé que me trajiste aquí con un propósito. Prometo dedicar mi tiempo y mis talentos a cumplir con el propósito que tienes para mí. Señor, úngeme con tu Santo Espíritu y dame dirección e inspiración al comenzar este proyecto de traducir tu Palabra. Confío en que me darás tu ayuda. En el nombre de Jesús, Amén.

Casiodoro abrió la gran Biblia Políglota y la Ferrara a Génesis 1. Luego, tomando una pluma, la mojó en la tinta y la sacudió ligeramente contra el tintero para eliminar el exceso de tinta. Con reverencia, escribió en cursiva y de la manera más nítida posible: “El primer libro de Moisés, comúnmente llamado Génesis”. Hizo una pausa, se incorporó e inspeccionó su trabajo. Mirando el texto hebreo en la Biblia Políglota, leyó en voz alta: “*b rashith...*” Luego leyó la Ferrara judía y estudió con cuidado las traducciones del término. Con reverencia tomó la pluma otra vez y escribió en castellano: “En el principio...”

Casiodoro pasó el resto de la tarde haciendo lo que más le gustaba: estudiar palabras en hebreo y latín para luego traducirlas al castellano. Cuando se puso el sol, el traductor se levantó para estirarse. Su cuerpo estaba dolorido por los días de caminatas agotadoras y, ahora, por las muchas horas sentado. No había completado más que unos pocos versículos de la primera página de su traducción. Traducir la Biblia entera llevaría muchas, muchas horas de trabajo, pero Casiodoro las anticipaba con gozo.

La próxima tarde, Casiodoro estaba inclinado sobre sus libros cuando Cipriano de Valera lo llamó desde el primer piso.

—Casiodoro, vayamos a ver la imprenta. Quiero presentarte al impresor y a Julianillo.

Casiodoro bajó las escaleras, saltando dos a la vez.

—Desde luego. Deseo conocerlos y ver qué están imprimiendo.

Cipriano señalaba las bellezas de Ginebra mientras caminaba con su amigo hacia la imprenta. Al abrir la puerta, llamó:

—¡Buenas tardes! He traído a un amigo para que los conozca y vea su trabajo. —Un hombre de aspecto amable se levantó de detrás de un escritorio al fondo del cuarto. Otro hombre pequeño se levantó de una mesa a la izquierda.

—Este es mi amigo, Casiodoro de Reina —dijo Cipriano—. Él acaba de llegar de España.

El hombre alto se adelantó y le estrechó la mano a Casiodoro. Luego, el hombre pequeño y de sonrisa amplia también le estrechó la mano.

—Buenas tardes, mi nombre es Julián Hernández —dijo con una sonrisa el hombre pequeño—. Todos me llaman Julianillo por mi estatura.

—Casiodoro quisiera ver su trabajo —explicó Cipriano—. Él ha comenzado a traducir la Biblia al castellano. Cuando acabe la obra, quizás ustedes la puedan imprimir.

—Sería un placer —respondió el hombre alto—. Me da un gozo especial imprimir Biblias ya que son tan necesarias. En este momento, estamos en el proceso de imprimir un Nuevo Testamento en castellano.

Aquello captó el interés de Casiodoro.

—¿Están imprimiendo el Nuevo Testamento de Juan Pérez?

—Sí, estamos haciendo este proyecto para Juan Pérez de Pineda —dijo el impresor alto—. Él espera poder introducir estos testamentos a España, aunque hasta hoy no sabe cómo lo hará.

—Yo conozco a Juan Pérez —comentó Casiodoro—, y he leído del Nuevo Testamento que tradujo. Me gustaría obtener una copia que me ayude en mi trabajo.

—Por ahora, ¿pueden mostrarle a Casiodoro cómo hacen su trabajo? —preguntó Cipriano.

—Pues, claro —respondió el impresor—. Julianillo, muéstrale

cómo hacemos las impresiones.

—Siganme —dijo el hombre bajito mientras se dirigía con entusiasmo a su mesa—. Miren, aquí tengo todas las letras y los símbolos, hechos de plomo. —Julianillo les mostró una caja grande con muchos cubitos. Cada uno tenía una letra o un símbolo en relieve. Casiodoro notó que las letras estaban vueltas al revés.

”Aquí estoy preparando un marco para una página del libro —explicó Julianillo—. Necesito colocar las letras o símbolos correctos para escribir una palabra. Mira, aquí he comenzado la penúltima página del Nuevo Testamento. —Señaló con el dedo la página de Apocalipsis 22 en que estaba ocupado—. Debo colocar todo al revés, para que aparezca en su orden correcto cuando sea impreso. Como ves, he puesto las palabras “Después me mostró un río”, pero no tengo la palabra *limpio*. Antes de buscar la próxima letra para *limpio*, debo colocar una pieza para mantener un espacio entre *río* y *limpio*.

De la caja grande, sacó un cubito de plomo que no tenía ninguna letra.

—Ahora que tengo el espacio asegurado, tomo una *l* y la coloco aquí. Luego, tomo una *i* y la coloco junto a la *l*, y así sucesivamente, hasta que se complete la palabra.

—Sí, sí, entiendo —dijo Casiodoro—. Me parece un tanto confuso, ya que las letras están al revés.

—Sin embargo, cuando la página aparece impresa, ¡es algo bello! —dijo Julianillo con entusiasmo—. Ahora que estoy acostumbrado, puedo leer al revés a toda velocidad.

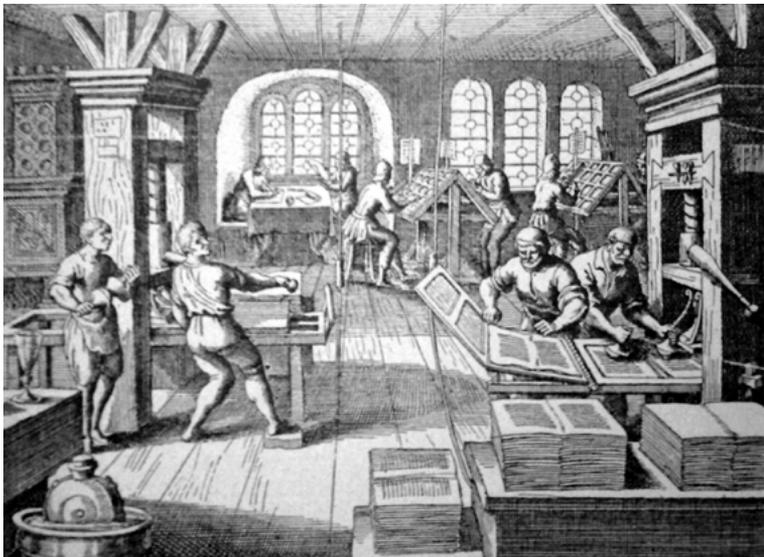
—Lleva mucho trabajo hallar todas las letras, los espacios y símbolos y luego colocarlos en el orden correcto —observó Casiodoro.

—Sí, lleva mucho trabajo cuidadoso —respondió Julianillo—. Si cometo un error, tengo que devolverme y sacar cada letra hasta llegar a la letra mal colocada para hacer la corrección. Pero me encanta este trabajo, especialmente cuando estamos imprimiendo una Biblia. Sé que las personas necesitan leer la Palabra de Dios.

”Permítanme mostrarles una página completa en un marco – continuó. De un estante debajo de la mesa, tomó un marco lleno de letras—. Aquí vemos Apocalipsis 21, la última página que imprimí. Tomamos este marco lleno y lo colocamos debajo de la prensa. Por cierto, ¿sabes por qué se llama *prensa*?”

—No, la verdad es que no estoy seguro —reconoció Casiodoro.

—Te mostraré. Este marco completado se coloca aquí debajo de la prensa. Ahora, es necesario tinter las letras. —Tomó un palo con una pelota de cuero relleno en la punta—. Mojamos esto en la tinta y luego extendemos la tinta con uniformidad sobre las letras. Después colocamos una hoja de papel sobre ellas y enroscamos la prensa. La prensa presiona fuertemente el papel sobre el marco para que la tinta en las letras se imprima uniformemente. Ahora, desenroscamos la prensa y retiramos el papel para ver los resultados. —Julianillo le entregó el papel a Casiodoro.



Una imprenta del siglo XVI.

Casiodoro lo examinó con cuidado.

—¡Es maravilloso! —exclamó—. Ahora es fácil leerlo.

—Así es como funciona una imprenta —agregó Julianillo con una sonrisa—. Si deseo hacer otra copia, basta con tinter el marco de letras otra vez y prensar otro papel sobre el marco. Imprimir diez, cincuenta o aun cien copias no lleva mucho tiempo. Ahora, preparar el marco de letras sí lleva trabajo. ¿Ves cuánto más rápido es usar la imprenta que hacer copias a mano? ¡La imprenta es una invención maravillosa!

—De eso no hay duda —agregó Casiodoro—. La nitidez de las letras me deja admirado. Será emocionante que se imprima mi traducción de la Biblia, pero antes tendré que trabajar mucho.

Ahora el impresor alto se unió al grupo.

—Sí, la impresión es algo maravilloso —dijo—. La imprenta nos ha ahorrado innumerables horas de trabajo. ¿Ves esa gran estiba de libros? Ahí ves 750 libros que acabamos de terminar. Hace pocos años, cada copia se hacía a mano; muchísimo trabajo. La imprenta nos permite producir muchos libros a un costo muy reducido.



Pocos días después, Casiodoro estaba concentrado en su traducción cuando uno de los hombres lo llamó desde el primer piso.

—¡Casiodoro, ven! Alguien pregunta por ti.

Casiodoro salió al corredor. Su corazón dio un salto...

—¡Madre! ¡Padre! —exclamó mientras se fundía en un abrazo con cada uno—. ¿Cómo es que están aquí? ¿Cómo llegaron? ¿Vendieron la granja?

—Sí, Doró, la vendimos poco después de tu partida —respondió papá—. El vecino la quería, como era sabido, y la compró inmediatamente. Hicimos los preparativos rápidamente y salimos de Montemolín para siempre.

—Madre, se ve cansada —dijo Casiodoro con compasión—. Entre

y descanse. Cuéntenme de su viaje. De inmediato les preparo un té. —Casiodoro calentó agua y les sirvió pan y queso. Pasaron la próxima hora entre relatos de su huida de España y las experiencias en el camino. Cuando algún desconocido les preguntaba acerca de su viaje, ellos podían decir que hacían el viaje para visitar a un hijo. Puesto que se trataba de una pareja mayor, las personas quedaban satisfechas y no hacían más preguntas.

—Nuestra mayor preocupación, Casiodoro, era el dinero que traíamos. El precio de la granja —dijo mamá—. Para empezar, era una carga pesada. Además, temíamos caer en manos de ladrones.

—Alabado sea el Señor porque ustedes llegaron con bien. Aquí en Ginebra estarán seguros. Esta es una ciudad libre, y estoy tan feliz de que por fin llegaron. He orado constantemente para que llegaran con bien.

Casiodoro y sus padres alquilaron un apartamento donde la familia pudiera vivir junta, como en años atrás. Era un lugar bello, con una ventana en el segundo piso desde la cual la vista del lago y las montañas era hermosa. Mamá cocinaba y lavaba, y papá hacía cuanto trabajito se ofreciera. De esa manera lograban cubrir los gastos, y los ahorros provenientes de la venta de la granja se mantenían intactos. Casiodoro dedicaba todo su tiempo a la traducción. Una noche, les dijo a sus padres:

—¡Esto es tan maravilloso! La vida es casi perfecta. Vivir con ustedes en esta ciudad libre, dedicar mi tiempo a hacer lo que he soñado casi toda mi vida. ¿De dónde proviene todo esto sino del Señor?



Unos días más tarde, Casiodoro llevó a sus padres a conocer la imprenta. Julianillo les mostró el funcionamiento de la prensa y luego le mostró a Casiodoro los primeros ejemplares del Nuevo Testamento en castellano. En esos días, trabajaban en coser las

páginas y pegar las pastas con cola.

—Mira este —dijo Julianillo—. Este acaba de salir del taller de encuadernación. —Le entregó a Casiodoro un Nuevo Testamento acabado. Casiodoro lo tomó reverentemente y lo abrió al primer capítulo de Romanos.

Lenta y claramente, Casiodoro leyó el versículo 16: “Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo; porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree: al Judío primeramente, y también al Griego. Porque en él la justicia de Dios se descubre de fé en fé, como está escrito: El justo vivirá por la fé”.

Mamá escuchaba atentamente y exclamó:

—¡Qué palabras tan bellas!

Con los ojos llenos de lágrimas, Casiodoro agregó:

—Sí, ¡esta es la Palabra de vida! Y se oye tan bonito en castellano. Palabras de vida para el pueblo de España. —Con labios temblorosos, preguntó—: ¿Cómo podemos hacer para que estos libros lleguen a España? Nuestros queridos compatriotas los necesitan tanto.

Julianillo tomó la palabra:

—Sabes, Casiodoro, tras escuchar de tu huida y cómo cruzaste la frontera, he estado imaginando cómo ingresar a España con estos Nuevos Testamentos. Hace unos años, llevé unas cartas y un poco de literatura, pero ahora los controles fronterizos son mucho más estrictos. Y estos Nuevos Testamentos son un bulto grande; más grande que cualquier cosa que haya llevado en el pasado. Pero la otra noche tuve una idea. ¿Qué tal si yo pusiera un fondo falso en algunos barriles? Podemos poner los Nuevos Testamentos debajo de los fondos falsos, y luego llenar los barriles de tela u otra mercadería. Si revisan los barriles, van a buscar por dentro hasta ver el fondo. Desde arriba, sería difícil notar que el fondo interno no está a nivel con la base del barril.

—¡Esa es una magnífica idea, Julianillo! —exclamó Casiodoro—. Ahora, ¿cómo puedes transportar esos barriles? Los puertos

marítimos se encuentran bajo estricta vigilancia. Revisan cada barco que ingresa.

—Sí, lo sé. No creo que quiera intentarlo a través de un puerto —dijo Julianillo—. Cuando era joven, me gustaba trabajar con mulas en la granja de mi padre. Mi idea sería viajar en carruaje hasta los Pirineos. Allí puedo comprar unas cuantas mulas, apearlas bien, y cruzar las montañas con una caravana de mulas, como un comerciante ambulante. Los puertos de montaña no están bajo tanta vigilancia como los puertos marítimos o las fronteras cerca de las costas. Yo me acercaría directamente al puesto fronterizo, como quien se dispone a introducir bienes para venderlos en España. Bueno, la tela se vendería en España, por supuesto. Ahora, tendríamos que orar para que no vayan a detectar los fondos falsos de los barriles. ¿Qué dices, Casiodoro?

Todos escucharon atentamente el plan del pequeño hombre. Mamá habló primero:

—Sería riesgoso. ¿Sabes cuál sería el castigo si te capturan en España?

—Sí, lo sé —respondió Julianillo seriamente—. Pero creo que vale la pena correr el riesgo con tal de introducir la Palabra de Dios. ¿No te parece, Casiodoro?

—La misión bien vale la pena —respondió Casiodoro—. Sin embargo, primero debemos pedir la dirección de Dios. Queremos estar seguros con respecto a su voluntad. Además, necesitamos a un hombre dispuesto a correr el riesgo, aunque parece que ya lo tenemos. ¿Qué necesitarías para el viaje, Julianillo?

—Sus oraciones, es lo único. Y un poco de dinero. La verdad es que no tengo suficiente para cubrir los gastos del viaje.

—Tal vez la comunidad española aquí en Ginebra pueda aportar algo —sugirió Casiodoro.

—Casiodoro, ¿no crees que este plan amerita que utilicemos dinero de la venta de la granja? —preguntó papá.

Casiodoro no tenía dudas al respecto:

—Sí, sería una causa digna. —Mamá asentía con la cabeza mientras Casiodoro hablaba.

Julianillo volvió a hablar:

—Por eso estamos imprimiendo estos Nuevos Testamentos, para introducirlos a España. La literatura amontonada en la bodega no sirve de nada. Es necesario llevar los libros a su destino y estoy dispuesto a correr el riesgo. Sí, señora de Reina, sé que pongo en peligro mi vida, pero estoy dispuesto.

—Julianillo, oremos en cuanto al asunto —sugirió Casiodoro—. Primero vamos a buscar la voluntad de Dios. Es un asunto serio, pero si es la voluntad de Dios, el plan tendrá éxito.

Cada uno se marchó con un peso en el corazón, pero con mucha admiración por el hombrecito valiente. Confiaban en que verían la dirección y provisión del Señor.



CAPÍTULO 23

Conflicto en Ginebra

1557

En aquellos días, el papá de Casiodoro hizo amistad con Alonzo, un español que tenía varios años de vivir en Ginebra. Alonzo llegó a ser un amigo de la familia, la que a su vez llegó a apreciar a aquel hombre creyente, humilde y también muy sensible. Un día en que Alonzo había llegado para una visita, este se puso de pie y le dijo a Casiodoro:

—Salgamos a caminar. Quisiera hacerte unas preguntas.

—Por supuesto —respondió Casiodoro.

Alonzo indicaba el camino a seguir mientras caminaban y conversaban. Salieron de la ciudad y se acercaron a una plaza abierta donde se llevaban a cabo actividades públicas. Al llegar a la plaza, Alonzo se detuvo.

—Casiodoro, ¿has escuchado de la ejecución de Miguel Servet?
—preguntó con el ceño fruncido.

—He escuchado un poco, pero desconozco los detalles. ¿Qué

sabes tú del asunto? Me encantaría saber más.

—Conozco demasiado bien el asunto. —Alonzo se estremeció—. ¡Yo lo vi todo! Las imágenes se han grabado en mi mente y me atormentan. Tengo tantas preguntas al respecto.

—Todo sucedió hace cuatro años. Parece que Miguel Servet y Juan Calvino habían intercambiado algunas cartas respecto a sus desacuerdos doctrinales. Calvino estaba convencido de que Servet era un hereje. Tal vez lo era, no lo sé. La Inquisición católica lo capturó, pero él escapó y se vino a Ginebra. Sin embargo, Calvino se encargó de que lo arrestaran y enjuiciaran. Casiodoro, tú sabes que yo no soy un estudioso. No soy más que un hombre sencillo que ama la Biblia. Pero, dime, ¿cómo pudo Calvino mandar a la muerte a este hombre?⁵²

—Para empezar, ¿cómo es que Calvino lo llevó a juicio? —preguntó Casiodoro.

—No deseo defender a Miguel solo porque era mi compatriota —explicó Alonzo—. Pero no comprendo... No comprendo cómo Calvino pudo ejecutar a un hombre que solo estaba de paso; ni siquiera era ciudadano de esta ciudad. De alguna manera, Calvino logró detenerlo y luego lo juzgó por cargos de herejía. Sí, al estilo de la Inquisición católica. Casiodoro, la Biblia no enseña eso, ¿verdad que no? ¡No es posible que la iglesia de Jesucristo mande a quemar a los herejes!

”Nunca podré borrar de la mente ese día horrible. —Alonzo se estremeció otra vez—. No debí venir a este lugar, pero quise observar la ejecución. Por supuesto, ni Juan Calvino ni los otros dirigentes de la iglesia estuvieron presentes. ¡Ojalá lo hubieran estado! Casiodoro, ¡quemar a un hombre vivo es algo horrible!

”Sucedió aquí, en este lugar más o menos —continuó diciendo Alonzo mientras golpeaba la tierra con la punta del zapato—. Es probable que todavía se encuentren cenizas por aquí. Ese día, clavaron

52 <https://www.britannica.com/biography/Michael-Servetus>

una estaca en la tierra y luego apilaron leña y los libros de Servet alrededor de la estaca. Cuando sacaron a Servet, se veía pálido y demacrado. Lo obligaron a pararse sobre la leña, de espaldas a la estaca, y le ataron las manos a la estaca. Después de atarle también los pies, encendieron la leña. Todos observamos estupefactos mientras la llama crecía y se extendía poco a poco. Servet sencillamente permaneció inmóvil por un rato, su rostro lucía serio y pálido. Cuando el fuego se acercó a sus pies, empezó a retorcerse del dolor; intentaba alejarse de la llama. Los verdugos avivaron el fuego de manera que se levantara y comenzara a quemar sus pies y piernas.

El rostro de Alonzo se distorsionó por la angustia... Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Sus labios comenzaron a temblar de manera que no pudo hablar. Finalmente, continuó en un susurro ronco y pausado:

—El rostro de Miguel se desfiguraba por el dolor... Se quejaba de una manera horrible. En un momento clamó: “¡Cristo, Hijo del Dios eterno!” Luego volvió a gemir cuando las llamas envolvieron su cuerpo. Nunca podré olvidar el crepitar del fuego... Los gemidos de Miguel... ¡Tanto sufrimiento!

Alonzo se cubrió el rostro con las manos y sollozó. Luego, alzó la voz y dijo, casi gritando:

—Nunca olvidaré su mirada... ¡y los gritos! No puedo sacar de mi mente el olor de la carne humana quemada. Casiodoro, ¿cómo puede alguien cometer semejante barbarie en el nombre del Señor? ¡No puede estar bien!

Casiodoro puso su brazo sobre los hombros de su amigo. Alonzo temblaba. Al ver la angustia de su amigo e imaginar la escena horrible, Casiodoro sollozó junto con él... Ninguno decía palabra...

Finalmente, Alonzo continuó:

—El pobre hombre sufrió largamente en las llamas, pero creo que por fin murió asfixiado por el humo. Yo permanecí inmóvil, observando hasta que su cuerpo se convirtió en cenizas. Entonces me volví

y caminé torpemente hacia mi apartamento. Estaba tan enfermo que no pude comer el resto del día. Me eché sobre mi cama y lloré.

—Sabes, Casiodoro, desde ese día Juan Calvino ya no es el mismo para mí. ¿Cómo pudo apoyar algo así? Yo hubiera querido que Juan Calvino presenciara la ejecución para que hubiera visto el dolor, escuchado los gritos y olido la carne quemada. Él propuso decapitar a Servet en lugar de quemarlo, como una medida quizás no tan dolorosa. Pero el caso es que Calvino sí deseaba matarlo. Desde ese día, no he podido apreciar sus predicaciones y trato de evitar la iglesia cuando él predica. Obviamente, a veces me veo obligado a oírlo. Aún amo al Señor y creo en la Biblia. Me encanta escuchar al predicador que expone la Palabra de Dios. Pero sencillamente no puede ser... ¡Quemar a un hombre por sus creencias! Casiodoro, por favor dime, ¿apoya la Biblia la tortura y el martirio de personas?

—No, en ninguna manera —respondió Casiodoro con firmeza. Bajo el antiguo pacto, la nación de Israel peleaba guerras y mataba a sus enemigos con la espada. Pero, bajo el nuevo pacto, Jesús nos enseña que debemos amar a nuestros enemigos en lugar de matarlos.

—En ese caso, ¿por qué lo hacen los protestantes? —preguntó Alonzo en confusión—. He escuchado que Lutero respaldó la matanza de miles de campesinos que rechazaron su gobierno. Dicen que Zuinglio ordenó la ejecución de muchos anabaptistas. Me parece que los reformadores han seguido el método católico de imponer sus creencias... Aceptas o te toca la muerte.

Casiodoro se enjugó las lágrimas, meneó la cabeza y se volvió para regresar a la ciudad. Entonces agregó:

—Aparentemente, están resueltos a mantener su sistema de gobierno y controlar a la gente. Me gustaría hablar de este asunto con Calvino en algún momento. Aquí no tememos a la Inquisición católica, y eso es maravilloso. Por otra parte, ¿estamos obligados a aceptar todas las creencias de Calvino? Si es así, Ginebra no es libre.

—Sabes, Casiodoro —reflexionó Alonzo—, hace algunos años,

unos anabaptistas aquí en Ginebra debatieron con Juan Calvino y su gente. Debatieron sobre este asunto de ejecutar a los herejes. Los anabaptistas creen en una iglesia libre, donde los creyentes se unen por voluntad propia, a través del bautismo de adultos. Ahora, ¿qué resultó del debate? El gobierno de la ciudad acabó por expulsarlos de Ginebra.⁵³ ¿Lo ves, Casiodoro? En Ginebra realmente no tenemos la libertad para seguir los dictados de nuestra conciencia. Estamos obligados a creer lo que enseña Calvino. Realmente no conozco a los anabaptistas, pero me parece que tienen algunas creencias más apegadas a la Biblia que las creencias protestantes.

La separación de la iglesia y el estado llegó a ser un tema de conversación constante entre los *monjes* españoles. Concluyeron que Casiodoro debía programar una reunión con Juan Calvino para dialogar sus dudas con él. Cipriano de Valera y Antonio del Corro lo acompañarían. Juan Calvino era un hombre sumamente ocupado, así que la reunión no llegaría hasta varias semanas más tarde.

Entre tanto, las preocupaciones de Casiodoro iban en aumento. Su primera gran impresión de Ginebra se estaba desvaneciendo. Muchos de los ciudadanos no tenían ningún interés en los asuntos espirituales. Asistían a la iglesia dos veces los domingos porque era la ley, pero le daban poca consideración a la predicación. El interés de muchos católicos en Sevilla contrastaba marcadamente con la apatía de los protestantes de Ginebra.

Casiodoro también notó la manera en que las personas hablaban. Se escuchaban muchas críticas y quejas acerca de Juan Calvino, su iglesia y su gobierno. Las conversaciones corrompidas y los chistes vulgares también eran cosa común. Muchos de los jóvenes parecían desenfrenados, irrespetuosos e irreverentes. Casiodoro comparó el ambiente de Ginebra con el del monasterio de San Isidoro. Después de su conversión, los monjes habían intentado agradar al Señor.

53 *The Mennonite Encyclopedia* (La enciclopedia menonita), ed. 1955, s.v. "Calvin, John".

Sin embargo, parecía que los ciudadanos de Ginebra eran, en su mayoría, inconversos. El pueblo de Ginebra era protestante porque su gobierno lo era, pero no conocían el temor de Dios. A pesar de las estrictas leyes establecidas por Calvino, no había distinción entre los corazones de estas personas y los de muchos católicos de Sevilla.



En el día señalado, Casiodoro de Reina, Cipriano de Valera y Antonio del Corro se reunieron con Juan Calvino en el hogar de este último. El rostro aguileno del anfitrión mostraba benignidad y amabilidad cuando preguntó:

—Bien, ¿de qué quisieran dialogar, señores?

—Maestro Calvino, hemos apreciado grandemente la libertad y las muchas ventajas que nos ofrece esta bella ciudad —comenzó a decir Casiodoro.

—Me alegro de que estés aquí y puedas disfrutar las libertades y bendiciones de nuestro gobierno —interpuso Calvino—. Aquí en Ginebra, después de años de control católico sobre una población pecaminosa, hemos establecido un gobierno donde reina la paz de Dios y la prosperidad. El gobierno de Ginebra está basado en la Biblia. Hemos comprobado que este es el tipo de gobierno que necesita todo el mundo.

—Bien, eh... —Casiodoro se aclaró la garganta. No deseaba contradecir directamente al maestro Calvino—. Sí, apreciamos la facilidad para imprimir literatura en castellano, y me complace el poder trabajar abiertamente en la traducción. Estamos muy agradecidos.

—¿Cómo va la traducción? —preguntó Calvino mientras se pasaba la mano por la barba larga y rala—. Ustedes son hombres competentes y con buena formación académica; tienen nuestro apoyo para ese proyecto, definitivamente. ¿Has visto mi libro *Institución de la religión cristiana*? ¿No crees que mis enseñanzas respecto a la fe y el gobierno

deberían estar disponibles en castellano? Me parece que el modelo de gobierno que hemos logrado aquí se podría llevar a lugares de España, ¿no crees?

La conversación se estaba volviendo tremendamente incómoda para Casiodoro. ¿Cómo podría compartir sus preocupaciones acerca de las enseñanzas de Calvino? Decidió que lo mejor sería abordar el asunto de frente.

—Sí, apreciamos muchísimo la libertad que disfrutamos aquí —dijo otra vez—. Pero tenemos algunas preguntas y preocupaciones.

—Ah, ¿de verdad? Bien, procede. ¿Qué están pensando?

—Por ejemplo, el asunto de que la iglesia trabaje en unión con el estado. ¿Enseña la Biblia que la iglesia debe ejercer como un gobierno civil y gobernar por la fuerza?

Calvino se sorprendió.

—¿Qué... qué preguntas tienen en ese sentido? ¿Ven ustedes algún problema? Acabas de decirme que aprecias nuestro gobierno.

—Sí, es cierto, lo apreciamos —confirmó Casiodoro—, pero la pregunta es si desea Dios que la iglesia gobierne sobre todas las personas, incluso los inconversos. Hemos visto que muchas personas aquí asisten a la iglesia porque la ley lo manda, no porque deseen hacerlo. La asistencia a los cultos... ¿debe ser obligatoria?

—Es para su bien, ¿no? —preguntó Calvino. ¿No es cierto que la predicación de la Biblia les ayuda a vivir en pureza? ¿Es malo que asistan a la iglesia?

—No, obviamente no es malo, y estoy seguro de que trae algún beneficio —le aseguró Casiodoro—. Sin embargo, la iglesia no puede ejercer control sobre los incrédulos, ¿verdad? Pertener a la iglesia debería ser algo voluntario... ¿O debe la iglesia castigar a los que tienen creencias diferentes?

”Nosotros salimos del catolicismo fuerte en España, donde el gobierno obliga a todos a ser católicos. Pero ningún gobierno puede dictar las convicciones interiores de la persona, ni siquiera con el uso

de la fuerza. Aquí en Ginebra, ustedes han abolido algunas de las enseñanzas erradas del catolicismo, pero todavía obligan a la población a formar parte de la iglesia. Así que, maestro Calvino, yo pregunto ¿qué es la libertad verdadera?

—Miren, cuando exigimos que todas las personas de Ginebra obedezcan lo que dice la Biblia, el resultado es una ciudad libre —insistió Calvino.

—Supongo que debo aclararlo de esta forma —dijo Casiodoro—. ¿Se debe castigar a alguien que no cree de la manera establecida por la iglesia? ¿Debe la iglesia condenar a un hereje y mandar que sea ejecutado?

—Ah, ya veo. Te refieres al asunto de Miguel Servet —observó Calvino—. ¿Quieres decir que actuamos mal por juzgar a un hereje que amenazaba con destruir la obra de Dios? En la Biblia vemos casos en que el pueblo de Dios fue mandado a destruir a los ídólatras por completo. ¿No has leído la Biblia, Casiodoro?

—Sí, maestro Calvino, la he leído —respondió Casiodoro con calma—. Sé que, en la antigüedad, cuando el pueblo de Israel era un gobierno civil, Dios les mandó que mataran a sus enemigos. Eso sí, usaban la espada para una muerte rápida... Los israelitas no encarcelaban ni torturaban a sus enemigos. En todo caso, bajo el nuevo pacto, se nos manda *amar* a nuestros enemigos y no tomar la espada.

Calvino se incomodó.

—Casiodoro, ¿has estado hablando con los anabaptistas? —preguntó ásperamente—. ¿Comprendes cuán peligroso es el veneno de la doctrina anabaptista? Esos herejes han engendrado todo un océano de opiniones falsas y necias.⁵⁴

—No, nunca he hablado con ningún anabaptista. He oído de ellos, pero no me refiero a ellos —aclaró Casiodoro—. Mi pregunta se

54 Tomado de la refutación de Calvino de los siete Artículos de la confesión de Schleithem de los anabaptistas. (Briefe Instruction pour armer tous bons fideles contre les Erreurs de la secte des anabaptistes), <http://www.truecovenant.com/calvin/calvin_against_anabaptists.html>, visto el 17 de agosto, 2018.

basa únicamente en lo que he leído en la Biblia, específicamente en el Nuevo Testamento.

—¡Nuevo Testamento! Pareciera que has aceptado el horrible dogma de los anabaptistas, ¡que el Antiguo Testamento ha sido abolido! Como le he dicho a otros anabaptistas, “toda la Escritura es (...) útil (...) a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”.⁵⁵

—Pero, maestro Calvino, no me refiero a las enseñanzas de los anabaptistas —insistió Casiodoro—. He dedicado muchas horas al estudio de la Biblia. Yo creo, basado en el libro a los Hebreos, que hoy estamos bajo un nuevo pacto. El antiguo pacto no es el pacto vigente hoy día para los creyentes; ahora estamos bajo un nuevo pacto, que nos trajo Jesús, el Cristo.

—Casiodoro, te advierto, ¡hablas justo como un anabaptista! —insistió Calvino—. ¿Sabes cómo habla esa gente? Pareciera que no tienen cerebro. No creas que no sé lo que enseñan esos pobres ignorantes. Escribí una refutación de siete artículos de sus errores perniciosos.⁵⁶ He debatido con ellos y he convencido a algunos, logrando que vuelvan a la verdad de nuestra iglesia. Los que persistieron en su camino errado fueron expulsados de Ginebra. El primer esposo de mi amada y finada esposa era anabaptista.⁵⁷ Así que, como podrán ver, conozco bien sus enseñanzas estúpidas.⁵⁸ Me parece que tú le has prestado oído a sus doctrinas vacías.

55 Calvino formuló esta expresión respecto a la práctica anabaptista de basar su doctrina sobre el Nuevo Testamento en una carta que escribió a Farel el 21 de enero, 1546. *The Mennonite Encyclopedia* (La enciclopedia menonita), ed. 1955, s.v. “Calvin, John” or <[http://gameo.org/index.php?title=Calvin,_John_\(1509-1564\)](http://gameo.org/index.php?title=Calvin,_John_(1509-1564))>.

56 <http://www.truecovenant.com/calvin/calvin_against_anabaptists.html>, visto el 17 de agosto, 2018.

57 *The Mennonite Encyclopedia* (La enciclopedia menonita), ed. 1955, s.v. “Calvin, John”.

58 Palabras tomadas de la refutación que hace Calvino de los Siete Artículos de la confesión anabaptista de Schleithem. (*Brieve Instruction pour armer tous bons fideles contre les Erreurs de la secte des anabaptistes*), <http://www.truecovenant.com/calvin/calvin_against_anabaptists.html>, visto el 17 de agosto, 2018.

—Como ya dije, maestro Calvino, no baso mis preguntas en sus enseñanzas, sino en lo que he leído en la Biblia —declaró Casiodoro.

—¿Has leído los escritos de los padres de la iglesia? —preguntó Calvino—. ¿Has leído lo que escribió Agustín respecto al uso de la fuerza para restaurar a los herejes a la iglesia verdadera? Él defiende el uso de la fuerza.

—Sí, he leído los argumentos de Agustín al respecto —respondió Casiodoro con paciencia—. Pero Agustín escribió unos 300 años después de que fuera completado el Nuevo Testamento.

—Aquí en Ginebra, estamos volviendo a las enseñanzas originales de la Biblia que los católicos han abandonado —dijo Calvino—. Cuando volvemos más de mil años en la historia, a las enseñanzas de Agustín, estamos volviendo a las enseñanzas *originales* de la iglesia.

—Pero ¿estás seguro de que están volviendo a las enseñanzas originales de la iglesia *apostólica*? —preguntó Casiodoro—. La influencia del emperador romano Constantino sobre la iglesia a principios del siglo IV llevó a la apostasía. Agustín vivió después del tiempo de Constantino y defendió los cambios que la iglesia había aceptado durante el reinado de Constantino. ¿No es cierto que Agustín más bien promovió una desviación de la enseñanza original de los apóstoles? Sé que los católicos utilizan los argumentos de Agustín para defender la práctica de quemar a los herejes, pero yo diría que debemos volver más atrás en la historia. Debemos volver al Nuevo Testamento.

—Bueno, yo tengo el apoyo de todos los reformadores protestantes —razonó Calvino—. Lutero apoyó la erradicación de los campesinos que entorpecían el desarrollo de la obra de Dios en Alemania. Zuinglio se deshizo de muchos anabaptistas en Zúrich. Nosotros, los reformadores protestantes, estamos haciendo una gran obra para el Señor, y entendemos que la Biblia apoya la práctica de eliminar a los enemigos que entorpecen la obra del Señor.

Casiodoro, con tristeza, bajó el tono de su voz.

—Pues, yo no encuentro apoyo *neotestamentario* para la ejecución de los herejes. Jesús mismo, y el nuevo pacto que él nos entregó, nos enseñan exactamente lo opuesto.

”Además, me preocupa el bautismo de infantes. No hay base bíblica para la práctica de bautizar a los bebés. El Señor nos dice que los que creen, se arrepienten y son bautizados, esos serán salvos. Todos sabemos que un infante no puede creer y no puede arrepentirse.

—Tú hablas precisamente como un anabaptista —dijo Calvino, irritado—. Y esa enseñanza destruiría el orden de nuestra ciudad. ¿Cómo podríamos mantener el orden en Ginebra si bautizáramos solo a los que piden el bautismo?

—Pero eso es lo que vemos en la Biblia... En cada caso, la persona o personas bautizadas eran adultos que habían tomado la decisión de creer. No encontramos casos de infantes que se hayan bautizado —señaló Casiodoro.

—Sí, pero el Evangelio era algo nuevo para esos adultos —explicó Calvino—. Ellos tenían que creer y recibir el bautismo para pasar a formar parte de la nueva fe. Sin embargo, los niños de estos fueron bautizados en este pacto hecho con sus padres. Aun el Nuevo Testamento narra de casos en que familias enteras fueron bautizadas. ¿Acaso no fueron bautizados también los infantes y niños?

—Escucha, Calvino, ¿por qué hay tantos jóvenes tan desenfrenados e irrespetuosos en esta ciudad? —preguntó Casiodoro con franqueza—. ¿Acaso no se debe a la práctica de bautizarlos a pesar de que no se han convertido? Se han bautizado, sí, pero no tienen interés en los temas espirituales.

Calvino se inclinó hacia adelante y miró a Casiodoro con severidad.

—Casiodoro, nosotros tenemos un gobierno eclesiástico, y marcha muy bien. Tú mismo dijiste que aprecias la paz que hemos logrado. No queremos que nadie, ni aun un erudito capaz, altere nuestro orden. Si deseas los beneficios de nuestra paz y buenas

provisiones, esperamos tu cooperación. Recuerda, expulsamos a los anabaptistas por la misma razón.

Casiodoro se había inclinado hacia delante durante la conversación intensa. Ahora se echó hacia atrás y respiró profundamente.

—Sí, maestro Calvino, comprendo. Gracias, y que pases una buena tarde.

Calvino se puso de pie y los despidió:

—Recuerden, señores, tenemos un sistema que marcha muy bien. Ginebra es la ciudad más pacífica de Europa.

Esa tarde, el antiguo grupo de monjes dialogó profundamente sobre la reunión, y los padres de Casiodoro escucharon. Los que no habían asistido a la reunión con Calvino querían escuchar qué había dicho el reformador. Repasaron los detalles del debate una y otra vez. Casiodoro estaba convencido de que tendría que salir de Ginebra; Calvino no toleraría sus creencias.

Cipriano, por su parte, estimaba más la paz y las ventajas de la vida en Ginebra.

—Las enseñanzas de Calvino han traído buenos resultados —argumentó Cipriano—. La vida es pacífica y segura en Ginebra. ¿Por qué salir y exponerse al peligro? La Inquisición querrá ponernos las manos encima y llevarnos a Sevilla. Aquí estamos a salvo, si no hacemos mucho escándalo ni alteramos las cosas.

Casiodoro frunció el ceño con preocupación.

—Cipriano, la paz de Ginebra es una paz social. Las enseñanzas de Calvino no han producido un pueblo espiritual; no es como lo que sucedió entre nosotros en el monasterio. Él no cuenta con una iglesia convertida. Me parece que su doctrina se centra en defender su proyecto político y no en vivir las enseñanzas de la Biblia. ¿No te parece?

Cipriano se encogió de hombros... No hizo ningún comentario.

Antonio del Corro tomó la palabra,

—Sí, yo diría exactamente lo mismo —afirmó—. Tú y Calvino

abordaban el asunto desde puntos de vista totalmente distintos. Tú, Casiodoro, estás resuelto a volver a la Biblia, pero Calvino se limita a defender su plan de un gobierno eclesiástico. Él está contento y orgulloso con sus logros en Ginebra.

—Pues, no nos precipitemos a juzgar a Calvino —intervino Cipriano—. Sus logros son evidentes. Como él dijo, Ginebra es probablemente la mejor ciudad de Europa. Muchas personas buscan aquí refugio debido a las ventajas que ofrece la ciudad.

Casiodoro presintió que sería mejor no insistir. Se puso de pie y dijo:

—Vayamos a casa, madre, padre. Tenemos mucho en qué pensar y orar.



CAPÍTULO 24

Ginebra, Fráncfort y Londres

1557-1559

Casiodoro y sus padres comenzaron a hacer planes. Tendrían que dejar Ginebra. Algunos de los exmonjes españoles decidieron salir con ellos.

Julianillo también estaba ocupado con los planes para su viaje. Compró seis barriles de madera. En la parte trasera de la imprenta, Julianillo, Casiodoro y otros, cuidadosamente prepararon fondos falsos para cada barril. Trabajaron hasta tarde en la noche, y se esmeraron para asegurarse de que el espacio vacío no pudiera ser detectado fácilmente desde arriba. Cuidadosamente, colocaron los Nuevos Testamentos en el espacio oculto. Después, Julianillo compró grandes cantidades de tela chambray⁵⁹ importada para llenar los barriles. Ginebra era conocida por el comercio de telas extranjeras que allí se daba, así que fue fácil comprar grandes cantidades de aquella valiosa tela.

59 Una tela ligera para elaborar ropas; la urdimbre es de colores y la trama es blanca.

Una tarde, Casiodoro, sus padres y los antiguos monjes del monasterio de San Isidoro se reunieron para hacer una oración con Julianillo y darle una despedida especial. Cada uno de ellos había contribuido para cubrir los gastos del viaje. Casiodoro le entregó a Julianillo unas cartas para entregar en España, además de un paquete especial para un amigo.

Todos se colocaron en un círculo mientras Julianillo le hablaba al grupo.

—Si Dios quiere, saldré mañana hacia Lyon, Francia, viajando en carruaje. De allí continuaré en carruaje hasta llegar a Lourdes, al pie de los Pirineos. Allí espero comprar cuatro mulas y equiparlas para cruzar las montañas y llegar a Jaca, España, antes de que llegue el frío del invierno. ¡Estoy ansioso por hacer el viaje y ver qué es lo que el Señor tiene para mí!

Con cautela femenina, la madre de Casiodoro preguntó:

—Julianillo, ¿no tienes miedo de hacer un viaje tan riesgoso? Habrá peligros en las montañas y el riesgo enorme de que te capture la Inquisición.

—Sí, siento algo de temor —reconoció Julianillo—. Pero estoy tan seguro de que Dios me está guiando a hacer este viaje que siento paz. Tanto así que ¡me entusiasma la idea de hacer el viaje! Con alegría asumiré los riesgos, pues conozco la importancia de la misión. Recuerda, estoy haciendo esto para el Señor, quien cumplió una misión mucho más peligrosa cuando vino a este mundo. Voy en su nombre.

Después de un diálogo animado, Casiodoro sugirió:

—Oremos.

El grupo se acercó a Julianillo y lo rodeó. Casiodoro derramó su corazón, pidiendo que Dios dirigiera y protegiera a Julianillo en aquella aventura. Le rogó al Señor que llevara la literatura con seguridad a su destino. Entre lágrimas, todos abrazaron a Julianillo y le desearon la bendición del Señor.



Después de la partida de Julianillo, Casiodoro y sus padres finalizaron los preparativos para su propio viaje. Decidieron ir a Fráncfort, Alemania, por el momento. Fráncfort era una ciudad protestante donde Casiodoro podría continuar su traducción sin temor. Sin embargo, correrían ciertos riesgos para llegar allá; tendrían que cruzar territorio católico, y Felipe II tenía espías por toda Europa.

Lo más preocupante era los libros de Casiodoro. Este había aumentado su colección mientras estaba en Ginebra, y todas las Biblias y libros llenaban dos maletas. Tanto Casiodoro como su padre caminaban con una maleta cada uno aquella mañana soleada en que cargaron sus pertenencias al barco que salía cada día de Ginebra rumbo a Lausana. Se deleitaron en contemplar el cielo despejado sobre las aguas azules del lago Lemán. Muchas granjas bien ordenadas rodeaban el lago, cada una con un chalé suizo bien cuidado. Las vacas salpicaban los pastos verdes y los Alpes cubiertos de nieve se alzaban detrás de los pastos. Mientras los tres admiraban la belleza, la madre de Casiodoro exclamó:

—¡Este viaje es tan bello! Solo deseara que no tuviéramos que sentirnos en peligro constante.

—Sí, madre, comprendo, pero recuerde que hemos dedicado nuestra vida a una causa digna —le recordó Casiodoro.

—Sí, hijo, pero... ¿por qué Calvino no puede ser más flexible para que podamos quedarnos en Ginebra. ¡La vida es tan agradable aquí!

—No debemos sentirnos mal con él —instó Casiodoro—. No podemos permitir que su intolerancia arruine nuestra vida con amargura. El Señor cuidará de nosotros. Estamos dispuestos a sufrir por la causa, ¿no?

—Sí, hijo, estoy dispuesta a sufrir contigo. Estoy agradecida de que podemos viajar juntos y ayudarte en la obra de Dios.

Esa tarde, el barco llegó a Lausana. Llevando sus maletas, Casiodoro y sus padres dejaron el muelle de madera y caminaron por la calle adoquinada, pasando por la puerta en el muro de la ciudad. Hallaron una posada donde se dispusieron a pasar la noche.

A la mañana siguiente, tomaron un carruaje que salía temprano rumbo a Biena. Por varias horas, viajaron por un valle amplio con montañas a la distancia. Pasaron por bellas granjas suizas, atravesaron pueblitos rurales con iglesias antiguas. Observaron castillos en las cimas de las colinas y admiraron dos bellos lagos con cisnes blancos que nadaban en el agua azul. El carruaje avanzó ruidosamente por el extremo sur del lago de Neuchâtel y luego por el borde norte del lago de Biena. Cuando finalmente llegaron a su destino, ya tarde esa noche, estaban tan agotados que de inmediato se dirigieron a una posada para dormir.

El próximo día tomaron otro carruaje hacia Basilea. Desde Basilea, los caballos tuvieron que emprender la larga subida por el macizo del Jura. Mientras subían, el aire se volvía más fresco. Cruzaron arroyos de agua clara que saltaba sobre las rocas y caía desde acantilados altos flanqueados por bosques de pinos. Esparcidas entre los cerros se divisaban pequeñas granjas con vacas de ordeño, cabras y caballos. El paisaje bello y el aire fresco hacía que el viaje resultara placentero.

Más cerca de Basilea, cruzaron las colinas junto a las montañas y luego siguieron un pequeño río que desembocaba en el río Rin. Ya en la tarde, los caballos cansados entraron lenta y pesadamente por las calles de Basilea. Los viajeros cansados cobraron cierto ánimo al ver las calles flanqueadas por casas altas. El cochero guio a los caballos por la plaza y hasta el puerto en el gran río Rin. Los pasajeros, un tanto entumecidos, caminaron arrastrando los pies por las calles adoquinadas para buscar posada. Después de acomodarse, Casiodoro volvió al muelle. Conversó con un capitán que partía en dos días hacia Fráncfort, siguiendo el río Rin, e hizo planes para viajar con él.

El próximo día, Casiodoro y sus padres descansaron, compraron comida para el viaje de cuatro días y se sentaron en el muelle para observar el puerto y el tránsito por el río. A la mañana siguiente, llegaron temprano al muelle para abordar su barcaza. Se trataba de una balsa de troncos con una cubierta construida sobre los troncos. Cuando la balsa llegara a su destino, sería vendida como madera a quien quisiera aserrar los troncos.

El capitán designó una esquina de la barcaza para que los pasajeros pudieran colocar sus maletas, extender alfombras para dormir y preparar comidas. Siguiendo la recomendación del capitán, erigieron un albergue de palos y lona para protegerse del sol y la lluvia. Otros pasajeros también buscaron las áreas asignadas para el viaje de cuatro días. El resto de la barcaza estaba repleta de sacos, barriles y cajas.

Deslizarse por las aguas del Rin fue la parte relajante del viaje. Mucho más cómodo que el traqueteo tosco del carruaje. Desde la sombra bajo la lona, Casiodoro y sus padres admiraban el paisaje. Las orillas del Rin estaban bien flanqueadas por viñas, arboledas, granjas, casas, pueblos e iglesias antiguas. En la cima de las colinas altas, castillos formidables se erguían para vigilar sobre el ancho río. Los viajeros también observaban otros barcos y barcazas que surcaban el río. La navegación cuidadosa se volvía necesaria para evitar colisiones, especialmente con las barcazas. En varias ocasiones, pasaron tan cerca de otra nave que los pasajeros preocupados contuvieron el aliento. Sin embargo, en cada ocasión, la destreza del capitán evitaba el desastre. Cuando ya oscurecía, el capitán amarró la barcaza para pasar la noche. Navegar en la oscuridad resultaba sumamente peligroso. Casiodoro y sus padres pasaron la noche en la barcaza, pues temían aventurarse por las riberas sabiendo que los espías de la Inquisición merodeaban por todas partes.

Después de atravesar las principales ciudades de Estrasburgo,⁶⁰

60 En la actualidad, Estrasburgo es parte de Francia, localizada en el río Rin que forma la frontera entre Francia y Alemania. Es la capital del distrito de Alsacia. Pero en el siglo XVI, Estrasburgo era una ciudad imperial del Santo Imperio Romano.

Mannheim y Worms en Alemania, los viajeros arribaron a Maguncia, donde Casiodoro y sus padres desembarcaron. Allí pasaron la noche antes de continuar el próximo día en carruaje hacia su destino.

Ya en Fráncfort, Casiodoro observó las casas alemanas con interés. Las grandes estructuras se levantaban dos o tres pisos. Un atractivo marco de madera de color rojo oscuro o café rodeaba el yeso de color claro. Casiodoro se sintió feliz cuando halló un apartamento en un precio razonable en el tercer piso de una de esas casas viejas. Compró una mesa pequeña, tres sillas y unas pocas cosas esenciales para amueblar su apartamento sencillo. Casiodoro se disculpó con sus padres:

—Madre, padre, ustedes merecen algo mucho mejor, pero será necesario gastar cuidadosamente nuestro dinero para que podamos sobrevivir este invierno. Espero no tener que trabajar para nuestra manutención y poder dedicarme a la traducción.

—No te preocupes, Doro —lo animó papá—. Yo espero hallar algún trabajo, como lo hice en Ginebra. Mamá cuidará la casa y tú podrás dedicar tu tiempo a la traducción. Eso es lo más importante; es la razón por la que estamos aquí.

—Gracias, padre. De verdad aprecio su ayuda y su apoyo.

Casiodoro colocó la mesa junto a una ventana desde la cual podía mirar la calle. Allí pasaba sus días ocupado en la traducción. Su espalda a veces se resentía, pero su corazón se regocijaba porque tenía tiempo y libertad para continuar con la obra de traducir la Biblia al castellano. Su padre hallaba trabajos ocasionales: hacía mandados, limpiaba tiendas y cargaba productos en los días de mercado. Su trabajo diligente le permitía comprar los alimentos y la leña. Mamá se sentía satisfecha cocinando, lavando y limpiando la casa para los hombres de la familia.

Fráncfort era una ciudad protestante luterana. Casiodoro pronto vio el contraste entre el sistema de iglesia de Lutero y el de Calvino en Ginebra. Mientras Calvino usaba la ley civil para forzar

a las personas a vivir según los mandatos de la iglesia, el sistema luterano permitía que el individuo escogiera su propio estilo de vida. Tal como Casiodoro había escuchado, muchos luteranos vivían vidas descuidadas y pecaminosas. Lutero enfatizaba que la fe interior era lo único necesario, lo cual resultaba en vidas muy desenfrenadas.

Casiodoro no vio mucha diferencia entre el estilo de vida de los luteranos y el de los católicos. La cantidad de alcohólicos en Fráncfort lo impresionó, y le parecía desalentador el que muy pocas personas asistían a los cultos. Sin embargo, comprendió por qué no tenían interés. La predicación carecía de vida espiritual. A Casiodoro le parecía que la enseñanza era tan muerta como la misa católica. Aunque estaba agradecido por la libertad de continuar traduciendo la Biblia en esta ciudad protestante, Casiodoro permaneció cauteloso, porque existía la posibilidad de que se infiltraran espías de la Inquisición.

Pronto después de establecerse en Fráncfort, Casiodoro y sus padres escucharon de la muerte del emperador, Carlos V, en setiembre de 1558. Durante los cuarenta años de su reinado, había logrado mucho por el gran imperio de España y se había convertido en un héroe. Quebrantado, cansado y engañado, se había retirado al monasterio de San Yuste en 1556. Estaba convencido de que la Iglesia católica era la única iglesia verdadera, y que él había cumplido la voluntad de Dios al ordenar la muerte de cuantos se opusieran a la doctrina católica. Por supuesto, toda su gloria y riqueza se esfumaron cuando compareció frente a su Creador.

Solo unos pocos meses después, llegó la noticia de la muerte de otra gobernante conocida. María I, la reina de Inglaterra murió en noviembre de 1558 después de un breve padecimiento. Ella se había casado en 1554 con Felipe II de España, el hijo de Carlos V, con la esperanza de dar a luz un heredero al trono de Inglaterra. Felipe II se había casado con ella con la esperanza de anexar a Inglaterra a su imperio. Cuando María no le dio un hijo, abandonó a su nueva

reina en Inglaterra después de haber vivido con ella solo un año.

La reina María fue implacable en sus esfuerzos por restaurar el catolicismo en Inglaterra. Bajo sus órdenes, tantos protestantes fueron quemados en la hoguera que la reina llegó a ser conocida como María la Sanguinaria. Cuando la reina María falleció, la mayoría de los ingleses se regocijaron cuando su hermana protestante, Isabel, llegó a ser reina. Se propagaron rápidamente las noticias de que la reina Isabel ofrecía libertad de culto a los protestantes y, al escucharlo, muchas personas de Europa continental acudieron a Inglaterra.

Cuando Casiodoro escuchó estas buenas nuevas de Inglaterra, habló con sus padres de la idea de trasladarse a Londres. De inmediato concluyeron que sería más seguro trasladarse que vivir en Fráncfort, así que vendieron las pocas pertenencias que habían adquirido e hicieron maletas para viajar de nuevo.

La familia viajó en barco por el río Meno hasta Maguncia. Desde allí, nuevamente abordaron una barcaza para el viaje por el río Rin hasta llegar a Róterdam, Países Bajos. Los primeros días, navegaron entre viñas, granjas pequeñas y pueblos situados a orillas del río.

Después de varios días, llegaron a Colonia. Los espías de la Inquisición representaban un peligro, de manera que Casiodoro hubiera preferido pasar junto a esta gran ciudad católica sin detenerse. Desde el río, podía ver las torres gemelas de la catedral católica. Cuando todos los demás pasajeros y la tripulación desembarcaron y se dirigieron a la ciudad para pasar la noche, Casiodoro y sus padres permanecieron a bordo, observando la actividad nocturna junto al río.

Temprano a la próxima mañana, el capitán soltó la barcaza y continuaron río abajo. A cierta distancia de Colonia, llegaron a un terreno llano y abierto donde la navegación se volvía más lenta. Los campos de granos y abundantes pastos verdes bordeaban el río. Allí pastaban hermosas vacas Holstein, con sus típicos colores blanco y

negro. Las casas encaladas se guarecían bajo empinados techos de paja.

Casiodoro y sus padres notaron con admiración las cuadrículas de canales que partían las granjas y regaban los campos llanos y cuadrados.

—¿Ves todos los molinos de viento? —explicó otro pasajero—. Bombean agua desde los canales más bajos hasta los de mayor elevación. El agua va pasando de canal en canal hasta que es bombeada sobre un dique y sale al mar. Si no fuera por esta inteligente ingeniería holandesa, este terreno fértil para la agricultura no sería más que un pantano inútil.

Al aproximarse al mar, el nivel del terreno circundante se volvía tan bajo que el río se hacía ancho y la corriente desaparecía casi por completo. En Dordrecht, el río se dividió en dos ramales. El capitán dirigió la barcaza hacia el norte, por el ramal más estrecho. Siguiendo hacia el norte, llegaron a Róterdam, la cual resultó ser un puerto de mucha actividad, con barcos de Portugal, España, Italia, Grecia, Egipto y muchos otros lugares. Casiodoro notó que no había en Róterdam barcos del Nuevo Mundo, como sí era común en Sevilla. No había duda de que España controlaba el comercio con el Nuevo Mundo.

Casiodoro observó cuidadosamente las altas y estrechas casas holandesas que bordeaban los canales que corrían por el centro de las calles. Algunas personas viajaban en bote por los canales mientras otras caminaban por las calles angostas junto al agua.

Róterdam era una ciudad muy católica. Casiodoro tuvo cuidado especial, sabiendo que la Inquisición vigilaba todo movimiento en busca de “herejes” que quisieran escapar hacia Inglaterra. Casiodoro permaneció en la posada con su madre y los libros mientras su padre negociaba el pasaje con el capitán de un barco que los llevaría a Londres.

En Sevilla, Casiodoro había visto muchas naves grandes que

viajaban en mar abierto, pero esta sería la primera ocasión en que se haría a la mar en una nave grande. Ya amanecía cuando subieron por la plancha empinada para abordar el barco. El temor opacó la emoción de Casiodoro. ¿Aparecerían espías que descubrieran su cargamento de libros? Habían orado antes de salir de la posada y él seguía orando con cada paso. Cruzaron la cubierta superior y subieron las escaleras hacia la proa del barco, pasando de camino sobre enormes rollos de cuerdas. Casiodoro se sorprendió cuando notó cuán alto se encontraba sobre el muelle. El agua batía rítmicamente contra los lados del barco.

Casiodoro observó mientras los demás pasajeros abordaban y la tripulación acometía los preparativos finales. Algunos marineros estibaban el cargamento mientras otros arrollaban las enormes cuerdas. Varios hombres levantaron la plancha. Un trabajador del muelle desató la cuerda y la echó al agua. Cuando los marineros izaron las velas y las colocaron en su ángulo indicado, el viento las hinchó y las tensó. Las cuerdas se tensaron y la madera crujió, las velas se sacudieron y los marineros empezaron a gritar órdenes. Poco a poco el barco comenzó a moverse. El capitán timoneó la nave con cautela mientras tomaban velocidad y se alejaban del muelle.

Cuando se habían alejado poco más de unas cien varas, dos hombres bajaron corriendo por la calle hasta llegar al muelle. Con gran desesperación hicieron señas y gesticulaciones para que el barco se detuviera. Sin embargo, ya era demasiado tarde. La nave enorme continuó su marcha. Casiodoro sintió un gran alivio... Se acercó a sus padres y les dijo en voz baja:

—Cuánto me alegro de que esos hombres hayan llegado tarde. Sospecho que eran oficiales de la Inquisición.

La brisa daba contra sus rostros mientras la nave surcaba la gran expansión del mar abierto. El cielo de color gris azulado y el mar de un gris aun más oscuro, con olas grandes y violentas se unían en el horizonte. El capitán puso proa hacia algún punto en el horizonte.

Todo el barco se alzaba y luego caía, vez tras vez, meciéndose y sacudiéndose en su batalla incesante contra el oleaje. El viento que sacudía las velas con violencia y los golpes del casco contra las aguas emocionaron a Casiodoro. Él recordaba a Sevilla. Muchas veces había deseado viajar por el mar abierto. Su madre, pálida del miedo, se aferraba al brazo de su padre. Cuando la tierra desapareció a sus espaldas, Casiodoro sintió un gran alivio. El riesgo de que su cargamento precioso fuera descubierto también había quedado atrás.

Casiodoro se inclinó contra el viento mientras el barco se enfilaba hacia el Canal de la Mancha.

—Me pregunto qué hallaremos en Londres —murmuró—. Espero que hallemos un lugar seguro donde pueda proseguir en paz con la traducción. Que el Señor dirija nuestros pasos según su voluntad.

Mamá añadió:

—Espero que podamos hallar un apartamento adecuado.

—Y yo espero encontrar trabajos que me permitan cubrir nuestros gastos —añadió papá—. Los fondos que recibimos por la venta de la granja se están acabando debido a tantos viajes.

—Lo siento, padre —dijo Casiodoro—. Me pesa que eso esté sucediendo.

—Hijo, tú sabes que la causa bien vale la pena —le aseguró papá—. Con gusto daré todo lo que tengo para que la Biblia en castellano sea una realidad. Confiaremos en que el Señor suplirá para todas nuestras necesidades.

—Sí, hacemos la obra del Señor y podemos confiar en que él nos proveerá lo necesario —agregó Casiodoro.

El barco se mecía sobre las olas, la brisa acariciaba sus rostros y el corazón de Casiodoro se regocijaba. “¡Te alabo, Señor Dios, por toda tu protección y dirección hasta este momento!”



CAPÍTULO 25

Londres

1559

Después de varias horas de surcar las aguas frías del mar del Norte, Casiodoro vio frente a ellos una pequeña punta de tierra que se adentraba en el mar. “Tiene que ser Ramsgate, en Inglaterra”. Permaneció en la proa y observó hasta que pudo ver los acantilados blancos que salían del mar. El capitán enfiló el barco hacia el lado norte de la punta de tierra.

Cuando se acercaban, Casiodoro miró la estrecha playa de arena entre las olas y los grandes acantilados. Los cerros arriba, detrás de los acantilados, parecían áridos y desolados, cubiertos de pasto seco y café que se mecía en el viento. Unas pocas casas de piedra salpicaban los alrededores de las bahías. Detrás de las playas llanas y arenosas yacían pequeñas aldeas de casas de piedra con techos de tejas de madera. Sobre las colinas más altas había fortalezas. El cielo estaba nublado. Casiodoro notó que había ovejas y vacas esparcidas por las colinas azotadas por el viento. “Así que esto es Inglaterra”, pensó. “Definitivamente es distinto de España, Suiza, Alemania o los Países Bajos”.

Pronto la nave se perfilaba por una bahía estrecha. Las olas se volvieron más pequeñas y agitadas mientras entraban en la boca del amplio río Támesis que llevaba a Londres. Casiodoro sintió admiración por la habilidad de la tripulación para ajustar las velas mientras el capitán timoneaba el barco con precisión por las curvas del río. Casiodoro permanecía de pie junto a sus padres mientras navegaban por entre el paisaje llano y poco poblado.

Cuando se aproximaron al muelle en Londres, la tripulación bajó las velas y el barco avanzó lentamente. Desde la cubierta, la tripulación lanzó una cuerda fuerte a los trabajadores del muelle que la ataron a un poste grande. Después de que el barco golpeará suavemente contra el muelle, la tripulación bajó la plancha.

Los viajeros pronto descubrieron que les sería difícil comunicarse en un país de habla inglesa. A pesar de los desafíos, Casiodoro halló un pequeño apartamento que estaba dentro de su presupuesto. Lo amuebló con los artículos más baratos que pudo hallar.

En el mercado, Casiodoro halló unas pocas personas que hablaban castellano o italiano. Estos le informaron que en la ciudad se celebraban cultos en italiano. El próximo domingo, asistieron al servicio italiano y tuvieron el gozo de encontrarse con numerosos creyentes provenientes de España. Todos estos creyentes gozaban de mucha libertad en aquella ciudad. Bajo la jurisdicción del obispo de Londres, Edmund Grindal, a muchos grupos se les permitía celebrar sus propios cultos.

Cuando se dio a conocer la identidad de Casiodoro, un español que poseía una casa grande lo invitó a dirigir un estudio de la Biblia en su hogar. El próximo miércoles por la noche, se reunió un grupo grande de expatriados españoles. Casiodoro se regocijó tras encontrarse allí con varios de los que habían sido monjes en San Isidoro, recién llegados de Ginebra. Sin embargo, traían noticias abrumadoras. Uno de ellos, Juan de León, había sido capturado en Estrasburgo cuando intentaba viajar de Ginebra a Londres. Los oficiales de la Inquisición lo habían capturado y llevado de vuelta a Sevilla. Con

el corazón apesadumbrado, el grupo reunido para estudiar la Biblia formó un círculo para orar por Juan de León.

Poder reunirse de nuevo para estudiar la Palabra de Dios juntos era refrescante para todos. El dueño de la casa los invitó a volver el domingo por la noche. Pronto se estaban congregando tres veces por semana, estudiando la Biblia bajo la dirección de Casiodoro. Las reuniones resultaron de tanta bendición para los españoles que decidieron buscar reconocimiento legal.

Casiodoro visitó al obispo Edmund Grindal para indagar qué pasos tendrían que dar. Después de saludarlo formalmente, el obispo le preguntó a Casiodoro:

—¿Qué te trajo a Londres? ¿Cuál es tu misión?

—Mi misión es traducir la Palabra de Dios al castellano —respondió Casiodoro—. Vine a Inglaterra con la esperanza de ponerme a salvo de la Inquisición. He trabajado en la traducción por casi un año, pero aún queda mucho por hacer.

—Bien me imagino que traducir toda la Biblia es un emprendimiento enorme —dijo el obispo—. Y no hay duda de que España necesita una Biblia en castellano. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Aquí en Londres hay muchos españoles expatriados —explicó Casiodoro—. No hablamos inglés, así que nos gustaría reunirnos para celebrar reuniones de adoración y estudio en castellano. ¿Podemos obtener un reconocimiento legal como una iglesia castellana reconocida?

El obispo Grindal se frotó la barba pensativamente.

—Bueno, lo primero que necesitamos saber es si su doctrina es sana. ¿Puedes redactar una confesión de fe para que podamos revisarla? Eso nos ayudaría a decidir. Si ustedes concuerdan con nuestras creencias, no creo que enfrenten ningún inconveniente para obtener el reconocimiento legal.

—Me pondré a trabajar en esa confesión de fe —prometió Casiodoro.

El obispo se puso de pie y le extendió la mano.

—Para mí, ha sido un placer conocerte aquí en Londres. Que el Señor bendiga tu obra de traducción. Si necesitas ayuda, avísame.



Una noche, mientras estudiaban la Biblia, Casiodoro anunció:

—Esta noche estudiaremos algo diferente, pero muy interesante, que he descubierto en mi trabajo de traducción. Muchas veces nos referimos a nuestro Salvador como “Jesucristo”, usando ambos términos como su nombre. Usamos *Cristo* como parte del nombre, pero no es un nombre; es un título, como *Maestro* Juan o *Doctor* Juan. Para comunicar esta idea con más claridad, sería mejor traducir su nombre como “Jesús el Cristo”. En el hebreo, su título es *Mesías*, así que sería “Jesús el Mesías”. Si lo traducimos al griego, su título es *Cristo*, es decir “Jesús el Cristo”. Tanto *Mesías* como *Cristo* significan “Ungido”.

”En Juan 1:41, el apóstol Juan utilizó la palabra hebrea *Mesías* y seguidamente presentó la traducción griega “Cristo”. Ahora volvamos al versículo 38, donde dice que *rabí* significa “maestro”. Así como esta palabra fue traducida, también habrían podido traducir *Cristo* como “Ungido”. Sin embargo, por alguna razón, escogieron mantener el título griego “Cristo”.

”Mi preocupación es que no nos acostumbremos a decir “Cristo” como un nombre. Es decir, no digamos “Jesucristo” con la misma liviandad que decimos “Juan Díaz”. No siempre nos detenemos a pensar que Jesús es el Cristo, ¡el Ungido! En el Antiguo Testamento, los sacerdotes y los reyes recibían su puesto a través de la unción. Jesús de verdad es el Ungido. ¡Él fue escogido y ungido por Dios para ser nuestro sumo sacerdote y nuestro rey!

Casiodoro continuó leyendo varios pasajes del Nuevo Testamento para demostrar la manera en que el mensaje cobraba poder cuando se ponía el énfasis debido en el término *Cristo* como Ungido.⁶¹

61 En su traducción, Casiodoro siempre utilizaba el término *Jesús el Cristo*.

—Vaya, hemos escuchado una presentación poderosa de la persona de Jesús. Casiodoro hace que sea fácil entender la Biblia —comentó una persona después del estudio—. Si vemos a Jesús como rey, comprendemos mejor cómo debemos vivir bajo su reinado. Conformamos un nuevo reino y Jesús es nuestro rey. Vivimos según sus directrices e instrucciones.

Casiodoro informó al grupo sobre el apoyo que el obispo había expresado para su trabajo de traducción.

—Sin embargo —añadió—, pidió una confesión de fe para determinar si puede otorgarnos un reconocimiento legal. Me daré a la tarea de redactar un resumen de lo que creemos. Luego, quisiera que algunos de ustedes lo revisen y lo aprueben antes de presentárselo al obispo.

”Solo espero que toda esta idea del obispo no me impida seguir con la traducción. Además, no me gusta la posibilidad de que haya controversia sobre esta declaración de fe. No hay provecho en argumentar sobre detalles doctrinales. No puedo entender por qué hay protestantes que están obsesionados con controversias sobre la Trinidad, la naturaleza de Jesús o lo que sucede con el pan y el vino de la Cena del Señor.

—Algunos quizá creen que lo entienden todo —sugirió uno de los oyentes—. La verdad es que a veces se nos dificulta reconocer que no lo sabemos todo.



Casiodoro hacía su trabajo, sentado frente a su pequeña mesa, con sus libros abiertos delante de sí. Estiró su espalda cansada y miró por la ventana del segundo piso. Un anciano con un bordón venía cojeando por la calle. Un vendedor ambulante ofrecía pasteles de una caja que llevaba a la cintura. Unos niños jugaban en la calle con un perro, aunque corrieron hacia la orilla cuando un caballero adinerado pasó con aires de importancia montado en un caballo de

paso fino. Los niños se mantuvieron a un lado, pues ahora pasaba un granjero con su par de caballos que tiraban de una carreta cargada. Un ama de casa ocupada pasó rápidamente, llevando una canasta de víveres que había comprado en el mercado. Fue entonces cuando Casiodoro vio a dos hombres que doblaron la esquina. Reconoció a uno de ellos; un compatriota español que vivía en Londres. El otro, sin embargo, le parecía desconocido. Al ver sus rostros preocupados, bajó corriendo por las escaleras.

Cuando Casiodoro abrió la puerta del frente, su amigo exclamó sin rodeos:

—Casiodoro, ¡traemos noticias terribles! ¿Tienes tiempo para conversar?

—Por supuesto. Entren. —Subieron de prisa las escaleras y Casiodoro sacó unas sillas—. Cuéntenme. ¿Qué sucede?

—Este joven acaba de llegar a Londres anoche —dijo el amigo—. Salió de Sevilla hace unos meses y trae noticias muy malas.

Casiodoro se volvió ansiosamente hacia el extranjero.

—Dime todo lo que sepas —le pidió—. Yo no dejo de orar por los creyentes que quedaron en Sevilla. ¿Qué sucede allá?

—Bueno, yo por fin llegué acá después de mucha dificultad —comenzó el joven—. En España y en Francia, tuve que evitar la Inquisición dondequiera que iba. Gracias al Señor, por su gracia llegué aquí sin sufrir daño. Pero deseo contarles de Julianillo.

”Julianillo llegó hasta Sevilla con sus preciados libros y los descargó en el monasterio de San Isidoro. Cristóbal Losada y otros se habían dado a la tarea de ingresarlos a Sevilla clandestinamente, durante las noches. Durante el día, Julianillo vendía telas. Fue entonces que cometió un error gravísimo, aunque no fue su culpa. Él había llevado un paquete especial para alguien en Sevilla.

El rostro de Casiodoro comenzó a palidecer cuando comenzó a comprender. El mensajero continuó.

—Ya que no conocía a la persona, halló a otro con el mismo

nombre y le entregó el paquete de literatura a la persona equivocada. El destinatario prontamente le entregó el paquete a la Inquisición. Julianillo descubrió su error justo a tiempo y logró escapar. El grupo de estudio de la Biblia en Sevilla estaba muy preocupado... Estábamos orando por el asunto.

—¡Ay, no! —exclamó Casiodoro—. ¡Ese era el paquete que yo le enviaba a un amigo! No tenía idea de que hubiera otra persona con el mismo nombre. Ah, ¿por qué lo envié? Pero ¿qué sucedió después?

—La Inquisición buscó a Julianillo por todas partes. Lo capturaron varios días después en la Sierra de Córdoba, cerca de Adamuz. Aparentemente tenía la esperanza de escapar a través de la sierra montañosa, pero lo capturaron y lo llevaron a la prisión de San Jorge.

”Su captura resultó devastadora para nosotros. No sabemos cómo obtuvieron información, pero comenzaron a arrestar a personas por todas partes. Pronto capturaron a Cristóbal Losada, luego a Juan González, a su madre y a sus dos hermanas. Después de eso, arrestaron a los monjes del monasterio de San Isidoro. Pronto llenaron la prisión de San Jorge y luego todas las cárceles de Sevilla. Había tantos prisioneros que algunos terminaron encerrados en casas privadas en Sevilla.⁶²

—¡Ay, no! Señor, ¡ayúdales! —los hombros de Casiodoro comenzaron a temblar. Escondió el rostro en sus manos y lloró abiertamente al escuchar del sufrimiento de su querido pueblo—. Señor, ¿por qué sucedió esto? ¿Por qué envié esa encomienda? ¿Por qué, Señor? ¿Por qué? —gimió en quebranto.

Los padres de Casiodoro habían subido tras los visitantes. Su madre, pálida del asombro y el dolor, puso sus manos sobre los hombros de Casiodoro. Ella también lloraba. Su padre se volvió y lloró en voz alta, recostado contra la pared.

62 En su obra, *Artes de la Inquisición*, Reinaldo González Montano dice que la Inquisición encarceló a 800 personas del grupo durante este tiempo. (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. 144.

—¿Y qué de Constantino? —preguntó Casiodoro con la vista empañada por las lágrimas—. ¿Lo capturaron a él también?

—Sí, pero no inmediatamente. Tal vez porque era favorecido por la familia real y el concilio de la iglesia. Pero entonces sucedió algo que lo dejó sin protección alguna. Cuando la viuda adinerada, Isabel Martínez, fue echada en la cárcel, su hijo ocultó algunos tesoros valiosos para que la Inquisición no los hallara. De alguna manera, la Inquisición supo de la existencia del tesoro escondido. Enviaron a un oficial para engañar al hijo con mentiras. El oficial dijo que Isabel lo había enviado para que recogiera el secreto. El hijo estaba con tanto temor que olvidó el tesoro y se precipitó a decir: “Si usted promete dejarme en libertad, le mostraré el secreto”.

”Cuando el oficial accedió, el hijo le reveló un secreto mucho más importante que los tesoros de su madre. Le mostró al oficial una pared falsa, que cuando se abrió, reveló una enorme colección de los libros prohibidos de Constantino. Entre ellos había un documento escrito a mano por Constantino mismo, en el que aseguraba que el Papa era el anticristo. Constantino había escrito muchas otras cosas en contra de la Iglesia católica.

Casiodoro estaba sentado en el borde de su silla, escuchando con ansiedad. Ahora, interrumpió al que traía las noticias.

—Sí, yo he leído ese documento. Si la Inquisición lo halló, no hay duda, ¡Constantino terminará en la hoguera!

—Sí, lo capturaron —suspiró el joven—. Cuando le preguntaron si él lo había escrito, lo reconoció sin rodeos. “Reconozco mi letra, y así confieso haber escrito todo eso y declaro ingenuamente ser todo verdad. No tenéis que cansaros en buscar contra mí testimonios; tenéis aquí ya una confesión clara y explícita de mi creencia; obrad, pues, y haced de mí lo que queráis.”⁶³

63 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), pp. 183–184.

Casiodoro meneaba la cabeza con asombro.

—Finalmente, Constantino les declaró su verdadera fe. ¡Ya no intenta ocultar lo que cree!

—Se dice que lo echaron en una celda más agradable por causa de su reputación con la familia real. Y supuestamente, cuando informaron a Carlos V del arresto de Constantino, este escribió desde el monasterio de San Yuste: “Si Constantino es hereje, será grande hereje”.⁶⁴

Casiodoro suspiró.

—Eso responde a mi pregunta. Siempre me he preguntado si Carlos V alguna vez se arrepintió de la cruel persecución que libró contra los creyentes. Pero si escribió de esa manera poco antes de su muerte, queda claro que no sentía ningún remordimiento.

De pronto, Casiodoro sintió que la realidad de estas noticias horribles volvían a impactarlo. “¡Cuán doloroso!”

—Así que mi maestro Constantino está sufriendo en este momento en la prisión de la Inquisición. ¿Por qué, Señor? ¿Por qué? ¡Y todos los queridos monjes del monasterio! Ahora, ¿qué haremos?

Casiodoro se puso de pie y caminó de un lado del aposento al otro. Recostó su cabeza contra la pared y su cuerpo se estremeció por los sollozos.

—Padre celestial, ¿los salvarás? ¿Será que salgan vivos? ¿Alguna vez los volveré a ver aquí en esta tierra? Oh, Señor, fortalece su fe. Manténlos firmes hasta el fin.

Con gran tristeza, Casiodoro le informó al grupo de estudio de la Biblia de lo que había sucedido. Todos quedaron pasmados y entristecidos, especialmente aquellos originarios de Sevilla.

—He escuchado que la Inquisición también capturó a un grupo grande en Valladolid —dijo Casiodoro—. El pueblo español

64 Emilio Monjo Bellido, *Obras de los Reformadores Españoles del Siglo XVI* (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), p. 73.

enfrenta tiempos muy difíciles. Hebreos 13:3 nos dice: “Acordaos de los presos, como si estuviérais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo”.⁶⁵ Hebreos 10:34 nos dice: “Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos”.⁶⁶ Todas estas personas queridas sufren hambre y torturas inimaginables en este momento. En estos versículos se nos dice que debemos acordarnos de los presos y sufrir con ellos, como si nosotros también estuviéramos en prisión con ellos.

”También habla de la pérdida de las posesiones. Sabemos que la Inquisición tomará las posesiones de nuestros queridos hermanos y hermanas en Sevilla. Oremos para que ellos puedan recordar que Dios les promete cosas mejores en el cielo. No estamos presentes con ellos, pero podemos orar por ellos y así participar en sus sufrimientos. Podemos pedirle a Dios que les dé gracia y fe especial para enfrentar esta prueba de fuego.

”También pido que oren por mí —continuó Casiodoro—. He dedicado gran parte de mi vida a la obra del Señor en Sevilla y a la traducción de la Biblia al castellano. Y ahora ¿qué debo hacer? Me aterran las dudas... ¿Debo continuar con mi traducción? Por favor, oren por mí también.

Todos cayeron de rodillas y derramaron su corazón delante de Dios. Las lágrimas corrían mientras agonizaban con sus amigos en Sevilla y rogaban por Casiodoro.

Después de la oración, uno de los hombres puso sus manos sobre los hombros de Casiodoro y dijo:

—Casiodoro, creo que debes recordar que la obra del Señor no será frustrada por la Inquisición. ¡La Palabra de Dios es más poderosa

65 Tomado de la versión Reina-Valera 1960.

66 *Ibíd.*

que la hoguera de la Inquisición! Ten ánimo. Tu obra es necesaria y muy valiosa.

—Yo siento lo mismo —añadió otra persona—. Ahora más que nunca, España necesita una Biblia en castellano.



Durante las semanas siguientes, Casiodoro dedicó algo de tiempo cada noche a escribir la confesión de fe del grupo. No fue fácil... Se sentía presionado a escribir lo que el obispo querría oír. En su corazón, deseaba adherirse a lo que pudiera encontrar en la Biblia. Le parecía frustrante que los luteranos y calvinistas quisieran argumentar sobre detalles de doctrina. Él quería mantenerse al margen, pues no le interesaba más que lograr el reconocimiento legal.

Cuando finalmente completó un borrador de su confesión de fe, Casiodoro lo llevó a Gaspar Zapata, un español en Londres que tenía experiencia como impresor. Años atrás, Gaspar había enseñado en el Colegio de la doctrina de los niños en Sevilla. Casiodoro pidió su ayuda para evaluar la confesión de fe.

—Especialmente necesito tu ayuda en varios puntos —le dijo Casiodoro a Gaspar—. Por ejemplo, nota lo que escribí en cuanto a la Trinidad. No es que no crea en las tres personas de Dios, pero la Biblia no utiliza la palabra *trinidad*, así que yo prefiero no usarla. Escribí: “Y aunque entendemos que todo hombre se debe conformar a las maneras en que Dios se refiere a ella, mayormente en la manifestación de misterios semejantes a este, donde la razón humana ni alcanza ni puede, sin embargo, por conformarnos a toda la Iglesia de los píos, admitimos los nombres Trinidad y Persona, los cuales los Padres de la Iglesia antigua usaron, empleándolos no sin gran necesidad para declarar lo que sentían contra los errores y herejías de sus tiempos”.

”Antes, había escrito así: “Creemos hallarse estas tres personas en una misma sustancia, naturaleza y esencia de un Dios, de tal manera

distintas, que el Padre no sea Hijo ni Espíritu Santo; ni el Hijo sea el Padre ni el Espíritu Santo; ni el Espíritu Santo sea el Padre ni el Hijo. Esto sin derogar la unidad y simplicidad de un solo Dios”.⁶⁷

—¿Crees que eso está bien? —preguntó Casiodoro—. Primero explico lo que creo respecto al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y luego digo que preferiría no usar el término *trinidad*, ya que la Biblia no lo utiliza. Sin embargo, lo acepto como una manera de explicar y advertir en contra de las herejías.

Gaspar se rascó la cabeza pensativamente. Por fin dijo:

—Creo que está bien. Lo único que podemos hacer es dejarlo así y ver si ellos lo aceptan.

—Ahora, permíteme ver por acá —dijo Casiodoro, hojeando rápidamente por el manuscrito—. Nota lo que escribí en cuanto al bautismo de infantes. Tú sabes que diferimos de ellos en este asunto, pero ya que ellos sostienen esta práctica con tanta vehemencia, escribí nuestra postura de esta manera con la esperanza de que nos acepten: “Y aunque no haya expresa mención en la Escritura divina de que el bautismo se administre a los niños, antes de que tengan uso de razón, nos conformamos empero con la Iglesia del Señor”.

—Probablemente tenemos que decirlo de esa forma. De otra manera, no nos darán reconocimiento legal —dijo Gaspar. Luego agregó entre dientes—: Pero deseara no tener que incluir esa parte.

—Yo también —dijo Casiodoro, encogiéndose de hombros—. Pero tenemos que cooperar con ellos, ¿no? ¿Qué piensas de mis comentarios respecto a la autoridad de la iglesia? Los dirigentes no deben enseñorearse ‘con tiranía sobre las conciencias de aquellos a quienes deben servir, puesto que la iglesia es la heredad del Señor’.

”Respecto a la obediencia a las autoridades del gobierno, escribí lo siguiente: “Les debemos respeto, tributo y sujeción; entretanto que este no mandare cosa contraria a la voluntad de Dios y su Palabra.

67 Puedes leer su confesión completa en este enlace: <<https://iprsevilla.wordpress.com/confesion-espanola-de-londres>>.

Gaspar otra vez se rascó la cabeza antes de comentar:

—Yo definitivamente siento que debe ser así. Creo que aceptarán esta declaración aun si tanto protestantes como católicos no siguen estas enseñanzas en la práctica.

Casiodoro y Gaspar pasaron varias noches repasando la confesión entera, añadiendo y eliminando detalles hasta quedar satisfechos. Luego la presentaron a otros del grupo que también la endosaron. Casiodoro le llevó una copia al obispo Grindal, quien ofreció darle una respuesta en dos meses. Durante ese tiempo, Casiodoro pasó mucho tiempo en oración, rogándole a Dios que la confesión fuera aceptada.

Después de dos meses, el obispo lo recibió en persona cuando lo llamó para comunicarle la decisión.

—Casiodoro, me complace informarte que tu confesión fue aceptada por el consistorio de la iglesia⁶⁸ —anunció el obispo Grindal—. Nos reunimos cada mes, y en la última reunión repasamos juntos tu confesión. Algunos en el consistorio tenían dudas. En especial los de Francia y Flandes estaban muy preocupados por algunos detalles, pero yo argumenté a favor de ser indulgente para contigo y tus opiniones. Más bien, te promoví fuertemente. Acordamos otorgarles el estado legal y la iglesia de Saint Mary Axe para que celebren los servicios. Aun logré que te concedieran una pensión real de sesenta libras anuales.

Casiodoro apenas si podía creer lo que llegaba a sus oídos. Nunca había si quiera soñado que le pagarían un salario mientras tradujera.

—¡Muchísimas gracias! —exclamó—. Eso es más de lo que esperábamos. Estoy muy agradecido por su bondad.

—Quiero que sepas que te apoyo. Respaldo el trabajo de traducción que realizas —dijo el obispo—. Estoy contigo. No todos te ven tan favorablemente, pero te he presentado lo que acordó la mayoría.

68 Así llamaban al concilio de la iglesia.

—Que el Señor te pague por tu benignidad y apoyo —respondió Casiodoro con gratitud.



CAPÍTULO 26

Prisioneros de la Inquisición

c. 1560

—Casiodoro, ¿estás listo para cenar?

—Sí, madre, voy pronto. —Casiodoro terminó la palabra que estaba escribiendo, se enderezó y se estiró. Golpeó su pluma en el tintero y luego limpió la punta con un trapo. Con su navaja, afiló la punta para que estuviera lista para la mañana siguiente. Echó su silla hacia atrás y se puso de pie lentamente, contento con lo que había logrado ese día. “Gracias, Padre celestial, por ayudarme otro día. Gracias por cada palabra que pude traducir”. Se volvió y caminó a la mesa. Sus músculos estaban entumecidos.

—Casiodoro, caminas como un anciano —comentó mamá—. Te esfuerzas demasiado. Deberías descansar más y salir a caminar de vez en cuando.

—Quizá tenga razón, madre, pero la obra es urgente y me parece que avanzo muy poco —respondió Casiodoro—. Lleva mucho tiempo traducir la Biblia entera y, sin embargo, quiero hacer un trabajo

cuidadoso. A veces invierto media hora o más solamente en traducir una palabra. A menudo debo consultar los diccionarios y libros de gramática. Sí, acabo cansado y rígido. Sin embargo, cuando recuerdo a nuestros hermanos en casa, un sentido de urgencia me impulsa a seguir. En especial, cuando pienso en los prisioneros de la Inquisición. No puedo ni imaginar lo que están sufriendo nuestros hermanos en este momento. Derramo mi corazón en oración por ellos. Mi preocupación me lleva a continuar con mi trabajo y hacer caso omiso de mi cansancio.

—Sí, hijo, yo sé que te impulsa un amor grande por las personas en casa. Aprecio tu celo, pero me preocupa tu bienestar.

—Gracias, madre. Aprecio su preocupación —sonrió Casiodoro—. Pienso descansar cuando acabe con la traducción.

Después de la oración, Casiodoro tomó un tazón de sopa de verduras, espesa y caliente.

—Gracias, madre, por esta sopa deliciosa. Me siento culpable cuando miro esta sopa frente a mí y pienso en nuestros hermanos y hermanas encarcelados. ¿No sería maravilloso si pudiéramos compartir esta sopa y un vaso de agua fresca con ellos?

La familia comió en silencio, aunque un silencio un tanto sombrío hasta que Casiodoro habló:

—Padre, ¿qué hizo hoy? ¿Halló algún trabajo?

—El Señor fue bueno conmigo —contestó papá—. Primero, le ayudé a un granjero a descargar la carreta y llevar las hortalizas a su puesto en el mercado. Luego le ayudé a otro comerciante a pesar judías, arvejas y lentejas. Luego le ayudé a embolsarlas. Eso no fue tan difícil, pero gracias a Dios, todavía puedo ganarme un dinerito. No es barato vivir en una ciudad, especialmente en Londres, donde tenemos que comprar cada cosa que nos comemos. Es muy distinto cuando vives en una granja y siembras lo que te comes.

—Padre, aprecio su trabajo —dijo Casiodoro—. Que el Señor les pague a usted y a madre por los sacrificios que han hecho para que

mi trabajo continúe. Más bien, lo que han hecho por la obra del Señor. Lo siento mucho que estamos tan limitados. En la granja, no la pasaban tan mal.

—Eso no es inconveniente, hijo. Nos alegra poder ayudar con la obra de Dios. Y estamos dispuestos a sacrificarnos para ver un día una Biblia en castellano.

En cuanto acabaron de cenar, escucharon que alguien subía las escaleras a toda prisa.

—¡Casiodoro! —llamó un miembro de la congregación española al tiempo que entraba al cuarto casi sin aliento.

Casiodoro se puso de pie de un salto.

—¿Sí? ¿Qué sucede?

—Un monje del monasterio de San Isidoro acaba de llegar con noticias de Sevilla. ¿Quisieras conocerlo?

—¡Por supuesto! ¿Dónde está?

—Nos encontramos con él en el mercado y nos gustaría reunirnos para escuchar lo que pueda contarnos.

—De inmediato, tráiganlo aquí y organicen la reunión —ordenó Casiodoro.

Cuando el mensajero salió corriendo de la habitación, Casiodoro reunió las pocas sillas que tenían y encendió varias lámparas. Pronto un grupo de creyentes llenó las sillas y algunos aun se sentaron en el piso.

Casiodoro inmediatamente reconoció al monje y lo saludó calurosamente. Era uno de sus queridos compañeros del monasterio de San Isidoro.

—Tomás, ¡qué bueno verte! —exclamó Casiodoro—. Hace mucho tiempo que no veía a ninguno de mis queridos hermanos del monasterio.

Tomás no podía más con sus emociones y empezó a llorar. Cuando por fin pudo contenerse, empezó a decir con dificultad:

—Casiodoro, ¡ha sucedido tanto desde que saliste! Hemos pasado

por muchas pruebas. No sé dónde comenzar.

—Ven, siéntate y tómate el tiempo que necesites. Madre, por favor tráigale un vaso de agua. Solo verte me trae tantos recuerdos del monasterio que me resulta conmovedor —dijo Casiodoro.

—Lo mismo digo yo —agregó el monje—. Esos tiempos en que tú nos enseñabas de la Biblia y conocimos lo que es nacer del Espíritu... Son recuerdos maravillosos. Trabajar, comer y cantar juntos... Eran tiempos hermosos. Pero todo ha cambiado.

”Unos meses después de tu partida, Julianillo Hernández llegó al monasterio una noche con una carga de libros que tú habías enviado. Estábamos tan emocionados de tener literatura, hasta que capturaron a Julianillo. No sabemos cómo es que la Inquisición logró descubrir tanto. Es posible que Julianillo haya hablado bajo tortura o que hayan encontrado un informante. Pero pronto comenzaron a capturar y encarcelar a personas por todas partes. Un día llegaron al monasterio y nos arrestaron a casi todos. Nos llevaron al castillo de San Jorge. Éramos tantos que no pudieron echarnos en celdas individuales. Eso nos alegraba, porque podíamos compartir celdas y así animarnos unos a otros y orar juntos. Eso lo hizo más fácil.

”La Inquisición rehusaba decirnos por qué estábamos encarcelados. Después de aproximadamente una semana, nos llamaron uno a uno. Dijeron que nosotros conocíamos bien nuestros errores y querían que confesáramos voluntariamente. Sabíamos que nos acusaban con relación a nuestra fe. Yo les dije eso y ellos lo anotaron. Probablemente registraron que yo reconocía que tenía una fe falsa. Intentaron sacarme información en cuanto al resto del grupo. Yo les dije que sabía poco, porque vivía como un recluso en el ambiente del monasterio.

”Después de eso, comenzaron a torturarnos. Era horrible. Desde las celdas, podíamos escuchar los gritos de otros.

Con un rostro que denotaba dolor, el monje reconoció:

—Bajo tortura, yo les dije que tú nos habías enseñado de la

Biblia. Lo siento, Casiodoro, pero lo dije con la esperanza de que no puedan hacerte daño, ya que estás tan lejos.

—No te preocupes, yo comprendo —le aseguró Casiodoro—. Yo mismo no puedo imaginarme qué hubiera dicho bajo tales torturas.

—Luego intentaron obligarme a declarar tu paradero. Yo de verdad no tenía idea, pero no quisieron aceptar mi respuesta y me torturaron cruelmente.

—¿Cómo te torturaron, si te puedo hacer la pregunta? —Casiodoro quiso saber.

—Fue terrible. —Tomás se estremeció por los recuerdos—. El atormentador me llevó a una fosa oscura, no había más iluminación que la de unas pocas lámparas. Los sacerdotes encargados y el secretario estaban sentados a una mesa, instándome repetidamente a renunciar a mi “error” y cooperar. Los sacerdotes le decían al atormentador lo que debía hacer y él seguía sus órdenes. Me desnudaron por completo. Pararme desnudo delante de esos hombres me hizo sentirme muy expuesto y vulnerable. Luego le dijeron al atormentador que me vistiera con ropa interior de lona que cubre muy poco. Imaginense, esos hombres morbosos hacen lo mismo con las mujeres y jovencitas. ¡Qué descaro!

”Ataron mis manos detrás de mi espalda y pasaron la cuerda por una polea en el techo. Ataron un gran peso a mis pies, luego me elevaron del piso con la cuerda que sujetaba mis manos detrás de mi espalda. Rehusé hablar, así que después de un tiempo, añadieron más peso. Luego el sacerdote le dijo al atormentador que me bajara de golpe una pequeña distancia y que me detuviera con un tirón de la cuerda. Lo hicieron repetidamente... Casiodoro, ¿no puedes imaginarte el dolor! La primera vez que lo hicieron, pensé que me habían arruinado. Pero no sabía cuánto puede soportar el cuerpo humano. Después de las torturas, el atormentador mismo trató de volver mis brazos a sus coyunturas. Luego me vistieron con mis ropas. Yo estaba demasiado golpeado como para caminar, así que me arrastraron de

los pies hasta mi celda. Me sentí despojado de toda mi dignidad.⁶⁹

Todos los presentes sollozaban mientras escuchaban la narración de Tomás. ¿Cómo podían existir seres humanos que trataran a otros con tanta crueldad; y decir que lo hacían en el nombre de la iglesia?

Tomás continuó:

69 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), pp. 55-58.



En la cámara de tortura, la Inquisición se prepara para suspender a una víctima de los brazos, los cuales están atados detrás de la espalda. La víctima será suspendida con la ayuda del torno y la polea.

—Tres días después, cuando yo sentía el mayor dolor, me sacaron para una audiencia ante los jueces. Ellos me exigieron que negara mi fe y respondiera a sus preguntas. Cuando dije que no podía hacerlo, amenazaron con torturarme otra vez. La amenaza misma casi me vence. Me llevaron de nuevo a la cámara de torturas y repitieron el proceso con los pesos y la polea. Clamé a Dios. —Tomás se detuvo para limpiarse las lágrimas y luego dijo con emoción—: El Señor escuchó mi oración, porque casi no recuerdo nada de lo demás. De alguna manera, por su gracia, logré soportar.

”El dolor fue intenso durante varias semanas. Fueron días terribles en que no había más que permanecer acostado en la paja sucia, comer alimentos medio putrefactos, y sufrir el dolor en todo el cuerpo. Fue muy duro, aun para los más fuertes. Los recuerdos de la vida feliz que había quedado atrás no hacían más que aumentar la miseria. Con el paso del tiempo, cuando los días se convirtieron en semanas, y estas en meses, sentí deseos de darme por vencido. Sin la ayuda de Dios, no habría logrado soportarlo. Lo que sí puedo decir es que esos tormentos horribles me hicieron sentir compasión por los que abjuraban.

”Durante los días cálidos del verano, las celdas parecían un horno. El calor se volvía insoportable. Permanecíamos quietos y evitábamos cualquier movimiento innecesario hasta que el aire de la noche refrescara un poco la celda. Cuando el río se desbordó, las celdas de más abajo se inundaron. Una noche, mi compañero de celda y yo pasamos la noche sentados, con el agua hasta el pecho. Solo podíamos dormir un poco cuando recostábamos la cabeza contra la pared. Si cabeceábamos y nos íbamos hacia adelante por el sueño, ¡despertábamos de inmediato! La próxima mañana, cuando bajó el agua, estábamos cubiertos por una capa fina de lodo.

”Los sacerdotes dejaban pasar semanas entre sesiones de tortura. Los largos períodos de dolor, hambre y suciedad me desgastaron emocionalmente. No había más qué hacer que permanecer acostado,

día tras día, semana tras semana, anhelando volver a la casa, a la vida normal. Sin la gracia del Señor, ese largo período de sufrimiento habría podrido mi corazón. Mantuve mi fe y mi salud mental por medio de orar, cantar y recitar cualquier pasaje de la Escritura que pudiera recordar.

”Luego llegó el día en que me pusieron en el potro.

Casiodoro interrumpió:

—¿Alguna vez te dijeron por qué te torturaban?

—Querían que reconociera que estaba errado y que volviera a la fe católica. Jamás comprenderé semejante insensatez. ¿Cómo podía sentir el deseo de volver a la fe de los hombres que me torturaban? Después de tanto maltrato despiadado es imposible que yo quiera volver al catolicismo. ¡Esos bárbaros son peores que animales salvajes con sus presas!

”Querían información. Me preguntaban quiénes formaban parte del grupo o quién había introducido la literatura a España. Pero no les dije nada que no supieran de todos modos. Ya sabían de Julianillo y del avivamiento secreto que había sucedido en el monasterio. Bajo la terrible tortura, les dije que tú nos habías enseñado, Casiodoro. Estaba desesperado por hacer algo que me trajera algo de alivio. Pero no fue así. Continuaron torturándome para saber dónde estabas. Bueno, yo sencillamente no lo sabía.

—¿Cómo era el potro? —preguntó Casiodoro, con una voz temblorosa.

—El potro es una estructura de madera a la que me ataron, con las piernas y los brazos extendidos. Cuando hicieron girar un torno, el marco se extendió hasta que mis extremidades saltaron de sus coyunturas. Lo hacían muy lentamente, para maximizar el dolor. Justo cuando yo creía que el dolor era insoportable, me estiraban un poco más y el dolor se volvía más intenso.

Los labios de Tomás temblaron, su voz se quebró, dejó caer su cabeza y se estremeció entre sollozos. Todos los presentes agacharon la cabeza y lloraron con él.

Por fin continuó en un susurro ronco:

—Le rogué a Dios que me diera fuerza. La agonía era tal que yo gritaba mi plegaria a Dios. Después de orar, el dolor comenzó a disminuir y clamé: “¡Gracias, Dios! ¡Gracias, Dios!” Cuando el sacerdote encargado vio mi reacción, ordenó que me quitaran del potro. Arrastraron mi cuerpo por el piso áspero y me lanzaron dentro de mi celda nuevamente. Mi compañero hacía todo lo posible para cuidar de mí cuando yo era torturado, y yo hacía lo mismo con él cuando él era atormentado.

”¿Qué esperan lograr con tales torturas? Para mí, basta con oír las palabras ‘iglesia católica’ para que se me revuelva el estómago. Me causa náuseas y despierta repugnancia en todo mi ser. ¿Qué verdad puede haber en una iglesia que nos ha tratado de esa manera? El potro me arruinó de por vida. Nunca me recuperaré físicamente.

”Resultaba repugnante ver a esos hombres, supuestos representantes de Dios, sentados a una mesa, ordenando cada paso de mi tortura y dialogando sobre cómo infligir el mayor dolor. Pero Dios oyó mi clamor desesperado y me dio la fuerza para soportar el dolor y perdonar a esos hombres malvados.

—Dios te dio un valor mayor que la hoguera de la Inquisición
—Casiodoro le aseguró a su amigo con toda sinceridad.

El grupo sentado alrededor de Tomás reflejaba una actitud seria y pensativa.

—He escuchado que también utilizan fuego para las torturas. ¿Es cierto? —preguntó alguien.

—Sí, experimenté eso también. Me ataron, pusieron mis pies en los cepos y me untaron las plantas de los pies con manteca de cerdo. Luego trajeron una sartén llena de brasas calientes y la colocaron cerca de mis pies. El calor de las brasas hace que la manteca cause el más intenso dolor. Te digo que esa tortura hace gritar aun al más valiente.⁷⁰

70 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. 61.

”En otra ocasión, me ataron boca arriba en el potro, con mis pies más elevados que mi cabeza, y me abrieron la boca a la fuerza. Después de cubrir mi rostro, boca y nariz con un pedazo de tela de lino, empezaron a verter agua sobre mi rostro y en mi boca. La tela mojada no me permitía respirar por la nariz. El agua en la garganta hacía que no pudiera respirar por la boca. Cuando yo luchaba por respirar, tragaba y la tela comenzaba a bajar por mi garganta. Cuando estaba a punto de ahogarme, retiraban la tela con fuerza. Así lo hicieron repetidas veces, hasta que la tela terminó ensangrentada. Yo estaba loco del pánico. En realidad, deseaba la muerte. Intentaba permanecer quieto y ahogarme, pero el cuerpo siempre reacciona con pánico. Aun orar era casi imposible bajo esa tortura.⁷¹

”En todo momento, los dirigentes religiosos permanecían sentados y observaban. Nuestro sufrimiento era como entretenimiento para ellos, y seguían planificando cómo causar más dolor.

”Los gritos de otros también eran un tormento. Nosotros estábamos acostados en las celdas, escuchando los gritos a la distancia, sin poder hacer nada sino orar. Para nosotros los hombres, nos resultaba insoportable escuchar los gritos de dolor de las mujeres en la cámara de torturas y luego oír sus sollozos y gemidos cuando eran arrastradas de regreso a sus celdas. No podíamos hacer nada para protegerlas, y eso nos causaba una gran angustia y sentimientos de impotencia.

El rostro del monje se distorsionó por la agonía cuando susurró:

—Aún puedo oír los gritos de María de Bohórquez, María de Virúes, María del Cornejo e Isabel de Baena. Escuché cómo oraban entre sollozos mientras eran arrastradas frente a nuestra celda. Escuché a esas queridas hermanas *orando* por esas bestias que las torturaban.

”Esas hermanas fieles dejaron un testimonio sagrado, pero nosotros los hombres sentíamos que debíamos hacer algo para

71 *Ibíd.*, p.60.

defenderlas. En una ocasión, mientras arrastraban a una señora a su celda, yo les grité reprensiones a los atormentadores. Estos se volvieron y me dieron una paliza que nunca olvidaré...

”Al pasar días de tanto sufrimiento, perdí la noción del tiempo. No sé cuándo cambiaron de celda a mi compañero y trajeron a otro hombre. Fernando llegó a ser mi nuevo compañero de celda. Él había estado encarcelado con Constantino y me contó del sufrimiento y la muerte de Constantino.

Casiodoro habló con voz entrecortada y preguntó:

—¿Nos podrías contar respecto a Constantino, mi querido amigo y maestro?

—Les puedo relatar lo que recuerdo —respondió Tomás—. Constantino fue encarcelado en una de las mejores celdas en el primer piso, porque el concilio de la catedral había pedido que le dieran un buen trato. Pero después de la muerte de Carlos V, fue llevado a la prisión común de la Inquisición. Constantino descendía de una familia adinerada, así que no estaba acostumbrado al trabajo arduo ni a las condiciones difíciles. El trato áspero lo afectó más que a nosotros los monjes que estábamos acostumbrados a las durezas. Además, su condición física era débil, aun antes de llegar a la prisión.

Casiodoro asintió con la cabeza.

—Sí, él siempre fue un tanto débil y enfermizo —recordó.

—Fernando respetaba a Constantino por su valentía en el sufrimiento. Constantino hasta hablaba con buen humor de las comidas espantosas, y las comparaba con las comidas que había gozado en la mesa de Carlos V. Muchas veces no podía controlar las náuseas cuando le servían la comida sucísima de la prisión, pero intentaba soportarla. Constantino sufría de dolores de cabeza severos debido al calor y la deshidratación. Las condiciones inhumanas afectaron mucho su salud.

”A pesar de la miseria, Fernando se vio muy beneficiado por la enorme cantidad de pasajes de las Escrituras que Constantino

había memorizado. Se sentía bendecido de estar con él y escuchar la recitación de tantos pasajes bíblicos.

”Cuando Constantino volvió de su primera sesión de tortura, su cuerpo débil estaba exhausto y golpeado. Lo arrastraron a su celda y lo dejaron caer sobre el piso porque no podía caminar. Constantino no pudo más que permanecer allí, gimiendo del dolor. Luego dijo entre dientes: “¿Cómo pude caer en manos de estos bárbaros bautizados?”

”Fernando masajó las extremidades golpeadas e hinchadas de Constantino. Incluso tuvo que alimentarlo durante los primeros días después de la tortura. Constantino recuperó su sentido del humor... Decía que Fernando era su enfermero personal en el ‘Hospital real del emperador’.

”Cuando Fernando fue torturado, Constantino hizo lo propio para ayudarlo en su dolor. Dijo con ironía que toda su formación académica no lo hacían mejor enfermero que Fernando.

”Fernando me contó que hablaron de muchas cosas durante esos meses que pasaron juntos. Fernando se sentaba y se deleitaba en la sabiduría de Constantino. Constantino expresó remordimiento por la hipocresía que por tanto tiempo lo llevó a ocultar su fe delante del concilio de la catedral y la familia real. Concluyó que, al fin de cuentas, había caído en manos de la Inquisición y ahora estaba sufriendo. Se preguntaba si no habría sido mejor tomar una posición denodada a favor de su fe mucho antes. A menudo hablaba de la manera en que Rodrigo de Valer y los anabaptistas defendían su fe sin importar las consecuencias.

”Después de meses de maltrato, la salud de Constantino estaba arruinada. Aun los cuidados más tiernos de Fernando no podían evitar que su condición se deteriorara. Constantino había estado en la prisión por casi dos años. Estaba esquelético y demacrado. Luego se enfermó de una terrible diarrea. Pronto sus pantalones y piernas no eran más que mugre y suciedad, y no había agua suficiente para lavarlo. Fernando rogó que les ayudaran, pero no le dieron más que

otro poco de paja y otro poco de agua. Intentó asear a Constantino lo mejor que pudo, pero la paja fresca pronto se convirtió en una pasta sucia. Fernando contó que era desgarrador ver a un hombre tan noble en una condición tan miserable.

”Después del cuarto día de su enfermedad, Constantino no se movía. Sus ojos estaban hundidos y las mejillas enjutas. Apenas si podía beber algo de agua. Fernando le preguntó si quería que orara por él. Débilmente asintió con la cabeza. Fernando puso sus manos sobre la cabeza de Constantino y oró que Dios le diera la gracia necesaria. Cuando acabó de orar, se sorprendió de que Constantino había hallado la fuerza para continuar la oración. En una voz entrecortada y débil, le pidió a Dios que lo perdonara por haber albergado odio en su corazón y por su hipocresía en el pasado. Pidió la gracia para perdonar a los hombres que lo estaban matando, y le agradeció a Dios por su perdón. Aunque estaba muy débil, usó las fuerzas que le quedaban para encomendarse a Dios.

”Fernando pudo sentir la paz del Señor descender sobre ambos cuando Constantino terminó la oración. Después de unos instantes de silencio, Constantino le agradeció a Fernando por su cuidado y le aseguró que tenía paz. Respiró una vez más, se estremeció... y murió. Para Fernando, aquel fue un momento sagrado que nunca olvidará. Las circunstancias eran horribles, pero podía sentir la presencia y la paz de Dios mientras se despedía de aquel hombre valiente que acababa de partir hacia su hogar para estar con su Maestro.⁷²

Los hombres en el círculo permanecieron en silencio. La madre de Casiodoro estaba de pie detrás de este, con sus manos alentadoras sobre los hombros de su hijo. Casiodoro bajó la cabeza y las lágrimas corrieron por su rostro. Sus hombros temblaban por los sollozos. En una voz trémula, susurró:

72 Los católicos comenzaron un rumor de que Constantino se había suicidado, pero Fernando estuvo allí como testigo de su muerte. Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. 185.

—Constantino, ¡cuánto te amaba, hermano mío! Te debo tanto. Un fin tan triste... A la vez, tan bello.

Después de unos minutos de silencio, Casiodoro preguntó:

—¿Y los demás? ¿Sabes qué le sucedió a Julianillo?

—Sí, Julianillo estaba en la misma prisión —respondió Tomás—. Aunque nunca lo vi en la prisión, reconocía su voz. ¡Julianillo es un hombre valiente! —El corazón de Casiodoro dio un salto de esperanza cuando Tomás se refirió a Julianillo en tiempo presente. ¡Estaba aún con vida!

”Julianillo es un hombre poético y se inventaba pequeños versos. Muchas veces, cuando lo arrastraban cerca de nuestras celdas, él recitaba en voz alta: “¡Vencidos van los frailes, vencidos van! ¡Corridos van los lobos, corridos van!”. Clamaba con voz triunfante, para que los demás supiéramos que volvía victorioso de la cámara de torturas.⁷³ Los guardias lo golpeaban y le gritaban: “¡Cállate, bestia!” Déjenme decirles, jese Julianillo es un hombre valiente!

—¿Cómo lograste salir de la prisión? Eso raras veces sucede —comentó alguien.

—Fue la mano de Dios, no hay duda —dijo Tomás—. Las prisiones estaban tan llenas que idearon ponernos a trabajar. A Fernando lo habían llevado a otra celda. Mi nuevo compañero y yo fuimos asignados a hacer la limpieza. Un día estábamos arrojando la basura al río por un hoyo en el piso. El río corría unos treinta centímetros por debajo. Llegó a mi mente la idea de escapar por ese hoyo. Miré por todos lados para asegurarme de que no hubiera nadie cerca. En un susurro, le comuniqué mi plan a mi compañero de celda. El hoyo estaba cubierto por una rejilla asegurada con un cerrojo, aunque traían la llave y abrían el cerrojo cuando había que echar la basura al río.

”Una tarde, simulamos que el cerrojo de la rejilla estaba cerrado

73 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), pp. 144–145.

y devolvimos la llave. Puesto que trabajábamos en la limpieza, se nos permitía entrar al aposento del hoyo a cualquier hora de la noche, así que tarde esa noche, abrimos la reja y nos deslizamos por el hoyo. Volvimos a bajar la rejilla y nos alejamos por las aguas oscuras y lodosas del río Guadalquivir. Tuvimos que nadar bajo parte del castillo. La oscuridad era total, y no teníamos más alternativa que usar el tacto para hallar nuestro camino, pasando a ciegas por la estructura mientras éramos arrastrados por la corriente del río. Fue un alivio enorme cuando salimos a la superficie al lado afuera del castillo. Nos dejamos llevar suave y silenciosamente por la corriente hasta encontrarnos bajo el puente cercano, porque todavía había gente en los alrededores. Decidimos que sería mejor separarnos, así que subimos por la ribera del río y tomamos rumbos distintos.

Tomás volvió a guardar silencio. Después de un momento, continuó:

—Estoy seguro de que el Señor tiene un propósito para mí, ya que me permitió escapar antes del auto de fe que vino después.

Ahora Casiodoro interrumpió:

—Tomemos un pequeño descanso. Madre, ¿podría preparar un poco de té mientras permitimos que nuestro huésped descanse? Luego podrá contarnos acerca del auto de fe.



CAPÍTULO 27

Auto de fe, 1559

c. 1560

Mientras los hombres aún sorbían su té, Casiodoro habló:

—¿Estamos listos para escuchar el resto de la historia? Yo quiero escuchar del auto de fe. Pero primero, cuéntenos a dónde te fuiste cuando escapaste.

—Bueno, esa primera noche estaba tan débil que no pude avanzar mucho —dijo Tomás—. Hallé unos árboles de roble a una distancia del camino, junto a un pequeño arroyo. Tenía tanta hambre que comí puñados de bellotas verdes y hojas; comida de cerdos. Sentía pavor de que me descubrieran, así que permanecí debajo de esos árboles todo ese primer día. Vi hombres a caballo que pasaban para arriba y para abajo por el camino, y creo que eran oficiales de la Inquisición que nos buscaban.

”Esa noche, decidí ir a la casa de mi tío en las montañas. Al verme, se llenó de terror. Ni siquiera me invitó a entrar. Me dio una buena comida y una muda de ropa, pero no me permitió pasar allí la noche. Yo comprendí sus temores. Sabía aun mejor que él los horrores de la Inquisición. Eso sí, no había disfrutado de una comida tan

buena por largo tiempo. Cuando salí, mi tía me dio un saco con un poco de queso, pan y frutas. Caminé toda la noche, adentrándome en las montañas lo más posible antes de pasar el próximo día junto a un arroyo.

”Muy adentro en las montañas, hallé una pequeña granja que pertenecía a una pareja anciana. A pesar de su edad, el granjero estaba tratando de almacenar heno para sus pocos animales. Me atreví a preguntarle si necesitaba ayuda. Le ofrecí ayuda con el heno a cambio de que me diera posada y alimento, y él estuvo de acuerdo.

”La pareja era amable y la pasé muy bien con ellos. Creo que sospechaban de mi identidad, pero no hicieron preguntas. Sencillamente, estaban agradecidos por mi ayuda y yo recuperé mi fuerza gracias a la buena comida y el trabajo arduo.

”Cierta domingo la pareja quiso asistir a la misa y fue a Sevilla en su carreta tirada por un burro. Por supuesto, yo me quedé en casa. Cuando volvieron esa noche, dijeron que el sacerdote había anunciado que el próximo domingo habría un auto de fe. Al escuchar esas noticias, me preparé de inmediato para volver a Sevilla el próximo sábado. Había visto un viejo sombrero de ala ancha y flexible. Le pregunté al granjero si lo necesitaba. “No, ya no lo uso. Mi esposa quiere que lo tire a la basura, pero no tiene ningún defecto aparte de que el ala cae demasiado, y casi no me deja ver. Si te sirve de algo, te lo regalo”.

”La mirada que los ancianos intercambiaron lo decía todo: ellos sabían que yo era un fugitivo que deseaba esconder mi identidad, pero nunca me traicionaron. —Tomás extendió las manos para que los presentes pudieran ver las cicatrices alrededor de sus muñecas. Luego agregó—: En ese tiempo, estas cicatrices que quedan de las torturas se notaban claramente. Siempre estaré agradecido con esos ancianos que me recibieron, me ayudaron y me alimentaron.

”Como pueden imaginar, yo tenía miedo de volver a Sevilla. Hasta me sorprendía de ver cuánto terror sentía. Mi cuerpo entero

temblaba tanto que apenas si podía continuar. Sin embargo, deseaba con urgencia presenciar el auto de fe. Los prisioneros sentenciados a muerte habían sufrido conmigo en la prisión. No podía permanecer alejado.

”En Triana y Sevilla no cabía un alma, y la gran multitud me permitió pasar desapercibido. Esa noche, junto con cientos de personas, dormí en el parque. Temprano la próxima mañana, las personas fueron abarrotando la plaza de San Francisco.

”Antes del amanecer, hallé un lugar junto a un árbol a la orilla del río. Desde allí, podía ver bien el castillo de San Jorge al otro lado del río, el puente y el camino que entraba a Sevilla. Habían puesto portones para evitar que las personas se subieran al puente, y para permitir que los espectadores en los barcos observaran la procesión cuando cruzara el puente. Cientos de personas flanqueaban el camino a la plaza de San Francisco para observar la procesión.

”Justo después del amanecer, se abrieron las puertas del castillo de San Jorge y la procesión fue tomando forma. Primero salió y cruzó el puente la cruz de Santa Ana, seguida por abades y frailes. Luego venían los alguaciles y su cabecilla, don Sancho. Junto a él, caminaba el alguacil principal del Santo Oficio, don Luis Sotelo. Detrás de estos, venían los penitentes vestidos de hábitos y cargando velas. Más atrás, caminaban los prisioneros que serían quemados. Detrás de ellos venía el concilio de la ciudad, seguido por el concilio de la catedral. Las tropas de la Inquisición, enarbolando su bandera escarlata, escoltaban toda la procesión, Por último, unos cuantos oficiales de la Inquisición cabalgaban sobre bellos caballos andaluces.

”El propósito de toda la exhibición era poner de manifiesto el poder de la Inquisición. No sé qué efecto tuvo aquel despliegue sobre el pueblo común, pero yo que había sufrido dentro de los muros de ese castillo, temblaba en mi interior. Apenas podía contener las lágrimas. Dichosamente, el ala ancha del sombrero cubría mi rostro. Mi deseo urgente era acercarme al grupo de prisioneros... Estaba lejos



Actual plaza de San Francisco, lugar donde se llevaban a cabo los *autos de fe*.

de ellos y no lograba reconocer a ninguno.

”Cuando finalmente empecé a abrirme paso bruscamente por entre la multitud, las lágrimas corrían por mi rostro. Corrí por las calles secundarias menos transitadas y llegué a la plaza de San Francisco antes que la Procesión. Allí me abrí paso hasta el frente, y me ubiqué donde pudiera observar con claridad los acontecimientos.

”Frente al Ayuntamiento⁷⁴ se había construido plataformas de madera con techos y sillas. Estaban decoradas con tejidos y banderas de colores. Frente a estas, había otra plataforma grande sobre la cual habían colocado asientos rústicos, pero sin techo. Alrededor de estos, habían colocado muchas bancas de madera para el público. Cuando escuchamos que la procesión se aproximaba, bajé el ala de mi sombrero de modo que me cubriera el rostro, y me puse de pie, para observar mejor.

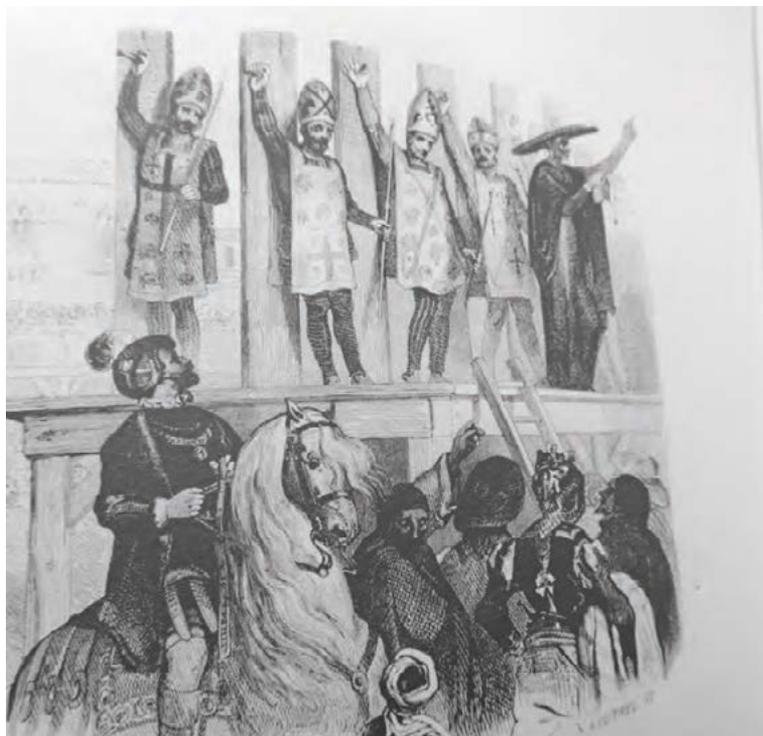
74 La alcaldía.

”Los oficiales, el clero y la Inquisición marchaban lentamente, con aires de grandeza. Fueron acercándose y tomando sus lugares asignados junto a las plataformas. Los prisioneros fueron los próximos en ingresar. Primero entró el grupo grande de personas que había abjurado y recibido sentencias más leves. Traían velas apagadas que simbolizaban sus pecados. Tenían cuerdas alrededor de sus cuellos y mordazas en las bocas para evitar que hablaran. Yo me sentí paralizado, pues reconocí a muchos rostros entre el grupo de unas ochenta personas. El grupo tomó su lugar en la plataforma grande y áspera frente a la plataforma decorada.

”Luego se acercó el grupo de personas que serían quemadas en la hoguera. Cada prisionero venía escoltado por dos frailes. Uno de los frailes sostenía la cuerda atada al cuello del prisionero mientras el otro llevaba una cruz y un rosario para ayudarle al mártir a prepararse para la muerte; según su tradición, por supuesto. El que llevaba el rosario constantemente instaba al prisionero a abjurar. Cada prisionero condenado vestía el *sambenito*, una túnica amarilla con una cruz roja grande y cuadros de demonios y fuego, además de un cono alto de papel sobre la cabeza de cada uno, que también estaba decorado con demonios y llamas. Todos los prisioneros traían una mordaza de madera en la boca.

”El primero fue Juan González. Este no traía el *sambenito*, sino más bien una túnica como la que usan los sacerdotes cuando dan la misa. Lo seguía Juan Ponce de León, luego venía Hernando de San Juan, después Medel de Espinoza, Luis de Ábrego y otros. Las damas venían después, y mi corazón se llenó de compasión al ver a María Bohórquez, María de Virúes, Francisca López, María del Cornejo, Isabel de Baena, Catalina González y María González. Fue terrible ver a esas damas nobles tan demacradas, su salud arruinada, con aquellas mordazas horribles de madera que les deformaban la boca. A pesar de su miseria, parecían resignadas y preparadas para morir.

”En total, se preparaban para quemar a veintiún “herejes”. Por



Un oficial de la Inquisición lee la sentencia de los “herejes” condenados a la hoguera. Nota los *sambenitos* y gorros en forma de cono. Los clavos que traspasan las manos probablemente no sean una representación correcta.

Usado con permiso. *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. LXVI.

último, venía un hombre cargando una imagen de madera. Todos subieron a la plataforma de madera y se sentaron en las bancas ásperas. Para entonces, todo mi cuerpo había comenzado a temblar. Dichosamente, el gentío estaba tan atento a la procesión que nadie notaba mi aflicción.

”Los miembros de los concilios de la catedral y la ciudad entraron en fila, con pompa y orgullo, para tomar sus lugares en las plataformas ostentosas. Junto con los oficiales del gobierno que se encontraban

de visita, pasó la duquesa de Béjar junto con su marquesa y caballeros principales. Los obispos de Lugo, Tarazona y Sanabria también estaban presentes. Todos ellos tomaron sus lugares en una plataforma elevada especial y lujosa. Por último, los oficiales de la Inquisición se sentaron en su plataforma adornada mientras los jinetes montaban guardia alrededor. El silencio reinó en la plaza.

”El inquisidor general caminó hacia un púlpito al frente de la plataforma elevada, y anunció: “Este auto de fe general es celebrado por el Santo Oficio como se anunció, hoy domingo, día 24 del presente mes de setiembre del año 1559, en la plaza de San Francisco en esta ciudad de Sevilla. Celebrado con gran solemnidad, quietud, y orden y confiamos que será para mucho servicio de nuestro señor el Rey y edificación del pueblo”. No escuché más porque no podía creer lo que oía. ¿Cómo podía aquello ser para el beneficio del pueblo?

”Después el distinguido don Juan González, no el prisionero sino el obispo de Tarazona, del mismo nombre, predicó un largo sermón en defensa de la Iglesia católica. Alabó la labor de la Inquisición y argumentó que era necesario mantener pura y libre de falsa doctrina a la iglesia.

”Por supuesto, yo me limitaba a observar al grupo que estaba por ser quemado, el sermón del obispo me tenía sin cuidado. No dejaba de pensar en cuán cerca yo había estado de terminar de la misma manera, y traté de imaginar lo que estaban viviendo los prisioneros. Sus cuerpos lucían delgados, y sus muñecas y tobillos mostraban las cicatrices de las torturas. Las mordazas de madera hacían que la saliva les corriera de la boca, y estos se inclinaban hacia delante para dejar que la saliva cayera a los pies.

”Después del sermón, trajeron al prisionero Juan González al altar construido sobre la plataforma para esta ocasión. Allí, ceremonialmente lo despojaron de su ordenación como sacerdote. Le quitaron la túnica y le pusieron un *sambenito*. Luego, con un cuchillo afilado, rasparon sus manos, labios y cabeza para eliminar el aceite

que lo había ungido para el sacerdocio años atrás.⁷⁵

”Luego leyeron la sentencia de Juan González. Tú lo conocías, Casiodoro. Era un verdadero hombre de Dios y un predicador dotado. Había sido un sacerdote famoso. Ahora estaba parado allí, encorvado, demacrado, babeando y arruinado delante de esos dirigentes políticos y religiosos arrogantes que lo condenaban por ser un hereje y maestro de herejes.

”Juan Ponce de León fue el próximo hombre en sufrir la deshonra mientras pronunciaban la sentencia por su supuesta herejía. Una por una, leyeron las sentencias de las veintitún víctimas que serían quemadas. Pude ver que la multitud estaba abrumada cuando sentenciaron a las mujeres. Casiodoro, ¿recuerdas a esas mujeres? La madre de Juan González y dos de sus hermanas estaban allí. Ellas, junto con María de Bohórquez e Isabel de Baena, habían sido señoras nobles de Sevilla. No te puedes imaginar el dolor y la impotencia que sentía al verlas allí, pálidas y demacradas en aquellos *sambenitos* feos y con las mordazas repugnantes en la boca. Aunque humilladas frente a todos, radiaban una confianza que ponía de manifiesto quiénes eran los vencedores aquel día.

”Ya que los estudios se habían llevado a cabo en la casa de Isabel, la sentencia de esta incluía la orden de que su casa fuera destruida y que en su lugar se erigiera una columna de mármol con una placa que diera a conocer por qué se había destruido.⁷⁶

—Recuerdo la noche en que ella ofreció su casa como local para que realizáramos los estudios de la Biblia —dijo Casiodoro—. Constantino le preguntó si estaba dispuesta a correr el riesgo, pero ella nunca se imaginó que llegaría a este punto. Era un palacio grande y elegante, pero allá en el cielo, ella ya no tendrá que preocuparse por su morada aquí.

75 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. 102.

76 *Ibíd.* p. 141.

Tomás asintió con la cabeza y continuó:

—Por último, trajeron la estatua de madera y leyeron la sentencia de Francisco de Zafra en su ausencia. El corazón me dio un vuelco cuando escuché su nombre... ¡Él era el hombre que había escapado conmigo! Anunciaron que no sabían si estaba vivo o muerto, pero que había sido condenado y quemarían la estatua que lo representaba.

”Entonces procedieron con la lectura de las sentencias de los prisioneros que no serían quemados. En ese grupo había ochenta prisioneros. Como pueden imaginar, ¡la lectura tardó horas y horas!

—Pero ¿no es cierto que había muchos más encarcelados? —preguntó Casiodoro.

—Ah, sí, por supuesto. Quedan muchos más en la prisión —confirmó Tomás—. Julianillo, Cristóbal Losada y muchos más aún están presos. Ellos serán ejecutados en autos de fe futuros.

”Después de leer las sentencias, cantaron el *Miserere*,⁷⁷ en el cual imploran la misericordia de Dios para que los castigos y los indultos otorgados a los “arrepentidos” obren un “verdadero arrepentimiento”.⁷⁸ Casiodoro, esas ochenta personas eran nuestros hermanos y hermanas en la fe. Me pregunto qué sentían en su corazón al estar allí parados escuchando la sentencia de los fieles. ¿Cómo se sentían después de haber renunciado su fe bajo las torturas? Me preguntaba si les pesaba haberse rendido, pero te digo la verdad, después de haber conocido las torturas de la Inquisición, yo no sentía más que compasión por ellos.

”Entonces se levantó el inquisidor general y demandó un voto solemne de la multitud. Los conjuró a vivir y morir en obediencia a la Iglesia católica romana y a defenderla hasta el punto de perder todas sus posesiones. También les exigió que defendieran y cooperaran con el Santo Oficio de la Inquisición y sus ministros. Finalmente

77 Una musicalización del Salmo 51.

78 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. 100.

pronunció una maldición sobre los que no guardasen aquel voto. Dichosamente, yo sabía lo que estaba por suceder, así que retrocedí por un callejón. Estaba fuera de la vista cuando toda la multitud, incluyendo a los oficiales del gobierno, se arrodillaron para tomar el voto.⁷⁹

”Había llegado el momento de que los condenados a la hoguera fueran entregados al gobierno civil para las ejecuciones. Las autoridades civiles continuaron instando a los prisioneros a abjurar y volver a la Iglesia católica. Por supuesto, aquello resultaba ridículo, porque aun en caso de abjurar, siempre serían quemados puesto que su sinceridad no podía comprobarse y era imperativo eliminar a todos los “lobos vestidos de ovejas”. Con descarada hipocresía, los representantes religiosos imploraron frente a las autoridades civiles que trataran a los prisioneros con misericordia y que no quebraran ninguno de sus huesos ni derramaran ni una gota de sangre.⁸⁰

”¡Yo no podía creer lo que decían! ¿Cómo podían aparentar tanta piedad? Estaban pidiendo misericordia cuando ellos mismos podían ser sumamente crueles. Yo conocía muy bien su “misericordia” en la cámara de tortura. Me preguntaba qué pensaban otros en la multitud, pues saltaba a la vista que el trato a los prisioneros había sido inhumano.

”Los prisioneros que no serían ejecutados fueron conducidos nuevamente a la prisión donde cumplirían sentencia. La mayoría tendría que vestir el *sambenito* aun en la cárcel, algunos serían azotados y otros servirían como galeotes. Según entiendo, a los que no fueron quemados se les advirtió severamente que no debían hablar de sus experiencias a manos de la Inquisición. La Inquisición declaró que cualquiera que hablara de sus experiencias en la prisión sería considerado un relapso.⁸¹ Como todos saben, al reincidente le espera la muerte segura.

79 *Ibíd.* pp. 100–101.

80 *Ibíd.* p. 103.

81 Un relapso era una persona que abjuraba bajo la tortura, pero después volvía a su fe.

Casiodoro asentía lenta y enfáticamente.

—Ahora entendemos por qué Juan Gil nunca hablaba de lo que vivió a manos de la Inquisición.

—Casiodoro, cualquiera que haya vivido los horrores de la tortura, jamás querrá volver a prisión —dijo Tomás enfáticamente—. Bueno, volviendo a la ejecución... Naturalmente, mi atención estaba puesta en las personas que ahora eran conducidas al sitio donde serían quemadas. Un fraile con un crucifijo y un rosario seguía a cada una, todavía instándolas a abjurar. Los guardias los guiaron al bajar de la plataforma, cruzar la plaza, pasar por la catedral y la casa del arzobispo, cruzando la sección judía hasta llegar al campo de San Sebastián. Una multitud grande seguía a los prisioneros. El sitio había sido preparado de antemano. Habían plantado veintiún estacas grandes, cada una junto a una pila de leña. Un prisionero, un fraile y un verdugo subían a cada pila de leña. El verdugo, a espaldas del prisionero, le ataba las manos a la estaca. Entre tanto, el fraile le imploraba al prisionero que volviera a la fe católica.

”Yo seguí de cerca a Juan González, su madre y sus hermanas, así que les puedo contar lo que les sucedió a ellos. Los frailes les desataron la mordaza y mandaron a las mujeres que recitaran el credo apostólico. Las mujeres lo hicieron, pero no dijeron “santa iglesia católica romana”, sino únicamente “santa iglesia católica”. Cuando los frailes insistieron, una de las hermanas dijo que seguirían el ejemplo de su hermano Juan. Yo podía ver que Juan deseaba hablar. Los frailes le desataron la mordaza, esperando que Juan hiciera mención de la santa iglesia católica *romana*. En una voz ronca, Juan declaró enfáticamente que no podía añadir nada a lo que habían dicho las mujeres. De inmediato, procedió a animar a las mujeres: “No podemos abandonar nuestra fe ahora. Estamos muy cerca de la meta. Queridas mías, sean fieles al que amamos”.

”Obviamente las autoridades se dieron prisa a colocar nuevamente la mordaza, y de inmediato empezaron a gritar y festejar: “¡Lo

dijo! ¡Lo dijo!” Yo no podía creer su farsa. Claramente, Juan había rehusado complacerlos, pero ellos mintieron para aparentar que habían logrado su meta de hacer que los prisioneros reconocieran a la iglesia romana. ⁸²

”Luego pasaron una cuerda alrededor del cuello de Juan y la ataron a la estaca. Después pasaron un palo por la cuerda detrás de la estaca y empezaron a retorcerla hasta tensar la cuerda para ahorcar a Juan. Cuando Juan se desvaneció, desataron la cuerda y procedieron a hacer lo mismo con las mujeres. Fue un espectáculo horrible observar a esos hombres crueles ahorcando a unas señoras indefensas. Yo



La leña se encuentra estibada en pilas al pie de las estacas, lista para arder.
Los sacerdotes les ruegan a los “herejes” que abjuren.

Usado con permiso. *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. LXVII.

⁸² Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), pp. 138–139.

las observaba tan atentamente que no notaba lo que les sucedía a los demás, pero algunos de los fuegos ya habían sido encendidos. Llamas y humo se alzaron entre la leña y alrededor de los cuerpos quietos con rostros azulados.

”No se pueden imaginar el cuadro sombrío de todas esas columnas de humo que se levantaban alrededor de los cuerpos. Los frailes no desistían en sus esfuerzos por convencer a María de Bohórquez de volver a la fe católica.

Tomás hizo una pausa y respiró profundamente mientras sus oyentes lo miraban en silencio y con ojos como platos. Cuando continuó, el dolor que sentía era evidente en su voz.

—Yo sentía todo lo que sucedía, como si yo mismo estuviera atado a la estaca con ellos. La actitud de María me cautivó. Ella mostraba una paz absoluta; su aspecto era casi gozoso.⁸³ Se veía absorta en sus meditaciones y parecía que los ruegos del fraile no llegaban a sus oídos.

”Cuando el fraile hizo una pausa, María comenzó a hablar. “Este no es un momento en que convenga hablar mucho. Al contrario, debemos guardar silencio y meditar en nuestro corazón; pensar en nuestro Salvador. No te preocupes. Soy cristiana. Confío en Dios y creo que seré salva”.

”Observar la confianza de María era algo tan bello; permanecí allí... las lágrimas corrían por mi rostro. Otro asistente ya había encendido la leña debajo de María, así que el fraile volvió a atarle la mordaza y saltó de la pila de leña mientras las llamas comenzaban a subir. María permaneció inmóvil con el rostro vuelto hacia el cielo. Sus ojos estaban cerrados; obviamente estaba en comunión con Dios y sentía una paz sobrenatural. —Tomás hizo una pausa y tragó saliva. Sus ojos lucían llenos de lágrimas.

83 El registro mismo de la Inquisición dice que su aspecto era el de una persona muy contenta y que parecía estar meditando. Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 1:171.

—¡Su fe era más fuerte que la hoguera de la Inquisición! —exclamó Casiodoro con regocijo—. Ella sabía que pronto estaría con Jesús.

—Cuando las llamas comenzaron a quemar sus pies, el rostro de María se distorsionó. Meneó la cabeza de un lado al otro por el dolor. Luego, levantó la vista al cielo una vez más y en ese momento pude ver que había recibido la fuerza interior para soportar el dolor. La mordaza le dificultaba la respiración, y yo alcanzaba a oír que gemía entre suspiros. Cada vez que miraba al cielo, la paz la envolvía nuevamente. Permanecí allí, cautivado por el espectáculo. Dichosamente, el humo pronto la sofocó y ella se desvaneció, probablemente inconsciente.

”Finalmente me volví y me alejé como a través de un mundo irreal. El olor a carne quemada era horrible. Yo lloraba bajo la protección del ala de mi sombrero mientras me alejaba de la escena terrible.

Los sollozos estremecieron a Tomás.

—¡Nunca lo olvidaré! ¡Nunca seré el mismo!

Cada rostro en el aposento mostraba dolor y consternación. Casiodoro y algunos de los demás lloraban desconsoladamente. Cuando finalmente reinó el silencio, Casiodoro dijo:

—Podemos regocijarnos de que están con el Señor y que nunca volverán a sufrir. Pudiera parecer que Satanás ganó una victoria, pero sabemos por la fe que esos hombres y mujeres valientes son los verdaderos vencedores. ¡Su fe venció a la hoguera de la Inquisición! Ellos han derrotado a Satanás para siempre. Están seguros eternamente en la presencia del Señor. ¡Alabemos al Señor Jesús por su victoria final!



CAPÍTULO 28

Sorprendido por el amor

1561

Una mañana de invierno, Casiodoro y sus padres caminaban al culto. La calle estaba cubierta de nieve y hielo que empezaba a derretirse. Como sucede muchas veces en Londres, había neblina y el aire húmedo traspasaba sus abrigos gruesos. Casiodoro notó que sus padres caminaban muy lentamente.

—Madre, padre, tengan cuidado; miren bien por donde caminan. No quiero que resbalen en el hielo —les advirtió.

“Mis padres están envejeciendo rápidamente”, pensó. “¡Cuánto aprecio su amor y apoyo! ¿Qué haría sin ellos?”

Casiodoro abrió la pesada puerta de la capilla para que sus padres pudieran entrar. Luego los siguió hasta su banca habitual, al frente del salón. Alguien había encendido un fuego, pero el edificio aún estaba tan frío que los recién llegados siguieron con los abrigos puestos.

Mientras permanecían en silencio, sumidos en su meditación, la

puerta chilló otra vez y más personas ingresaron al templo. Cada vez que una ráfaga de aire frío soplaba por debajo de las bancas, la madre de Casiodoro se ceñía el abrigo.

Con un canto, el culto dio inicio. La congregación entonó los primeros cantos en español y el grupo fue entrando en calor mientras alababan a su Creador. Después de varios himnos, Gaspar Zapata leyó un pasaje de la Escritura. Gaspar leía a veces del Nuevo Testamento que Juan Pérez había traducido al castellano, y en otras ocasiones leía de la traducción que Casiodoro había hecho del Antiguo Testamento. Recientemente, Gaspar se había ocupado en hacer copias del manuscrito traducido de Casiodoro.

Finalmente, el fuego empezaba a calentar el edificio. Casiodoro se quitó el abrigo y se preparó para pasar al frente y predicar. La audiencia le dio toda su atención mientras Casiodoro exponía con entusiasmo las Escrituras que tanto amaba. Mientras hablaba, Casiodoro notó una persona nueva en la audiencia que seguía de cerca su sermón. Parecía estar pendiente de cada palabra.

Después de concluir el servicio con una oración, Casiodoro caminó a la puerta para saludar a las personas. Mientras se abría paso entre el grupo, vio que su madre hablaba con la persona nueva, así que se detuvo para saludarla.

—Buenos días, mi nombre es Casiodoro de Reina. Es para nosotros un placer que nos haya visitado —dijo.

La señora recién llegada miró hacia el piso antes de contestar.

—Buenos días, mi nombre es Ana León. Gracias, el culto de esta mañana fue de bendición para mí.

—¿Puedo preguntarle de dónde es usted? —continuó Casiodoro.

—Claro que sí. Vengo de Bélgica —explicó Ana—. Mi familia era de España; somos judíos conversos. Mis padres huyeron hace años de España por la limpieza de sangre. Me casé en Bélgica. Mi amado esposo falleció hace como un año. Me vine para Londres recientemente porque me sentía muy sola, así que vine a visitar a

unos familiares aquí. —Los ojos de la dama se llenaron de lágrimas.

—Lamento mucho escuchar de la muerte de su esposo —dijo Casiodoro con compasión—. Supongo que fue muy difícil. Que el Señor le dé gracia para que pueda sanar y superar una pérdida tan grande.

—Gracias —contestó ella—. El Señor me ha dado un profundo consuelo. Su enseñanza de la Biblia esta mañana tocó mi corazón herido. —Las lágrimas corrieron nuevamente y Ana se llevó una mano al rostro para enjuagarlas.

—Pues, me bendice escuchar eso. La invito a que nos acompañe en próximas ocasiones —le aseguró Casiodoro, y luego se dispuso a saludar a otros mientras su madre y Ana retomaban la conversación.

Más tarde, mientras caminaban a la casa por la nieve medio derretida, la madre de Casiodoro comentó:

—Me encantó la conversación con Ana León. Me parece una persona dulce. Pude ver que ha sufrido por la pérdida de su esposo. Me contó que sus padres se habían hecho católicos para evitar la persecución española. Entonces comenzaron a estudiar el Antiguo Testamento junto con el Nuevo Testamento. Vieron los cumplimientos del Antiguo en el Nuevo. Dicho estudio los llevó a creer en Jesús el Mesías, y se convirtieron a la verdadera fe en Cristo. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que los dogmas católicos no concordaban con la verdadera fe en Cristo, así que se unieron a un grupo secreto de creyentes. Se nota una fe muy sincera en Ana.

—Yo también aprecio la vida espiritual que sentí en ella —añadió Casiodoro.

Ana León asistió al próximo culto de adoración. Era obvio que la Palabra de Dios nuevamente estaba llegando a su corazón, pues lloró al escuchar el mensaje. La presencia de Ana en las reuniones se convirtió en algo habitual, y una amistad cercana se desarrolló entre ella y la madre de Casiodoro.

Poco tiempo después, Ana visitó a la madre de Casiodoro. Las

dos mujeres hablaban y bebían té en la sala mientras Casiodoro continuaba con su obra. Ana prestó especial atención cuando la madre de Casiodoro le contó acerca del proyecto de traducción de la Biblia. Aun entraron en el cuarto en que él trabajaba rodeado de sus libros.

—Con permiso —dijo mamá—. ¿Me permites mostrarle tu trabajo a Ana?

Casiodoro se enderezó.

—Claro que sí, pasen. En todo caso, debo darle un descanso a mi espalda y a mis ojos.

Las dos mujeres se pararon junto al escritorio.

—Casiodoro, explícale a Ana lo que haces con todos esos libros —insistió mamá.

Casiodoro se rio.

—Bueno, déjeme ver. Este es un libro en hebreo del Antiguo Testamento. Este otro resulta muy valioso para mí. Fue traducido al español por judíos españoles y publicado en 1553. Me da el significado natural y principal de las palabras hebreas, y me da las diferencias de los tiempos de los verbos como están en el mismo texto.⁸⁴ Este otro es un diccionario hebreo. Aquí tengo una traducción del Antiguo Testamento al latín, hecha por Jerónimo hace más de mil años.

”Lo que hago es comparar la información de todas estas fuentes y luego escribo aquí lo que me parece que es la mejor traducción al castellano.

—Bueno —dijo Ana—, sin duda tiene aquí una abundancia de libros de consulta.

—Permítame cambiar de tema —interpuso Casiodoro—. Me dijo usted el otro día que proviene de una familia judía conversa. ¿Habla el hebreo? —preguntó Casiodoro con mucho interés.

84 Tomado y abreviado de lo que escribió Casiodoro de Reina en la Introducción a su Biblia del Oso. Aunque Casiodoro consideró que la traducción en cuestión presentaba ciertos sesgos con respecto a la figura del Mesías; el valor con respecto al significado y tiempos verbales del hebreo fue de valor inestimable.

—Sí, me crie hablando hebreo con mis padres. Por supuesto, la persecución contra los judíos fue en aumento y eso nos llevó a hablar el hebreo solamente en secreto. Con el paso del tiempo, el peligro era tal que dejamos de hablarlo. Mis padres siempre hablan hebreo cuando están solos.

—¡Qué gran dicha! —El rostro de Casiodoro mostró gran interés—. Cuánto me ayudaría entender ciertos términos del hebreo que a veces se me hacen difíciles.

Ana se rio con cierta timidez y agregó:

—Pues, para mí es algo sencillo...

—Pues, tienes una gran ventaja en lo que se refiere a conocer las Escrituras. Me gusta leer la Biblia en hebreo, en voz alta, e imaginarme que Moisés, David o Abraham están hablando en el Antiguo Testamento. Es maravilloso leer las Escrituras y saber que Dios mismo nos habla.

—Concuerdo contigo —dijo Ana, asintiendo con la cabeza—. Mi padre siempre decía que la Biblia en hebreo tenía más potencia para él. Yo lo escuché leer muchas veces en hebreo. Por supuesto, siempre en condiciones muy, muy secretas. Eso hacía su lectura aun más impresionante. De niña me parecía que oía la voz de Dios en la voz grave de mi padre.

—Puedo imaginar la impresión que eso tuviera en una niña —dijo Casiodoro con una mirada comprensiva—. La verdad es que cuando leemos la Biblia, sea el Antiguo o el Nuevo Testamento, leemos palabras inspiradas por Dios.

—Eso es verdad —contestó Ana—. Cuando se enseña de la Biblia, puedo sentir que Dios me habla. ¡Es tan maravilloso! He escuchado a otros predicadores compartir ideas interesantes, pero sencillamente no tienen el poder que tiene el mensaje de la Biblia.

—¡Tienes toda la razón, Ana! —exclamó Casiodoro—. El poder de Dios acompaña nuestro mensaje cuando nuestro mensaje viene de la Biblia. Cuando enseñamos nuestras propias ideas, pues no

enseñamos más que ideas de hombres. No tienen poder, porque son palabras de hombres. Así que yo siento un gran deseo de seguir con esta traducción de la Biblia. El pueblo de España necesita una Biblia en su propio idioma para que puedan experimentar el mensaje poderoso de la Palabra de Dios.

—Me imagino que se necesita mucho tiempo para traducir un libro tan grande —observó Ana.

—Sí, así es, especialmente cuando uno quiere asegurarse de la fidelidad de la traducción al texto original. Comparo y reviso todo muy cuidadosamente. Puedo pasar mucho tiempo en una sola palabra. Muchas veces oro para que Dios me ayude a hacerlo correctamente.

—Comprendo lo que dices. Yo también oraré por ti —prometió Ana.

La amistad entre la madre de Casiodoro y Ana León crecía. Ana llegaba a visitarla una vez por semana. Además de su compañerismo, la disposición de Ana para ayudar con el oficio de la casa era una bendición para la madre anciana de Casiodoro. A menudo, Ana se quedaba para las horas de comida y Casiodoro conversaba con ella alegremente. Él notaba y apreciaba el interés de Ana en temas espirituales.

Por supuesto, Casiodoro también llegó a apreciar la ayuda que Ana le brindaba con respecto a ciertos términos hebreos. Si bien ella no había estudiado la gramática del hebreo, su conocimiento del idioma en ocasiones aclaraba ciertos pasajes.

A veces todos compartían su dolor por la pérdida de seres queridos. Ana hablaba de cuánto extrañaba a su esposo, mientras Casiodoro y sus padres hablaban de la muerte de Constantino y de los amigos torturados por la Inquisición en Sevilla. Muchas veces compartían las lágrimas, pero hallaban consuelo a través de orar juntos, especialmente por los creyentes que todavía estaban encarcelados.

Tarde una noche, Casiodoro y sus padres estaban sentados a la mesa, disfrutando de una taza de té.

—Casiodoro, tu madre y yo hemos venido hablando algunos temas —comenzó a decir papá—. Tú sabes que estamos envejeciendo y no siempre estaremos contigo. Ha sido un gran gozo para nosotros participar en esta misión de traducción de la Biblia. Hemos orado por ti y ahora deseamos hacerte una sugerencia.

Casiodoro miró a su padre con curiosidad. ¿Qué estaría por decir?

—¿Considerarías casarte con Ana León? Nosotros creemos que ella sería una muy buena esposa para ti, y te sería de gran ayuda una vez que nosotros faltemos. ¿Alguna vez lo has pensado?

—¡Padre...! ¿Qué... qué dice? —tartamudeó Casiodoro.

—¿Considerarías casarte con Ana? —se limitó a repetir papá.

—Pues, la verdad no lo he pensado —Casiodoro negó con la cabeza—. Es decir, he notado que es una persona amable. Sin embargo... Bueno, a decir verdad, siempre he pensado que no debería casarme. Quiero decir, dedico tanto tiempo a la traducción de la Biblia que ¿cómo podría casarme?

Papá sonrió.

—Creo que debes considerar el matrimonio, Doro.

—Se me hace que el matrimonio vendría a entorpecer mi obra. —Casiodoro frunció el ceño pensativamente—. Siempre supuse que una esposa sería como... no sé, una distracción, quizás.

—Comprendo lo que dices, Doro. Y así podría suceder, pero depende de la persona con la que te cases. Ana es una mujer piadosa. Ella apoya tu obra de traducción y aun te ayuda a entender el hebreo, ¿no? Además, le encanta servir y ayudar. ¿No puedes ver cómo ella podría ser un gran apoyo para ti y un beneficio para la obra? Especialmente cuando tu madre y yo ya no podamos ayudarte.

—Padre... Madre... —Casiodoro no hallaba qué decir—. Tendré que pensarlo. La obra es muy importante y siempre había creído

que no debería casarme. Entiendo lo que están diciendo, pero...
—Casiodoro apoyó el rostro entre sus manos—. ¡Es una idea completamente nueva para mí!

Mamá se levantó de la silla, recogió las tazas y las llevó a la cocina.

—Pon el asunto en oración, hijo —lo animó—. No es necesario que te apresures. Espero seguir a tu lado por mucho tiempo.

Después de una pausa, Casiodoro levantó la vista. En su rostro se dibujó una sonrisa.

—Bueno, cuando pienso en Ana y pienso en casarme, algo me emociona, pero... —La sonrisa se desvaneció—. Quiero hacer lo que Dios desea para mi vida. Sí, será necesario poner el asunto en oración.

Lentamente se puso de pie, tomó su lámpara y se volvió para dirigirse a su cuarto.

—Buenas noches, madre. Buenas noches, padre.

Casiodoro puso su lámpara sobre la mesa del dormitorio, se sentó en la cama y dio rienda suelta a sus pensamientos. “Por supuesto, me gustaría casarme. Cualquiera hombre desea una esposa a su lado, pero el llamamiento de Dios para mi vida es primordial. Nada ni nadie puede apartarme de dicho llamamiento. Pero padre y madre dicen que Ana más bien podría ayudarme a cumplir con mi llamamiento. ¡Eso sí no se me había ocurrido! Tal vez la enseñanza católica de que los sacerdotes no deben casarse me ha influenciado; me ha llevado a creer que una esposa es un estorbo. ¿Quién tiene razón?”

Casiodoro se arrodilló junto a su cama y oró:

“Padre que estás en los cielos, muéstrame tu voluntad. Tú sabes que no deseo hacer nada que me distraiga de tu obra. Consideraré el matrimonio solamente si me ayuda a completar el trabajo al que tú me has llamado. Padre, te pido que puedas confirmar tu voluntad para mi vida a través del Espíritu Santo. ¿Cómo puedo yo...?”

Se detuvo a media oración. Un pensamiento lo había impactado como un relámpago. “Una mujer como Ana, piadosa y que ama a Dios y su Palabra, no puede ser un estorbo. Su corazón de sierva sería

una gran ayuda, así como lo ha sido mi madre. Y su conocimiento del hebreo. Ana podría ser parte del plan de Dios para mí, ayudándome a completar esta obra difícil y tediosa”.

Casiodoro inclinó la cabeza con gratitud.

“Gracias, Padre, ¡por mostrarme esta verdad!” Luego se detuvo otra vez. “Ahora, espera, Casiodoro”, se dijo para sus adentros. “No te emociones con la idea. Debes pensarlo un poco más”. Luego oró: “Padre, si es tu plan que Ana llegue a ser mi esposa, te pido que me lo confirmes en los días venideros. De lo contrario, también te pido que me muestres tu voluntad con claridad. Por favor, Dios, sobre todas las cosas, necesito tu dirección e inspiración en mi trabajo. Dirige mis pensamientos por medio de tu Espíritu Santo para que yo pueda completar esta obra y para que pueda hacerlo correctamente. Te alabo y te agradezco, Padre Dios. En el nombre de Jesús, Amén”.

Se cubrió con las cobijas y permaneció así por mucho tiempo. Sus pensamientos eran tumultuosos. Por una parte, se sentía emocionado por la posibilidad de matrimonio. Parecía que el Señor lo había confirmado. Por otra parte, las dudas lo asaltaban. ¿Podía ser que sus propios deseos le jugaban una mala pasada? Era muy tarde cuando finalmente se durmió.



La próxima vez que Ana visitó a la familia, todo parecía distinto. Casiodoro ahora la miraba con otros ojos. Aunque intentaba ocultar su interés repentino, temía que Ana notara que algo había cambiado. A la mesa, mientras almorzaban, intentó actuar de manera natural, aunque ya ni sabía qué era natural. El pensamiento lo angustiaba tanto que estaba seguro de que Ana lo notaría.

En un momento de silencio, mientras disfrutaban de la sopa de verduras caliente, Ana preguntó:

—Casiodoro, ¿cuánto te falta para terminar la traducción de la Biblia?

—Cuánto quisiera estar más avanzado —suspiró Casiodoro, aliviado de que el tema de la conversación no fuera un asunto personal o de familia—. Ya llevo cuatro años de trabajo. Sin duda me llevará unos años más todavía. Es más importante hacerlo bien que terminarlo pronto. La traducción es un trabajo lento y tedioso. Estoy alegre de que el Señor me haya equipado para hacerlo, y de verdad disfruto del trabajo. Si no lo disfrutara, me habría desanimado hace mucho tiempo.

—Entiendo lo que dices —contestó Ana compasivamente—. Es mi oración que Dios te dé toda la sabiduría y la salud que necesitas para una obra tan importante. Deseara poder ayudarte, pero carezco de la preparación necesaria. Lo único que puedo hacer es ayudarte con mi humilde conocimiento del hebreo, y me encanta ayudarle a tu madre con cocinar, ordenar la casa y lavar ropa... Es una bendición poder contribuir a tu proyecto, aunque sea de manera indirecta.

Las palabras de Ana asustaron a Casiodoro. ¿Por qué hablaba así? Ella había ofrecido su ayuda sin saber nada de la decisión que él estaba considerando. Ana hablaba con humildad, sin pretensiones. Casiodoro clavó la vista en la sopa. En ese momento, ¿no se atrevía a mirar a sus padres! No había duda de que Ana notaría un comportamiento extraño en él. Casiodoro enfocó toda su energía en volver a la tarea de comer, un bocado tras otro, de la manera más relajada posible: no muy rápido, no muy lento.

Su madre acudió al rescate:

—Ana, de verdad apreciamos tu ayuda. Que el Señor te bendiga por tu benignidad para con nosotros. Yo también me siento satisfecha porque puedo ayudar a Casiodoro en su obra importante. Y déjame decirte que tú sí estás contribuyendo mucho a esa obra.

Para alivio de Casiodoro, Ana cambió de tema.

—Me alegro de que el tiempo se esté calentando —observó—. Los inviernos aquí en Londres me parecen tan tristes y húmedos. Me encanta la primavera, y la espero con ansia, aunque hay un aspecto

de la primavera que me entristece. Mi esposo y yo nos casamos en la primavera... Cuando veo las flores y siento las brisas cálidas, pienso en él.

Normalmente, Casiodoro le hubiera ofrecido palabras de consuelo a Ana, pero esta vez no sabía qué decir. Papá lo auxilió:

—Sin duda —empezó a decir bondadosamente—, es difícil vivir con esos recuerdos. Entendemos cuánto lo extrañas. Que Dios te dé gracia, Ana, para disfrutar de la primavera a pesar de tu tristeza.

Esa noche, mientras bebían té, mamá preguntó:

—Doro, ¿qué pensaste de lo que dijo Ana hoy?

—¿Qué... pensé... yo? —tartamudeó Casiodoro—. No dije nada, eso sí sé.

Los ojos de mamá chispeaban. Se volvió hacia su esposo y preguntó:

—Padre, ¿crees que las palabras de Ana hayan sido una confirmación de parte de Dios?

—Sí —respondió papá sin dudar—, yo creo que sí.

—Pero, ella aún extraña a su esposo —intervino Casiodoro—. ¿Significa eso que no quisiera casarse con otro hombre?

Madre pensó por un momento y entonces agregó:

—No, Casiodoro, no creo que sea así. Sencillamente está diciendo que se siente sola, y que carece del amor de un hombre. ¿Puedes ver que tú también podrías suplir una necesidad en la vida de ella?

—¡Vaya! Más ideas nuevas para mí —dijo Casiodoro, pensativamente—. Bueno, continúen orando por mí. No sé si estoy preparado para esto. ¡Me ha cogido por sorpresa!

Papá se rio suavemente.

—Sorprendido por el amor, ¿eh? Bien, el amor no es algo malo, Doro. El verdadero amor es un don Dios. Creo que esto es algo verdadero y que es de parte de Dios.

Casiodoro respiró profundamente y exhaló lentamente.

—¿Sorprendido por el amor? —murmuró—. Parece que sí. Me

gusta esa idea. Lo sobresaliente es que llegó por medio de ustedes, aunque me parece que así lo ha querido Dios. No me distrae de mi amor a Dios. Más bien, si esta nueva ilusión viene de él, solo siento deseos de alabarlo.

—Creo que todos sentimos lo mismo —añadió mamá suavemente—. Estoy segura de que Dios puso en nuestro camino a esta mujer maravillosa, y lo hizo pensando en ti.

Unas pocas semanas después, Ana trapeaba el piso del aposento de traducción y el corazón de Casiodoro comenzó a palpar con fuerza. Esta era su oportunidad. Se enderezó y se volvió en su silla.

—Ana, quiero decirte algo.

Ana detuvo su trabajo y levantó la vista. Con la humildad que la caracterizaba, dijo:

—¿En serio? Dime, ¿en qué te puedo ayudar? ¿Alguna palabra hebrea?

—Recientemente dijiste algunas cosas interesantes. Deseas ayudarme con mi proyecto de traducir la Biblia. No tienes la preparación para hacer la traducción, pero me puedes ayudar con tu conocimiento del hebreo y eres una excelente ama de casa. Se... se... me ocurre que si yo... Es decir, si yo hago la traducción y tú me apoyas y te encargas de la casa, haríamos un buen equipo, ¿no crees? —Casiodoro hizo una pausa. Ana se sonrojó y bajó la mirada a medida que las palabras de Casiodoro iban llegando a su corazón—. No puedo ocultar que te has convertido en alguien muy especial en mi vida —continuó diciendo suavemente—. ¿Qué te parece si nos casamos para que podamos servir a Dios juntos?

Ana dejó caer el trapeador.

—¿Yo? ¿Me... me estás pidiendo que me case contigo?

—Sí, Ana, te estoy pidiendo a ti —respondió Casiodoro con la voz entrecortada. Se tragó el nudo en la garganta y continuó—: Aprecio mucho tu manera humilde de servir y tu amor por Dios. No creas que la idea se me ocurrió en este instante. He orado al respecto por

algún tiempo. Mis padres también creen que es una buena idea; más bien, fueron ellos quienes me dieron la idea. —Cuando Casiodoro notó la mirada de espanto en la cara de Ana, añadió rápidamente—: Pero la decisión es tuya por supuesto. Y si te parece extraño casarte conmigo, no te preocupes, yo te comprendo.

—No... perdona —empezó a decir—, solo estoy muy sorprendida, y un poco asustada, quizá. ¡Nunca imaginé que un hombre como tú se interesara en mí!

—Sin duda te toma por sorpresa, y no te sientas mal por eso —le aseguró Casiodoro. Piénsalo y ora. Tómate el tiempo que desees.

Ana recogió el trapeador y se apresuró a salir del cuarto. Unos minutos después, Casiodoro la oyó hablando con su madre en la cocina. Ana no se daba cuenta de que estaba tan emocionada y hablando tan fuerte que su voz se escuchaba en el cuarto contiguo. Casiodoro sonrió cuando la oyó decir:

—Nunca se me ocurrió que Casiodoro aun pensara en casarse conmigo. ¡No soy digna de un hombre como él! ¿De verdad cree que está en serio?

—Por supuesto que está en serio —le aseguró mamá—. Ana, hemos hablado y orado respecto al asunto por varias semanas. Mi esposo y yo pensamos que ustedes harían una pareja maravillosa. Tú le serías de gran ayuda en su trabajo. Él necesita mucho la ayuda de una mujer y yo no estaré aquí para siempre.

—Es que... es una idea tan nueva para mí —repitió Ana—. Y casi creo que me gusta la idea, pero nunca soñé que él pudiera quererme. Tendré que orar fervientemente respecto a esto.

—Sí, Ana, todos estamos orando para que el Señor los dirija. Tómate tu tiempo.



La próxima semana, Ana volvió para ayudar con los quehaceres de la casa, pero nadie mencionó la propuesta de Casiodoro. Cada

uno intentó actuar con naturaleza, aunque era difícil esconder lo que daba vueltas en la mente de todos. Los tiempos de comida eran momentos incómodos.

Por la tarde, Ana trapeaba el piso del cuarto donde Casiodoro traducía. De repente, se dio la vuelta y las vistas de ambos se encontraron. Ambos se sonrojaron ligeramente y miraron en direcciones opuestas. Si bien desconcertados, también sintieron la emoción de saber lo que el otro pensaba.

La próxima semana, cuando llegó, lo primero que Ana hizo fue entrar quietamente en la oficina de Casiodoro.

—Buenos días, Casiodoro —saludó Ana.

Casiodoro se volvió en su silla.

—Ah, buenos días, Ana.

Ana comenzó a hablar... Parecía nerviosa.

—Quiero hablar contigo antes de comenzar mi trabajo. Casiodoro, he orado acerca de tu propuesta. Parece que Dios nos está dirigiendo a unir nuestras vidas, pero me siento insegura... Por supuesto, me siento agradada por tu interés en mí. Pero necesito estar segura de que Dios realmente nos está dirigiendo. Me gustaría... Oh, ¿qué estoy diciendo? —Ana hizo una pausa para ordenar sus pensamientos y luego levantó la mirada con vacilación—. Casiodoro, ¿qué te parece continuar con un tiempo de cortejo antes de que te dé una respuesta definitiva? Es decir, ¿podemos conversar y orar juntos por unos meses antes de llegar a una conclusión?

—Me parece una buena idea, Ana —le aseguró Casiodoro—. No tengo ningún inconveniente.

—Gracias, Casiodoro. Eso me daría tranquilidad.

—¿Qué te parece que nos reunamos para dialogar los domingos por la tarde? —sugirió Casiodoro con una mirada interrogativa—.

Ana se sonrojó y bajó la mirada rápidamente.

—Sí, me parece bien. Será un gusto conversar los domingos. —Sin decir más, Ana se volvió y salió del cuarto.



Las visitas los domingos por la tarde llegaron a ser preciosos para Casiodoro y Ana. Dialogaban sobre su futuro y su visión para la obra de Dios. Casiodoro compartía sobre el progreso de su traducción. También hablaba frecuentemente del peso que sentía por sus hermanos en la prisión de Sevilla. Hablaban de los peligros a los que él se exponía debido a su obra de traducción. Según se sabía, el embajador español en Londres había indagado acerca de Casiodoro y sus actividades. Casiodoro le explicó a Ana que el rey de España, Felipe II, se oponía férreamente a su traducción de la Biblia y que, si lograra echarle mano, sin duda lo llevaría de regreso a España para deshacerse de él.

Juntos oraron respecto a estos asuntos. Los tiempos de oración pusieron un fundamento sólido para su relación y los condujo a una mayor unión con el Señor.

Algunos meses después de haber iniciado su relación, un domingo por la tarde, Casiodoro se aclaró la garganta y comenzó a decir con cierta vacilación:

—Ana, de verdad he apreciado estos momentos juntos. Para mí, han sido de bendición y disfruto el tiempo contigo. ¿Estás preparada para hablar de nuestro futuro?

—Sí, Casiodoro —respondió ella inmediatamente—. Ya empezaba a preguntarme cuándo ibas a tocar ese tema. Yo estoy preparada.

Casiodoro se sintió inseguro... No sabía cómo proceder.

—¿Quieres decir que estás lista para responder a mi propuesta?

—Sí. Siento que Dios me ha dado paz y me ha confirmado su voluntad —contestó ella.

—¿Estás lista para casarte conmigo?

Ana se sonrojó, bajó la mirada y susurró:

—Sí, Casiodoro. Creo que Dios me ha llamado a una relación contigo, y con gusto me caso contigo.

Casiodoro suspiró profundamente... No tenía palabras. Finalmente inclinó la cabeza y oró:

—Dios Padre... —su voz temblorosa se detuvo por un momento—. Padre, ¿cómo te puedo agradecer por algo tan maravilloso? Te alabo por traer a Ana a formar parte de mi vida. Gracias por dirigirnos hasta aquí. Te alabamos por el don de nuestro amor. Reconocemos que todo don perfecto viene de ti. Ahora, Señor, pedimos que siempre nos guíes... para tu gloria. Te rogamos que bendigas nuestras vidas y nuestra obra juntos. Ponemos nuestro futuro matrimonio en tus manos. En el nombre de Jesús el Cristo oramos, Amén.

Después de una pausa, Casiodoro levantó la vista, nublada por las lágrimas, para mirar a Ana. Su mirada tierna y quebrantada revelaba su amor por ella y la alabanza de su corazón a Dios. Ana le devolvió la mirada. El corazón de ambos rebosaba de gratitud por el tesoro que Dios les había dado.



Pocos días después, Casiodoro habló con el obispo Grindal.

—Sí, Casiodoro, será un gusto officiar su matrimonio, respondió el obispo. Lo único que pido es discreción. Tú sabes que te apoyo, pero muchos dirigentes de las iglesias no confían en ti ni aprueban tu confesión de fe. No sé si te lo han advertido, pero el embajador de España también te busca, y procura sembrar hostilidad contra ti.

—Sí, me han informado de eso.

—Casiodoro, te lo advierto. Si el embajador de España alguna vez te invita a la embajada, o te pide acudir, no vayas. Es muy probable que te arreste allí mismo. Como sabes, una embajada se considera territorio del reino que representa. Dentro de la embajada, él estaría facultado para arrestarte. No te quiero asustar, pero ten cuidado, te lo ruego.

—Gracias por la advertencia —dijo Casiodoro—. Y gracias por estar dispuesto a officiar la ceremonia.



En una bella mañana de primavera, Casiodoro y Ana caminaron a la casa del obispo Grindal. Los árboles cubiertos con nuevas hojas los observaban. Las aves cantaban y las flores lucían sus colores por todas partes. Casiodoro miró a Ana amorosamente.

—¡Qué día tan bello para celebrar nuestra boda! ¿No te parece que la frescura de la primavera es como la nueva vida que estamos iniciando juntos?

—Sí, así es, Casiodoro —respondió Ana con una sonrisa—. Me encanta la primavera y las promesas que trae consigo. Vida nueva... juntos.

La ceremonia en la casa del obispo Grindal fue sencilla. Los testigos, aparte de los padres de Casiodoro, no fueron otros sino los amigos más íntimos de la pareja. La noche anterior habían dialogado una vez más la posibilidad de que la persecución afectara su matrimonio. Sin embargo, cuando el obispo preguntó si prometía amar a Ana y cuidar de ella, Casiodoro respondió con confianza:

—Sí, lo haré.

Ana respondió suavemente, pero con confianza:

—Sí, lo haré —y así se comprometió a honrar y amar a Casiodoro. Las lágrimas afloraron en los ojos de Ana cuando el obispo unió la mano de ella con la de Casiodoro y oró que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob los bendijera abundantemente.

Después de la ceremonia, pasaron a compartir un almuerzo especial con la mayoría de los integrantes españoles de la congregación. Allí, la asamblea se regocijó con su pastor y predicador. Además de la carne y las hortalizas, en cada mesa había platos de queso, jamón y aceitunas españolas. Las aceitunas eran algo especial, ya que pocas veces compraban aceitunas en Londres. Después de la comida, otro de los dirigentes de la congregación pidió la bendición sobre la nueva pareja, su ministerio y su futuro.

Con el permiso del dueño del inmueble, Casiodoro había

dividido el apartamento en dos. Cuando volvieron a casa después del almuerzo de la boda, ambas parejas se detuvieron antes de entrar cada una a su propio apartamento. Casiodoro le echó el brazo a Ana y la acercó a su lado. Con voz entrecortada dijo:

—Padre, madre, queremos agradecerles por sugerir este matrimonio... Y por apoyarnos. Si ustedes no me hubieran iluminado, probablemente estaría en el escritorio con mis libros, ¡y me habría perdido esta bendición maravillosa! —Sus ojos brillaban—. Ustedes han sido instrumentos en las manos de Dios para que él uniera nuestras vidas.

—Ay, hijo, nos alegramos tanto por ti, y nos sentimos bendecidos porque somos parte del maravilloso plan de Dios. —El rostro de papá se iluminó con una sonrisa.

Mamá también sonrió, y añadió en un tono cariñoso:

—Yo me siento sumamente gozosa. Finalmente puedo darle la bienvenida a una hija. ¡Dios te bendiga, hijo! ¡Dios te bendiga, hija!



CAPÍTULO 29

La obra del acusador

1563

Casiodoro hizo una pausa en su trabajo y miró por la ventana. Un ave, cuyas plumas de color marrón, blanco y negro la identificaban como un milano real, flotaba sin esfuerzo sobre la ciudad. Su color contrastaba de manera especial con el cielo azul del verano. Casiodoro sonrió. Su esposa era para él motivo de inspiración, gozo y energía. No había duda, Ana era una bendición de parte de Dios.

Su meditación amorosa fue interrumpida por la voz de su esposa.

—¡Te hallé soñando despierto! —exclamó Ana—. No es algo que vea con frecuencia. Normalmente estás tan enfocado en tu trabajo que pasas por alto todo a tu alrededor.

—¿Sabes en qué estaba pensando, Ana?

—Pues, no tengo idea... —dijo, mientras ponía un par de tazas en la mesa y comenzaba a servir el té.

Casiodoro le echó el brazo alrededor de la cintura, y continuó:

—Meditaba en la maravillosa bendición que eres en mi vida. En

estas pocas semanas de vida matrimonial, tú has traído tanto gozo e inspiración a mis días. Alabo a Dios por la esposa que me ha dado.

Ana no supo cómo responder a los cumplidos, así que puso la tetera sobre la mesa, le pellizó la oreja a Casiodoro, y salió del aposento. En un momento había vuelto con un plato de pasteles caseros.

—Casio, tómate un descanso y disfruta de este té conmigo —lo invitó mientras acercaba una silla.

Casiodoro se sentó a la mesa y se deleitó con el aroma del té antes de sorber un poco.

—Ah, ¡esto es maravilloso! Disfrutar de un buen té en compañía de una esposa tan buena. Gracias, Ana, y ¡gracias a ti, Dios Padre!

Ana acercó su silla a la de Casiodoro y recostó contra él la cabeza. Tranquilamente, disfrutaron del té y los pasteles. Estaban absortos en sus pensamientos hasta que Ana dijo:

—Gaspar no vino hoy, ¿verdad?

—No, y no sé qué haya sucedido. —En las últimas semanas, Gaspar había llegado un día por semana para ayudar a Casiodoro. Estaba haciendo dos copias de la traducción. Casiodoro había visto la necesidad de contar con copias de la traducción y no solo el manuscrito de la traducción original—. Últimamente, no lo he visto de muy buen ánimo. Sin embargo, no sé por qué no vino.

—Sí, la semana pasada lo noté diferente; no se veía a gusto. Me pregunto qué lo estará perturbando. ¿Crees que esté disgustado de que yo esté aquí? —preguntó Ana, preocupada.

—A decir verdad, no veo por qué tu presencia habría de importarle —le aseguró Casiodoro—. Me pregunto si espera que le pague más.

—Pero le estás pagando un salario justo, ¿no es cierto? —preguntó Ana.

—En realidad, le estoy pagando un poco más de lo que se acostumbra por este tipo de trabajo. Aprecio su ayuda y trato de pagarle bien.

—Me pregunto, Casio, si no es porque te esfuerzas tanto.

—¿Lo obligo a él a esforzarse? —preguntó Casiodoro, sorprendido.

—No, tú no lo obligas a esforzarse. Pero sí trabajas con una intensidad inusual. Pasas sentado aquí todo el día, tan centrado en tu trabajo que ni siquiera descansas a menos que yo entre y te hable. Normalmente las personas no pueden trabajar con tanta intensidad.

—Te diré algo, querida. Cuando pienso en nuestros hermanos encarcelados y en la gran necesidad de contar con la Biblia en castellano, me veo impulsado a completar esta obra. Una llama arde dentro de mí y me impulsa a seguir.

—Sí, lo sé —dijo Ana—. Y siento que es mi deber darte un descanso de vez en cuando. Admiro tu pasión ferviente, Casio, pero la semana pasada observé a Gaspar. Lo vi enderezarse y estirarse como si estuviera agotado. Luego te miró a ti. Por supuesto, tú estabas enfocado en tu trabajo, como de costumbre, y no notaste el agotamiento de Gaspar ni el hecho de que te miraba. Me pareció que estaba frustrado, y me pregunto si se siente presionado a hacer más de lo que puede.

—Ah... es probable que tengas razón. No deseo presionarlo —agregó Casiodoro—. No es necesario que él trabaje como yo. Tendré que aclararle que no es necesario que se esfuerce tanto.

—Creo que eso sería bueno. Él debe saber que no lo estamos presionando y que apreciamos su trabajo —observó Ana.

—¿Ves cuán buena consejera eres para mí, Ana? Tú eres una bendición en mi vida.

Ana se sonrojó, se paró rápidamente y recogió los trastos.

—¡Ya vas de nuevo! —dijo al salir del aposento.



Casiodoro estaba ocupado con sus libros cuando Ana lo interrumpió.

—Casio, hay alguien a la puerta.

Casiodoro levantó la vista, sorprendido. Lentamente, se puso de pie y caminó con pasos torpes hacia la puerta.

—Buenos días, señor. ¿En qué le puedo servir? —le preguntó al mensajero.

Buenos días. ¿Es usted Casiodoro de Reina? —Cuando Casiodoro asintió con la cabeza, el hombre continuó:

—Le traigo un mensaje de la embajada de España. El embajador desea que yo le lleve su respuesta.

Casiodoro tomó un papel de manos del mensajero. Abrió la nota y leyó:

Casiodoro de Reina:

Yo, el embajador de España, te invito a venir a la embajada española para dialogar algunos asuntos importantes.

Casiodoro le dijo al mensajero:

—Permítame un momento, señor. —Se volvió, regresó a su mesa, y escribió en la parte inferior de la nota:

Su excelencia: Agradezco la invitación. Dispense su excelencia que estoy sumamente ocupado y no podré aceptarla.

Atentamente,

Casiodoro de Reina

Casiodoro dobló la nota, salió y la entregó al mensajero. Cuando el hombre se marchó, Ana salió y se recostó contra su esposo. Notó la preocupación en su rostro.

—¿Qué sucede, Casio? —le preguntó.

—Era una invitación para que acuda a la embajada de España —explicó—. Esta es la segunda que he recibido. Al igual que antes, le respondí que estoy ocupado. Pero me preocupa lo que sucede.

¿Cuánto tiempo podré rechazar sus invitaciones? Soy un

ciudadano español, y él representa a mi país. Rechazar las invitaciones sin duda causa una mala impresión. Por otra parte, el obispo Grindal me advirtió que no fuera. El embajador podría arrestarme fácilmente y devolverme a España y a la Inquisición. Parece que se avecinan problemas.

Ana se adelantó para abrazar a su esposo.

—Parece que hay dificultades por delante —concordó—, pero el Señor cuidará de nosotros.

—Gracias por decir *nosotros* —dijo Casiodoro al tiempo que la miraba con una sonrisa—. Me alegra el hecho de que no estoy solo en este asunto. Sin embargo, no deseo meterte en problemas.

A la primera oportunidad que se presentó, Casiodoro conversó libremente con Gaspar. Luego, su ayudante se mostró más libre y contento. En el transcurso de la tarde, Gaspar se recostó en su silla, se estiró y preguntó:

—Casiodoro, ¿has escuchado todo lo que se dice de ti en estos días?

Casiodoro limpió la pluma y se volvió en su silla.

—Bueno, oigo que los dirigentes de las iglesias flamencas y francesas no aprueban mi confesión de fe —dijo—. Y el obispo Grindal me advirtió que el embajador de España procura hacerme daño. Parece que la Inquisición lo presiona para que me devuelva a España. ¿Por qué preguntas? ¿Has escuchado algo en estos días?

Casiodoro notó que Ana se acercó suavemente a la puerta y supo que ella había escuchado desde la cocina. Ana se apoyó contra el marco de la puerta y permaneció allí. Casiodoro se volvió y miró un carruaje que pasaba por la calle. Gaspar continuó:

—Sé a qué te refieres. Pero la gente anda diciendo cosas graves en tu contra. Dicen que te comportaste de manera inapropiada con algunas señoras de la iglesia, y que has desviado fondos que te fueron donados para la impresión de la Biblia.

—¿Qué? ¿A cuáles señoras se refieren? —preguntó Casiodoro con

el ceño fruncido; obviamente confundido.

—Algo de lo que se dice tiene que ver con la esposa de Pierre Fouet —dijo Gaspar.

—Pero ¿por qué dicen eso? Fui a su casa un día; tenía que hacer una diligencia. Ella me invitó a pasar y yo acepté. Tan pronto supe que su esposo no estaba en casa, me despedí y salí. Pero entiendo que alguien pudiera suponer cosas falsas.

—Entiendo esa parte —agregó Gaspar—. Pero debes tener cuidado. Hay personas que hablan muy mal de ti.

—Y hablando de las críticas respecto al dinero... —Casiodoro suspiró—. Alguien me preguntó sobre el asunto. Desde que discontinuaron mi pensión de parte de la reina, muchos saben que a veces me hace falta el dinero.

—Escuché de eso. ¿Por qué te quitaron la pensión? —preguntó Gaspar.

—Según lo que me dijo el obispo Grindal, parece que la reina estaba descontenta con mi matrimonio. No debería importarle; ya no somos católicos. A los ministros protestantes se les permite casarse. Ella me respetaba antes y no sé qué la hizo cambiar. La reina Isabel misma no está casada, así que tal vez sentía que yo también debía permanecer soltero.

”Para seguir con la historia, Throgmorton me dio un dinero hace unas semanas para sufragar costos de mi obra de traducción. Le pregunté específicamente en qué debía utilizar el dinero. Él sabía que me habían quitado la pensión y deseaba ayudarme con mis gastos. He usado el dinero para nuestros gastos personales y para pagarte a ti.

Gaspar frunció el ceño.

—No veo nada de malo en eso —ofreció Gaspar.

—Bueno, el otro día alguien me preguntó: “¿No es cierto que ese dinero debe usarse para la impresión de la Biblia?” Yo quedé desconcertado por la pregunta, así que no pude ofrecer una respuesta clara. Sin embargo, quien hizo la pregunta obviamente sentía que ese

dinero no debía utilizarse para gastos personales. La traducción no estará lista para la imprenta en varios años; me falta mucho trabajo todavía. Algunas personas no comprenden eso y no hacen más que pedir una impresión cuanto antes. Bueno, yo también quisiera que la traducción estuviera lista para la imprenta. ¿Por qué es que algunas personas me critican tanto?

—Sabes, Casiodoro —dijo Gaspar—, muchos de los miembros de las iglesias flamencas y francesas han comenzado a asistir a nuestra iglesia, y es posible que eso agrave la situación. Las personas aprecian tus enseñanzas de la Biblia, así que vienen a escucharte, pero los dirigentes de esas iglesias sienten celos.

—Entiendo... Eso puede estar sucediendo —dijo Casiodoro con un suspiro—. Pero ¿qué esperan que haga? ¿Que los expulse? ¿Qué bueno que no expulsé a Ana! Tú sabes que ella venía de Flandes, y antes asistía a la iglesia flamenca. ¡Le doy gracias a Dios porque ella quiso asistir a nuestra iglesia! ¿Qué haría yo sin ella?

Los tres se rieron y volvieron a sus trabajos.



Unas semanas después, Casiodoro, su esposa y sus padres caminaban a casa después de un culto. El padre de Casiodoro habló seriamente:

—Doro, hoy noté algunos rostros preocupados. Me pregunto si tiene que ver con los rumores que circulan acerca de ti.

—Sí, padre, yo también noté las expresiones afligidas —reconoció Casiodoro—. Saber que hay personas que dudan de mí es preocupante. Además, me impide predicar con toda libertad. Según rumores, hay agentes del gobierno de España que están diseminando mentiras y sembrando discordias. Padre, ¿hay algo que pueda hacer al respecto?

—Bueno, me pregunto si deberías presentarte ante el concilio de la iglesia e informarles de las críticas que ya conocen. Tú pudieras

explicarles que las acusaciones no tienen fundamento. Si aclararas las cosas con ellos, tal vez desde allí se disemine la verdad.

Ana caminaba con su brazo en el de su esposo. Se le acercó más y le dijo:

—Yo quisiera que lo intentes, Casio. Si te adelantas y presentas una aclaración, es posible que acabes con los rumores. Es necesario que actuemos para resolver este asunto.

—Me parecería un tanto extraña la idea de defenderme antes de ser acusado o llamado a hablar —observó Casiodoro.

—Te comprendo, hijo —dijo mamá—. Por otra parte, acudir a ellos antes de que te llamen mostraría que tienes un deseo sincero de aclarar las cosas. Un hombre culpable probablemente no haría eso.

—Supongo que tienen razón —reconoció Casiodoro—. Pensaré en ello. Gracias por sus consejos.

Al día siguiente, Gaspar llegó asustado al trabajo.

—Casiodoro, la situación está empeorando —dijo sobriamente—. Ahora te acusan de practicar la homosexualidad.

—¿Qué? —exclamó Casiodoro con incredulidad—. ¿De dónde viene semejante acusación?

—Un joven alega que tú lo violaste hace unos años, poco después de que llegaste a Londres. Él dice que se quedó contigo por un tiempo y te ayudó con el trabajo.

—¿Será Jean de Bayonne? —preguntó Casiodoro.

—Sí, creo que sí —confirmó Gaspar—. El rumor se ha extendido y algunos hombres de la iglesia se lo están creyendo...

—¿Cómo puede Jean decir algo tan feo? —El rostro de Casiodoro mostró su desconcierto—. ¿Cómo puede un amigo hacer algo así? ¿Qué está sucediendo? —Ambos hombres se volvieron a su trabajo, pero Casiodoro no podía concentrarse; estaba conmocionado.

Más tarde ese mismo día, Casiodoro y Ana estaban sentados a la mesa, bebiendo té antes de acostarse. Casiodoro se había mostrado muy silencioso toda esa tarde. Ana comprendía sus luchas y le dio el

espacio para que pensara y meditara. Finalmente, Casiodoro dijo:

—Ana, me siento traicionado y desanimado. ¿Cómo puedo continuar con mi obra cuando me están acusando de cosas horribles? ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Por qué está sucediendo?

—Casio, ¿no hay un versículo en el libro de Apocalipsis que dice que el diablo es el acusador de los hermanos? —preguntó ella.

—Sí, es cierto. —Casiodoro se levantó y fue a traer una copia del Nuevo Testamento de Francisco de Enzinas. Se sentó junto a Ana y hojeó el libro.

“Déjame ver. Aquí está: “Y oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, y la virtud, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo; porque el acusador de nuestros hermanos es ya derribado, el cual los acusaba delante de nuestro Dios día y noche”.⁸⁵

”¿Qué te hizo pensar en este versículo? —preguntó Casiodoro—. ¿Crees que el diablo está incitando todas estas acusaciones?

—Sí —respondió Ana sencillamente—. Después de escuchar lo que dijo Gaspar, quiso surgir en mí la amargura por todas las acusaciones falsas en tu contra. Comencé a orar y me pareció que el Señor me mostraba una verdad sencilla: “Todo esto que está sucediendo es obra de nuestro enemigo. Tu traducción de la Biblia es la obra de Dios, pero el diablo desea impedir esa obra”.

—Eso pone el asunto en otra perspectiva, ¿no es cierto? —dijo Casiodoro pensativamente—. Estoy seguro de que Satanás desea detener este proyecto. Yo sé que el rey Felipe II se opone a la traducción y está presionando al embajador para que me detenga, pero no había considerado que detrás de todo esto, el diablo mismo está obrando en mi contra.

Casiodoro permaneció con la mirada fija en la oscuridad, por un momento, absorto en sus pensamientos. Luego se volvió al Nuevo Testamento. Su dedo continuó pasando lentamente por la página.

—Aquí está —dijo—. Escucha esto: “Por lo cual alegraos, cielos, y

85 Apocalipsis 12:10

los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo”.⁸⁶ Un poco más abajo dice: “Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra los otros de la simiente de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús Cristo”.⁸⁷

”No hay duda de que el diablo está muy airado y hará todo lo que pueda para detener la obra del Señor. Pero escucha esto: “Y ellos le han vencido por causa de la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio, y no han amado sus vidas hasta la muerte”.⁸⁸ Nosotros también podemos vencer, Ana.

”Gracias por compartir conmigo lo que Dios puso en tu corazón. Las acusaciones no han cambiado, pero ahora las veo desde una perspectiva distinta. Hay propósito en sufrir por el reino de Dios. No podemos darnos por vencidos. El Señor ganará la victoria. Gracias, mi querida esposa.

—El Señor me dio ese mensaje para ambos —dijo Ana—. No permitiremos que el diablo nos desanime, ¿verdad que no?

—¡De ninguna manera! —declaró Casiodoro—. ¡Seguiremos adelante para la gloria del Cordero!



Casiodoro permaneció sentado en su lugar, esperando pacientemente mientras el concilio de la iglesia dialogaba varios asuntos. Por fin, el presidente anunció:

—Hoy tenemos con nosotros a Casiodoro de Reina, quien desea presentar algo al concilio. Adelante, Casiodoro, tienes la palabra.

Casiodoro se puso de pie.

86 Apocalipsis 12:12

87 Apocalipsis 12:17

88 Apocalipsis 12:11

—Señores, estoy aquí para informarles acerca de los rumores que están circulando en cuanto a mi persona. No entiendo por qué estas historias horribles se están diseminando, pero deseo asumir cualquier responsabilidad que me corresponda. Con gusto responderé cualquier pregunta que tengan para mí.

Las expresiones en los rostros de los hombres le indicaron a Casiodoro que ya sabían de las acusaciones, pero uno de ellos preguntó:

—¿Nos podrías decir de qué te acusan?

—Con gusto explicaré la verdad. Por eso estoy aquí. —Los hombres parecían sorprendidos, pero Casiodoro sintió que respetaron su deseo de mostrarse transparente y honrado—. Basado en lo que otros me han dicho, se me acusa de malgastar fondos donados, de tener doctrinas falsas, de cometer adulterio y de practicar la homosexualidad.

Otra vez, la franqueza de Casiodoro sorprendió un tanto al concilio.

—Respecto a la acusación de malgastar el dinero, entiendo por qué la persona ha expresado preocupación. Recibí una donación; alguien quiso aportar a la obra de traducción. Le pregunté al donador específicamente cómo debía yo usar el dinero. Él dijo que yo puedo utilizarlo para cualquier gasto relacionado con mi traducción. Aun dijo que puedo usarlo para gastos personales ya que la reina ha cancelado mi pensión. Si alguien desea confirmar esto con el donador, para mí sería un gusto que lo haga. Yo comprendo si alguien pensó que el dinero se debía usar solo para la impresión misma, pero enfrentaré muchos otros gastos antes de que la traducción esté lista para una impresión. Será cuestión de varios años antes de que la Biblia castellana esté lista para la impresión.

”Con respecto a que promuevo doctrinas falsas, puedo destacar algunos puntos. Primero, creo que el Nuevo Testamento no da licencia para matar a los herejes, así que me expresé en contra

de la ejecución de Miguel Servet en Ginebra. Como resultado, se me acusa falsamente de apoyar las doctrinas heréticas de Servet. Permítanme ser claro. No apoyo las enseñanzas de Servet, pero no apoyo la matanza de los herejes.

”En segundo lugar, prefiero no utilizar la palabra *trinidad*, ya que no la hallamos en la Biblia. Prefiero utilizar el vocabulario de la Biblia misma y eso fue lo que dije en mi confesión de fe. Sin embargo, si la leen cuidadosamente, notarán que sí creo en Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Sencillamente prefiero no utilizar la palabra *Trinidad*. Sin embargo, no condeno a los que la usan.

”Tercero, dije en mi confesión que la Biblia no enseña el bautismo de infantes. Esa es mi creencia, pero si leyeron mi confesión, sabrán que reconocí que la iglesia ha bautizado a los infantes por muchos años. Lo acepto como tal, una costumbre de la iglesia.

”Otros se oponen a lo que escribí respecto a las autoridades civiles. Lo único que puedo decir es que, en mis débiles esfuerzos, mi intención es permanecer tan apegado a la Biblia como sea posible. Me apoyo en la Palabra de Dios y no en las enseñanzas de los hombres. No puedo hacer otra cosa.

”También se me acusa de conducta inapropiada con la esposa de Pierre Fouet. En una ocasión, pasé por la casa de Pierre y la esposa de este me invitó a entrar. Yo no sabía que Pierre no estaba en casa. Cuando lo supe, me despedí y salí de la casa sin dilación. Es posible que alguien haya visto esto y haya llegado a una conclusión equivocada. Les aseguro que la acusación no es cierta. Aunque lo hice en ignorancia, reconozco que no debí haber entrado en la casa cuando Pierre no estaba allí.

”Ahora, la acusación más irracional contra mí es la de comportamiento homosexual. Oigo que un joven me acusa de haber abusado de él. Yo creía que dicho joven era mi amigo. Lo único que les puedo decir es que la acusación es falsa.

”También me dicen que algunos se quejan porque hay personas

que salen de otras iglesias para asistir a la nuestra. Confío en que ustedes comprenderán que yo no puedo rechazar a nadie. Pueden preguntarle a cualquiera que me haya escuchado, y sabrán que yo no critico a otras iglesias ni tampoco animo a nadie a dejar su congregación y unirse a nosotros. Hallarán que no hago ninguna de esas cosas. Nuestra iglesia fue fundada para las personas de habla castellana. No he intentado hacer que otros se unan a ella, pero tampoco los puedo rechazar.

”También estoy consciente de que el embajador de España está en mi contra. El rey Felipe II de España y la Inquisición lo presionan para que me capture. Hay agentes de parte del gobierno español que están diseminando mentiras respecto a mí y procuran hacerme daño. No lo puedo comprobar, pero sospecho que ellos están diseminando estos rumores que acabo de mencionar. Supongo que ustedes estarán de acuerdo conmigo en un aspecto: el diablo trata de impedir que la Biblia sea traducida al castellano. Sin duda, el diablo procura impedir la obra de Dios.

”Varones, esto es lo que deseaba informarles. Deseo ser honrado y estoy dispuesto a responder cualquier pregunta que tengan. Asumo cualquier responsabilidad por mis hechos. Gracias por su tiempo.

Casiodoro salió de la reunión. Se regocijaba de haberse ganado la confianza del concilio. Esperaba que su intervención detuviera los rumores, y estaba feliz de haber seguido el consejo de su padre. Con un corazón más alegre, volvió a su traducción con entusiasmo, esperando que los rumores y las críticas llegaran a su fin.

Algunos días después, unos amigos españoles pidieron reunirse con él para hablar de los rumores. Cuando salió de su casa rumbo a la reunión, Ana le puso una mano en el hombro y lo bendijo:

—Que Dios te bendiga, Casio. Que él te dé paz y fortaleza.

—No estoy preocupado, Ana —le aseguró—. Ahora se trata de una reunión con personas que me conocen. Tengo la confianza de que ellos me comprenderán y quedarán satisfechos. Más bien, se me

presenta hoy la oportunidad de acabar con el asunto de una vez por todas.

—Espero que así sea, Casio. Esa es mi esperanza. Sin embargo, me siento inquieta.

Cuando Casiodoro volvió, Ana lo recibió en la puerta e inmediatamente vio que estaba preocupado.

—¿Qué sucedió, Casio? ¿Cómo te fue? —preguntó ella.

Casiodoro se dirigió a la mesa y se sentó pesadamente. Apoyó la cabeza entre sus manos. Con un tono de voz agotado, dijo:

—Ana, no puedo creer que esto me esté sucediendo. Sencillamente no lo puedo comprender.

—Dime, Casio. ¿Qué sucedió?

—Organizaron una reunión conmigo y con Jean de Bayonne.

—¿Quiénes estuvieron presentes?

—Baltasar Sánchez, Gaspar Zapata, Ángel Víctor y Francisco de Abrego. Desde el principio, se inclinaron por creer la historia de Jean. Me instaron a confesar mi pecado. Intenté explicarles que no soy culpable, que la historia es falsa. Ellos escucharon, pero siento que no me creyeron. Parecía que llegaron a la reunión convencidos de que yo estaba escondiendo mi pecado, y que era su deber sacarme una confesión.

—¿Qué dijo Jean?

—Esa fue la peor parte, Ana. Él se sentó allí e insistió en mi presencia en que yo había abusado de él. ¡Jamás esperaba eso! Obviamente, los otros estaban convencidos de que yo mentía. —Casiodoro se echó sobre la mesa y lloró—. ¡Es tan injusto! Y, sin embargo, ¿qué puedo hacer cuando sencillamente no me creen? Ellos no hacían más que instarme a confesar.

Ana oró en silencio por su esposo mientras lo abrazaba. Los hombros de Casiodoro se sacudían con los sollozos. Entonces se le acercó y le habló lo que ardía en su corazón.

—Mi querido Casio, escúchame. Sé que esto perjudica mucho. Es

confuso. Pero miremos la verdad de tu situación. Dios te ha llamado a traducir la Biblia al castellano para que las masas españolas puedan leer y entender la Biblia. El Señor te ha equipado para la obra. Llevas a cabo una obra importante y lo haces bien. Sabemos que Dios quiere ver que esta obra se lleve a cabo. Por otra parte, sabemos que Satanás desea impedir la obra. Él hace todo lo que pueda para detener esta traducción.

”No sabemos cómo, pero el diablo ha logrado convencer a tus amigos y poner a estas personas en tu contra. Casio, sabemos que eso no viene de Dios. Sabemos que es la obra del diablo, ¿no es así? Miremos más allá de las personas que te acusan y recordemos que el verdadero enemigo es Satanás. Perdonemos a los que te perjudican tanto. Oremos como Jesús: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Ellos han sido engañados de modo que creen estas mentiras, pero el enemigo de nuestras almas está detrás de todo esto. Así que, por favor, perdona a Jean, a Sánchez, a Zapata, a Ángel y a Abrego. No nos rindamos a las tácticas y amenazas del diablo. Continuemos confiando en Jesús. Él te ayudará hasta que acabes la tarea que tiene para ti.

”Mientras estabas fuera —continuó diciendo Ana—, leí más del libro de Apocalipsis respecto al acusador de los hermanos. Escucha otra vez este versículo: “Y ellos le han vencido por causa de la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio, y no han amado sus vidas hasta la muerte”.⁸⁹ La sangre del Cordero es nuestra protección. Él mismo está con nosotros, Casio. Y es necesario que guardemos nuestro testimonio. Debemos guardar el testimonio de Jesús, perdonar y seguir a Jesús dondequiera que él nos guíe. Él nos protegerá, pero nosotros debemos estar dispuestos a dar nuestra vida por él. ¿No es preciosa esta porción de la Escritura en este momento? Podemos confiar en él, Casio.

Casiodoro permaneció sentado, apoyando la barbilla en sus

89 Apocalipsis 12:11

manos, absorto en sus pensamientos. Ana esperó con paciencia, y por fin él respondió:

—Tienes razón, querida. Son bellas palabras de consuelo. Sí, continuaremos en la verdad. No podemos rendirnos ante el padre de las mentiras. Durante años, Dios ha provisto y nos ha guiado de maneras maravillosas. Nuestro Señor Jesús el Cristo suplirá lo necesario para completar su obra. ¡Gracias, Ana, por permitir que Dios me hable a través de ti! —Casio se llevó la mano de su esposa a los labios y la besó—. Una vez más te digo, ¡eres una gran bendición de parte de Dios!

Casiodoro sostuvo la mano de Ana entre las suyas mientras ella lo abrazaba con su brazo libre. Luego, Casiodoro inclinó la cabeza y derramó su corazón en oración y alabanza a Dios: “Ponemos nuestras vidas en tus manos, oh Cordero de Dios, y declaramos nuestra disposición de sufrir por ti”.

Si bien su fe y su determinación fueron renovadas, las circunstancias seguían siendo difíciles. Los rumores y las dudas se extendieron. Resultaba dolorosa la manera en que el veneno se extendía aun entre su amada iglesia. El próximo domingo, Casiodoro le informó a la congregación de la situación.

—Me causa gran tristeza decirles que he sido acusado de pecados graves. Aunque estas acusaciones son falsas, he decidido abstenerme de predicar o enseñar hasta que las cosas se aclaren. Oren por mí y por los que están en autoridad mientras investigan mi vida. Dedicaré mi tiempo a la traducción de la Biblia. No deseo verme involucrado en contenciones ni murmuraciones, y dejaré la responsabilidad de guiar a la iglesia a los hombres que han sido mis ayudantes en este último año.

Quizá todos en la congregación habían escuchado de las acusaciones, pero quedaron perplejos cuando vieron el efecto sobre el hombre que amaban, el que les había enseñado tanto de la Palabra de Dios.

La voz de Casiodoro se entrecortó al terminar:

—Oren por mí, hermanos. Por favor, oren por mí y por mi esposa. —Las lágrimas afloraron mientras caminaba pesadamente hacia su lugar para sentarse junto a Ana.



Unos pocos días después, Casiodoro fue llamado ante el consistorio para presentar su caso. Casiodoro sabía que ya había presentado su explicación, pero fue de nuevo. Cuando lo cuestionaron respecto a sus posiciones doctrinales, él los invitó a estudiar su confesión de fe. Comenzó a sentir que el consistorio buscaba algo de qué acusarlo. Por lo tanto, cuando le preguntaron respecto a la acusación de practicar la homosexualidad, él pidió que los magistrados civiles investigaran la acusación. El consistorio le informó que le daría la respuesta el próximo jueves.

En el día señalado, Casiodoro se presentó para recibir respuesta. El consistorio le sugirió que no presentara el caso ante el magistrado, sino ante el obispo. Casiodoro estuvo de acuerdo.

El próximo paso de Casiodoro fue visitar al obispo y presentarle el caso. Después de escuchar a Casiodoro, el obispo recomendó la creación de un comité para investigar a fondo el asunto. Casiodoro volvió al consistorio y les informó de la recomendación del obispo. Les dio los nombres de los tres hombres que había escogido para servir en el comité: Couverdale, Witiguen y Withemme. Entre tanto, el obispo envió cartas a seis pastores en Londres, pidiéndoles que ayudaran a investigar las acusaciones en contra de Casiodoro.

El jueves, 9 de setiembre, el consistorio se volvió a reunir, leyeron la carta del obispo y pidieron que Casiodoro presentara su caso una vez más. Él intentó presentar los hechos con claridad, aun informándoles de quiénes eran sus acusadores. El grupo entonces decidió reunirse el lunes, 13 de setiembre, para escuchar a sus acusadores.

Después de la reunión realizada el 9 de setiembre, Casiodoro permaneció en casa y se enfocó en la traducción de la Biblia. Le dijo a Ana que confiaba en que el consistorio aclararía los asuntos. Una tarde poco después, Casiodoro estaba limpiando sus plumas y su escritorio cuando llegó un visitante. Después de aceptar una silla y una taza de té, el visitante preguntó:

—Casiodoro, ¿has escuchado cómo va tu caso?

—No, desde la última reunión que presencié, no —respondió Casiodoro—. Desde entonces he permanecido en casa, trabajando en la traducción. Confío en que el consistorio resolverá mi caso correctamente.

—Espero que tengas razón, Casiodoro —dijo el visitante—, pero no me confiaría. He seguido el desarrollo del caso con cuidado porque estoy preocupado por ti. El lunes, escucharon primero las acusaciones sobre doctrinas falsas. Después de un poco de diálogo, decidieron reunirse otra vez el miércoles para dialogar más. En esa ocasión, decidieron reunirse el viernes para escuchar las acusaciones sobre homosexualidad. Después de escuchar las acusaciones, el consistorio pidió que los acusadores presentaran sus acusaciones de forma escrita antes del martes, 21 de setiembre.

”No sé qué pensar, Casiodoro, pero el caso me parece difícil. Me sorprende ver cuánto peso le dan al testimonio de Jean contra ti. Me parece que una cantidad amplia de miembros del consistorio se inclina por el testimonio dudoso de este joven. Y ahora, el padre del joven lo ha enviado a Flandes, así que ya ni puede ser parte de la investigación. Es decir, si es tan fácil acusar y sentenciar a un hombre por una ofensa tan grave... Bueno, yo estaría muy preocupado. ¿Sabes por qué existe esta enemistad encubierta contra ti?”

Casiodoro suspiró.

—Sí, tienen varias cosas contra mí. Primero, muchas personas han dejado las iglesias de ellos y se han unido a nuestra congregación porque aprecian mis enseñanzas. Segundo, muchos de esos hombres

están obsesionados con detalles doctrinales, y no toleran diferencias. Son muy celosos de que se utilicen términos exactos y que se tomen posiciones bien definidas. Yo no pienso así. Procuro ver qué dice la Biblia y les resto importancia a los credos. Sin embargo, desconfían de mí porque no declaro ciertas creencias exactamente como ellos lo hacen. Y, tercero, están ofendidos por mi creencia de que la iglesia del Nuevo Testamento no debe perseguir a los disidentes. La mayoría de las iglesias protestantes persiguen y, a veces, hasta matan a los disidentes. Por diferencias de ese tipo es que me tratan con hostilidad.

—No me parece que te estén tratando con justicia. Algunos de ellos ya han decidido que has errado, y desean deshacerse de ti.

Casiodoro frunció el ceño.

—Eso me parece una situación difícil. Yo esperaba que el obispo Grindal pudiera ayudarme.

—Sí, yo sé que el obispo está de tu parte, pero no estoy convencido de que pueda protegerte. Según la ley de Inglaterra, la actividad homosexual se castiga con la pena capital.

Después de la partida del visitante, todos los ocupantes de la casa guardaron silencio, cada uno absorto en sus pensamientos. Por fin, el padre de Casiodoro, que también estaba presente, dijo:

—El asunto es grave, Doro. Tal vez deberías escapar de Londres mientras puedas hacerlo.

Ana añadió:

—Estoy preocupada por la traducción. ¿No sería terrible que el proyecto se detenga? ¿Y qué haríamos si alguien confiscara toda la obra que has hecho?

Mamá también se unió al consenso general.

—Hijo, sería más seguro que partieras.

Casiodoro permaneció sentado, con los codos apoyados sobre la mesa, frotándose la cabeza con ambas manos. Sus ojos acusaban tristeza cuando dijo:

—Yo esperaba que resolvieran el asunto a mi favor, pero creo que

vamos de mal en peor. No deseo arriesgar nuestra seguridad personal ni el futuro de la traducción. Haré lo necesario para no perder todos mis años de trabajo.

Después de un rato, levantó la cabeza y cambió de tema:

—Recientemente, he notado algo. Sigánme... Sin la lámpara. Guarden silencio.

Casiodoro entró en el dormitorio y guio al grupo hasta la ventana.

—No corran la cortina, solamente miren a través de esta abertura entre la pared y la cortina, y observen. Hay dos hombres en el callejón. —Casiodoro se inclinó hacia delante mientras hablaba, miró por la abertura oscura hacia la noche iluminada por la luna—. Sí, miren, justo allí. ¿Ven a esos dos hombres en las sombras del callejón? Han estado allí cada noche ya por una semana.

Uno por uno, Ana y los padres de Casiodoro miraron por la abertura y retrocedieron, asintiendo con la cabeza en la oscuridad. Volvieron a la sala. Ana estaba preocupada.

—¿Quiénes son, Casio? ¿Qué hacen allí?

—No lo sé a ciencia cierta. Es obvio que observan nuestro apartamento. Sin duda, vieron la llegada y la partida de nuestro visitante esta noche. Probablemente sean agentes o espías españoles. ¿Procuran capturarme o solamente observan lo que hacemos? No lo sé, pero me incomoda su presencia.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Casio? —preguntó Ana en un tono casi acusador.

—No me pareció necesario asustarte. Pero después de todo lo que escuchamos esta noche, creo que debemos enfrentar la realidad y tomar algunas decisiones. ¿Por qué no oramos? Padre, ore usted primero, y luego lo haré yo.

Con fervor, derramaron su corazón delante de Dios y pidieron dirección. Luego se sentaron a la luz tenue de la lámpara para dialogar acerca de las opciones. Tras considerarlo todo, concluyeron que

Casiodoro tendría que salir de inmediato. Para evitar sospechas, él partiría solo y los demás lo seguirían después. Ana sugirió que fuera a la casa de su tío Enrique en la ciudad de Amberes, en Flandes.

La urgencia era apremiante; Casiodoro tendría que partir en el primer barco a la mañana siguiente. Para evadir los espías en el puerto de Amberes, desembarcaría en Flesinga, Holanda, y de allí se dirigiría a pie a Amberes. Casiodoro llevaría consigo el manuscrito original de su traducción. Después de su partida, el padre de Casiodoro le entregaría una copia al obispo Grindal para que la guardase. Una segunda copia vendría con su padre cuando este viajara a Flandes una vez que el viaje pareciera seguro.

Ana colgó unas cobijas sobre las ventanas para que los hombres en el callejón no pudieran ver la luz. Luego ayudó a Casiodoro a hacer sus maletas... Empacó su ropa, sus manuscritos y sus libros. Pasaron el resto de la noche escribiendo cartas. Ana escribió una carta para que Casiodoro se la presentara a su tío en Amberes. Casiodoro escribió tres cartas que dejaría en Londres. Una para el obispo Grindal, otra para el consistorio y la tercera para un hombre que había sido superior en el monasterio de San Isidoro y que ahora vivía en Londres.

En las horas previas al amanecer, Casiodoro besó a su esposa con ternura, salió sigilosamente por la puerta de atrás, y caminó con cuidado por los pasillos oscuros hasta llegar al muelle, donde subió al primer barco que partía hacia la Europa continental.



CAPÍTULO 30

Amberes

1563

Temprano, aquella mañana del 21 de setiembre del año 1563, Casiodoro salió de Londres. Su corazón estaba triste. Su deseo era permanecer en Londres hasta acabar con la traducción de la Biblia. Sin embargo, las acusaciones de sus enemigos se habían intensificado al punto de que la única opción segura era huir.

En Londres había probado los goces de su matrimonio con Ana. Ahora dejaba tanto la comodidad de su hogar como la compañía de su esposa para lanzarse a un futuro incierto. Al menos, Ana y sus padres lo seguirían pronto, según lo que habían acordado. Unos pocos días después de su partida, su padre le entregaría al consistorio la carta que Casiodoro había dejado para ellos, y les informaría que su hijo había salido del país.

Casiodoro se lamentaba por la manera en que el enemigo había destruido su reputación. Parado en la proa del barco mientras cruzaban el canal de la Mancha, se vio tentado a desanimarse. ¿Hallaría de nuevo un apartamento cómodo donde pudiera continuar con la traducción y disfrutar nuevamente de la vida al lado de su esposa?

Recordó el versículo que su querida esposa había utilizado para animarlo. Sí, el diablo es el acusador de los hermanos. Y en este momento parecía que el diablo se anotaba una victoria. ¿Podría Satanás destruir la obra del Señor? ¡De ninguna manera! Casiodoro respiró profundamente y se irguió. El enemigo podía causar desastres, pero Jesús saldría vencedor. La fe de Casiodoro se renovó cuando pensó en un enemigo vencido; un enemigo que inútilmente resiste lo que será la victoria final del Señor.

Con la ayuda de Dios, Ana lo seguiría pronto. Aunque tuviesen que aceptar un nivel de vida más bajo que el que habían disfrutado en Londres, terminarían juntos la obra del Señor. Dios mismo había unido sus vidas ya una vez, y Casiodoro confiaba en que pronto estarían juntos de nuevo.

Cuando el barco llegó al muelle de Flesinga, Holanda, Casiodoro desembarcó rápidamente. El ajetreado puerto de la cercana ciudad de Amberes era vigilado de cerca por los espías de la Inquisición. Mientras caminaba por el muelle y desaparecía entre las multitudes, esperaba que Flesinga no fuera tan observado por la gente de la Inquisición. Casiodoro vestía con la ropa de su padre y no con las de un estudioso. Su vestuario lo hacía lucir y sentirse como un obrero común del mercado. Casiodoro salió de la ciudad y caminó hasta que se puso el sol. Cuando oscurecía, pidió permiso de un granjero para pasar la noche en su establo. Estaba tan cansado que durmió bien sobre el heno, a pesar de las respiraciones bulliciosas de las vacas cercanas.

Volvió al camino en cuanto amaneció, y llegó a Amberes cuando ya oscurecía. Después de buscar un hospedaje, pagó por una cena y una cama. No estaba acostumbrado a caminar tan vigorosamente con su equipaje pesado y ahora estaba agotado.

El próximo día, después de pedir información varias veces, halló la casa de Enrique, el tío de Ana, en un barrio quieto.

—Tengo una carta para el hombre de la casa —le dijo a la sirvienta

que llegó a la puerta.

El tío Enrique y su esposa Betje recibieron a Casiodoro calurosamente.

—¿Así que tú eres el esposo de Ana? Eres muy bienvenido. Habíamos oído de su matrimonio... Que se había casado con un estudioso traductor de la Biblia. —Enrique miró la ropa de Casiodoro inquisitivamente.

—Estoy vestido con la ropa de trabajo de mi padre, como un disfraz —explicó Casiodoro—. Hay gente que se opone a la traducción de la Biblia y procuran atraparme, así que no quiero parecer un erudito.

—Sí, sí, comprendo —le aseguró el tío Enrique—. Yo te ayudaré a evitar que te atrapen.

—Debo permanecer escondido hasta que pueda determinar cuáles son las condiciones aquí —dijo Casiodoro—. El rey Felipe II sabe de mi proyecto y procura arrestarme. Debo tener cuidado.

—Las condiciones de nuestra ciudad son un tanto complejas —dijo Enrique—. Hay muchos comerciantes y banqueros extranjeros que han abrazado la fe protestante. Muchos somos judíos españoles conversos, judíos que hemos aceptado la fe católica para evitar la persecución. Por otra parte, el comercio de la ciudad depende, en gran parte, de estos conversos, de manera que las leyes contra la herejía no se aplican tan rigidamente aquí. Los magistrados locales se opusieron al establecimiento de una Inquisición aquí en Amberes, y el rey y el gobernador se vieron obligados a ceder. Aunque es una ciudad católica, hay calvinistas, luteranos y aun anabaptistas que viven aquí. Te será de agrado saber que la literatura protestante se imprime con libertad.

—Sí, ¡esas son buenas nuevas para mí y mi proyecto! —dijo Casiodoro con regocijo.

—A la vez, no olvides que Amberes aún está bajo el control católico —le advirtió su anfitrión—. La Inquisición como tal no se ha establecido aquí, pero hay entre nosotros espías de la Inquisición

española. Ellos vigilan de cerca a personas como tú, que han nacido en España.

Casiodoro asintió con la cabeza... Su semblante parecía serio.

—Eso significa que debo tener mucho cuidado. Cuando descubran que he salido de Londres, estoy seguro de que me buscarán aquí en la Europa continental.

—Por supuesto que lo harán —reconoció Enrique—. Toma, disfruta de una bebida caliente y unos pastelillos mientras mi esposa y yo hablamos de tu alojamiento. Será mejor que te quedes aquí con nosotros, para que Ana pueda hallarte cuando venga.

Lentamente, Casiodoro sorbió la bebida mientras miraba los muebles cómodos que lo rodeaban. Apenas podía escuchar las voces de Enrique y su esposa en la habitación de al lado.

La pareja volvió con rostros sonrientes.

—Casiodoro, creo que podemos alojarte sin problemas. Y aquí estarás seguro hasta que llegue Ana —dijo Enrique—. Si observaban tus pasos en Londres, no tardarán en enviar alertas por todo el continente. Tenemos un aposento en la parte trasera de la casa que puedes usar. Puedes comer con nosotros, pero te llevaremos la comida al cuarto cuando haya visitantes en la casa.

”Cuando quieras, puedes relajarte en el jardín cerrado detrás de la casa, y nosotros estaremos atentos para que tú puedas dedicar todo tu tiempo a la traducción. Si llega alguien que no debe saber de tu presencia, tocaremos a tu puerta tres veces. Esa será la señal de que debes permanecer escondido hasta que haya pasado el peligro. ¿Te parece un buen plan?

—¡Increíble! Les agradezco mucho la amabilidad —dijo Casiodoro—. Estoy de acuerdo... Será necesario ejercer precaución extrema. Ustedes son la respuesta a mis oraciones.

Casiodoro se dedicó a trabajar en la traducción. El ambiente quieto se prestaba para su trabajo, pero extrañaba a su Ana. ¿Cómo había podido vivir sin ella tan cómodamente durante años? Ahora,

después de escasos dos años de matrimonio, se sentía abandonado sin la presencia de su esposa. Intentó sumirse en el trabajo para no sentir los días tan largos.

Unas dos semanas después de su llegada a Amberes, tía Betje se acercó a la puerta una noche, y exclamó:

—¡Casiodoro, ven pronto! Ha llegado alguien a verte.

Casiodoro se sintió confundido por el llamado urgente y corrió a la puerta del frente. Su sorpresa fue grande cuando se encontró con un marinero delgado al que no reconoció. El marinero permaneció inmóvil, y miró a Casiodoro con ojos que apenas se asomaban por debajo de un gorro. Pero aquellos ojos sí eran conocidos. De repente, el marinero se levantó el gorro y Casiodoro gritó con una voz casi ahogada:

—¡Ana!

Se fundieron en un abrazo... Lloraban y reían al mismo tiempo. Cuán cálido y especial se sentía aquel abrazo.⁹⁰

—¡Ay, Casio, es tan maravilloso estar contigo de nuevo! —exclamó ella—. Estoy tan contenta de haber acabado este viaje.

Casiodoro tomó la maleta de Ana y exclamó:

—¡Está pesada! ¿Cómo pudiste cargar con todo eso?

Su esposa le ofreció una sonrisa cansada y agregó:

—Estoy agotada, pero Dios me ayudó.

El tío Enrique y la tía Betje le dieron una calurosa bienvenida a su sobrina y luego todos se sentaron para cenar juntos.

—Ana, cuéntame lo que haya sucedido después de mi partida.

—Hubo un gran alboroto cuando descubrieron que habías salido —comenzó a decir Ana—. Para algunos, tu salida comprueba que eres culpable. Otros estaban tristes por tu partida. El obispo Grindal siente que hiciste lo correcto en salir de Londres. Estaba preocupado por ti. Y esos hombres en el callejón oscuro continuaron

90 Gordon Kinder registra que Ana escapó disfrazada de marinero. A. Gordon Kinder, *Casiodoro de Reina* (London: Tamesis Books Limited, 1975), p. 34.

su vigilancia cada noche. Nos observaban día y noche, y muchas veces nos interrogaron sobre tu paradero. Yo no sabía cómo salir de Londres sin ser descubierta, hasta que tu padre sugirió que me disfrazara de marinero.

”Comparamos el traje de marinero, y lo ensuciamos con tierra; intentamos hacer que pareciera viejo y gastado. Salí por la puerta trasera y pasé sigilosamente por las calles oscuras. Me sentía tan vulnerable y, en el muelle, permanecí en las sombras hasta que llegaron unos marineros. Luego pagué mi pasaje y abordé rápidamente. Viajar de esa forma no es algo que le convenga a una mujer, pero el Señor me dio la fortaleza.

—Que Dios te bendiga, mi amada esposa —dijo Casiodoro y tomó la mano de Ana—. Lo siento mucho que hayas tenido que pasar por esa experiencia difícil. Espero que ahora podamos permanecer juntos. ¡Te he extrañado muchísimo!

—¿Estás segura de que nadie te haya identificado en el puerto aquí en Amberes? —preguntó el tío Enrique.

—Yo desembarqué en Flesinga —explicó Ana—. Habíamos determinado que eso sería lo más seguro. Casio, lo siento, pero gasté el dinero para pagar un carruaje que me trajera desde Flesinga hasta Amberes. Traía una carga pesada y no podía cargarla esa distancia.

—Me alegro de que lo hayas hecho, Ana —le aseguró Casiodoro—. ¿De qué vale el dinero ahora? El Señor te protegió y estamos juntos otra vez. ¿Cuándo vendrán padre y madre?

—Tan pronto como puedan salir sin correr grandes riesgos.

Casiodoro y Ana les agradecieron a sus anfitriones por la buena cena y luego se retiraron a su aposento.

—¡Qué aposento tan bello! Sin embargo, lo mejor de todo es estar contigo y sentirme segura —dijo Ana con un suspiro alegre mientras abrazaba fuertemente a su esposo y recostaba su cabeza cansada contra el pecho de Casiodoro.

Para Casiodoro, poder estrechar a su esposa entre sus brazos era

todo un refrigerio. ¡Era el plan de Dios!

—¡Te he extrañado muchísimo! —exclamó Casiodoro—. ¡Y pensar que alguna vez consideré que una esposa sería un estorbo en mi trabajo! —Con ternura, tomó el rostro de Ana entre sus manos—. Ah, Ana, era difícil concentrarme sin ti. Comprendo más que nunca cuán gran compañera eres para mí. Estar juntos es un don precioso de parte de Dios. Arrodillémonos para darle gracias.



La próxima noche, después de la cena, el tío Enrique dio un reportaje de los últimos acontecimientos.

—Se rumora que hay agentes españoles que te buscan aquí en Amberes, Casiodoro. Yo me limité a parar la oreja y parecer desinteresado, como si no tuviera idea de lo que hablaban.

—Así que me buscan —suspiró Casiodoro—. Era de esperar, me parece.

—Sí, y me temo que pronto alguien hará de cuentas que soy tío de Ana —respondió el tío Enrique.

El rostro de Ana mostró preocupación.

—¡Oh, no! Ahora vamos a causarles problemas.

—Que yo mismo vaya a tener problemas, realmente no lo espero —les aseguró—. Mi preocupación es que la traducción vaya a cesar. Quizá tengamos que hallar otro lugar donde ustedes se puedan hospedar. Cuando la Inquisición descubra que somos parientes, probablemente querrán registrar la casa.

Sus preocupaciones fueron confirmadas solo dos días después, cuando el tío Enrique volvió con más noticias.

—Hoy en el mercado, un hombre me detuvo y me preguntó si yo sabía algo de Casiodoro de Reina, el hombre que está casado con mi sobrina.

Las rodillas de Casiodoro se debilitaron cuando oyó las noticias.

Miró a Ana y notó que ella parecía pálida. Casiodoro le tomó la mano, y el tío Enrique continuó:

—Creo que ustedes deben trasladarse esta noche. Dios es bueno y les ha provisto un lugar. Tengo un amigo español que se llama Marcos Pérez. Es un banquero y comerciante adinerado y muy respetado. Es un hombre de mucha influencia en la comunidad comercial y política, y es poco probable que atraiga sospechas. En un tiempo él era un *mamano*⁹¹ para los españoles, pero llegó a aceptar a Cristo como el Mesías. Ahora es un protestante calvinista.

El tío Enrique se inclinó hacia delante y susurró:

—Marcos Pérez apoya el contrabando de literatura cristiana. Se dice que ha introducido a España miles de copias de la *Institución* de Calvino. ¿Te imaginas? Pero debemos tener cuidado. No podemos hablar de esto con otras personas para no ponerlo en peligro.⁹²

”En todo caso, Casiodoro, Ana, mi amigo Marcos desea que ustedes vivan en su estancia. Él sugirió que los llevemos allá esta noche. Dios siempre es puntual.

Inmediatamente después de la cena, Casiodoro y Ana recogieron sus pertenencias en maletas. Cuando el reloj de la catedral dio las diez, su anfitrión los llevó por el jardín y por un pequeño portón trasero. Se sorprendieron al hallar un par de caballos y una carreta en la calle oscura. El cochero los ayudó a cargar sus maletas sin decir palabra. Luego les hizo señas, indicándoles que se acostaran entre los sacos de grano que había en la carreta, y los cubrió con una lona grande. Echó a andar los caballos y la carreta avanzó en la oscuridad. Aproximadamente una hora más tarde, Casiodoro y Ana sintieron que los caballos se detenían, y entonces oyeron el crujir de un portón que se abría. Continuaron una corta distancia hasta que

91 Un término despectivo para describir a los judíos en España que habían aceptado la fe católica para evitar la persecución, pero continuaban sus prácticas judías en secreto.

92 A. Gordon Kinder, *Casiodoro de Reina* (London: Tamesis Books Limited, 1975), p. 39.

el cochero detuvo los caballos, apartó la lona y dijo:

—Pueden bajar. Hemos llegado.

Cuando Casiodoro y Ana salieron de entre los sacos, un hombre con una lámpara los saludó con una voz fuerte y confiada.

—¡Bienvenidos, bienvenidos! Me es un honor recibirlos. —El hombre extendió la mano—. Me imagino que eres Casiodoro de Reina. Yo soy Marcos Pérez. Es un placer para mí conocerte a ti y a tu esposa. Síganme y les mostraré dónde se hospedarán.

La pareja levantó las maletas y siguió al nuevo anfitrión por un sendero adoquinado. Aun en la oscuridad, podían ver que atravesaban un bello jardín. Adelante podían ver la silueta de una mansión. El trío se acercó a la parte trasera y el guía los condujo escaleras abajo hacia un sótano.

—Deseara ofrecerles un aposento más bonito en la planta principal —dijo—, pero la seguridad es más importante que una habitación lujosa, ¿no es cierto?

—Por supuesto, preferimos la seguridad antes que la comodidad. Agradecemos mucho su amabilidad —dijo Casiodoro.

—Ah, ¡es un gran placer para mí! —exclamó Marcos—. Me sentiré muy bendecido si puedo contribuir a que nuestro pueblo español cuente con la Biblia.

Marcos abrió una puerta de madera y encendió una lámpara.

—Están en su casa —les dijo cordialmente—. Espero que se puedan hospedar aquí hasta completar el proyecto. Han de estar muy cansados, así que hablaremos mañana.

Marcos tomó su lámpara y se inclinó ligeramente como un gesto de respeto antes de despedirse.

—Que pasen buenas noches —dijo, luego se volvió, cerró la puerta tras sí, y se alejó.

El traslado que los llevó a dejar la casa del tío Enrique había sido tan repentino que Casiodoro y Ana se sentían un tanto aturridos. De repente, Casiodoro pensó en tomar la lámpara y realizar una

inspección del aposento junto con su esposa. El apartamento bello tenía todo lo necesario y más. En los armarios de la cocina había abundancia de alimentos, el dormitorio y el baño estaban completamente equipados, y en la sala se encontraban una mesa y sillas donde Casiodoro podría trabajar. Quedaron atónitos al ver la provisión abundante. Casiodoro abrazó a su esposa y oró para expresar su gratitud por la bondad de Dios.

A la mañana siguiente, Marcos Pérez les mostró el lugar.

—Si lo deseas, puedes pasar a las mesas de piedra del jardín para trabajar —ofreció Marcos—. A menos que yo te indique lo contrario, puedes sentirte seguro en mis jardines. Por supuesto, si ven alguna actividad inusual, les recomiendo que vuelvan a su apartamento. Pero no espero que algo así suceda. Yo supliré los alimentos y cualquier otra cosa que necesiten. Dios me ha bendecido abundantemente y me siento honrado de poder apoyar la traducción de la Biblia al castellano.

Casiodoro no hallaba palabras para expresar su gratitud. Las lágrimas amenazaban con desbordarse.

—¡Gracias, Marcos, gracias! Que el Señor te bendiga por tu bondad.

Los padres de Casiodoro llegaron a Amberes unas pocas semanas después. Después de alquilar un apartamento, el padre halló un empleo en el mercado. Para evitar revelar el escondite de su hijo, los padres de Casiodoro rara vez visitaban la casa de Marcos Pérez, y solo lo hacían de noche.

Los agentes españoles custodiaban el puerto y vigilaban toda actividad en el mercado y los lugares públicos, pero nunca descubrieron ni una pista del escondite de Casiodoro. Dios lo había ocultado muy bien.

Una tarde, Marcos pasó para ver cómo estaba la pareja.

—¿Sabes, Casiodoro? ¡Dios es bueno contigo! —exclamó Marcos. Luego susurró—: Contamos con una red de hombres que están contrabandeando literatura. Sin embargo, justo hoy uno de estos hombres

fue arrestado. Agustín Boazio, de Burdeos, fue capturado con unos ejemplares del mismo material que Julianillo había llevado a España hace unos años. Agustín cometió el error de almacenar la literatura en su taller, y la Inquisición registró el local. Lo capturaron, y sabes lo que eso significa. Es necesario orar para que Dios le dé la gracia para soportar lo que va a sufrir.⁹³

Aunque Casiodoro y Ana se sentían seguros en su escondite, estas noticias añadieron urgencia a las oraciones que hacían junto a su cama cada noche. Le dieron gracias a Dios porque, al parecer, gozarían de quietud en los próximos meses. Casiodoro podría dedicarse a la traducción mientras su querida Ana velaría por el orden del apartamento subterráneo ubicado entre los jardines lujosos.

Durante esos meses calmos, Marcos pasaba con frecuencia para reportar sobre los últimos acontecimientos. Vez tras vez, reportaba con entusiasmo que los agentes españoles buscaban a Casiodoro en todo lugar, pero lo hacían en vano.

Sin embargo, una noche Marcos se mostró pensativo y un tanto preocupado.

—El secretario del gobernador, que es buen amigo mío, me informa de lo que sucede en el gobierno. El gobernador envió una carta al regente de los Países Bajos diciendo que su majestad, el rey Felipe II, ha gastado grandes sumas de dinero para dar con tu paradero, Casiodoro. Él está desesperado por capturarte, y ha prometido una enorme recompensa para el que revele tu escondite.⁹⁴ Tal vez debamos trasladarte a otro lugar por un tiempo. Dichosamente, no han sospechado de mí todavía. Sin embargo, si pidieran registrar mi propiedad, estaríamos en problemas.

93 A. Gordon Kinder, *Casiodoro de Reina* (London: Tamesis Books Limited, 1975), p. 39.

94 Carlos Gilly Ortiz, “Defensa de Casiodoro de Reina”, <<https://medium.com/historia-de-la-biblia-en-espanol/historia-de-la-biblia-de-casiodoro-de-reina-7fca84bd10bd>>, visto el 17 de agosto, 2018.

—Marcos, si tú crees que debemos trasladarnos, estamos dispuestos a hacerlo —dijo Casiodoro—. Hemos hablado de ir a Fráncfort, donde viven los padres de Ana. Supongo que con ellos podríamos vivir. Apreciamos mucho todo lo que has hecho por nosotros, Marcos. Nos has tratado muy bien. Gracias a tu generosidad, he avanzado notablemente en mi traducción. A la vez, nosotros también nos preguntamos si está llegando a ser demasiado peligroso que permanezcamos aquí.

Marcos se rascó la cabeza pensativamente y murmuró:

—De verdad me pregunto qué tan peligroso se ha vuelto. Pensemos en el asunto.

—Y debemos orar antes de tomar una decisión —añadió Casiodoro—. La traducción es obra de Dios, así que él nos guiará.



CAPÍTULO 31

Autos de fe, 1560 y 1562

1563

Pocos días después, Casiodoro y Ana colocaron sus pertenencias en una de las carretas para granos que tenía Marcos Pérez. Primeramente, Marcos mismo colocó un marco de madera en la carreta. Luego les dio instrucciones a Casiodoro y Ana para que se sentaran dentro del marco con sus maletas. Acto seguido, apiló sacos de grano alrededor del marco y sobre el marco, de modo que los fugitivos quedaran ocultos bajo los sacos.

—Casio, ¿no crees que nos pueda faltar el aire? —preguntó Ana, preocupada—. Me temo que nos ahogemos.

—No te preocupes, Ana —la confortó Casiodoro—. Marcos es un experto en mover cargas de contrabando. Él sabe lo que hace.

Antes de colocar el último saco, Marcos susurró:

—Que Dios te bendiga, Casiodoro, y ¡te continúe protegiendo y usando para su obra! Si necesitan de mi ayuda en algún momento, hazme llegar un mensaje.

—Gracias, Marcos —respondió Casiodoro—. Que Dios te pague por todo lo que has hecho por nosotros.

El sol no había salido cuando partieron de Amberes. Sin embargo, horas más tarde, después de salido el sol, el escondite bajo los sacos de grano seguía oscuro. Cerca del mediodía, la carreta se detuvo en una granja a una distancia segura de Amberes. El cochero apartó los sacos de grano para que Casiodoro y Ana pudieran salir del hoyo oscuro y mal ventilado. Viajaron el resto del camino en un carruaje de pasajeros normal.

Su tiempo en Fráncfort, con los padres de Ana, fue corto. Casiodoro recibió una carta de Antonio del Corro, su antiguo amigo del monasterio de San Isidoro. Antonio estaba en Bergerac, Francia. Como lo había hecho en cartas anteriores, Antonio le rogaba a Casiodoro que se fuera a Bergerac. Antonio consideraba que Bergerac sería un buen lugar para acabar e imprimir la traducción. A Casiodoro le pareció atractiva la idea y, además, deseaba ver otra vez a su amigo. Después de varias semanas en Fráncfort, viajaron a Orleans, Francia.

Casiodoro y Ana se hospedaron en Orleans y enviaron un mensaje a Antonio del Corro, pidiéndole que se encontrara con ellos allí. Cuando Antonio por fin llegó a Orleans, Casiodoro y Ana viajaron a Bergerac con él. Allí Casiodoro pudo trabajar en paz por varias semanas. Antonio apoyaba mucho la obra y ayudaba en todo lo que podía. Él y Casiodoro disfrutaron de ratos muy placenteros mientras recordaban el pasado y dialogaban de la Biblia.

Casiodoro estaba muy interesado en escuchar de Antonio acerca de los otros *autos de fe* en Sevilla.

—Antonio, ¿has escuchado qué más sucedió con los otros prisioneros en Sevilla?

—Sí, he escuchado de varios testigos oculares —respondió su amigo—. Debes saber lo que sucedió, porque *tú* también fuiste sentenciado en un auto de fe.

—Ah, ¿de verdad? Cuéntame todo lo que sepas—rogó Casiodoro—. Nosotros habríamos corrido la misma suerte de no haber escapado. ¡Gracias a Dios por su ayuda!

—Ah, sí, Casiodoro. Muchas veces le he agradecido al Señor por librarme de las garras de la Inquisición —dijo Antonio—. ¿Has escuchado del auto de fe realizado en 1559?

—Sí —dijo Casiodoro—, un testigo ocular me contó en detalle de esa ocasión, pero sé muy poco de los demás.

—El próximo se realizó el 22 de diciembre de 1560 —dijo Antonio—. Al igual que el auto de fe realizado el año anterior, este fue un gran evento. Asistieron dignatarios del gobierno y la Iglesia católica. La plaza de San Francisco estaba adornada con grandes lujos en las plataformas, pero eso no nos interesa. Conociste a Julianillo, ¿no?

—Sí, desarrollamos una amistad muy cercana en Ginebra —dijo Casiodoro—. Yo lo ayudé a recoger la literatura que llevó a Sevilla. Hicimos una oración conmovedora juntos el día antes de que partiera de Ginebra. Me sentí destrozado cuando escuché que lo habían arrestado.

—Comprendo... Julianillo fue sentenciado y quemado en el auto de fe de 1560. Un testigo me dijo que Julianillo animó a los demás prisioneros mientras lo conducían a la hoguera. Su salud estaba destrozada, pero sus ojos chispeaban con celo mientras clamaba: “¡Seamos valientes, mis hermanos! Esta es la hora en que debemos dar un testimonio fiel de Cristo y su verdad, como soldados valientes de Cristo. En unas pocas horas, cada uno de nosotros será juzgado por dicho testimonio. ¡Triunfaremos para siempre con él en el cielo!” Los agentes de la Inquisición rápidamente lo interrumpieron y le pusieron una mordaza, y la ataron con fuerza.⁹⁵

95 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. 145.

”El testigo que me contó de esto fue profundamente impactado cuando leyeron la sentencia de Julianillo. Decía: “Visto por nosotros, don Juan González, por la gracia de Dios y de la santa iglesia de Roma, obispo de Tarazona, y el Consejo de su majestad, que al presente asistimos y presidimos en la determinación de los negocios y las causas de este Santo Oficio (...) Declaramos que el dicho Julián Hernández haber sido y ser hereje pertinaz, apóstata, luterano. Y haber venido a estos reinos de España y traído a ellos libros prohibidos y vedados, con ánimo e intención de dogmatizar y pervertir a los buenos y católicos cristianos (...) haber caído e incurrido en sentencia de excomunió mayor (...) y [en] perdimiento de todos sus bienes (...) y así lo relajamos a la justicia y brazo secular (...) a los cuales muy encarecidamente rogamos y encargamos que se hayan misericordiosamente con el susodicho Julián Hernández”⁹⁶.

Aquí Casiodoro interrumpe para preguntar:

—¿Cómo pueden decir que piden un trato “misericordioso” cuando ellos lo han sentenciado a morir en el fuego?

Antonio meneó la cabeza con compasión.

—Sé lo que dices. En este auto de fe, catorce personas fueron quemadas en la hoguera por su fe, incluyendo a nueve mujeres. De las quince personas que escaparon de la muerte y fueron sentenciadas a la cárcel, nueve eran mujeres. Este fue un auto inusual por la cantidad de mujeres que fueron sentenciadas. ¿Recuerdas a Francisca Chávez?

—¡Por supuesto que la recuerdo! —exclamó Casiodoro—. Ella tenía un gran conocimiento de la Biblia y le encantaba visitar a las monjas en los conventos para testificarles de Cristo.

—Mi testigo me dijo que ella fue muy valiente durante la ejecución. Resultaba obvio que no le temía a la muerte. Ella fue hasta la

96 Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI, 2 vols* (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 2:197-198.

hoguera con gozo.⁹⁷ Las autoridades también anunciaron que Juana de Bohórquez había muerto en la cárcel.

—Antonio —dijo Casiodoro conmovido—, solo pensar en lo que ella debe haber sufrido me estremece. Supongo que murió a raíz de las torturas que sufrió. Al menos ya no está sufriendo; ahora descansa con Jesús. —Casiodoro inhaló profundamente y exhaló lentamente entre labios fruncidos. Las lágrimas empañaron su vista—. Es difícil imaginar los horrores que han sufrido personas que yo conocía tan bien y a quienes amaba tanto; personas con quienes oraba y adoraba a Dios. Esas señoras siempre estaban atentas a la predicación de la Palabra. Ahora se han ido a recibir su galardón eterno. —Casiodoro inclinó la cabeza y lloró. Ana se paró detrás de él y puso sus manos sobre sus hombros. Ella también lloraba... Sentía la tristeza de su esposo.

Después de unos momentos de tristeza, Casiodoro levantó la cabeza.

—Cuéntame más de Julianillo, de la manera en que enfrentó la muerte.

—Sí, me dijeron que mientras lo llevaban a la hoguera, se arrojó y besó las escaleras que tuvo que subir para pararse sobre la leña. La mordaza no le permitía hablar, pero esa acción transmitió un mensaje claro. Todos podían ver que enfrentó una muerte sumamente dolorosa con valor y gozo.

”Aun cuando el fuego ya ardía, el sacerdote a su lado procuraba que él abjurara. Julianillo le hizo ver que la mordaza le impedía hablar, así que el sacerdote se la quitó con la esperanza de que se retractara. Sin embargo, para vergüenza del sacerdote, Julianillo testificó claramente de su fe, aun mientras las llamas quemaban su cuerpo. El sacerdote furioso gritó: “¡Oh España, domadora y señora de las naciones, pero en este instante, perturbada por causa de un

97 Reinaldo González Montano, *Artes de la Inquisición española* (Córdoba: Editorial Almuzara, 2010), p. 150.

solo hombrecillo! ¡Muera, muera"! Uno de los soldados le dio un golpe mortal con su espada. Si bien aquel golpe era un acto de ira y venganza, en realidad alivió a Julianillo de las llamas. Sí, él murió con un testimonio glorioso de valor.⁹⁸

—¡Admirable! —exclamó Casiodoro, sonriendo a pesar de que las lágrimas corrían por sus mejillas—. Me regocijo de saber que Dios le dio la gracia para enfrentar el martirio, le dio una gracia más fuerte que la hoguera.

—En este auto de fe presentaron dos urnas pequeñas que contenían los huesos de Juan Gil y Constantino —continuó Antonio—. También presentaron imágenes de madera que representaban a cada uno de ellos. Para Juan Pérez, solo traían la imagen de madera, pues aún está vivo. Llevaron esos objetos a la plataforma y leyeron sus sentencias de muerte. Luego quemaron las dos urnas y las tres imágenes de madera cuando les dieron muerte a los demás.

—¿No te parece extraño que sientan la necesidad de condenar y quemar los huesos de los muertos y las representaciones de los que escaparon de España? —preguntó Casiodoro.

—Sí, lo es. Pero espera a que te cuente del auto de fe realizado en abril del año 1562.

—Ah, por supuesto. Cuéntame...

—Recuerda la fecha, Casiodoro —dijo Antonio—. Se llevó a cabo el 26 de abril de 1562. Como siempre, las autoridades dijeron que el acto sería conducido “con gran dignidad y buen orden, con el deseo de que resulte en gran edificación para el pueblo”. Quemaron en la hoguera a nueve personas en esa ocasión. Entre ellos, nuestro querido pastor, Cristóbal Losada.

—Sí, el querido doctor que fue escogido para tomar el lugar de Juan Gil —recordó Casiodoro—. ¿Qué me cuentas de él?

—El testigo me contó que en el último momento le quitaron la mordaza, con la esperanza de que abjurara. En lugar de ello, dio un

98 *Ibíd.*, p. 146.

testimonio claro de su fe. Los inquisidores lo engañaron; de pronto comenzaron a hablar en latín, sabiendo que Cristóbal lo hablaba con fluidez. Aparentemente, Cristóbal empezó a hablar en latín olvidando que el pueblo común no le podía entender. Sin embargo, los presentes pudieron ver que hablaba confiadamente de su fe y que murió con valor.⁹⁹

”Para nosotros, lo más sobresaliente del auto de fe de abril del 1562 es que sentenciaron y quemaron diez imágenes de madera de los monjes que habíamos escapado del monasterio de San Isidoro.¹⁰⁰ Diez de nosotros, y eso te incluye a ti, Casiodoro, fuimos sentenciados a morir en la hoguera. El testigo, un cercano amigo mío, dijo que permaneció parado allí y observó cuando quemaban mi imagen. Por dentro, se regocijaba de que yo hubiera escapado y no tuviera que sufrir esa muerte tortuosa. Nosotros también podemos regocijarnos, ¿no es cierto?

—Sí, hasta cierto punto. Siento tanto pesar por los que murieron, como Cristóbal, que hasta me siento culpable —respondió Casiodoro.

—Sé cómo te sientes —le aseguró Antonio—. ¿Por qué Dios nos permitió escapar mientras nuestros hermanos y hermanas fueron capturados? Es un sentimiento extraño saber que en nuestra propia ciudad de Sevilla fuimos sentenciados a morir en la hoguera.

—Eso es extraño y, sin embargo, estoy alegre de que al final seré juzgado por nuestro Señor Jesús el Cristo —dijo Casiodoro—. No me preocupa nada, sino que el justo Juez me absuelva. He aprendido a no confiar en las opiniones de los hombres. Solo me importa lo que el Señor dice de mí.

—Luego, en 1562, el 28 de octubre, el Dr. Blanco fue quemado en la hoguera y la imagen de Gaspar Zapata fue quemada en su ausencia —continuó Antonio—. Es difícil entender cómo es que

99 *Ibíd.*, pp. 151-152.

100 Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 2:259.

sevilla x gaspar baptista clavigerino de sevilla difunto condenado
su memoria y fama y Relaxada su estatua y fuegos
por hereje luterano dogmatizada con confiscación de

Absentes condenados en elatua.

- x fray fr^{co} farias prior que fue del monasterio de s. ysidro
del campo Extra muros de sevilla a b^{te}nte condenado
y Relaxada su estatua por hereje luterano.
- x fray juan de molina vicario del dho monasti de s. ysidro
absente condenado y Relaxada su estatua por hereje
luterano.
- x fray pedro pablo procurador del dho monasti ab^{te}nte
Relaxada su estatua por hereje luterano.
- montemolin. x fray casiodoro fr^{co} de el dho monasterio natural de mon-
temolin ab^{te}nte condenado Relaxada su estatua por hereje
luterano dogmatizada.
- x fray antonio del corro fr^{co} de el dho monasterio de s.
y sidro ab^{te}nte condenado Relaxada su estatua por hereje luterano
- x fray lope cordes fr^{co} de el dho monasterio ab^{te}nte condenado
Relaxada su estatua por hereje luterano
- x fray jorjano de castil blanco corista fr^{co} de el dho
monasterio absente condenado Relaxada su estatua
por hereje luterano.
- x fray apuriano fr^{co} de el dho monasterio ab^{te}nte condenado
Relaxada su estatua por hereje luterano.
- x fray fr^{co} dela puerta flamenco fr^{co} de el dho monasti
ab^{te}nte condenado y Relaxada su estatua por hereje luterano
- x fray alonso baptista natural de la ysla de tenerife
fr^{co} de el dho monasterio ab^{te}nte condenado Relaxada
su estatua por hereje luterano.
- sevilla x p. de soza / o de zarza platero v de sevilla ab^{te}nte y Relaxada
su estatua por hereje luterano dogmatizada

nosotros, junto con nuestra fe, somos rechazados y desechados por nuestro propio país.

—Pues, te diré algo, Antonio, todo ese rechazo no puede destruir mi sueño para España. En mi corazón arde un fuego más intenso que el de la hoguera; un fuego de amor por nuestro pueblo y una pasión por ofrecerles la Biblia en castellano, para que puedan leer y conocer la Palabra de Dios. Es mi anhelo que ellos lleguen a conocer el verdadero mensaje de Jesús para el pueblo español. Ese fuego no puede morir y ¡no morirá! Aunque me capturen y me lleven a la muerte, el plan de Dios continuará. “Señor, ¡ayúdame a completar esta traducción de la Biblia para el pueblo de España!”



CAPÍTULO 32

Los últimos años

1564-1568

Los meses de paz en Bergerac, Francia, fueron de corta duración. Antonio del Corro predicaba en una de las iglesias, pero los cambios políticos acabaron con esa libertad. Una nueva ley prohibió que los extranjeros ejercieran deberes pastorales, así que tanto Antonio del Corro como Casiodoro tuvieron que salir de Bergerac. Casiodoro volvió a Fráncfort, Alemania, pero poco después recibió una invitación a servir como pastor de la iglesia francesa de los extranjeros en Estrasburgo, Francia.

Casiodoro habló con Ana respecto a la oportunidad.

—Servir como pastor nos proporcionaría un ingreso mientras dedico la mayoría de mi tiempo a la traducción. Mi trabajo diario con el texto de la Biblia me proveería de mucho material para los sermones, como lo hacía en Londres.

—Una posición reconocida como esta nos daría más protección también, ¿no es cierto?

—Sí, creo que sí —agregó Casiodoro—. ¿Crees que debemos investigar esta oportunidad?

—Sí, hagámoslo —dijo Ana.

Casiodoro suspiró y continuó:

—Solo espero que una responsabilidad así no nos meta en debates doctrinales.

Tanto Casiodoro como Ana hallaron agradable la ciudad de Estrasburgo. Muchas de las casas habían sido construidas con estructuras de madera oscura que servían como marcos para paredes enyesadas de colores más claros. La pareja se hospedó en un apartamento junto a uno de los canales que llevaba al río Rin.

Desafortunadamente, los temores de Casiodoro se materializaron. Los eruditos de la iglesia pronto se preguntaron qué tan calvinista era Casiodoro. La presión lo obligó a participar en debates intensos sobre sus creencias doctrinales, especialmente respecto al pan de la Cena del Señor. Los católicos decían que el pan se convertía en el verdadero cuerpo de Cristo, durante el sacrificio de la misa. Lutero y Calvino rechazaban esta creencia, pero sus explicaciones eran distintas. Casiodoro pronto se cansó de los muchos debates y las innumerables cartas. No deseaba malgastar el tiempo en debates infructuosos sobre posturas doctrinales; tenía otras tareas de mucho más valor. Sin embargo, algunos en la iglesia insistían en que Casiodoro no podía ser pastor a menos que abrazara por completo la posición calvinista. Y, por tanto, el debate continuó.

Una noche, Casiodoro estaba desanimado.

—Ana, estoy muy cansado de esto —suspiró—. No estamos llegando a ninguna conclusión. No veo manera de que me permitan predicar en esta iglesia.

—Casio, ¡quizá solo debes renunciar a la idea de ocupar una posición como pastor! —exclamó ella repentinamente—. Te has visto envuelto en estos conflictos por mucho tiempo. Por una parte, no te dan el empleo; por otra, sucede algo peor: la traducción no avanza.

Casiodoro se volvió sorprendido y miró a Ana. Pocas veces se la oía hablar con tanta determinación.

—Creo que tienes razón —dijo—. Yo creía que este trabajo nos ayudaría, así que he invertido mucho tiempo y energía intentando cooperar con ellos. Tal vez deba olvidar el asunto.

—Lo siento, Casio —dijo Ana un tanto avergonzada—. Sé que estás haciendo todo lo posible. Perdóname por reaccionar. Me frustró cuando veo que tu tiempo y energía se malgastan en debates y no en la traducción.

—Yo también me frustró, Ana. Me parece que la preocupación de estos dirigentes calvinistas no es enseñar ni aprender la verdad, sino solamente dominar y controlar a otros.¹⁰¹

—Pero, esa no es la voluntad de Dios ni la obra de hombres piadosos —dijo Ana con el ceño fruncido.

—Tienes toda la razón —declaró Casiodoro—. Rehusó fomentar ese espíritu partidario. Deseo ser un ministro de paz y unidad entre el pueblo de Dios.¹⁰² Creo que el deseo del Señor es que abandonemos nuestras intenciones de ocupar alguna posición en la iglesia aquí.

Después de meses de debates infructuosos, Casiodoro abandonó su meta y se limitó a pedir un permiso del Concilio para residir en la ciudad de Estrasburgo. También pidió un permiso que le permitiera a Ana establecer un negocio de costura para generar ciertos ingresos y cubrir parte de sus gastos. Él deseaba dedicarse a lo suyo para completar la traducción de la Biblia y lograr su impresión. Ambos permisos fueron aprobados.

Casiodoro se sintió aliviado y contento cuando pudo dedicar su tiempo una vez más a la traducción. Trabajar día tras día con la Biblia era de inspiración. Para estos días, traducía el Nuevo Testamento, comparando la traducción de Francisco de Enzinas con el texto griego y las versiones latinas. Con cuidado, estudiaba cada frase y palabra en el griego. La versión de Enzinas le pareció tan precisa, que

101 Casiodoro escribió de esta manera en una carta. A. Gordon Kinder, *Casiodoro de Reina* (London: Tamesis Books Limited, 1975), p. 45.

102 *Ibid.*

Casiodoro tradujo desde la epístola de Santiago hasta el Apocalipsis casi exactamente de la forma en que lo había hecho Enzinas.

Cierta tarde, Ana se sorprendió cuando Casiodoro saltó repentinamente y dio un grito triunfante. Ella corrió a su oficina para ver qué sucedía. Cuando entró por la puerta, él corrió a recibirla, la abrazó eufóricamente y la levantó en sus brazos.

—¡Terminado! —exclamó—. Alabado sea el Señor, por fin he acabado. ¡Mira, Ana! —Casiodoro le mostró el versículo que acababa de traducir: Apocalipsis 22:21: “La gracia de nuestro Señor Jesús el Cristo sea con todos vosotros. Amén”.

Casiodoro permaneció de pie, con su brazo en el hombro de Ana, mirando la última página de la Biblia escrita a mano en castellano.

—Comencé esta obra hace ocho años, Ana —dijo en voz baja—. Pero aun antes, invertí muchos años de estudio. Todo comenzó en el Colegio de la doctrina de los niños, luego en la universidad y finalmente en el monasterio. Hace ocho años que salí de Sevilla. Ana, ¡esto ha sido mi vida! Dios me ha ayudado y tú, mi amada, me has sido de tanta ayuda, especialmente durante estos años de acusaciones. Ana, démosle gracias a Dios.

Casiodoro levantó su mano en adoración y, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, oró:

—Padre celestial, te alabamos por tu ayuda con esta obra. Tú me diste la fuerza a mí, un pobre muchacho campesino, a través de todos estos años de estudio y aprendizaje. Tú me has dado la sabiduría y la fortaleza para que yo invierta estos años en la traducción del texto al castellano. Tú también me diste la bendición especial de poner a Ana en mi camino y unir nuestras vidas. Su compañía ha sido de tremenda inspiración y ayuda en medio de las dificultades. Que tú, Padre, recibas toda la gloria. En el nombre de Jesús el Cristo, Amén.

—Amén —repitió Ana en voz baja. Ella compartía su gozo—. Qué bueno, Casio. ¿Ya estás listo para imprimirla?

—Ah, no, Ana. Terminé la traducción, pero todavía debo pasar

por todo el texto, revisando y añadiendo notas para aclarar por qué traduje de la manera que lo hice. Aún queda mucho trabajo por delante.

—¿Cuánto tiempo crees que te llevará esa revisión, Casiodoro?

—Bueno, me imagino que pudiera tardarme un año más —respondió Casiodoro.¹⁰³

Ana lo abrazó e intentó esconder su desilusión. ¡Un año parecía demasiado tiempo! Casiodoro susurró:

—Sé que parece mucho tiempo, querida —Ana no había logrado ocultar su desilusión—. Pero debo hacer lo mejor, y hacerlo para el Señor, sin importar cuánto tiempo invierta.

Ana afirmó, también en un susurro:

—Sé que tienes razón. Quiero que hagas lo mejor. La causa bien vale la pena, aunque cueste otro año de sacrificio.

Los ingresos que obtenía Ana apenas cubrían los gastos. Por su parte, Casiodoro estableció un pequeño negocio de compra y venta de seda, con la intención de mejorar sus ingresos. El negocio de la seda lo obligaba a viajar entre Fráncfort, Estrasburgo y Basilea. Los viajes retrasaron su progreso en la revisión de la traducción, pero también le proporcionaron nuevos contactos que le podrían ayudar con la impresión de la Biblia.

Por fin llegó el día en que Casiodoro terminó su revisión. Con un profundo suspiro, puso a un lado su pluma. Esa noche, Ana sirvió las comidas preferidas de Casiodoro para celebrar.

—Bien, Casio, ¿cómo se siente haber terminado este proyecto? —preguntó ella.

—Tengo sentimientos encontrados —respondió Casiodoro, mirando pensativamente a la nada—. En primer lugar, siento un increíble alivio entremezclado con admiración. Me cuesta creer que de verdad este trabajo enorme haya acabado. A la vez, sí, me siento preocupado cuando pienso en cómo realizar la impresión. En ese

103 *Ibid.*

sentido, me falta mucho trabajo. Es un trabajo que no conozco, pero lo estoy anticipando.

Esa noche, Casiodoro y Ana se arrodillaron junto a la cama y le agradecieron a Dios por darles sabiduría, salud, provisión y protección durante todos esos años invertidos en la obra de traducción y revisión de la Biblia.



Una noche, poco después de celebrar que se había completado la traducción de la Biblia, Ana compartió otra razón por la que debían regocijarse. En cuanto terminaron de cenar, Ana se acercó a Casiodoro y susurró:

—Casio, tengo un secreto que contarte.

—Ah, ¿de verdad? ¿Qué tienes que decirme? —preguntó mientras la abrazaba y la miraba a los ojos.

Ana se sonrojó y recostó la cabeza contra el hombro de su esposo. Entonces dijo en voz baja:

—Creo que estoy embarazada.

Casiodoro se sentó abruptamente.

—¿Qué dijiste? —preguntó con incredulidad.

Ana sonrió tímidamente.

—Creo que Dios nos está dando un hijo.

—¿En serio? ¡Alabado sea Dios! Ana, ¡son noticias emocionantes!

—Sí, yo también estoy emocionada y me siento muy bendecida. ¿No es maravilloso esperar un hijo ahora que has acabado con tu traducción?

—¡Claro que lo es! El Señor nos está recompensando por el trabajo y sacrificio que este proyecto ha supuesto para ambos. Siempre he sentido que la traducción de la Biblia era el llamamiento de Dios para mi vida. Ahora que se ha completado, el llamamiento está cambiando. ¡Gloria a Dios! Agradecámosle por ese don precioso.



Había llegado la hora de imprimir la Biblia en castellano. Pero ¿dónde se podría imprimir? Casiodoro prefería hacerlo en Ginebra, porque resultaría más barato. Además, el impresor Crespín ya había realizado impresiones de textos en castellano. Sin embargo, dos factores complicaban el proyecto en Ginebra. Primero, la gran distancia hacía difícil el traslado de su familia y, segundo, algunas personas influyentes de Ginebra se oponían y podrían interferir con la impresión.¹⁰⁴

Casiodoro viajó a varios lugares para investigar distintas opciones. Por fin decidió continuar con un impresor llamado Oporino, en Basilea, Suiza. Oporino firmó un contrato, comprometiéndose a imprimir 1.100 Biblias por 500 escudos franceses. Acordaron que Oporino se dejaría 200 Biblias, y Casiodoro recibiría las otras 900 para distribuirlas.¹⁰⁵

Casiodoro comenzó a organizar la continuidad del proyecto. Les escribió a Diego López y Baltasar Gómez para pedirles que vinieran a ayudar con la tipografía. Estos dos hombres habían ayudado a Juan Pérez con la impresión de su Nuevo Testamento en París.¹⁰⁶ En Basilea, Casiodoro también se había encontrado con su buen amigo, Marcos Pérez, el banquero adinerado con quien había vivido en Amberes. Marcos generosamente le había ofrecido una casa en Basilea, así que Casiodoro volvió a Estrasburgo para llevar a Ana a esa ciudad.

En 1550, el Concilio de la ciudad de Basilea había aprobado una ley que permitía únicamente la impresión de libros en latín, griego, hebreo o alemán. Con dicha medida pretendían evitar que se evangelizara en Basilea en el idioma suizo local. Para imprimir la Biblia en castellano, Casiodoro tuvo que matricularse en la

104 A. Gordon Kinder, *Casiodoro de Reina* (London: Tamesis Books Limited, 1975), p. 47.

105 *Ibíd.*, p. 48.

106 *Ibíd.*, pp. 47–48.

universidad de Basilea y pedirle al concilio que hiciera una acepción de la ley. El concilio pidió una referencia de apoyo de parte de Johan Sturm, un estudioso de Estrasburgo. Dichosamente, Sturm era amigo de Casiodoro, pero era un hombre muy ocupado, aparentemente. Pasaron meses sin que llegara la carta de recomendación que Casiodoro necesitaba.

Mientras esperaba el permiso para comenzar a imprimir, Casiodoro escribió la introducción a su Biblia. Al reflexionar sobre la oposición de parte del enemigo, comenzó con las palabras:

Intolerable cosa es a Satanás, padre de mentira y autor de tinieblas (cristiano lector), que la verdad de Dios y su luz se manifieste en el mundo. Porque sólo por este camino es deshecho su engaño, se desvanecen sus tinieblas y se descubre toda la vanidad sobre la que está fundado su reino, por lo que es segura su ruina; y los míseros hombres que tiene ligados en muerte, con prisiones de ignorancia, cuando son enseñados con la divina luz se le salen de su prisión a vida eterna y a libertad de hijos de Dios.

Casiodoro hizo una pausa, colocó su pluma en el tintero y se recostó en su silla. Pensó en los esfuerzos de Satanás por destruir la Biblia. Luego volvió a tomar su pluma y escribió:

De aquí viene que, aunque por razón de su maldito ingenio aborrezca y persiga todo medio encaminado a la salvación de los hombres, con singulares diligencias y fuerza ha siempre resistido, y no cesa ni cesará de resistir (hasta que Dios lo detenga del todo) los libros de la Santa Escritura: porque sabe muy bien por la larga experiencia de sus derrotas, cuán poderoso instrumento es este para deshacer sus tinieblas en el mundo, y echarlo de su vieja posesión.

Casiodoro después de escribir más hizo otra pausa, pluma en

mano. Su corazón se llenaba del gozo que nace de la fe en la victoria de Dios sobre Satanás. Se imaginó la manera en que Dios utilizaría aquella traducción de la Biblia para su reino. Mojó la pluma en la tinta nuevamente y escribió:

Ya que la fuente de esta divina luz es el mismo Dios y su intención es propagarla en este abismo de tinieblas, aunque muchas veces por cierto consejo suyo permita a Satanás la potestad sobre los sagrados libros, y aunque él los queme todos y aun también mate a todos los que ya participaron de aquella celestial sabiduría, mientras nos quede la fuente sana y salva (como no puede tocarla), la misma luz al fin vuelve a ser restaurada con gran victoria, y él queda frustrado y, avergonzado de sus diligencias.

Siguió escribiendo, apesadumbrado por la manera en que las personas podían pensar que era correcto prohibir la impresión y lectura de la Palabra de Dios, una vez más metió la pluma en el tintero y escribió:

Por lo tanto, es necesario que concluyan que prohibir la divina Escritura en lengua vulgar no se puede hacer sin singular injuria a Dios e igual daño a la salud de los hombres, lo cual es pura obra de Satanás y de los que él tiene a su mandato.

Pensando en que las Biblias estarían disponibles en su querida patria, España, escribió lentamente y con claridad:

Los misterios de la verdadera religión son lo opuesto: quieren ser vistos y entendidos de todos, porque son luz y verdad; y porque siendo ordenados para la salvación de todos, el primer paso para alcanzarla necesariamente es conocerlos.¹⁰⁷

Casiodoro caminó a la cocina donde su esposa preparaba el almuerzo. La tomó de la mano y le dijo:

—Ana, me emociona tanto pensar en imprimir estas Biblias para España. ¡Me puedo imaginar a mi querido pueblo en Montemolín y Sevilla leyendo la Palabra de Dios en castellano! Me pregunto si llegará el día en que pueda volver a España y distribuir Biblias yo mismo.

—Estoy tan contenta de que el proyecto esté llegando a su fin —dijo Ana con una sonrisa—. Yo también me emociono al pensar en las Biblias terminadas y en las manos de la gente. Pero ¡cuánto quisiera vencer mis náuseas! Me dificultan mucho el trabajo y me impiden emocionarme como quisiera.

—Lo siento, Ana —dijo Casiodoro con compasión—. Espero que pronto se acaben tus náuseas. Cuando acabe con la Biblia, podré dedicar más tiempo a cuidar de ti y del pequeño que viene en camino.

Casiodoro volvió a su escritura. Explicó cómo había hecho la traducción y humildemente reconoció que, a pesar de sus esfuerzos diligentes, probablemente había cometido errores.

Para quien nos quisiere corregir con caridad, por la gracia de Dios, no somos del número de los que, con razón o sin ella, presumen tanto de sí que tengan por tan acabado lo que una vez sale de sus manos que nada se le pueda añadir ni quitar.

Confesamos que pudiera haber otros muchos en la nación adornados de mayores dones de Dios para esta empresa.

Casiodoro permaneció sentado frente a su escritorio por mucho tiempo, recordando todo el trabajo y tiempo que había invertido en su traducción. A pesar de todas las acusaciones y ataques de Satanás, la obra se había completado, por la gracia de Dios. Continuó escribiendo:

En cuanto a obra tan necesaria para el adelantamiento del Reino y gloria del Señor, el dolor por la falta que la Iglesia padecía en esta parte, nos dio el ánimo que nunca nos hubiera dado la sola consideración de nuestras fuerzas, tanto para comenzarla como para llegarla a este punto; y ninguna duda tenemos de que nuestro trabajo no haya sido agradable a Dios, por la continua asistencia de su favor con que hemos podido llevar una carga tan pesada, tan estorbada por Satanás, tan poco ayudada de hermanos, y por tantos días. La obra nos ha durado entre las manos doce años enteros. Sacado el tiempo que nos han llevado enfermedades, o viajes, u otras ocupaciones necesarias en nuestro destierro y pobreza, podemos afirmar que han sido al menos nueve [años en] que no hemos soltado la pluma de la mano, ni aflojado el estudio en tanto las fuerzas así del cuerpo como del ánimo nos han alcanzado.

Al final de su larga introducción, Casiodoro recomendó que un grupo de diez o doce de los mejores estudiosos fueran señalados para revisar su trabajo. Él esperaba que ellos se aseguraran de que era la mejor traducción posible y una Biblia de confianza en el idioma del pueblo común.

Durante este tiempo ocupado, Casiodoro siempre apreció la ayuda y el apoyo de su esposa a pesar de su embarazo. Entonces, llegó la hora. Cierta noche, Ana despertó a Casiodoro.

—Casio, ¡creo que es hora de que llames a la partera!

Casiodoro salió rápidamente y corrió por la noche oscura.

Pocas horas después, Casiodoro estaba de pie junto a la lámpara... No dejaba de sonreír y observar el pequeño bulto que sostenía en los brazos. Ana, con el rostro pálido pero sonriente, lo miraba desde la cama. La partera, con una expresión de satisfacción, dijo:

—El recién nacido y la madre están bien. ¿Cómo van a llamar a

este pequeño tan hermoso?

Casiodoro miró atentamente la carita preciosa.

—Este muchachito tan especial se llamará Marcos. Marcos de Reina. Te alabamos, Padre, por darnos este hijo maravilloso.

Ana apartó un rizo de cabello sudado de su rostro cansado.

—Sí, decidimos llamarlo Marcos como un gesto de agradecimiento a Marcos Pérez por todo el apoyo que nos ha brindado.¹⁰⁸

Obviamente, Marcos Pérez se sintió honrado cuando escuchó del honor concedido. Incluso envió a una de sus sirvientas para que estuviera con Ana y la ayudara con el trabajo.

Casiodoro había esperado meses, y el permiso para comenzar a imprimir la Biblia no llegaba. Finalmente, en enero del año 1568, mientras se encontraba en Estrasburgo en un viaje de negocios, recibió un mensaje. Le habían otorgado el permiso. Rápidamente volvió a Basilea para comenzar la obra. Casiodoro tomó dinero que Juan Pérez había recogido para este propósito y le pagó 400 florines a Oporino para que comenzara la impresión. Ya para febrero del año 1568, la Biblia estaba en producción.¹⁰⁹ Ahora Casiodoro pasaba su tiempo ayudando con la tipografía.

Casiodoro sentía gran peso por su trabajo en la imprenta. También tenía el gozo especial de volver a casa, al lado de su amada esposa y su pequeño precioso. Cada noche tomaba a su hijito en brazos y le hablaba.

—Varoncito, cuando crezcas, vas a amar y servir al Señor. Serás una ayuda enorme para tu padre. Publicaremos más Biblias y las distribuiremos en España. Espero que juntos podamos hacer un viaje de regreso a nuestra patria para llevar la Palabra de Dios a todo lugar de España. Te mostraré todas las cosas maravillosas que hay en España. Veremos la catedral, observaremos los barcos en el

108 A. Gordon Kinder, *Casiodoro de Reina* (London: Tamesis Books Limited, 1975), p. 50.

109 *Ibíd.*

puerto y cruzaremos el puente a Triana tomados de la mano. Iremos a Montemolín y cortaremos uvas, aceitunas y naranjas en las colinas. Sí, varoncito, ¡pasaremos tiempos maravillosos juntos!

Ana, sentada a su lado, observaba con gozo a su esposo que se deleitaba con su hijo.

—¿Puedo acompañarlos? —preguntó en broma.

Casiodoro miró con ternura a su esposa.

—¡Por supuesto, Ana! Viajaremos en familia. —Luego la expresión de su rostro se nubló—. Espero que Dios cambie el corazón del rey Felipe para que él comprenda el beneficio tremendo que las Biblias pueden ser para España. —Volvio a mirar al bebé y concluyó—: Hijito, tenemos que seguir orando para que ese cambio ocurra.

En el verano del año 1568, Casiodoro enfermó y permaneció en cama por cinco semanas. Su enfermedad era grave. Muchas personas en Basilea estaban enfermas y algunas aun murieron. Mientras estaba en cama, Casiodoro escuchó que Oporino también estaba enfermo. En cuestión de semanas, había llegado la noticia de que Oporino había muerto. Casiodoro, quien estaba muy débil, llamó a Ana para que se acercara a su cama. Con una voz entrecortada, le dijo:

—Ana, ¿puedes orar por mí? Estoy muy débil... Me temo que voy a morir... y la impresión de la Biblia aún no está terminada. —Ana vio que las lágrimas llenaron los ojos de su esposo y luego corrieron por las mejillas. Los labios temblaron y Casiodoro continuó—: Pídele a Dios que me sane... para que pueda terminar la impresión. Creo que Satanás... desea detener la obra de Dios.

Ana se arrodilló junto a la cama y puso sus manos sobre la frente febril de su esposo.

—Padre celestial, tú lo sabes todo —oró Ana fervientemente—. Tú conoces la necesidad imperante de contar con la Biblia en castellano. Tú sabes que mi amado esposo ha dedicado su vida a este proyecto. Satanás ha intentado una y otra vez destruir este proyecto, pero no permitas que la impresión se detenga. Por favor, Dios, sana

a mi esposo para que pueda acabar la obra a la cual lo has llamado. Además, Marquitos y yo lo necesitamos. Tú sabes todo esto, Padre. Lo encomendamos a tu voluntad. En el nombre de Jesús, Amén.

Ambos lloraban cuando Ana se levantó lentamente. Casiodoro miró a su esposa amorosamente mientras ella le sostenía la mano. Luego cerró los ojos y susurró débilmente:

—Gracias... Dios es bueno. —Ana se inclinó y le besó la mejilla pálida.

El 4 de agosto, Casiodoro, con una mano temblorosa, escribió una carta diciendo que se estaba recuperando.¹¹⁰ Sin embargo, ahora enfrentaba otro problema serio a pesar de que su salud mejoraba. Cuando Oporino murió, dejó grandes deudas pendientes. Además, Casiodoro había perdido los 400 florines que le había dado a Oporino como pago anticipado.¹¹¹ Era una gran suma de dinero, el equivalente al salario de cuatro años de un profesor universitario. Casiodoro intentó recuperar el dinero, pero no pudo. Dichosamente, cuando Marcos Pérez escuchó de este problema, ofreció financiar la impresión.¹¹² Casiodoro halló a un impresor llamado Thomas Guarín que estaba dispuesto a imprimir las Biblias.

Una noche, mientras cenaban, Ana preguntó:

—¿Cómo va el asunto de la impresión?

Casiodoro disfrutaba de una deliciosa sopa de lentejas que Ana había preparado, pero se detuvo para contestar:

—Alabo a Dios porque después de tres meses de atraso, estamos listos para reanudar la impresión mañana. Aún no soy el mismo; estoy un poco débil. Pero estoy deseoso de volver al trabajo.

—¡Gloria a Dios! —exclamó Ana con gratitud en su corazón—. Temía que Satanás fuera a detener el proyecto otra vez, pero... Bueno,

110 A. Gordon Kinder, *Casiodoro de Reina* (London: Tamesis Books Limited, 1975), p. 51.

111 *Ibíd.*

112 *Ibíd.*, pp. 50-51.

aquel día oramos y me sentí segura de que Dios nos permitiría seguir adelante. Casio, ¡estamos tan alegres de que te hayas recuperado!

Marquitos, quien estaba acostado en la mesa, hizo unos ruiditos guturales como para indicar que estaba de acuerdo. Ambos padres se rieron mientras Casiodoro le daba unas palmaditas a Marquitos.

—Sí, varoncito, estoy seguro de que tú también estás alegre. A tu manera, alabas a Dios con nosotros.



CAPÍTULO 33

¡Impresas! ¡Por fin!

1568-1569

La vida de Casiodoro se convirtió en un ajetreo incesante en la imprenta. Con los nuevos fondos provistos por Marcos Pérez, Thomas Guarin se había comprometido a imprimir 2.600 copias de la Biblia en castellano.

Dos hombres pasaban ocupados con la tipografía de cada molde de impresión. Era un trabajo tedioso que exigía atención excepcional a los detalles. Era necesario colocar un tipo a la vez, con un espacio entre cada palabra. Además, era necesario colocar los tipos al revés para que el texto se leyera normalmente cuando el molde dejara su huella en el papel. Los tipos se colocaban de modo que aparecieran dos columnas de texto en cada página. Casiodoro también había incluido muchas remisiones y notas aclaratorias que había que colocar en los márgenes y en letras más pequeñas. Al principio de cada capítulo, aparecía una introducción escrita por Casiodoro que se colocaba en letra cursiva y de menor tamaño. Cada molde exigía

horas de trabajo meticuloso. Casiodoro revisaba la tipografía personalmente para corregir cualquier error antes de que la impresión comenzara.

Cada vez que completaban cuatro moldes, otro obrero comenzaba a imprimir las páginas. Primero, colocaba cuatro moldes debajo de la prensa. Luego el impresor aplicaba tinta a los tipos en los moldes. Después colocaba una hoja de papel bajo la prensa, y hacía girar la rosca para que la prensa bajara hasta que el papel quedara bien presionado sobre los tipos. Al fin desenroscaba la prensa y retiraba el papel con las letras frescas impresas. Cada hoja grande tenía cuatro páginas impresas a cada lado.¹¹³ Cuando la tinta se secaba, el impresor repetía el proceso en la próxima hoja de papel. Después de imprimir ambos lados del papel, cortaba la hoja grande en cuatro hojas más pequeñas para hacer ocho páginas de la Biblia.

Los impresores se tardaban todo un día para levantar la tipografía de una hoja y hacer solamente 300 copias de ella. Para imprimir el número de Biblias que habían acordado, necesitaban hacer 2.600 copias de cada hoja. Casiodoro pronto calculó que el proceso de impresión tardaría más de un año.

Esa noche, Casiodoro le dijo a Ana cuánto tiempo necesitarían para imprimir la Biblia.

—Resulta decepcionante pensar en que tendremos que esperar otro año. Yo tenía la esperanza de acabar antes, pero debo aceptar la realidad del asunto. Después de todos estos años, no debería impacientarme por esperar otros doce meses.

—Solo imagina, Casio, cómo sería si Gutenberg nunca hubiera inventado la imprenta —lo animó Ana—. En ese caso, los escribas tendrían que copiar cada Biblia a mano. ¿Puedes imaginar cuánto tiempo necesitaríamos para producir 2.600 Biblias en manuscrito? Con la imprenta, ¡estás elaborando 2.600 Biblias en un año!

113 Esto se llamaba un cuarto grande. A. Gordon Kinder, *Casiodoro de Reina* (London: Tamesis Books Limited, 1975), p. 55.

—Ni siquiera me detuve a pensar en eso por mi impaciencia —dijo Casiodoro humildemente—. Señor, perdóname. La imprenta es una bendición tremenda para la producción de libros, especialmente las Biblias. ¡Gracias, padre, por la imprenta!

Así que, día tras día, semana tras semana y mes tras mes, el trabajo tedioso continuó. Casiodoro no podía pensar en otra cosa que la urgencia y la importancia de completar la obra. Trabajaba incansablemente durante el día y volvía a la casa agotado. Después de comer, jugaba un rato con Marcos, oraba con Ana, y se acostaba temprano. Continuó negociando con seda a medio tiempo para cubrir los gastos de su familia. Cuando su negocio le exigía viajar a otra ciudad, la impresión continuaba sin él.

A medida que transcurrían los meses, las estibas de páginas impresas crecían y ocupaban más espacio en el taller de impresión. Cada vez que completaban una estiba de 2.600 hojas, Casiodoro se detenía para admirar su belleza. Después de haber invertido tanto de su vida en aquel proyecto, se emocionaba de poder leer las páginas impresas de la Biblia en castellano. Con cada hoja impresa, se regocijaba en lo que consideraba una victoria más para el Señor y una derrota para el enemigo. Muchas veces pensó en la promesa de Jesús: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”.¹¹⁴ Cada día, Casiodoro bañaba la obra en oración.

Un día, Marcos Pérez pasó a la imprenta, como solía hacerlo.

—Casiodoro, ¿has escuchado las últimas noticias acerca de ti? —preguntó.

—No, no he oído nada —dijo Casiodoro—. Lo único que sé es que Dios está detrás de esta obra de impresión.

—Mis contactos me han advertido que el rey Felipe II ha enviado cartas a las fronteras de España —explicó Marcos—. Los agentes

españoles deben ejercer toda vigilancia para impedir el ingreso de tus Biblias. Por alguna razón, dicen que se imprimieron en Ginebra.

Casiodoro suspiró.

—Creo que sé de dónde ha salido ese rumor. Tengo mis sospechas de cierto hombre en otra ciudad que dice ser mi amigo. En mi carta a él, mencioné que deseaba imprimir la Biblia en Ginebra, lo cual era cierto en ese momento. Sin embargo, decidí que no sería posible imprimirla allá. Supongo que fue a través de él, o uno de sus colegas, que esa información pasó a la Inquisición. Al menos el rumor ha servido para despistarlos.

—Dime algo, Casiodoro —dijo Marcos, mirándolo fijamente—. ¿Escribiste eso con la intención de despistarlos?

Casiodoro sonrió.

—Pues, la verdad es que sí cruzó mi mente. Por supuesto, no sabía qué iban a pensar, pero gracias a Dios, ¡funcionó! Será mejor que vuelva a mi trabajo.¹¹⁵

Después de varios meses de impresión, Thomas Guarin le asignó a un empleado la tarea de cortar las hojas grandes en hojas más pequeñas y luego coserlas en bultos llamados cuadernos.

Entre tanto, Marquitos aprendió a caminar y decir algunas palabras como *Tata*, refiriéndose a su padre. Todos los días, Ana llegaba al taller fielmente para llevarle el almuerzo a Casiodoro. Cuando abría la puerta del taller, dos piecitos corrían torpemente por el piso y una vocecita gritaba “¡Tata, Tata!”. Casiodoro se volvía en su banco y tomaba a su hijito que se lanzaba a sus brazos abiertos. El muchachito no cabía en sí de contento mientras se sentaba en las piernas de su padre y comía con él del mismo almuerzo. Ana sonreía felizmente mientras observaba a sus dos hombres.

El invierno llegó y pasó. La obra progresó durante el verano de

115 Carlos Gilly Ortiz, “Defensa de Casiodoro de Reina”, <<https://medium.com/historia-de-la-biblia-en-espanol/historia-de-la-biblia-de-casiodoro-de-reina-7fca84bd10bd>>, visitado el 17 de agosto, 2018.

1569. Thomas Guarín ahora había puesto a un hombre a elaborar las cubiertas para las Biblias. Cerca del final de ese verano, por fin se completó la impresión, pero Casiodoro necesitaba añadir al texto original tres páginas más. A estas alturas, Casiodoro había descubierto algunos errores de tipografía. Siendo un perfeccionista, Casiodoro no podía permitir que la Biblia fuera publicada sin antes abordar esos errores. Por supuesto, colocar nuevamente los tipos y reimprimir las páginas que contenían errores habría sido un trabajo enorme, así que Casiodoro quiso agregar unas páginas con una lista de los errores de impresión que se encontraban en el texto impreso.

Luego Casiodoro diseñó la portada utilizando un cuadro proporcionado por otro impresor. Este mostraba a un oso que intentaba sacar miel de una colmena en un árbol. Una cantidad de abejas volaba alrededor de un libro del que intentaban recolectar néctar para hacer la miel. Según Casiodoro, aquel libro representaba la Biblia. El oso procuraba llegar a la miel que las abejas habían producido, pero un martillo grande que colgaba del árbol le impedía llevarse la miel.¹¹⁶ Por asuntos de seguridad, la portada no mencionaba el papel de Casiodoro como traductor ni el nombre del impresor ni la ciudad en que fue impresa aquella Biblia.

Por fin llegó el día en que los empleados unieron todos los cuadernos de páginas y pegaron las tapas para completar la encuadernación de la primera Biblia en castellano. Casiodoro estaba tan emocionado que deseaba tomar el libro antes de que el pegamento secara.

El impresor sonrió comprensivamente.

—Te avisaré, Casiodoro. Tú serás el primero en abrir y leer ese precioso libro.

Al mediodía del día siguiente, Thomas examinó la Biblia y anunció:

116 Por el cuadro de este oso en la portada, la Biblia de Casiodoro llegó a conocerse como *La Biblia del Oso*.



La portada de la *Biblia del Oso* de Casiodoro, ahora en exhibición en la catedral de Sevilla.

—Casiodoro, creo que el pegamento se ha secado... Puedes abrir el libro. Toma, ¡ábrelo! —Le entregó la Biblia a Casiodoro y se volvió para ayudar a sus hombres con la encuadernación de más copias.

Casiodoro tomó el libro con reverencia y volvió a su banco junto al escritorio. Le dio vueltas al pesado libro para examinarlo. Se alegraba de que los demás hombres en la imprenta estuvieran ocupados de manera que no pudieran notar sus emociones. Aquel era un momento especial para él. Después de tantos años... Abrió el

libro con cuidado.

En aquel instante se abrió la puerta principal. Casiodoro oyó los piecitos que corrían y los gritos:

—¡Tata, Tata!

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Casiodoro. Estaba muy feliz de poder compartir aquel momento con su preciosa familia. Puso la Biblia sobre la mesa y se volvió justo a tiempo para tomar al niño en sus brazos. Miró con gozo a su esposa.

—Ana, llegaste justo a tiempo para compartir un momento muy especial. Pon el almuerzo aquí en la mesa y ven y regocíjate conmigo. Mira esto, ¡la primera Biblia completada!

Casiodoro tomó la Biblia y se sentó sobre su banco mientras Ana se arrodillaba a su lado, con un brazo alrededor de la cintura de Casiodoro. Marquitos sintió que sucedía algo especial. Se recostó contra la rodilla de su padre y lo miró con ojos desorbitados. Casiodoro abrió el libro grande con reverencia y pasó las páginas hasta hallar Juan 1:1. Ana sintió que el cuerpo de Casiodoro temblaba cuando comenzó a leer:

“En el principio ya era el Verbo; y el Verbo era con Dios, y Dios era el Verbo”.

Su voz y sus labios temblaban. Sus ojos se llenaron de lágrimas que luego corrieron por sus mejillas. Ana se sintió invadida por la misma emoción intensa y comenzó a llorar. Casiodoro se enjugó las lágrimas y continuó leyendo:

“Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que es hecho, fue hecho. En él estaba



Cuadro de la Biblia
los Sacros

la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece; y las tinieblas no la comprendieron”.



Casiodoro y Ana, con su hijo Marcos, leyendo la primera Biblia impresa en castellano.

A medida que la lectura avanzaba, Ana podía sentir el poder del Espíritu del Dios viviente en las palabras.

“En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él; y el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, les dio poder de ser hechos hijos de Dios, esto es, a los que creen en su nombre”.

La Palabra de Dios había traído luz; luz que penetraba las tinieblas de las falsas enseñanzas. Había triunfado sobre el poder

Epílogo

Se conoce poco de la manera en que las Biblias de Casiodoro fueron introducidas a España de manera clandestina. Si sabemos que fue difícil pasarlas por los puertos y fronteras cuidadosamente vigilados. ¿Cuántas Biblias fueron confiscadas y quemadas por la Inquisición? ¿Cuántas finalmente llegaron al pueblo español, el pueblo que Casiodoro anhelaba bendecir con la Palabra de Dios?

José Flores escribe que el primer cargamento de Biblias fue enviado a Estrasburgo, escondido en cuatro cántaros de barro diseñados para vino. Su ruta pasaba por los Países Bajos y luego continuaba hasta España.¹¹⁷ Poco más de un año después de que Casiodoro imprimiera su Biblia en castellano, la Inquisición española ya sabía de su existencia. El concilio supremo de la Inquisición envió el siguiente mensaje a las cortes de la Inquisición en España:

Reverendos señores,

Por la copia del capítulo de carta que aquí va, entendemos cómo se ha impreso una Biblia en Basilea en romance [castellano], a contemplación y a costa de algunos herejes españoles, con intención de meterla secretamente en estos reinos. Y porque sería muy pernicioso qu'esta Biblia entrase en ellos, se converná que luego como recibáis ésta, señores,

117 Dr. José Flores, *Historia de la Biblia en España* (Barcelona: Editorial CLIE, 1978), p. 154.

ordenéis se tenga particular cuidado en prevenir que entre la dicha Biblia. Y si alguna hobiere entrado y se hallaren, las mandaréis recoger todas, proçediendo contras las personas que las hubieran metido. Y, de todo lo que se hiciere, daréis aviso al Consejo. Guarde, etc.

En Madrid, 30 de enero, 1571¹¹⁸

Tenemos registro de que 1.400 Biblias en castellano fueron enviadas desde Fráncfort a Amberes. En Amberes, las tapas y portadas fueron cambiadas, para evitar que fueran reconocidas cuando el cargamento fuera inspeccionado. Una portada utilizada en muchos casos fue tomada de un diccionario escrito por Ambrogio Calepino. ¿Puedes imaginarte que un inspector fronterizo o un agente de la Inquisición viera la portada de un diccionario, y procediera luego a autorizar el ingreso a España de la Biblia prohibida? Sabemos que algunas Biblias ingresaron a España de esta manera, porque en 1585 la Inquisición les escribió a las cortes provinciales: “Las Biblias en castellano cubiertas con páginas de Calepino son prohibidas”.¹¹⁹

Casiodoro de Reina murió el 16 de marzo, 1594, en Fráncfort, Alemania. Durante su vida, no fue popular porque no se alineó completamente con los calvinistas ni con los luteranos. Su convicción de que los herejes no debían ser perseguidos y que el bautismo de infantes no es bíblico, lo puso más al lado de los aborrecidos anabaptistas. Al igual que estos, él promovía la visión de una iglesia libre. Hoy muchos aceptan esta verdad, pero en los días de Casiodoro, muchos la consideraban herética.

118 Tomás López Muñoz, *La reforma en la Sevilla del XVI*, 2 vols (Sevilla: Centro de Investigación y Memoria del Protestantismo Español, 2016), 2:401.

119 Carlos Gilly Ortiz, “*Defensa de Casiodoro de Reina*”, <<https://medium.com/historia-de-la-biblia-en-espanol/historia-de-la-biblia-de-casiodoro-de-reina-7fca84bd10bd>>, visitado el 17 de agosto, 2018.

En su vejez, Casiodoro fue presionado para que firmara un documento que afirmaba su respaldo a la doctrina luterana. No sabemos cuán real fue dicho respaldo, ya que firmó el documento como requisito para ser ciudadano de Fráncfort y poder fungir como pastor de una iglesia luterana. Aunque personalmente hallo triste esta transigencia, Casiodoro, al igual que los anabaptistas, levantó su voz contra la persecución protestante de su tiempo.

Como vimos en la historia, Cipriano de Valera, otro monje que había escapado del monasterio con Reina, había aceptado el calvinismo. En 1602, ocho años después de que falleciera Reina, Cipriano de Valera sacó otra Biblia. En el prólogo de esta Biblia, Valera escribió que la Biblia de Reina se había distribuido en muchas regiones, pero que ya era difícil hallar copias de ella. En la portada de esta Biblia, puso solo su nombre, Cipriano de Valera. Valera añadió sus notas calvinistas a la Biblia y eliminó los libros Apócrifos. Por muchos años se pensaba que esta era una traducción que Valera había hecho. Pero años después, en 1930, tras una comparación cuidadosa de las dos Biblias, se concluyó que se trataba solamente una revisión de la traducción de Reina. De ahí proviene la designación de la Biblia Reina-Valera. Pero la verdad es que sería más correcto llamarla solo la Biblia de Reina, revisada por Valera.¹²⁰

Sin duda, la traducción de la Biblia fue un logro muy sobresaliente de Casiodoro de Reina. Él nos dejó la primera Biblia en castellano traducida directamente de los textos hebreos y griegos. Aunque su trabajo no fue muy apreciado en aquel entonces, hoy es reconocido como una traducción excelente. Comenzando con la revisión efectuada por Valera, el texto de Casiodoro ha sido actualizado muchas veces. Con todo, fue el trabajo arduo de Casiodoro el que puso el fundamento para lo que sería la Biblia más usada del

120 De un artículo que compré en la biblioteca colombina en la catedral de Sevilla: *“La Biblia en España: La Biblia Regia y la Biblia del Oso”*. Autor desconocido.

mundo evangélico de habla hispana. Millones de personas la han leído y han hallado la verdad de Dios y la salvación en Jesús el Cristo.

Aunque en vida de Casiodoro, su Biblia fue odiada por la Iglesia católica, hoy la reconocen como una obra monumental. Yo vi una de las Biblias originales de Reina en la gran catedral de Sevilla, donde Casiodoro escuchó las predicaciones de Juan Gil y Constantino. La misma iglesia que sentenció a muerte y quemó los huesos de Juan Gil y Constantino, la misma iglesia que condenó a Casiodoro y quemó una estatua de él ¡hoy guarda una copia de la Biblia de Casiodoro en su biblioteca colombina!

En la enorme biblioteca de Felipe II en el Escorial de San Lorenzo se guarda otra copia de la Biblia de Casiodoro. Este edificio enorme exhibe la gloria del rey que tanto intentó deshacerse de Casiodoro y de su traducción. Y, sin embargo, ¡ahí se encuentra hoy una copia de la Biblia de Casiodoro!

Un escritor católico declara:

La Biblia del Oso es un magno trabajo de traducción valiosísimo para las letras españolas, por más que haya sido censurada a lo largo de los siglos, como así lo reconocen en la actualidad los entendidos de traducción y en prosa renacentista. La fidelidad de su traducción y la pureza de su lenguaje {vid. Flores, p. 157, v.g.} hacen de ella una versión bíblica de difícil superación. No solo Menéndez Pelayo, gran erudito nada sospechoso de protestantismo [es decir, muy católico], la pondera hasta el punto de hacerla superior a las posteriores versiones de la Vulgata de Scío y Amat, sino que ya desde hace tiempo no se oyen más que elogios a esta Biblia como tal por parte de la Iglesia Romana, por mucho que sea la versión que los evangélicos hispanohablantes manejan en su mayoría. Desde otro punto de vista, no religioso, la Biblia del Oso ha alcanzado al fin, reconocimiento cultural y literario en el ámbito

académico, siendo estudiada, en mayor o menor medida, en las aulas universitarias. En la Universidad de Sevilla, por ejemplo, se puede ver una copia enmarcada de su portada, junto a las de otras versiones bíblicas, símbolo de un justo reconocimiento.¹²¹

—Marcos Yoder
14 de setiembre, 2017

121 De un artículo que compré en la biblioteca colombina en la catedral de Sevilla: *“La Biblia en España: La Biblia Regia y la Biblia del Oso”*. Autor desconocido.

Reconocimientos

Primeramente, esta historia relata nuestro amor por Jesús el Cristo. Su persona, su historia y su obra en la vida de los reformadores españoles encendió mi entusiasmo por este libro. Mi sobrino, Jacinto Yoder, captó mi emoción cuando compartí la historia de la Biblia en castellano. Jacinto le informó a Alvin Mast de esta historia que ardía en mi corazón y Alvin me pidió redactarla.

Mi esposa, Ruthanna, al principio dudaba de que yo tuviera el tiempo para iniciar y completar este proyecto, pero cuando vio la manera en que el Señor abría puertas, fielmente me apoyó y me animó. Ella y mi hija Anita revisaron el texto original e hicieron muchas correcciones valiosas, de manera que los editores recibieron un manuscrito mucho mejor.

Mi querido hermano Ernesto Strubhar ofreció costear su viaje y acompañarme en mi viaje a España. Él fue mi chofer, consejero, inspiración y compañero. Estoy agradecido de que él pudo revisar el texto original y proponer un buen título para el libro.

A través de nuestro odontólogo local, pude hacer contacto con Alfonso Jiménez Mohedano, de Sevilla, España, cuya esposa es costarricense. Cuando Alfonso y su esposa visitaron Costa Rica, el Señor por su gracia dirigió las circunstancias para que pudiéramos hablar por teléfono. Los esfuerzos persistentes de Alfonso me pusieron en contacto con Gabino Fernández, uno de los historiadores evangélicos reconocidos de la Reforma española. Una bella tarde en Sevilla,

Alfonzo, su esposa e hijo nos condujeron en una caminata desde la catedral hasta la plaza de San Francisco, donde se realizaron los infames autos de fe. Desde allí, nos llevó por el camino que hubieran caminado los mártires, a través del sector de la judería, junto al viejo muro hasta el Campo de San Sebastián. Ahora es un parque de ambiente pacífico, pero me senté allí y traté de imaginar cómo hubiera sido el lugar, hace años, cuando la Inquisición quemaba a nuestros fieles hermanos y hermanas.

Pasamos dos días maravillosos con Gabino Fernández. Él es pequeño de estatura, pero grande en conocimiento y entusiasmo. Tiene un conocimiento enciclopédico de la historia de la Reforma en España y me proporcionó ayuda y consejo de mucho valor.

Cuando le pregunté a Gabino cómo podría ver los registros de la Inquisición, él recomendó el Archivo Histórico Nacional. Después de una larga caminata, hallamos el lugar y el personal nos trató muy bien. Pedí ver los registros de dos autos de fe. Mis manos temblaban de emoción mientras desataba las cuerdas antiguas y abría la caja. Levanté los registros originales, escritos a mano por el secretario de la Inquisición en el día del auto de fe. Uno de ellos era la sentencia de Julián Hernández (Julianillo) a morir quemado. El otro contaba de la sentencia contra Casiodoro y explicaba que su imagen de madera sería quemada en su ausencia. ¡Imagina los sentimientos que me embargaban al leer esos registros antiguos escritos a mano en la letra y gramática del castellano de los años 1560-1569!

Gabino también me puso en contacto con otro historiador español, Emilio Monjo. Una bella mañana nos encontramos con Emilio en el Monasterio de San Isidoro en Santiponce. Emilio es un historiador de mucho conocimiento y trabaja con el *Centro de investigación y memoria del protestantismo español*, una organización que publica material sobre la historia de la Reforma en España. Tuvimos la fortuna de que él nos diera un recorrido por el monasterio donde Casiodoro vivió, enseñó de la Biblia y condujo a los monjes a un

avivamiento espiritual. El gran conocimiento de Emilio me ayudó mucho en mis investigaciones.

Cuando nos despedimos, Emilio me obsequió seis libros que contienen todos los antiguos registros de la Inquisición respecto a la Reforma en España. Estos recientemente fueron publicados por primera vez en formato de libro, en el castellano moderno. Me sentí maravillado por la manera en que Dios me llevó a conocer a este hombre, y a través de él me obsequió tanta riqueza de información respecto a la Reforma en España.

Cuando Daniel Huber supo que yo pensaba viajar a España, me informó que era necesario que me encontrara con Bonifacio Vega. Los dos días y medio que pasamos con Bonifacio fueron un curso intensivo y emocionante sobre la historia de España desde un punto de vista cristiano. Fue una experiencia inolvidable hacer un recorrido del castillo y la catedral de Segovia, además del Real monasterio de San Lorenzo de El Escorial con un historiador cuyo conocimiento es tan amplio y cuya memoria tan lúcida.

Bonifacio nos llevó a la sala del trono del rey Fernando y la reina Isabel, donde Cristóbal Colón presentó su caso, pidiendo hacer el viaje al Nuevo Mundo. En la biblioteca del Rey Felipe II en El Escorial frente a la famosa pintura del Emperador Carlos V (por Tiziano, en 1548) mis ojos se llenaron de lágrimas mientras Bonifacio leía el edicto que este rey publicó en contra de los anabaptistas en el año 1535 (*Martyrs' Mirror* [El espejo de los mártires], pp. 442-443). Además de las clases de historia, pasamos tiempos preciosos de comunión espiritual con Bonifacio. Nunca olvidaré la oración sincera que Bonifacio hizo por este libro y la comida especial que disfrutamos con su amada familia.

Finalmente, el equipo editorial ha dedicado muchas horas a corregir y pulir mi texto original.

¡Toda la gloria pertenece a Jesús el Cristo!

—Marcos Yoder

Acerca del autor

Marcos vive con su familia en Chachagua, Costa Rica, donde es pastor de una congregación. Él y su amada esposa, Ruthanna, fueron enviados a Chachagua poco después de su matrimonio. Por treinta y cinco años, ha predicado de su preciada Biblia Reina-Valera.

El Señor les dio cinco hijos a Marcos y Ruthanna. Su hija mayor, Anita, está casada con Lemuel Swartzentruber. Ellos le han traído a la familia el gozo especial de contar con dos nietos, Alex y Arlen. Ellis y su esposa Amber añadieron al gozo de los abuelos con un bebé, Mark Anthony. Elissa, Caleb y Dorcas viven con sus padres y son para ellos un gran apoyo e inspiración.

Junto con sus responsabilidades de consejería y enseñanza, Marcos también trabaja como ilustrador, revisor y escritor para Publicadora La Merced. Marcos es amante de la naturaleza y le encanta fotografiar aves. Todas las criaturas de Dios lo inspiran a adorar a nuestro grande y maravilloso Creador.

Si deseas contactar a Marcos, puedes enviarle un correo electrónico a esta dirección: markandruthie@gmail.com. También puedes escribirle a través de:

Christian Aid Ministries

P.O. Box 360

Berlin, Ohio, 44610.

Respecto a Christian Aid Ministries

Christian Aid Ministries (Ministerios de ayuda cristiana, CAM por sus siglas en inglés) fue fundado en 1981 como una organización sin fines de lucro. Su propósito principal es proveer un canal eficiente y de confianza para que los miembros de iglesias Amish, Menonitas y otros grupos de anabaptistas conservadores puedan ayudar para las necesidades físicas y espirituales alrededor del mundo. Esto en respuesta al mandamiento de hacer “bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10).

Cada año, los patrocinadores de CAM hacen posible la entrega de 7 a 9 millones de kilogramos de alimentos, ropas, medicinas, semillas, Biblias, historias bíblicas y otra literatura cristiana para personas necesitadas. La mayor parte de esta ayuda está destinada a huérfanos y familias cristianas. Parte de los fondos provistos por los patrocinadores también se utiliza para proyectos de limpieza y reconstrucción en casos de desastres naturales, colocar vallas publicitarias con mensajes del Evangelio en los EE. UU., apoyar varios proyectos para establecer iglesias, abastecer y operar dos clínicas y

proveer recursos para que familias necesitadas puedan ganarse la vida. El propósito de CAM a la hora de proporcionar ayuda es apoyar y animar al pueblo de Dios y llevar el Evangelio a un mundo perdido y moribundo.

CAM tiene personal, depósitos y redes de distribución en Rumania, Moldavia, Ucrania, Haití, Nicaragua, Liberia, Israel y Kenia. Aparte de la administración, supervisión y operaciones contables, la mayor parte del trabajo que se lleva a cabo en los establecimientos de CAM es realizada por voluntarios. Cada año, en nuestros depósitos, bases en el extranjero, servicio de respuesta en casos de desastre y otros lugares, una gran cantidad de voluntarios donan más de 200.000 horas de trabajo.

El propósito final de CAM es glorificar a Dios y ayudar a extender su reino. “Hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31).

El camino a Dios y a la paz

Vivimos en un mundo contaminado por el pecado. El pecado es cualquier cosa que no esté de acuerdo con las normas santas de Dios. Cuando no seguimos las directrices que Dios nuestro Creador nos ha dado, somos culpables de pecado.

Desde la ocasión en que el primer hombre y la primera mujer, Adán y Eva, pecaron en el huerto de Edén, el pecado ha sido universal. La Biblia dice que todos “pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). También dice que la consecuencia natural de ese pecado es la muerte eterna o castigo en un infierno eterno: “Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Santiago 1:15).

Pero no tenemos que sufrir la muerte eterna en el infierno. Dios proveyó un sacrificio por nuestros pecados por medio de la muerte y resurrección de su Hijo unigénito, Jesús el Cristo. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Un sacrificio es algo que se entrega, algo a lo que se renuncia, para el bien de otro o de muchos. Es de gran costo para el que lo da,

para quien hace el sacrificio. Jesús fue el sacrificio de Dios. La muerte de Jesús libra del castigo por el pecado a todos los que aceptan su sacrificio y de verdad se arrepienten de sus pecados. Arrepentirnos de los pecados significa sentir pena verdadera por nuestro pecado, apartarnos de nuestra conducta pecaminosa y acudir a él (Hechos 2:38; 3:19).

Jesús murió, pero no permaneció muerto. Después de tres días, milagrosamente se levantó de la tumba. El Espíritu de Dios hace algo similar en nosotros. Cuando creemos de corazón que Jesús fue sacrificado por nuestros pecados, y nos arrepentimos, nuestro corazón es cambiado. ¡Somos vivificados espiritualmente! Desarrollamos nuevos deseos y actitudes (2 Corintios 5:17). Comenzamos a dar pasos en pureza y santidad (1 Juan 3:9). Cuando flaqueamos y cometemos pecado, podemos arrepentirnos y pedir el perdón de Dios. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Después de llegar a Cristo y conocer una transformación interna, desearemos continuar creciendo espiritualmente. Desearemos someternos más al señorío de Jesús y caminar con él en nuestro diario vivir. Será muy necesario conocer su Palabra y meditar en ella, y acercarnos a Dios por medio de la oración y disfrutar comunión con él y otros creyentes. Procuraremos, por medio del bautismo, dar testimonio público del cambio que Dios ha efectuado en nuestra vida. La comunión con un grupo de creyentes fieles fortalecerá nuestro andar con Dios (1 Juan 1:7).



Más fuerte QUE LA hoguera

Casiodoro no encontraba la paz. Se había confesado con el sacerdote, pero... ¡nada! El Dios de la misa parecía lejano y molesto. “¿Qué dice la Biblia?”, se preguntaba Casiodoro. Sin embargo, papá le había dicho que era peligroso hacer preguntas.

A principios del siglo XVI en España, la ignorancia reinaba; no había Biblia en castellano. Cierta día, Casiodoro saboreó un pedacito de las Sagradas Escrituras en su lengua materna y un fuego ardió en su corazón.

¿Sabías tú cómo se inició la tradición de la Biblia Reina-Valera, esa Biblia que tanto aprecias? En un tiempo de oscurantismo religioso, y en medio de persecución intensa, la Biblia en castellano venció a la Inquisición. Este libro conmemora esa victoria y celebra el triunfo de la Palabra de Dios, una Palabra Más fuerte que la hoguera.